

EMILIO HERNÁNDEZ GARCÍA
EMILIO ALONSO BURGOS

LA FE QUE PROFESARON

APUNTES BIOGRÁFICOS SOBRE SALESIANOS FALLECIDOS
EN LA INSPECTORÍA DE SAN IUAN BOSCO - MADRID

1896-1987



OBSEQUIO DE LA
INSPECTORIA SALESIANA
SAN JUAN BOSCO
MADRID

Impreso en España - Printed in Spain
Gráficas Don Bosco - Arganda (Madrid)
Depósito legal: M. 29.318-1989

Edición extra comercial

PRESENTACIÓN

La celebración del Centenario de la muerte de Don Bosco ha inspirado muchas iniciativas.

La mayor parte de ellas se han hecho realidades y han contribuido a ensalzar la figura de Don Bosco y a poner de manifiesto el amor que se le ha tenido y que se le sigue teniendo.

Hoy, al final del centenario, podemos estar contentos de lo realizado durante todo el año.

Algunas iniciativas han sufrido retrasos, pero siguen insertas en el mismo marco del Centenario.

La Inspectoría Salesiana de Madrid programó, con ocasión de este acontecimiento secular de la muerte de Don Bosco, el recuerdo de los hermanos «que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz» y que fueron artífices de la realidad inspectorial que hoy gozamos.

Por ello hice ver a don Emilio Alonso y a don Emilio Hernández mi deseo de que la Inspectoría contara con un libro sobre sus salesianos difuntos.

Otras inspectorías lo tienen o están a punto de publicarlo y la nuestra, madre de otras dos que se han desprendido de ella —la de León y la de Bilbao— con tantos hermanos beneméritos en su historia, lo está echando de menos.

Ellos aceptaron la propuesta y tras alegar algunas razones de incapacidad, hijas solamente de su modestia y muy alejadas del sentir general, pusieron manos a la obra.

Como fruto inmediato, empezaron a aparecer en el boletín informativo inspectorial «En Familia» apuntes sobre la vida y figura de nuestros salesianos fallecidos. Algunos estaban recientes en el recuerdo; otros quedaban ya lejanos, borrosos o eran desconocidos para las generaciones jóvenes.

El olvido de unos y la ignorancia de otros tenían visos de injusticia, que era obligado remediar.

Ambos Emilios, hombres con años y experiencia a sus espaldas, con notable conocimiento y vivencia de nuestra Inspectoría y con talante para encararse con el pasado próximo, han tratado de llenar ese vacío y de remediar esa injusticia.

Han redactado un libro con un manojo de semblanzas de antepasados. Están presentadas con objetividad y con respetuoso cariño. Han procurado evitar el tono panegírico y la cicatería peyorativa y acusadora. Lo uno hubiera sido una ingenuidad; lo otro, una mezquindad. Nuestros hermanos salesianos predecesores fueron como nosotros, hombres con defectos y virtudes, con aciertos y fallos, con sombras y luces, aunque a la hora de hacer memoria de ellos, era natural dejar más constancia de lo positivo y edificante. Al fin y al cabo, tratándose de los demás, por caridad y por buen sentido, todos hemos de ser un poco como los relojes de sol y marcar únicamente las horas de luz.

Hoy os entregamos la primera serie de estos trabajos. Otros quedarán para una nueva oportunidad, cuando el tiempo y la distancia les haya prestado el relieve conveniente.

Recibid el libro con el interés con el que os lo entregamos, por cierto, también como uno de los primeros trabajos de otra de las iniciativas inspectoriales del Centenario, las Gráficas Don Bosco.

Notaréis que acompaña al texto un índice alfabético y otro índice cronológico. Lo hacemos para facilitaros su manejo y también, para que cuando llegue el caso y el día del aniversario de alguno de los hermanos, lo podáis hacer tema de la lectura espiritual del día. El recuerdo de su vida y de su paso entre nosotros resultará edificante.

El título mismo no está tomado al azar y por capricho. Es la versión del pensamiento de san Pablo: «Puesto que tenemos un gran Pontífice que penetró en los cielos, mantengamos firmes la fe que profesamos» (Hb 4-14).

Nuestros Reglamentos, en el artículo 54-2 dicen textualmente: «Cada año, el día siguiente a la fiesta litúrgica de Don Bosco, todos los sacerdotes celebrarán misa en sufragio de los hermanos

difuntos.» Después del recuerdo del Padre, el recuerdo de los hijos, también ahora.

Una de las ceremonias más memorables del Centenario fue la misa celebrada por el Papa el día 2 de septiembre de 1988. El lugar fue la plaza de María Auxiliadora. Delante de la Basílica se levantaba el estrado para la celebración. Estaban presentes, rodeando al Papa, una decena de cardenales, 34 obispos, 9 Superiores Mayores de Congregaciones religiosas, un centenar de sacerdotes y una multitud incontable de fieles. Parecía el escenario de una segunda canonización de Don Bosco, esta vez, una canonización a domicilio. El Santo Padre, conmovido, con énfasis de Papa y de artista, dijo: «¡Querido Santo. Qué necesario nos es tu gran carisma...! Es verdad que hace cien años nos dejaste, pero te sentimos presente en nuestro hoy y en nuestro mañana...»

«El Papa, ha comentado el Rector Mayor, nos ha hecho presentir el sabor del futuro y nos ha abierto nuevos horizontes en el camino hacia el tercer milenio.»

En otro sentido, quisiera que este libro sobre los salesianos difuntos, que no enterrados, llevara a sus lectores, los que sean, un poco, sabor de pasado entrañable y otro poco, empeño de futuro y compromiso de fidelidad salesiana.



AURELIANO LAGUNA VEGAS,
Inspector

Madrid, 31 de enero de 1989

ÍNDICE GENERAL

	<u>Página</u>
Presentación	5
índice alfabético	11
índice cronológico	15
Fallecidos en enero	17
Fallecidos en febrero	47
Fallecidos en marzo	81
Fallecidos en abril	105
Fallecidos en mayo	127
Fallecidos en junio	169
Fallecidos en julio	183
Fallecidos en agosto	211
Fallecidos en septiembre	255
Fallecidos en octubre	289
Fallecidos en noviembre	339
Fallecidos en diciembre	375

ÍNDICE ALFABÉTICO

Condición	Apellidos, nombre y fecha de defunción	Página
Sacerdote	AGUILAR GONZÁLEZ, José (14-IV-1978)	113
Coadjutor	AIZPURU ARANGUREN, Ildfonso (11-XII-1964)	396
Clérigo	AMOR MARTIN, Pedro (20-VIII-1969)	245
Sacerdote	APARICIO GALLEGO, Severino (27-VII-1975)	207
Clérigo	ARNANZ SANZ, Restituto (24-V-1970)	159
Sacerdote	A YUSO M ADEJON, Leandro (24-IV-1973)	117
Coadjutor	BARCA GARCÍA, José (1-XII-1942)	377
Clérigo	BERZOSA NAVAZO, Carmelo (21-III-1071) . . .	96
Sacerdote	BOSQUE (DEL) PIÑEIRO, Domingo (6-X-1977) .	302
Sacerdote	CAAMAÑO BRAÑAS, Manuel (28-V-1976)	163
Sacerdote	CALONGE PARRA, Fco. Javier (8-VIII-1969) . .	218
Sacerdote	CASTAÑO GABRIEL, Juan (26-IX-1978)	280
Sacerdote	CASTILLA ORTIZ, Antonio (17-X-1928)	321
Sacerdote	CONDE BUSTILLO, Modesto (16-IX-1984)	270
Sacerdote	CONDE Y CONDE, Luis (12-VIII-1976)	234
Clérigo	CUEZVA GÓMEZ, Valentín (5-III-1914)	83
Sacerdote	DIEZ FERNANDEZ, Felipe (22-II-1974)	76
Sacerdote	DIOS (DE) ALVAREZ, Angel (1-X-1953)	291
Coadjutor	ECHEVARRÍA DEVA, Francisco (25-VII-1965) .	202
Clérigo	EPELDE ARAMENDI, Ignacio (2-II-1909)	49
Sacerdote	FERNANDEZ GÓMEZ, Narciso (18-XI-1953) . . .	349
Clérigo	FERNANDEZ GUTIÉRREZ, Ricardo (17-II-1921)	73
Sacerdote	FERNANDEZ POSTIGO, Julián Luis (8-VIII-1960)	222
Sacerdote	FRANCOY PALACIN, Maximiliano (20-I-1974) . .	32
Coadjutor	GALLO ROBREDO, Blas (27-III-1978)	100

Condición	Apellidos, nombre y fecha de defunción	Página
Sacerdote	GARCÍA AGUADO, Antonio (2-V-1959)	135
Coadjutor	GARCÍA Y GARCÍA, Andrés (1-I-1967)	19
Sacerdote	GARCÍA DE VINUESA, Antonio (6-VIII-1975)	213
Coadjutor	GIL CALVO, Guillermo (31-VIII-1935)	249
Sacerdote	GIL HERNÁNDEZ, Pedro (15-XII-1972)	401
Sacerdote	GIL PÉREZ, Juan (26-XI-1969)	365
Coadjutor	GOITIA DE URALDE, José (11-VI-1951)	171
Coadjutor	GÓMEZ CREGO, José (15-V-1908)	148
Clérigo	GONZÁLEZ CARIDE, Francisco (18-X-1935)	325
Coadjutor	GONZÁLEZ FERREIRO, Ramón (4-XII-1925)	385
Sacerdote	HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Felipe (1-V-1959)	129
Sacerdote	JUANES ALONSO, Mateo (3-I-1929)	24
Sacerdote	LARUMBE ALLACARIZQUETA, Esteban (11-XII-1941)	392
Clérigo	LÓPEZ RODRÍGUEZ, Cipriano (8-XII-1947)	388
Sacerdote	LUNATE OLARIETA, Jaime (12-V-1985)	142
Sacerdote	MARCELLAN RODRÍGUEZ, Jesús (18-VII-1973)	196
Coadjutor	MARTIN CRESPO, Manuel (28-XII-1970)	414
Coadjutor	MARTÍNEZ DIAZ, Alfonso (21-XII-1978)	410
Coadjutor	MARTÍNEZ LARGO, Antonio (25-IV-1975)	122
Sacerdote	MATE SENDINO, Francisco (5-IX-1972)	257
Sacerdote	MORETÓN PUIG, Carlos (14-VIII-1978)	240
Sacerdote	MORO VILLORÍA, Isidoro (6-X-1978)	306
Sacerdote	OBERTI PORTA, Ernesto (28-X-1904)	333
Sacerdote	OLIVAZZO DELU, Pedro M. ^a (4-II-1958)	52
Sacerdote	PALLARES CASTAÑER, Agustín (9-VIII-1946)	228
Clérigo	PEÑA FRUELBA, Francisco José (6-XI-1902)	346
Clérigo	PEÑA MARTÍNEZ, Amador (21-IX-1938)	275
Sacerdote	PRIETO OLIVA, Higinio (3-XII-1984)	380
Sacerdote	PUCKO MAVRIC, Francisco (16-X-1955)	315
Clérigo	RAMOS MARCOS, José (24-I-1950)	39

Condición	Apellidos, nombre y fecha de defunción	Página
Coadjutor	RECASENS RIBAS, José (9-IV-1946)	107
Clérigo	REUS BARCELO, Pedro (9-IX-1896)	313
Sacerdote	RIOS SERRANO, Vicente (7-III-1987)	86
Sacerdote	ROBLES DIAZ, Pedro (6-II-1964)	63
Coadjutor	ROLDAN POZO, Agapito (7-VII-1981)	188
Sacerdote	RUBIO IBAÑEZ, Javier (1-X-1979)	297
Sacerdote	RUIZ GONZÁLEZ, Esteban (5-IX-1974)	296
Sacerdote	SÁNCHEZ DURAN, Cipriano (18-XII-1947)	406
Sacerdote	SERRANO GARCÍA, Emiliano (16-I-1981)	27
Sacerdote	TALAVERA Y DELGADO, Marcelino (4-IX-1986)	341
Sacerdote	TEJEDOR BRAVO, Honorino (21-X-1984)	328
Sacerdote	TORM PONS, Antonio (22-V-1950)	151
Sacerdote	URGELLES RIART, Joaquín (15-VI-1959)	175
Sacerdote	URRA MEZQUIRIZ, Leandro (28-I-1903)	43
Coadjutor	UTRILLAS HERNÁNDEZ, Florentino (7-VII-1914)	185
Coadjutor	VIDAL LOSADA, Ángel (10-II-1917)	69
Sacerdote	ZABALO ALCAIN, Ramón (22-XI-1932)	353

ÍNDICE CRONOLÓGICO

- 1896
Clérigo Pedro REUS (9-IX)
- 1902
Clérigo Francisco José PEÑA (6-XI)
- 1903
Sacerdote Leandro URRA (28-I)
- 1904
Sacerdote Ernesto OBERTI (28-X)
- 1908
Coadjutor José GÓMEZ (15-V)
- 1909
Clérigo Ignacio EPELDE (2-II)
- 1914
Clérigo Valentín CUEZVA (5-III)
Coadjutor Florentino UTRILLAS
(7-VII)
- 1917
Coadjutor Ángel VIDAL (10-II)
- 1921
Clérigo Ricardo FERNANDEZ
(17-II)
- 1925
Coadjutor Ramón GONZÁLEZ
(4-XII)
- 1928
Sacerdote Antonio CASTILLA
(17-X)
- 1929
Sacerdote Mateo JUANES (3-I)
- 1932
Sacerdote Ramón ZABALO (22-XI)
- 1935
Coadjutor Guillermo GIL (31-VIII)
Clérigo Francisco GONZÁLEZ
(18-X)
- 1938
Clérigo Amador PEÑA (21-IX)
- 1941
Sacerdote Esteban LARUMBE
(11-XII)
- 1942
Coadjutor José BARCA (1-XII)
- 1946
Coadjutor José RECASENS (9-IV)
Sacerdote Agustín PALLARES
(9-VIII)
- 1947
Clérigo Cipriano LÓPEZ (8-XII)
Sacerdote Cipriano SÁNCHEZ
(18-XII)
- 1950
Clérigo José RAMOS (24-I)
Sacerdote Antonio TORM (22-V)
- 1951
Coadjutor José GOITIA (11-VI)
- 1953
Sacerdote Ángel de DIOS (1-X)
Sacerdote Narciso FERNANDEZ
(18-XI)
- 1955
Sacerdote Francisco PUCKO (16-X)
- 1958
Sacerdote Pedro M.^a OLIVAZZO
(4-II)
- 1959
Sacerdote Felipe HERNÁNDEZ
(1-V)
Sacerdote Antonio GARCÍA (2-V)
Sacerdote Joaquín URGELLES
(15-VI)
- 1960
Sacerdote Julián FERNANDEZ
(8-VIII)

1964
Sacerdote Pedro ROBLES (6-II)
Coadjutor Ildefonso AIZPURU
(11-XII)

1965
Coad. Francisco ECHEVARRÍA
(25-VII)
Sac. Antonio G.^a DE VINUESA
(6-VIII)

1967
Coadjutor Andrés GARCÍA (U)

1969
Sac. Francisco Javier CALONGE
(8-VIII)
Clérigo Pedro AMOR (20-VIII)
Sacerdote Juan GIL (26-XI)

1970
Clérigo Restituto ARNAZ (24-V)
Coadjutor Manuel MARTIN (28-XII)

1971
Clérigo Carmelo BERZOS A (21-III)

1972
Sacerdote Francisco MATE (5-IX)
Sacerdote Pedro GIL (15-XII)

1973
Sacerdote Leandro AYUSO (24-IV)
Sacerdote Jesús MARCELLAN
(18-VII)

1974
Sac. Maximiliano FRANCOY (20-I)
Sacerdote Felipe DIEZ (22-II)
Sacerdote Esteban RUIZ (5-IX)

1975
Coadjutor Antonio MARTÍNEZ
(25-IV)
Sacerdote Severino APARICIO
(27-VII)

1976
Sacerdote Manuel CAAMAÑO
(28-V)
Sacerdote Luis CONDE (12-VIII)

1977
Sacerdote Domingo del BOSQUE
(6-X)

1978
Coadjutor Blas GALLO (27-III)
Sacerdote José AGUILAR (14-IV)
Sacerdote Carlos MORETÓN
(14-VIII)

Sacerdote Juan CASTAÑO (26-IX)
Sacerdote Isidoro MORO (6-X)
Coadjutor Alfonso MARTÍNEZ
(21-XII)

1979
Sacerdote Javier RUBIO (1-X)

1981
Sacerdote Emiliano SERRANO
(16-I)
Coadjutor Agapito ROLDAN (7-VII)

1984
Sacerdote Modesto CONDE (16-IX)
Sacerdote Honorino TEJEDOR
(21-X)

Sacerdote Higinio PRIETO (3-XII)

1985
Sacerdote Jaime LUNATE (12-V)

1986
Sac. Marcelino TALA VERA (4-IX)

1987
Sacerdote Vicente RIOS (7-III)

ENERO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
1	1867	Coadjutor	Andrés GARCÍA Y GARCÍA	77	19
3	1929	Sacerdote	Mateo JUANES ALONSO	31	24
16	1981	Sacerdote	Emiliano SERRANO GARCÍA	71	27
20	1974	Sacerdote	Maximiliano FRANCOY PALACIN	70	32
24	1950	Clérigo	José RAMOS MARCOS	20	39

ANDRES GARCÍA Y GARCÍA



PAX
HOMINIBUS

Coadjutor.
Nació en Aviles (Asturias) el 30-XI-1890.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 31-VII-1913.
Falleció en Mohernando (Guadalajara) el 1-I-1967.

El señor García tiene poca historia, lo cual no significa que su figura no sea interesante y simpática. Bien lo comprobarían tantos jóvenes novicios y filósofos que han celebrado sus ocurrencias y han admirado la gallardía con que llevaba su invalidez.

Una vocación tardía, oficios de portero, enfermero y sacristán y treinta años de enfermedad. Esa es toda su vida, que por no tener, no tuvo siquiera una muerte espectacular y llamativa.

No sabemos los inicios de su vocación, en un ambiente minero y de ninguna trascendencia salesiana entonces: Aviles. Allí nació el año 1890, cuando no era más que un pueblo del Principado, sin los 70.000 habitantes de ahora, ni la fastuosa factoría.

Tenía veintiún años de edad, cuando entró en el colegio de Sarría, como aspirante.

Un año después, el 1912, hace el Noviciado en Carabanchel y profesa el 31 de julio de 1913. Entre sus 24 compañeros de noviciado, se encontraba don Manuel Almazán, don Agustín Liaño, don Silverio Maquieira, nombres bien conocidos después.

Con su profesión comenzó una vida de pocas variaciones. Fue mandado como enfermero a Vigo por tres años. De allí pasó a Salamanca, al Colegio de María Auxiliadora, como portero. Llevaba el colegio abierto siete años. Eran los de la prehistoria, que el mismo señor García había de conocer años después en su cénit.

Era Director don Germán Lampe y componentes de la comunidad don Elias Otero, don Enrique Sáiz, todavía no sacerdote y don Joaquín Urgellés. Con éste viviría en Mohernando los últimos años y compartirían la sepultura, estrenada para ellos.

En Salamanca estuvo sólo tres años en aquella primera obediencia. De allí pasó al Tibidabo, con los buenos recuerdos y la corta experiencia que había aprendido en la ciudad del Tormes y que le acompañaría toda la vida. En sus relatos, era el colegio del que más hablaba. Después de cinco años en el Tibidabo, donde hizo la profesión perpetua y desempeñó el oficio de sacristán, importante en aquel lugar de culto, donde era preciso dar una buena imagen, pasó a Mataró, también como sacristán y portero. Era un colegio homólogo al de Salamanca. Volvió a Salamanca el año 1929, sin que se pueda decir que esta segunda parte no fuera buena.

Los salesianos, los alumnos y hasta los padres de éstos se sentían dignamente servidos por un portero tan apuesto. Era el tesoro de la casa que Don Bosco reconocía en el buen portero y que, por fortuna entonces, podía estar ejercido por un salesiano. De Salamanca pasó a Atocha, la Casa Inspectorial, de bien poca apariencia entonces, cuando se la conocía por las humildes Escuelas Salesianas.

Lo más digno y casi lo único de prestancia que había en

aquella portería, el señor García. Se presentaba pulcro, trajeado de negro y con modales elegantes. ¡Qué buena impresión les causaba a visitas y cooperadores, que entonces eran, preferentemente, bienhechores! Más de algún favor y alguna limosna vinieron por la deferencia y la buena acogida que habían encontrado en el señor García.

El año 1936 estalló el Movimiento. La tarde del 19 de julio, domingo con actividades normales y oratorio, los milicianos irrumpieron en el Colegio, y los salesianos tuvieron que salir literalmente «disparados». Fue una desbandada trágica.

El señor García fue a parar a la Cárcel Modelo y de allí, cuando los nacionales se acercaron en el mes de noviembre, a la de Ventas.

A pesar de las peripecias que había pasado, no se le veía impresionado. Hacía la vida normal dentro de aquella anormalidad y hacía gala de su habitual locuacidad y campechanía.

Pero los sustos, las penalidades y el hambre fueron minando su organismo. Al terminar la guerra, sufría una polineuritis que le incapacitaba para andar. La cabeza la mantenía despejada, pero los brazos y sobre todo las piernas, las tenía agarrotadas, inmóviles. Tenía que trasladarse de un sitio a otro con muletas y ayudado de alguno.

Se pensó que sería una dolencia pasajera, secuela normal de los tres años anteriores; pero ni las medicinas ni los ejercicios de recuperación ni el tratamiento fueron eficaces. Se le trasladó a Deusto, pensando que el clima más suave y el mejor trato podrían hacer remitir la dolencia; pero todo fue inútil. Desengañados él y los Superiores de toda tentativa, le mandaron a Moherando. Aquí pasó veintidós años, haciendo siempre el mismo recorrido: de su habitación, estrecha y oscura, a la capilla, al comedor, y a los aledaños de la casa, midiendo siempre los pasos; y en los traslados, con un novicio de lazarillo. De trecho en trecho se paraba, jadeaba y lanzaba una exclamación o hacía un comentario.

Otras veces, cuando el tiempo lo permitía, se sentaba en un sillón, en la sala o en el pórtico, hacía alguna lectura, rezaba y pensaba en los escenarios y momentos de su vida, que ya sólo

era tiempo. Sin embargo, raras veces se le veía callado, malhumorado o triste.

Tenía la habitación en orden, se presentaba aseadísimo, los zapatos brillantes y bien afeitado. Así tendría el espíritu...

Sus ocurrencias y sus famosos pareados eran la novedad del día y el comentario de los novicios. A pesar de la postración y el aislamiento a que le condenaba la enfermedad, nunca se sintió cohibido.

Puntual a los actos de comunidad, sobre todo cuando se trataba de las prácticas de piedad, a pesar de que cada movimiento le costaba equilibrio y esfuerzo.

Recordaba con añoranza a las personas y las costumbres de la Congregación que él había vivido, pero seguía con curiosidad los cambios y todas las novedades de la Inspectoría y de la Congregación. Estaba muy al tanto de todo.

El roce con la gente, lecturas que en sus ratos de portería había hecho, sobre todo de novelistas asturianos: Palacio Valdés, Clarín, López de Ayala, y su natural viveza le daban materia de conversación animada y entretenida.

Era gran patriota y entusiasta de su tierra asturiana. «Lo mejor del mundo, España; lo mejor de España, Asturias; lo mejor de Asturias, Pravia», era una de sus cantinelas repetidas.

Mucha virtud y mucho temple necesitaba para soportar una enfermedad que duró treinta años.

Alguien lamentaba una vez que, teniendo muchas facultades disponibles, no se dedicase a una actividad compatible y rentable para la casa.

Habría que haberle repetido: «Ya es bastante servicio la hermosura.» El verso que Lope de Vega aplica a una reina hermosa, se lo podemos aplicar a un buen enfermo.

Una enfermedad tan bien llevada, ya es bastante rentable y de servicio para todos. Don Modesto Bellido aseguraba que el señor García, durante los años de su enfermedad, había hecho más por la Congregación que en los años activos. Tendría razón.

La muerte le llegó disimulada y silenciosa, en el paso de un

año a otro. Sin espasmos, sin agonía, casi sin enfermedad inmediata. Ni el salesiano que dormía a su lado se dio cuenta.

Cuando amaneció el año 1967, el señor García ya había traspasado este mundo y esta tierra de Mohernando, en la que llegó a sentirse a gusto, lejos de su natal y añorada Asturias, toda verde y brumosa, donde las nieblas envuelven los picachos y mandan el acariciador orvallo. Mohernando es distinto, pero también lo encontraba hermoso, tan hermoso, que lo escogió para morir y reposar en él.

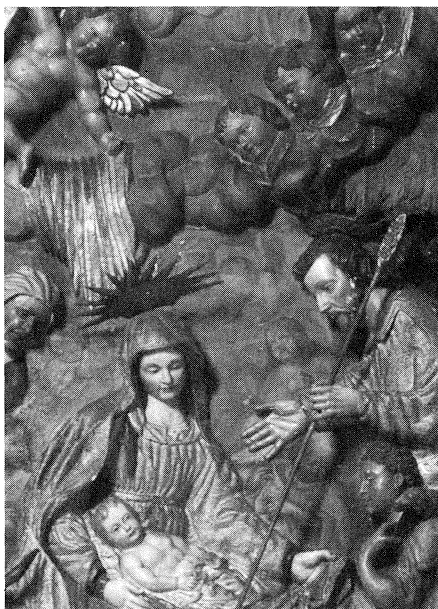
Ahí descansa, a pocos pasos, con otros salesianos que compartieron con él pan y trabajo y ahora comparten sepultura en una vaguada que perfuman las jaras, el tomillo y la retama, y cuyo silencio arrullan los ruisseños y el rezo frecuente de los novicios. Ningún sitio mejor para descansar en paz.

Cuando era portero y llamaban a la puerta, respondería, como aquel otro portero jesuita que se hizo santo en el oficio: «Ya voy...»

También el señor García recibió la llamada misteriosa de Dios en la madrugada de aquel año nuevo.

Y respondió puntualmente, «sin ser notado», con su voz cantarina y atiplada: «¡Ya voy, Señor...!»

MATEO JUANES ALONSO



Sacerdote.

Nació en Mata de Armuña (Salamanca) el 18-IX-1898.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1917.

Sacerdote en Salamanca el 27-VI-1927.

Falleció en Salamanca el 3-I-1929.

El orden cronológico que llevamos en estos apuntes biográficos, nos hace enfrentarnos hoy con otro sacerdote joven y de La Armuña (Salamanca), esa región a la que ya hemos acudido más veces para conseguir el origen de salesianos fallecidos. Esta vez, don Mateo Juanes. Pocos son los datos que tenemos para su biografía: una sucinta carta mortuoria escrita por don Jesús Corcuera y alguna muy vaga noticia de un compañero suyo superviviente. De uno y otro deducimos que tuvo una vida corta, fue un salesiano cumplidor y dejó un grato recuerdo, ya casi esfumado en la lejanía del tiempo. Su nombre tiene poca resonan-

cia, pero Dios, que es eterno, lo tendrá bien patente en el libro de la vida. «Recoged los fragmentos, para que no perezcan», decía el Señor del pan multiplicado. En lo que esté de nuestra parte, hemos de procurar también que estas figuras, que han vivido y trabajado salesianamente, no perezcan del todo. No sabemos hasta qué punto su acción se seguirá ejerciendo.

Mateo nació en Mata de La Armuña el 18-IX-1898.

Desde niño mostró buen natural y gran inclinación a la piedad. A los once años se quedó huérfano de padre y madre. El párroco del pueblo le encaminó al colegio de María Auxiliadora, recientemente abierto. Era Director el padre Tagliabue, que percibió en él claros síntomas de vocación. Después de los primeros estudios, hechos con gran aprovechamiento, pasó a Carabanchel, como aspirante. Sus compañeros parece que le apreciaban por su seriedad, aplicación y buen espíritu.

El 12 de octubre de 1916 vistió la sotana y al año siguiente hizo la primera profesión, que continuó con la Filosofía.

El Trienio, que para él fueron cuatro años, lo pasó entre los colegios de Vigo y Baracaldo. Sus clases y sus deberes de clérigo los desempeñó con lucimiento y a satisfacción de los Superiores. Tal vez como recompensa de ese buen comportamiento y haber prolongado su tirocinio práctico un año más de lo reglamentario, el Inspector le envió a estudiar Teología a Turín, en la Crocetta. Allí confirmó el intachable «curriculum» que venía observando.

Terminada la Teología, volvió a su colegio de origen, María Auxiliadora (Salamanca). Allí recibió las sagradas órdenes y cantó Misa.

Cumplidor y observante como lo había sido, lo siguió siendo de sacerdote.

Sin ninguna espectacularidad, pero asiduo a su deber, nunca rechazó el trabajo ni buscó pretextos para sustraerse a la obediencia. La preparación esmerada de sus clases, en un centro que comenzaba a acreditarse por su docencia y recta disciplina, contribuyó con tantos otros salesianos de aquella década a cimentar la fama de que todavía disfruta el colegio de María

Auxiliadora. Gracias a aquella labor concienzuda, llegó a ser una institución en Salamanca y colegio insignia de la Inspección.

Pero nuestro don Mateo no se preocupó sólo de la competencia de las clases. Cuidaba con el mismo esmero la preparación de sus homilías y catequesis.

Se esforzaba por hacer a los chicos interesante la predicación y amable la virtud. Así pasó casi dos años, al parecer, sin ninguna anormalidad, con la complacencia de todos y la satisfacción de él mismo.

No obstante, el día 23 de diciembre, víspera de la Nochebuena, a mediodía, se sintió extrañamente mal y se tuvo que retirar de la mesa. Nadie pensó en cosa de gravedad. Se fue recuperando y el día 30, domingo, se disponía a hacer vida normal. Al atardecer volvió a sentirse mal. Llamado el médico, profesor de la Universidad, diagnosticó una grave lesión de corazón.

Su vida estaba en peligro. Nadie lo veía tan grave; mejoró de nuevo los días 1 y 2 de enero y todos llegaron a pensar que su curación, de momento, se iba afianzando. El día 3 por la tarde recibió la visita del único hermano que tenía y que, enterado de su enfermedad, había venido a verle desde el pueblo.

Fue una inspiración. Mientras estaba hablando con él y con el Director, comentando el proceso de la dolencia, un nuevo ataque agudo de corazón puso fin a su vida allí mismo. No tuvo tiempo más que de decir: «Me muero. ¡Dios mío!, María Auxiliadora: Tened piedad de mí.» Fueron las últimas palabras del buen hermano Mateo Juanes.

Huérfano muy de niño, sin tiempo para disfrutar de la primera y más natural de las sociedades, fue a reunirse con sus padres, a vivir y a formar parte de la gran familia inextinguible en la casa del Padre.

EMILIANO SERRANO GARCÍA



Sacerdote.
Nació en Pozo Rubio de Santiago (Cuenca)
el 30-VI-1910.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 12-X-1931.
Sacerdote en Madrid el 1-V-1941.
Falleció en Salamanca el 16-I-1981.

Don Emiliano murió hoy hace ocho años precisamente. Murió en Salamanca, la ciudad en que pasó diecinueve años de su vida, como si le «hubiera enhechizado la voluntad» no para volver a ella, según dijo Cervantes, sino para no salir de ella. No sabemos si por haber gozado una vez «la apacibilidad de su vivienda» o por la tendencia que todos tenemos a encariñarnos con lo que tenemos y tratamos, aunque no sea lo mejor.

La muerte está reciente y la carta mortuoria que escribió don Honorio era objetiva, relataba con fidelidad el «curriculum» de su vida y destinos y daba una impresión exacta de la

manera de ser de don Emiliano. Al cabo de ocho años, poco habría que añadir, si no es un recuerdo de afecto y de agradecimiento, inomisible en esta fecha aniversaria.

En una función de navidad de las que se representaban antaño, siendo aspirante de cuarto curso en el Paseo de Extremadura, don Emiliano hacía el papel de san José. Le caía bien la figura del santo Patriarca. Emiliano, ya entonces, era prudente, responsable y de vida espiritual. El y don Rufino eran los veteranos del curso. Eran serios, cumplidores y acaparaban los oficios de responsabilidad. Don Emiliano era el despensero. De entonces le vendría su afición al ahorro, a la buena economía y su aversión al despilfarro o a lo que tenía asomos de tal y que tan malos ratos le hacía pasar ya de mayor.

Don Emiliano nació el 30 de junio de 1910, en Cuenca. A pesar de su apellido no era de la serranía sino de la Cuenca manchega, de Pozo Rubio de Santiago.

El pueblo formaba parte de la encomienda de la Orden Militar, como Horcajo, Villamayor y otros pueblos, todos ellos con el sobrenombre de Santiago. Eran pueblos de la reconquista que los reyes entregaron a la Orden de Santiago para repoblar y defender las recientes conquistas. Su pueblo, por tanto, venía de la Historia.

Don Emiliano nació en el seno de una familia numerosa y bien probada. De siete hermanos que eran, cinco murieron prematuramente, en la infancia.

Eran demasiados hermanos muertos para que don Emiliano creciera jovial y despreocupado y no arrastrara un cierto aire de tribulación y pesadumbre que le acompañó siempre.

Hizo el aspirantado en Carabanchel, en Astudillo y en El Paseo de Extremadura, según iba cambiando de sede esa casa de formación.

En pleno noviciado le sorprendió la proclamación de la República y un mes después, la quema de conventos. Los Superiores fueron precavidos y, ante la incertidumbre de la situación, los mandaron a sus casas, aún siendo novicios y todo. Ojalá hubieran usado la misma precaución años después, cuando el peligro era más grave y las consecuencias fueron tan irreparables.

Después de diez días de ausencia, Emiliano volvió a Mohernando con sus compañeros y continuó el Noviciado y la Filosofía, bajo el magisterio plural de don León Cartosio. De él aprendió las Ciencias, su asiduidad a la Enseñanza, su acrisolada virtud y, un poco también, su nerviosismo y su irritabilidad.

En el colegio de María Auxiliadora de Salamanca hace la mayor parte del Trienio y la mitad de la Teología, alternando, sus trabajos de enseñante con los de estudiante y medio combatiente y sufridor de la guerra. Allí tuvo sus primeras experiencias de profesor y de lo que son los estudiantes.

Terminó la Teología en Carabanchel y allí fue ordenado sacerdote y celebró su primera Misa, en junio de 1941.

En seguida empezó la rueda de casas y de cargos: Consejero, Catequista, Encargado de Sección, Consiliario, Mantenedor del Oratorio.

Las casas por las que fue pasando sucesivamente fueron Mohernando, Santander, Orense, Atocha, La Paloma, Escuela de Automovilismo, Pizarrales, El Teólogo.

Por algunas pasó más de una vez y desempeñó diversos cargos. En todas dejó fama de rigor, de entrega a su cometido, de religioso cumplidor y de sacerdote celoso. Esas virtudes no las vio siempre secundadas por los alumnos ni reconocidas por todos los Hermanos. Era demasiado íntegro para no verse contrariado. La morosidad de los chicos, la «zanguanería» cuando topaba con ella, la mala índole o la insolencia le crispaban. Se ponía lívido y hasta se le escapaba la mano, una mano blanda y una indignación inspirada en el cielo, pero que le creaban problemas y le hacían sufrir. «Amamos a España, porque no nos gusta.» Una frase que se repetía mucho en sus años y que había que explicar y hacer ver que no era causal sino consecutiva. El también amaba a sus alumnos, puesto que no le gustaban algunas de sus malas mañas y de sus trapacerías. Eso no todos lo alcanzaban a comprender y le pagaban con las reacciones, «los alias» y las represalias de las que todos los que han pasado por esos extremos, habrán sido víctimas más o menos resignadas. Ya se sabe que la Enseñanza es el oficio que más saboteadores tiene, uno por cada enseñado.

Cuando estaba en el Parque de Automovilismo, como Encargado, su deber era defender a los aprendices de las arbitrariedades o de los excesos de los Jefes.

El Coronel Piqueras le expresaba a veces el contraste de que, mientras los demás funcionarios le obedecían sin replicar, sólo él, un cura —y acompañaba el sustantivo con un epíteto castizo— se permitía ponerle reparos y contradecirle. El papel de don Emiliano era el de Capellán y abogado defensor de los muchachos. Esa recta intención la tendría en todos los sitios. Era más hombre de papeles blandos y de misiones piadosas que de actuaciones duras. Por eso se le daban peor. Cuando se enfadaba, el rubio natural se le volvía rojo subido, se le agolpaban las palabras y la voz, ordinariamente un tanto vibrante y temblorosa, se le hacía trémula.

Desde La Paloma fue trasladado a Salamanca en 1962. Pasó allí, en Los Pizarrales y en el Teologado sus casi veinte últimos años. Profesor de asignaturas más desempeñables, Encargado del Oratorio, Consiliario de la Archicofradía y Confesor de varias comunidades: Salamanca, Arévalo, Béjar. Esas fueron las encomiendas de esos años. Se sentía a gusto y útilmente empleado. Satisfacía sus aficiones misioneras buscando sellos, procurando limosnas entre sus amistades y divulgando la Juventud Misionera. El interés por las misiones es una forma de verdadero celo apostólico.

Tuvo tiempo y oportunidad de inculcar a sus penitentes: chicos, teólogos, salesianos y fieles la importancia de este sacramento y su secreto. Ese secreto no es precisamente el sigilo que impone al confesor. Es la convicción que gana al penitente de que no se trata de una práctica superflua en una sociedad o una mentalidad que se cree adulta. Es llegar a convencer y a convencerse de la riqueza y el significado que la confesión tiene para el hombre, a veces amparado por una capa de autosuficiencia y enmascaramiento y de que uno es más amado de Dios allí donde se ve más frágil y sinceramente despreciable. Si don Emiliano, como todos los que se acogen al confesonario como a un último reducto, logró ese objetivo algo más de un fácil peniten-

ciario, ya podía estar tranquilo de que su etapa final había sido fecunda.

Fue un activo propagandista de la devoción a María Auxiliadora. Gracias a su empeño y al de otros meritísimos celadores, María Auxiliadora tiene en Salamanca una de sus plazas más fuertes. Bien se puede afirmar sin temor a ser desmentidos.

El último acto de servicio de don Emiliano fue en honor de María Auxiliadora. Iba a celebrar la conmemoración mensual del 24 de noviembre, «caballero en su vespino», a lo mejor, pensando en los que les iba a decir a las archicofrades de El Rollo, cuando en un cruce de semáforo le sobrevino la trombosis cerebral.

Le recogió un guardia, precisamente amigo suyo, y le trasladaron al Ambulatorio. Vivió dos meses inconsciente, luchando entre la vida y la muerte —más cerca de la muerte que de la vida— y el día 16 de enero, doblada la cuesta del mes y de su vida, murió apaciblemente.

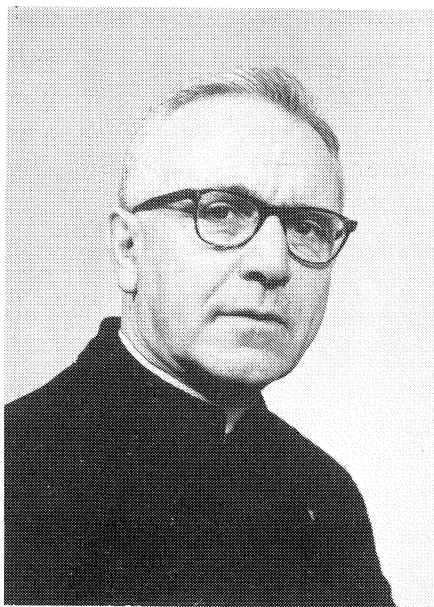
Aquellos dos meses de vigilia sirvieron para dar lugar a los Salesianos de la comunidad de Los Pizarrales a demostrarle su aprecio y la cantidad de sacrificio y de solicitud que estaban dispuestos a imponerse por él.

¡Lástima que él, al menos aparentemente, no pudo advertirlo!

Fue amortajado como convenía a un sacerdote ejemplar: con la sotana.

Se le impuso un 24 de octubre de 1930. De ese día y de ese acontecimiento nos quedó —cosa extraña— este testimonio: «Este día fue para mí de felicidad y alegría. Pedí al Señor la gracia de no abandonar jamás la sotana y ser amortajado con ella.» Así fue...

MAXIMILIANO FRANCOY PALACIN



Sacerdote.

Nació en Arascués (Huesca) el 29-X-1904.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 21-VII-1925.

Sacerdote en Toledo el 30-V-1931.

Falleció en Madrid el **20-I-1974**.

A don Maxi, como familiarmente se le llamaba, le hemos conocido como superior, como subdito y como compañero. Como superior era solícito, paternal —a veces paternalista—; como subdito era, religiosamente sumiso, dócil y seguro; como compañero de mando, era profundamente celoso de su parcela, bien fuera esta parcela un cargo, la casa o la inspección. Y no era celoso por egoísmo, sino por solicitud hacia su demarcación. Todo se le hacía poco para ésta y le parecía que cualquier concesión era en menoscabo de ella e injusta. Era la suya la solicitud de las madres que no tienen ojos más que para sus hijos y

todo lo bueno de los demás lo querrían para ellos, que no para ellas. Por eso decimos que era celo, no egoísmo.

—«¡Anda bobín!» —era la expresión que usaba entre reproche y cariño, para reconvenir y animar en la intimidad.

Decimos que era paternalista a veces, excesivamente deseoso del bien de sus encomendados, la cual le hacía también a veces legalista y premioso; pero todos le reconocían un gran corazón, una rectísima intención y le querían. Bien se lo demostraron cuando dejó de ser Director, Inspector y pasó a ser don Maxi llano y amigo, bienquisto de todos. Muchos fueron los que, de una manera o de otra, pasaron por sus manos.

Menos los pocos años que estuvo de Prefecto en Atocha y algún año de Director en Estrecho, el resto de su vida lo pasó en Casas de Formación.

No tuvo oportunidad de hacer estudios universitarios y esa pudo ser una de sus espinas y otra de sus limitaciones, que él era el primero en reconocer y lamentar.

A pesar de eso fue un gran enseñante y muchos le recuerdan por sus clases claras, ordenadas, con visión completa de la asignatura, que estudiaban con afán y provecho.

Había nacido don Maxi el año 1904, en Arascués, pueblo pequeño y muy cercano a Huesca. En esta capital se crió y frecuentó las Escuelas Salesianas, recorriendo mañana y tarde, días laborables y fiestas, las calles de aquella ciudad silenciosa, fría, con soportales, recostada contra los Pirineos, cabeza de una región de la que don Maxi hizo siempre alarde de ser legítimo hijo: Aragón.

«Polvo, niebla, viento y sol —al norte los Pirineos— esta tierra es Aragón.»

Tierra, por cierto, de geografía propia, historia profunda y arte variado y rico. Bien lo sabía don Maxi y bien contento estaba de proceder de ella.

Hizo su aspirantado en Campello, entre los años 1916 y 1920; el noviciado en Carabanchel, —los noviciados, mejor dicho—, porque al final del primero tuvo que interrumpir los estudios por enfermedad. Una enfermedad de corazón le obligó a regresar a su casa para reponerse. Pasó todavía un año como as-

pirante y maestro en Orense y cuando se confirmó su curación, regresó a Carabanchel e hizo el Noviciado y la Filosofía. En 1925 se inauguraba la casa de Astudillo y allí fue destinado como asistente, profesor y maestro de música. Dos años más tarde le tocó ir al Paseo de Extremadura, también como fundador, profesor, asistente, maestro de música y estudiante de Teología por su cuenta. Estudiaba como mejor podía y rendía exámenes cada cierto tiempo de los tratados que iba estudiando ante un tribunal que formaban don Anastasio, don Alejandro Battaini y don Ramón Goicoechea. Las calificaciones eran altas, como puede verse en su expediente.

Se ordenó de sacerdote y celebró su primera Misa el año 1931, en el mes de mayo, a las pocas semanas de la quema de conventos. Si la carrera había sido accidentada, el sacerdocio se le presentaba difícil. Es destinado a Mohernando como asistente de Novicios, maestro de música y profesor de Filosofía, cuya enseñanza había de ocuparle años después. En 1934 va al colegio de Atocha como Prefecto al lado de don Ramón Goicoechea, Director. El Obispo y mártir san Valerio se llevó consigo a san Vicente de Huesca, para que remediase su dificultad de palabra y fuera su diácono. Don Ramón se llevó consigo al joven avisado don Maxi, como una buena ayuda para su penuria verbal y el desempeño de su cargo, que le había de llevar al martirio en los primeros días del Movimiento. No murió asesinado don Ramón, pero fue una víctima clara del cataclismo.

Don Maxi conoció la persecución, la cárcel, la vida errante y temerosa por el Madrid de la guerra y ejerció el ministerio como capellán furtivo y confesor buscado de salesianos jóvenes, que encomiaban su acierto como asesor de conciencias en una situación tan excepcional.

Fue Prefecto de Carabanchel en los años inmediatos a la guerra, cuando la escasez de víveres era máxima y proveer a una casa de teólogos y aspirantes con medios escasos era una aventura. El año 1941 vuelve a Mohernando con una encomienda más cumplible: maestro de Filosofía, Catequista y encargado de la música. Fueron años más llevaderos y de regalo. En 1946 es nombrado Director de Astudillo. Esta casa pertenecía entonces

a la Inspectoría de Madrid y se destinaba a la recluta y formación de vocaciones. Con esa misión fue fundada hacía veinte años y a fe, que cumplió bien el propósito de los fundadores. Pocos ejemplos se podrán encontrar que iguallen la fecundidad vocacional de esta villa. Tierra de páramos, de espigas y de vocaciones salesianas le podemos llamar: 53 Salesianos y 12 Hijas de María Auxiliadora prueban hasta qué punto se realizó una verdadera simbiosis entre el pueblo y lo salesiano. A don Maxi le tocó continuar tan hermosa tradición, si bien no estuvo allí de Director más que el breve espacio de tiempo que tardó en abrirse la casa de Arévalo como aspirantado. Otra fundación, esta vez sobre un arenal, que a fuerza de tiempo y de esfuerzo llegaría a ser una obra grande, completa y espléndida, llena de aspirantes y de promesas para la Inspectoría.

Don Maxi estuvo allí seis años, que fueron de continuas realizaciones y afanes. Terminar la obra material, completar las instalaciones, asegurar el agua y hacer todo lo necesario para mantener un internado de hasta 300 alumnos supone una labor ingente de muchos días y muchos salesianos empleados en la empresa de construir sobre un auténtico solar un conjunto magnífico. ¡Cuántos desvelos y cuántos méritos...! Cuarenta años ha tardado en hacerse una casa que merece tener una eternidad por delante. ¿La tendrá?

De Arévalo pasó a ser Director de Carabanchel por otros seis años al frente de aquel teologado viejo de fábrica y repleto de teólogos, que clamaba ya por otro asentamiento más amplio y digno: el de Salamanca.

Tras un año de Director en Estrecho, como transición, don Maxi sucedió a don Alejandro en el cargo de Inspector de Madrid. Eran dos temperamentos muy distintos y dos estilos también. Don Alejandro era todo actividad, tenacidad e iniciativa y pocos miramientos; don Maxi era emotivo, primario, indeciso y amigo de volver sobre sus propias resoluciones. Esas cualidades se traducían directamente en el gobierno. Cada expedición de obediencias era para don Maxi un tormento y, a veces, para los salesianos también. No se sabía cuál era la obediencia definitiva. Alguno aseguraba haber llegado a cambiar hasta catorce ve-

ces. Sería una exageración, pero también era una prueba de lo repensadas que iban las encomiendas.

Al fin terminaba por acertar, se engranaba cada uno en su sitio y los cursos se ponían en marcha una y otra vez en las casas de la Inspectoría en unos años pletóricos de vocaciones, en obras grandiosas y con funcionamiento sin estridencias. Fueron años de plenitud.

El año 1961 se dividieron las Inspectorías de Madrid y Bilbao. La Inspectoría de Madrid salió favorecida. Don Maxi quedó contento de ver que le quedaba una inspectoría ajustada y completa. «Me marchó muy contento» —decía— al despedirse en la estación de Bilbao, después de completar la división.

Durante su mandato se abrieron el Teologado de Salamanca y la Casa de Ciudad Real. Por desgracia, ninguna de las dos existe ya, pero a él le cupo la satisfacción de ponerlas en marcha. Eran dos navios que, como otros más, nadie imaginaba que estaban llamados a naufragar. Por fortuna, don Maxi no presencié el naufragio. Hubiera sido para él un gran disgusto.

Después de ser Inspector, estuvo cinco años como Director de aspirantes en San Fernando y en Carabanchel. Tardó en comenzar a ser Director —no lo fue hasta los cuarenta y dos años—; pero persistió en el cargo hasta última hora, cuando la edad y la enfermedad se apoderaron de su fortaleza y en pocos meses le redujeron a la incapacidad. Todavía fue por un año confesor de filósofos en Guadalajara, como un servicio más a las vocaciones.

Un tumor cerebral le tuvo hospitalizado por algún tiempo y cuando se veía inminente su muerte, se le trasladó a la Casa Inspectorial. Allí atendido en lo espiritual y sanitario, pacífica y piadosamente, murió el 20 de enero de 1974. Toda su vida se había quejado del corazón y vino a morir de la cabeza.

Al funeral, en la iglesia de Atocha, asistió una multitud de fieles del mundo salesiano y afín. Toda la Familia Salesiana rindió homenaje al Superior, al religioso ejemplar, al amigo afectuoso y callado. Concelebraron más de medio centenar de sacerdotes. Don José Antonio Rico le dedicó una homilía sentida y elogiosa, por más que no necesitase elogios quien se había dado

tan por entero a la Congregación y a los demás. El era su propio elogio y el mejor ejemplo para los que le rodeaban.

Fue enterrado en el cementerio de Carabanchel. Ante el panteón de los Salesianos recibió el último testimonio. El Vicario, don Santiago, le dedicó unas palabras encendidas y un aspirante leyó una cuartilla. La voz de la altura y la voz de la base, en su estrato más humilde. Los dos coincidían en el sentimiento, en el agradecimiento y en el fervor que caldearon la tarde fría y silenciosa de enero. Era la hora de vísperas, y la víspera de san Vicente, el mártir de Huesca. En el panegírico del famoso e intrépido diácono, dice san Agustín: «No hay iglesia que no le venera.» Algo de la veneración del santo se le trasladaba ahora a su paisano de parte de los compungidos circunstantes y de muchos más.

«Defunctus adhuc loquitur»: Muerto todavía habla. Don Maxi no era orador y huía de todo empaque oratorio; pero hablaba, en tono coloquial y tendido, diciendo una cosa detrás de la otra, a lo santa Teresa. Era largo, interminable a veces, pero no vacío. Tenía unos temas constantes, obsesivos: las vocaciones, la fidelidad, la observancia, el amor a la Congregación. «Lo nuestro, lo salesiano», era otro de sus estribillos. Sobre todo, vivía lo que predicaba. Bastaba ver su estilo de vida, austera por demás; su delicadeza en no herir a nadie, reconociendo y pidiendo excusas por sus exabruptos, cuando los tenía. El menaje de su habitación y de su equipo hasta el final era de la más franciscana pobreza.

Su integrismo le haría ser, en ocasiones, áspero y desabrido. En el Capítulo General XIX tuvo una intervención destemplada en defensa de lo legal.

Eso y su mismo apellido «Francoy» le hizo pasar ante algunos capitulares superficiales como un tanto autoritario y autócrata. El mismo don Ricceri le saludaba alguna vez: «Don Maxi, ... uomo terrible.»

La verdad es que de terrible, no tenía nada, si acaso el primer esguince.

Era cordial y comunicativo, incluso hasta lo infantil. Se hacía querer, a poco que se le tratase y se le conociera.

En su primera juventud ensayó versos, como tantos jóvenes aún menos dotados que él. Después, no tenemos noticia de que continuase con tal afición.

Se ve que rectificó y, como el otro, un poco puritano, se hizo la cuenta «de ser la poesía estudio frívolo y convenir dedicarme a otros más serios...».

Compuso un sonetillo al tema de la vocación y su alcance. De él transcribimos estos versos, que son los mejores y los más aplicables a él mismo. Con ellos cerramos este sucinto y pobrísimo apunte:

*«Del mundo huero y traidor
tu corazón se desprenda
y haz de tu persona ofrenda
a mi servicio y amor.»*

JOSE RAMOS MARCOS



Clérigo.
Nació en Urdiales del Páramo (León) el 6-V-1925.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1945.
Falleció en Madrid el 24-I-1950.

El curso de José Ramos es uno de los más numerosos, más completos y de más alto nivel intelectual que han pasado por Mohernando. También es uno de los de más alta perseverancia. Viene a desmentir, de alguna manera, la opinión de los que sostienen que las casas de formación deben estar cerca de los centros de población y no en la soledad. Estos muchachos pasaron en Mohernando los años del Aspirantado, del Noviciado y de la Filosofía, siete años seguidos en total. Salieron a las casas con una preparación más que suficiente y perseveraron en gran número. Compañeros de Ramos eran, por citar sólo algunos de

esta Inspectoría, Aureliano Laguna, Martín Sánchez, Jesús Pablos, Julio Nieto, Laurentino, Santiago... Entonces eran poco más que adolescentes; ahora son hombres entrados en el Otoño de su vida, un poco doblados ya a los años y a los trabajos, después de haber pasado por el tablero de todos los cargos. Y lo mejor es que aún no están agotados. «Aún hay sol en las bardas» de muchos de ellos.

José Ramos habría seguido la misma trayectoria, de no haberse malogrado tan al comienzo de su andadura. Murió al comenzar el tercer año de trienio. Fue como una embarcación que se hunde apenas comenzada su navegación.

Era alto, fuerte y moreno, de voz bronca y casi basto de modales y facciones. No era de los más inteligentes del curso, pero destacaba por su vivacidad y despejo. Era de los que se hacen notar en la conversación, en el patio o en el trabajo material: en los tiempos libres, como decimos ahora. Era abierto, franco y noble. Su vocación brotó en una de esas tierras que han sido propicias para las vocaciones, así como hay otras que son negadas. Ya se sabe que la vocación tiene un poco las exigencias y las condiciones de las plantas. No nacen en cualquier sitio.

Nació Ramos en Urdiales del Páramo, cerca de la Bañeza (León). Al año de nacer, perdió a la madre. Parece que tuvo la fortuna de encontrar otra persona que le dio cariño y buena educación cristiana. Tal vez por haber contado con esos cuidados, no creció triste ni tímido ni con otros defectos que acusan de por vida la ausencia de la madre. Por algo su pérdida es irreparable.

A los trece años abandonó el pequeño mundo que tenía delante y entró como preaspirante en Astudillo. Después de pocos meses de estancia allí, se trasladó a Mohernando. Aquí estuvo hasta el año 1947 en que salió de nuevo para Astudillo, ya como clérigo trienal. Salió del Páramo y volvió al páramo. Pasó toda su vida, como quien dice, en el campo. Sólo cuando le trasladaron a la ciudad, a Madrid, la enfermedad se le desató de manera virulenta.

Comenzó el Noviciado el 15 de agosto de 1944, recibió la sotana el 12 de octubre, de manos de don Marcelino Olaechea y

profesó el 16 de agosto del año siguiente, ante don Modesto Bellido.

Durante el Noviciado se esforzó por moldear en sí la figura del salesiano, bajo las enseñanzas y la mano del buen tallista don José Arce. Logró los progresos de que dio prueba en los años siguientes.

En Astudillo era el asistente solícito por practicar el Sistema Preventivo del que salían «santamente imbuidos», daba clase y hacía de músico, de maestro de música. No sabía mucha, pero llevado de su buena voluntad y de su natural lanzado, la administraba bien: daba clase de canto, tocaba el piano, dirigía las misas y ensayaba alguna zarzuela. Llevaba una de las Compañías y preparaba las fiestas con el entusiasmo que sentía y sabía infundir en los alumnos aspirantes. Lo mismo que hizo en Atocha y lo mismo que hacían todos los heroicos y encomiables clérigos, los alféreces del ejército salesiano. Su deseo y su ilusión era escalar un día cercano las gradas del altar.

La mística de los clérigos era un poco la del noviciado y otro poco la del sacerdocio. Pero el Señor quería de él el sacrificio de su vida, no el de sus manos consagradas.

El día 20 de enero de 1950 tuvo un vómito de sangre. No parecía presentar ningún síntoma alarmante, pero ante lo extraño del episodio, se consultó a un especialista de enfermedades pulmonares, antiguo alumno, que tomó el caso con toda diligencia. Mientras se esperaban los resultados de los análisis y se adoptaban medidas frente a la posible enfermedad, otro vómito más fuerte le cortó la respiración y le causó la muerte. Esto sucedió en la mañana del 24 de enero. Todavía la noche anterior conversó con el Director y con los Hermanos, que le visitaban con frecuencia. Habló de sus clases, de los chicos y de las fiestas de Domingo Savio, que iba a ser beatificado a los dos meses.

Tanto él como los demás hablaban de su restablecimiento y de que volvería a sus ocupaciones ordinarias.

Pronto se vio que las perspectivas no podían ser tan halagüeñas. El mal, como taimado enemigo, venía minando su salud desde bastante antes. Se trataba de un quiste de pulmón.

El día 24, a la hora de la meditación, cuando los Salesianos

se recogían en la capilla, Ramos sintió que su respiración se hacía trabajosa. Llamó al enfermero en voz alta y con acento alarmado.

—¡Los Sacramentos!, dijo. Me siento morir.

Acuden los Hermanos, entre ellos don Emilio Corrales, el Inspector.

Dándose cuenta de su presencia repite con la misma alarma:

—¡Qué me traigan los Sacramentos y el escapulario de la Virgen!

Don Emilio va a toda prisa, vuelve con el escapulario y se lo impone.

El Director le da de nuevo la absolución, mientras el moribundo repite con voz entrecortada el nombre de María Auxiliadora.

El Catequista le administra la Extremaunción, mientras otro lee la recomendación del alma y le sugiere jaculatorias que él va repitiendo cada vez más con voz más apagada. Todos movilizados en torno a él y ayudándole a bien morir. Recibidos todos estos auxilios, como una lámpara que se extingue sola, plácidamente, bajo las miradas de los Hermanos y arropado por el escapulario de la Virgen, murió.

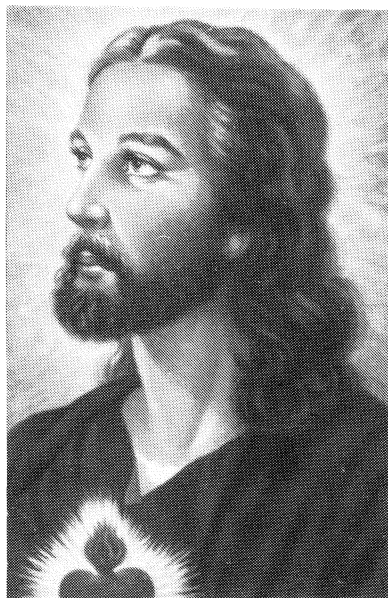
Su muerte fue rápida, pero no repentina ni imprevista.

Pocos días antes, como una ocurrencia más de las suyas —un presentimiento más bien— se había dejado decir:

—De un momento a otro, me asalta otro vómito y me lleva a la eternidad.

Así sucedió un día 24 y en la novena de Don Bosco. ¿Quién no tomaría esta coincidencia a buen augurio, a venturoso augurio?

LEANDRO URRA MEZQUIRIZ



Sacerdote.
Nació en Pamplona el 9-XII-1877.
Profesó en Sarria el 10-IX-1894.
Sacerdote en Valencia el 1-VI-1901.
Falleció en Madrid el **28-I-1903**.

La Inspectoría de Madrid comenzó a funcionar en 1901. Comenzó con ocho casas y 54 salesianos. Las casas eran: Santander (Viñas) y Villaverde de Pontones, Vigo (Arenal) y San Matías, Baracaldo, Madrid (Atocha), Béjar y Salamanca (San Benito).

La casa de Madrid comenzó llamándose «Oratorio de San Francisco de Sales».

Don Ernesto Oberti era el Inspector y al mismo tiempo, Director de Atocha.

El Consejo Inspectorial lo formaban el Inspector, don Ernesto y la llamada «Comisión Inspectorial para la admisión al

Noviciado y a la Profesión, según las prescripciones del decreto *Regulan Disciplinae*». Componían este Consejo o Comisión primera de la Inspectoría don Antonio Castilla, don Epifanio Fumagalli (Director de Béjar), don Pedro Olivazzo, don Ángel Tabarini (Director de Santander), don Ramón Zabalo (Director de Baracaldo) y don Leandro Urrea.

El personal de la casa de Atocha lo completaban, entre otros menos conocidos, don Ernesto Oberti (Director), don Leandro Urrea (Prefecto), don Antonio Castilla (Confesor) y don Joaquín Urgellés (Clérigo). Según eso don Ernesto era al mismo tiempo Inspector y Director de Atocha y don Leandro Urrea era Prefecto de Atocha y Consejero Inspectorial. Tenía a la sazón sólo veinticuatro años de edad.

Podemos observar lo parecidos que fueron, en cuanto a Personal, los comienzos de la Congregación y los de la Inspectoría. Así pasaría en los demás sitios y comienzos por los que iba pasando la Obra de Don Bosco. Se arreglaban como mejor podían. Era la fórmula oportunista, utilitaria y práctica de Don Bosco: «El bien se hace como se puede», en apostolado y en gobierno.

La carta mortuoria de don Leandro la escribió don Ernesto, por razones de superioridad y por razones de afecto. Era su Superior y su amigo. Por algo le eligió como ayudante y adlátere.

La carta es muy breve, sobria y redactada en términos de vivo sentimiento. Se detiene mucho en las circunstancias de la enfermedad.

Hace años salió una norma de los Superiores Mayores dando instrucciones sobre las cartas mortuorias. Decía, entre otras cosas, que no figurase la fotografía del difunto y que no hiciese demasiado hincapié en las incidencias de la enfermedad y detalles de la muerte. Esos eran comentarios para el ambiente cercano y familiar, no para una comunicación general, como debía ser la carta.

Don Leandro Urrea era uno de los 54 salesianos con que comenzó la Inspectoría y uno de los notables, por cierto. Primer Prefecto de Atocha y componente del primer Consejo Inspectorial.

Nació en Pamplona, el año 1877.

Entró a los doce años en la casa de Santander, como alumno.

Hizo el Noviciado en Sarria, el año 1893. Al año siguiente hizo la Profesión Perpetua, sin ningún entretiem po de prueba.

El Trienio y el resto de la formación lo pasó de nuevo en Santander.

«Desempeñó su trabajo —dice la carta— con mucha satisfacción de Superiores, compañeros y alumnos.»

Se ordenó de sacerdote en 1901 y al año siguiente es destinado a Atocha con el cargo de Prefecto.

«Desempeñó el cargo —dice literal y nuevamente la carta— con mucho celo, caridad y prudencia, a pesar de su corta edad.»

En pocos meses llenó y suplió muchos años.

Se ve que era una flor demasiado delicada para dejarla marchitarse en los fangales de Lavapiés. El Señor quiso trasplantarle pronto al Paraíso.

A mitad de diciembre de 1902 comenzó a acusar ciertas molestias. Con cuidados ordinarios, pareció mejorar y desaparecer el peligro de alguna enfermedad más grave. Un tanto delicado todavía, se incorporó a los trabajos de la casa e hizo de Diácono en la misa de media noche de Navidad. A primeros de año, se repitieron los síntomas. El médico de cabecera y el especialista coincidieron en que se trataba de una corriente afección de garganta.

La ciencia iba por un lado, la realidad por otro. El Inspector, muy solícito, a pesar de los informes tranquilizadores de los médicos, le mandó a Béjar.

Le acompañó él mismo y después de hacer las recomendaciones oportunas al enfermo y a los Hermanos de la Casa, se marchó a Salamanca, para hacer allí la Visita Canónica.

Contra lo que se preveía y se deseaba, contando con el clima sano y restablecedor de Béjar, se agrava repentinamente. El médico dice que se trata de una pulmonía gripal infecciosa.

Ante el rápido avance de la enfermedad, se le administraron los Sacramentos y se llamó urgentemente al Inspector.

Las oraciones de todos y la presencia dei Inspector parecieron aliviarle.

«De verdad —dice don Ernesto— doy gracias al Señor, por haberme permitido asistir en sus últimas horas a un hermano tan virtuoso.»

Reveló todo lo delicado que era en sus últimos días: aguantando, obedeciendo y agradeciendo todos los cuidados que se le dispensaban.

Invocaba y repetía fervorosamente los nombres de María Auxiliadora y de Don Bosco. Pidió él mismo la Extremaunción y la Bendición Papal. Respondía con unción conmovedora a las preces del Ritual.

—¿Cuándo celebran la fiesta de San Francisco de Sales?, preguntó al Inspector.

—Yo tal vez la celebraré ya en el Paraíso...

Falleció el día antes de la fiesta de San Francisco, después de una noche de agonía fatigosa, pero lúcida y sin dejar de rezar.

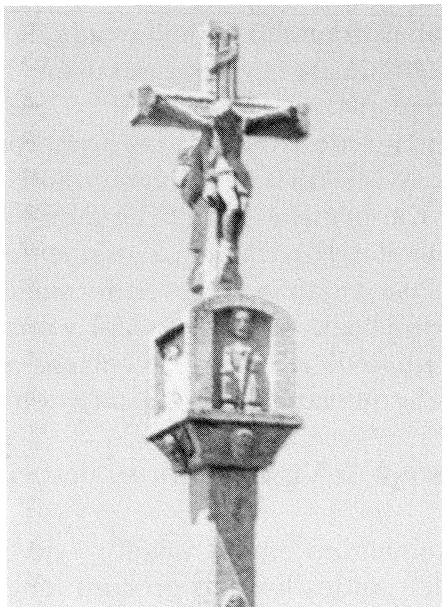
Murió con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en María Auxiliadora. Ella se los abriría a la luz perpetua y a otras realidades.

Don Ernesto Oberti, que escribe la carta con acento conmovido y con el sentimiento de perder a un colaborador tan joven y tan prometedor, no pensaría que le iba a seguir a corta distancia. Al año siguiente él también fallecía frustrando tantas esperanzas y dando motivo a hacer de él parecidos encomios. «Ya están ambos a la diestra del Padre deseado»: el Inspector y el Consejero, el Director y el Prefecto, en compañía fraterna y eterna.

FEBRERO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
2	1909	Clérigo	Ignacio EPELDE ARAMENDI	21	49
4	1958	Sacerdote	Pedro M. ^a OLIVAZZO DELU	87	52
6	1964	Sacerdote	Pedro ROBLES DIAZ	32	63
10	1917	Coadjutor	Ángel VIDAL LOSADA	19	69
17	1921	Clérigo	Ricardo FERNANDEZ GUTIÉRREZ	20	73
22	1974	Sacerdote	Felipe DIEZ FERNANDEZ	76	76

IGNACIO EPELDE ARAMENDI



Clérigo.

Nació en Azcoitia (Guipúzcoa) el 8-VIII-1888.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 22-X-1905.

Falleció en Carabanchel Alto (Madrid) el **2-II-1909**.

En 1904 se inauguraba el noviciado de Carabanchel. Contaba con 22 novicios. De ellos dos eran sacerdotes, 12 clérigos y ocho coadjutores. Los sacerdotes eran don Domingo Astudillo y don Manuel Cabada, el padre Lino; entre los coadjutores figuraban los hermanos Celaya y de los clérigos que hayamos conocido, podemos mencionar a don Marcelino Olaechea, con largo historial, y don Filemón. Entre esa docena de clérigos pioneros, estaba Ignacio Epelde, que de no haberse malogrado con una muerte tan prematura, habría llegado a ser un salesiano tan bien nombrado como otros de aquella promoción afortunada.

¿Cuántos años se necesitarán para volver a reunir un noviciado así?

Ignacio hizo el aspirantado en Villaverde de Pontones, en un edificio de malas condiciones y poca duración. Era inviable para casa de formación.

Nuestro candidato mostró desde los primeros años docilidad, ingenio despierto y afición a la Congregación. Esas cualidades las desarrolló en Carabanchel, en el clima más saludable y en el ambiente propicio del Noviciado, celosamente gobernado por don Pedro, en plena pujanza de joven formador. Fue aquél un año muy bien aprovechado por el formador y por el formando, los dos en la misma línea de esmero y de entrega a un trabajo. Recogemos un detalle que consigna el mismo don Pedro en la carta mortuoria.

—¿Qué haces por la Virgen y por su devoción?, le pregunta un día.

—Leo el testamentino en el comedor —le contesta sin vacilación—. Pues bien, todos los días procuro tener alguna equivocación adrede, para dar lugar a que me corrijan en público y ofrecer esa humillación a la Virgen.

Terminado felizmente el noviciado, es destinado a Atocha. Todavía no se había organizado la Filosofía en la Inspectoría de Madrid, y Epelde con otros compañeros, tiene que llenar el tiempo del trienio con el estudio de esta disciplina, la asistencia a los chicos y clases en el Oratorio Festivo. En todos esos quehaceres se mostró cumplidor y celoso. Se preocupaba de hacer el bien posible a los alumnos sin menoscabo de su provecho espiritual.

Lo menos fuerte en él era la salud. Comenzó a flaquear visiblemente al final de su segundo año en Atocha. Ante esa comprobación, el Inspector, don Ramón Zabalo, guipuzcoano también, le mandó a Santander. Creía que con el cambio de clima se repondría y ayudaría un tanto al personal de aquella casa. No fue así. Pasó su tercer año de Tirocinio haciendo lo que buenamente podía, pero no mejoró. Estaba herido de muerte. En septiembre de 1908 vuelve a Carabanchel no para trabajar ni para estudiar, sino para prepararse a bien morir. Alguna ligera

mejoría experimenta al principio, pero en seguida su salud entra en declive apresurado y acaba con toda esperanza.

Ya se iba familiarizando con el pensamiento de la muerte de tal modo, que hablaba de ella como de tema natural y preferente y hasta le contrariaba que le dijeran, como fácil consolación, que todavía viviría mucho tiempo.

Repetía frecuentes jaculatorias al caso y se hizo leer «La Preparación para la Muerte» de san Alfonso M.^a de Ligorio, por supuesto, en un texto más bonancible y aceptable que aquellas espeluznantes letanías que se usaban entonces para los retiros.

Algún temor al Purgatorio se le mitigó cuando el sacerdote que le asistía, le hizo ver que la enfermedad que estaba soportando era ya purgatorio y ocasión de muchos méritos y antesala del cielo.

Los posibles temores de todo consciente y delicado como era él, se aplacaban cuando pensaba que había rezado muchas veces el avemaria y en cada una había repetido la súplica: «Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...» ¡Cuántas instancias con el mismo ruego! No podían ser desatendidas.

La mañana del día 3 de febrero, como si presintiera ya inminente el desenlace, recibe al enfermero con esta extraña exclamación: ¡Al Paraíso, al Paraíso...!

Poco antes de morir, pidió permiso para entregar el crucifijo al enfermero, en obsequio a sus atenciones, abrió los ojos desmesuradamente, paseó la mirada por los circunstantes, sonrió con dulce expresión y, sin decir ninguna palabra, expiró. La comunidad, que estaba celebrando el retiro de mes, recibió con aquella muerte la mejor meditación.

Era el primero que moría en Carabanchel. «Casa hecha, sepultura abierta.» Por eso causó más impresión su muerte. La casa estaba todavía muy por hacer y por completar. Por eso será más aplicable el otro proverbio: «Casa cumplida, en la otra vida.» Así sería para Ignacio Epelde.

PEDRO MARÍA OLIVAZZO DELU



Sacerdote.

Nació en Zanco da Villadeati (Alexándria-Italia)
el 9-XII-1871.

Profesó en Foglizzo (Italia) el 3-X-1890.

Sacerdote en Santander el 21-XII-1895.

Falleció en Arévalo (Avila) el 4-II-1958.

Le vimos por primera vez en el aspirantado del Paseo de Extremadura. El día era el de Todos los Santos del año 1929. Por la tarde paseaban él y el Director del aspirantado, don Agustín Liaño, por el pórtico en escuadra del edificio de entonces. No estaba cerrado ni tenía cristalerías en arco, como el de ahora.

El día era soleado, de Otoño y la tarde, la de esa fiesta: de las castañas clásicas y de los tres rosarios. Los dos personajes paseaban a pasos largos y con aspecto grave. Nos parecía que debían estar tratando de cosas serias. Obervábamos a don Pedro, que nos habían presentado como hombre importante y,

tanto su aspecto físico como su acento, nos hicieron ver en él algo singular.

Meses después volvió a aparecer con motivo de la clausura de las fiestas de la beatificación de Don Bosco. Nos dio las buenas noches y entre otras cosas, nos dijo: «Me marchó a Astudillo contento y convencido de que Don Bosco triunfa en Madrid...» Por la manera como lo dijo, nos quedamos con la impresión de que era un enamorado de Don Bosco. Más tarde lo comprendimos mejor, cuando nos explicaron más por detalle de quién se trataba. Desde entonces le tuvimos por una personalidad extraordinaria, un tanto mítica dentro del reducido mundo salesiano que nosotros conocíamos. No andábamos descaminados. Es la intuición o adivinación de los niños.

Nació don Pedro en Zanco da Villadeati (Alexándria), en la comarca del Monferrato. Sus padres se llamaban José y Felicidad. Debían ser cristianos de casta a juzgar por los hijos y la orientación que les dieron. Dos de ellos se hicieron salesianos y dos de ellas, Hijas de María Auxiliadora: casi una comunidad salesiana en la familia.

Entró en el Oratorio en agosto de 1885. Tenía ya catorce años y Don Bosco, setenta.

Los alumnos no tenían mucho trato con el santo, pero vivían y respiraban un ambiente netamente «bosquiano». Don Pedro tenía ya edad para discernir y para retener las impresiones que reflejaría muchos años después. «Comíamos mal —decía— pero éramos muy felices.»

En enero de 1888, a finales, el santo estaba ya desahuciado. No quedaba ninguna esperanza humana; sólo quedaba el recurso de un milagro, que los más desconsolados no querían dejar de ensayar. El día 29 se pusieron de acuerdo unos cuantos y con el sacerdote don Berto, tuvieron un gesto original y hermoso. Se comprometieron a impetrar la salud del Padre ofreciendo su propia vida a cambio. Escribieron sus nombres en un pliego, redactaron una petición y lo depositaron sobre el corporal en que iba a celebrar don Berto.

No era una corazonada. Lo pensaron bien. «Señor: Los pobres infrascritos: Pedro Dordina, Luis Orione, sacerdote Joa-

quín Berto, Bernardo Cerri, Pedro Olivazzo... y siete más con sus nombres y apellidos,... a fin de obtener la conservación de su amadísimo Padre y Superior, ofrecen a cambio su propia vida. Dignaos aceptar la ofrenda y escucharnos...» Los nombres y el gesto de aquellos muchachos quedaron escritos en el tomo 18 de las Memorias. Merecen figurar en la mejor Historia de la Pedagogía. Sería interesante conocer la suerte de todos ellos. No sabemos si don Pedro la seguiría; lo que sí es cierto es que el santo no dejaría de tener en cuenta tan heroica tentativa.

Terminados los estudios del Liceo, don Pedro entró en el noviciado de Foglizzo. Don Rúa le impuso la sotana el 20 de octubre de 1889, y emitió su profesión perpetua en Valsalice. Allí mismo terminó los estudios de Filosofía.

Hizo parte del Trienio en Loreto, al lado de uno de los santuarios marianos más famosos. Interrumpió el Trienio para cumplir el servicio militar y terminado éste, es destinado a la casa de Ivrea, como asistente y profesor de Latín de los llamados Hijos de María. Comenzaba su trabajo con el Latín y con las casas de formación, dos tareas que le habían de ocupar muchos años.

En Turín recibe las Ordenes Menores, el Subdiaconado y el Diaconado, este último grado, de manos de don Costamagna.

Parece extraño, pero antes de recibir el Sacerdocio, los Superiores le destinan a Santander, colegio de Viñas. Aquí se ordenará de sacerdote en diciembre de 1895. Antes de arribar a esa meta, no parece que le faltaran dificultades en la primera casa de España que le recibía. En tono de queja, se dirige a los Superiores que le habían destinado. «... Se me había dicho que venía de Catequista y no lo soy... Me parece ver claro que no estoy hecho para esta casa... La naturaleza se subleva, pero me parece tener buena voluntad...»

Y tanto que la tenía, pese a esos testimonios de descontento, defraudación o falta de entendimiento con el Director, don Tabaríni. En todo caso, es interesante saber que un formador tan insigne como él estaba llamado a ser, pasó también por sus momentos de prueba y que en su vocación, tan esclarecida, se interponían algunas brumas. Estaba en el Cantábrico.

De aquí arrancó su larga travesía apostólica, que había de durar cuarenta años como Director, ocho como confesor y otros ocho inválido, aparcado en la vía muerta de una ancianidad inactiva, que no estéril ni sin méritos, Dios sabe en qué medida cotizables.

Villaverde de Pontones fue su primer campo de trabajo como Director de un pequeño aspirantado y algunos novicios que estaban allí esperando a que la casa de Carabanchel estuviera a punto. Era la casa de Villaverde pequeña, provisional y de malas condiciones sanitarias. «Los aspirantes se nos ponían enfermos» diría después don Pedro, que no tuvo unos comienzos muy felices de directorado. Menos mal que su juventud y su celo estaban por encima de cualquier contingencia.

El año 1904, pérdida de vista Villaverde, de la que nunca más se volvió a hablar, los novicios, desperdigados por varias casas, se reunieron en Carabanchel en torno a don Pedro como maestro. Comenzó al mismo tiempo un oratorio, sección que no podía faltar en una obra salesiana. Era director de la casa don Anastasio Crescenci. Al cabo de un año tan sólo, se variaba la plantilla y se optó por nombrar Director y Padre Maestro a don Pedro Olivazzo. Desde entonces y a pesar de no pocas variaciones, Carabanchel se ha mantenido constantemente como casa de formación y oratorio.

No es la casa primera ni la central de la Inspectoría, pero bien se puede decir que es la casa matriz. ¡Cuántos salesianos de esta Inspectoría y de las otras, en una u otra época de su formación, han pasado por el paralelo de Carabanchel! Don Pedro es uno de los «venerables» que han contribuido a darle la solera que nadie le puede discutir. Los brazos abiertos del Sagrado Corazón sobre la cúpula de la contrafachada, a cuántos habrán acogido y amparado. Allí vertió don Pedro los primeros sudores de su fogosidad y trató de infundir en el corazón de sus formandos las virtudes que le caracterizaban: el amor a la Virgen y a Don Bosco, el celo por las almas, la adhesión a las Reglas y la fidelidad a las tradiciones salesianas. Estas fueron sus constantes por todos los sitios por donde pasó: Villaverde, Carabanchel, Ciudadela, Baracaldo, Astudillo, Arévalo... Salvo el de Roca-

fort, todos los colegios estaban en pueblos. Acaso porque se trataba de pueblos, le fue más fácil adueñarse de ellos.

Fue un verdadero dominio el que ejerció en el ámbito de las casas, por su estilo de gobierno paternalista, dominador y santamente totalitario. Le libraba del abuso y de la inculpción, su rectísima intención y un celo que ningún miramiento era capaz de atemperar.

Al año de estar funcionando el Noviciado en Carabanchel, don Ramón Zabalo escribía como resumen de la Visita Inspeccional: «Reina el orden y la normalidad, tanto en las prácticas religiosas como en la moralidad.» Y años más tarde, el último del directorado de don Pedro, vuelva a decir: «Ambiente religioso y moral, satisfactorio. Oratorio floreciente llevado a cabo por los clérigos y los coadjutores.» No era muy expresivo el tal informe, pero se advierten los criterios que regían la buena marcha de las casas.

No le faltaron dificultades en el mismo Carabanchel de los albores, donde él iba forjando a los primeros salesianos a su gusto y medida. Una carta de don Rinaldi lo da a entender —se ve que se desahogaba con los Superiores Mayores—:

«Comprendo toda la pena de tu alma unida a la voluntad de hacer el bien. Mira, querido Pedro: en la vida hay momentos inconcebibles en los que la mente queda turbada, los hombres se le ponen a uno en contra y parece que las buenas obras se esfuman. ¡Animo! Todo pasa.»

Donde hay sol, hay sombras, dice el proverbio. Las palabras de don Rinaldi, tan confortadoramente paternas, reflejan las sombras que le alcanzaban a don Pedro, Dios sabe por qué y a vuelta de muchos consuelos y del buen sabor que le dejaron sus años de Carabanchel.

Después de sus bodas de oro, en la sobremesa que se le dedicó en el Teologado, hacía mención de una escena que se le quedó bien grabada. «... Aquí, estando yo rezando el breviario cerca de la capilla, me pareció ver claramente a don Ernesto Oberti. Me dijo que aquella misma madrugada, había muerto y que estaba salvado...» Yo se lo dije a la comunidad, sin dar al caso ninguna interpretación.

Un telegrama, recibido a las pocas horas, vino a constatar que era así...

Aquellos teólogos, nada proclives a la credulidad, lo creyeron así también.

En 1910, sin que sepamos la razón de un salto tan grande, encontramos a don Pedro Olivazzo en la isla de Menorca, en la pequeña población de Ciudadela.

No es el caso de detenernos en la historia de aquella fundación. Menorca es la tierra más oriental de España y Ciudadela, muy al Norte, es la capital religiosa de la isla. Tiene el atractivo de esos pueblos que tienen Obispo y no tienen Gobernador. Hay en ella resabios árabes y reflejos aristocráticos, dentro de ser un pueblo labrador. Don Pedro entró en Menorca como un brazo de mar. Esta isla que ha conocido la dominación árabe, la inglesa, la francesa y la española, por obra y gracia de don Pedro y en otro orden, conoció también la dominación salesiana. Hizo de María Auxiliadora la Patrona de la isla. El 24 de mayo reviste carácter de solemnidad; dejó bien organizada y floreciente la Archicofradía de María Auxiliadora, la Pía Unión de los Cooperadores y fundó la revista «Nuestro Auxilio», que llevaba a las familias y, al parecer, la sigue llevando, la orientación y la devoción a la Virgen.

Su preocupación no era sólo piadosa; también se extendía a lo social. Fundó la Asociación de Antiguos Alumnos, que llegó a ser floreciente y con ese matiz, y organizó la Sociedad de Socorros Mutuos, muy oportuna en momentos de crisis por los que atravesaba la economía de la isla. Se mantuvo mucho tiempo con ese carácter y finalidad. Cuando falleció don Pedro, el año 1958, entre los telegramas de pesar, llegó uno del Obispado de Ciudadela. Al cabo de más de treinta años, todavía se le recordaba y se advertían las huellas que dejó en la «isla del sol naciente».

El sol de su recuerdo y de su paso benéfico por la isla, no se había puesto.

Y de Ciudadela, a Rocafort, a las Escuelas de San José. No estuvo mucho tiempo, pero dejó bien plantada la devoción a

María Auxiliadora y en marcha una Archicofradía pujante y vibrante de entusiasmo, como el fundador.

En 1920 llega a Baracaldo, no sin cierta nostalgia de las tierras que dejaba atrás. Había trabajado mucho y con éxito y dejaba allí una parte de su vida.

Era duro, práctico y desprendido de adherencias sentimentales; pero era sensible y humano. No es extraño que acusara el cambio entre ambientes tan distintos. Se rehizo pronto, se situó en la nueva parcela de su apostolado y siguió trabajando con los mismos objetivos, el mismo estilo y hasta el mismo lenguaje, tan peculiar en él. En su tiempo llega a su apogeo la devoción a María Auxiliadora que ya otros habían introducido.

La estatua de piedra sobre el nicho de la fachada de la iglesia, en medio de una demostración apoteósica, las procesiones multitudinarias de los 24 de mayo, la proclamación de María Auxiliadora como Reina y Patrona de Baracaldo, las capillas domiciliarias y la atmósfera que se creó en torno al colegio de simpatía, de admiración y sensibilidad salesiana, son los frutos de una labor abnegada, de una entrega sencilla y total de aquellos hombres que buscaban el bien de los hijos del pueblo y su promoción integral: en lo humano, en lo profesional y en lo espiritual.

También aquí conoció don Pedro momentos de recesión económica y de sombría situación: despidos de obreros, huelgas, revueltas. Don Pedro se hacía eco y clamaba angustiado: «Confía, Baracaldo, en tu Reina en estos días de tribulación, de amargura. Pronto volverá el trabajo a tus fábricas, que son la maravilla del mundo entero y con el trabajo entrará nuevamente la abundancia en tus casas y la paz en tus hogares...» Le afectaba también aquí la cuestión social y, a su manera, trataba de solucionarla, bien que sin latiguillos demagógicos y sin fórmulas de sofisticada sociología. Por todo ello se ganó el aprecio de los baracaldeses y podía decir, ya al final de su vida, cuando las ideas se le iban esfumando y no le quedaban más que vagos recuerdos: «En Bagacaldo me queguían mucho.» No quererle, hubiera sido una ingratitud y una injusticia.

Astudillo, Penango, Bolengo —estos dos últimos, destinos

provisionales durante la guerra civil española— y Astudillo de nuevo llenaron sus restantes años de Director. Volvía de nuevo a trabajar con las vocaciones y esta vez, con las vocaciones misioneras. Decir vocación misionera es decir una vocación más acrisolada y lo más medular de la formación. De Astudillo los aspirantes pasaban a Italia, para hacer allí el Noviciado, la Filosofía y desparramarse luego por el mundo, en misión de misioneros, valga la redundancia.

De los muchachos que iban de Astudillo a Cumiana, decían los Superiores sobre su preparación y su temple. «Acaso traigan una menor preparación cultural que los de Italia; pero son muchachos sin pretensiones, humildes, sacrificados y piadosos.» Esas virtudes había tenido buen cuidado de inculcárselas don Pedro Olivazzo. El ambiente, de suma austeridad, hasta de penuria, era muy a propósito para sacar tales candidatos a misioneros. Salían bien entrenados en el sacrificio. En la tranquila villa

En la tranquila villa palentina, don Pedro, además de cuidar a los aspirantes, darles clase de Latín, de Religión, que él se encargaba de acreditar y de exigir como asignaturas principalísimas, atendía también al inomisible oratorio festivo, mantenía vivo el culto de la iglesia de Santa María y convertía al pueblo poco menos que en una sucursal de Valdocco. Fruto de ello son las vocaciones salesianas salidas de Astudillo: más de medio centenar entre salesianos y salesianas. Ninguna localidad la aventaja en ese aspecto. La fama de don Pedro se adorna con una referencia de milagro: «Un carro pasó sobre el cuerpo de una niña sin hacerle daño, gracias a la intervención de don Pedro, que invocó a María Auxiliadora en el momento del percance.»

Cuarenta años siendo Director, habían creado en él una segunda naturaleza.

¿Qué extraño es que le costara dejar de serlo? No era vanidad ni ambición lo que le apegaba al cargo; era una especie de conciencia de elegido, de necesidad de emplearse en lo que le parecía era su personal vocación: salesiano —director, como otros eran salesianos, coadjutores, sacerdotes o cooperadores...—. Se decía maliciosamente que los Directores de enton-

ces, cuando asumían el cargo, entraban en una especie de vida perdurable. A don Pedro le debió pasar algo de eso, aunque con una incuestionable y rectilínea buena voluntad.

En Atocha, Mohernando, Carabanchel, Estrecho, por donde fue pasando a partir del 1942, era un salesiano más de la comunidad: el confesor autorizado, siempre disponible, que pronunciaba las absoluciones con énfasis y con cierto gozo, el que llegaba el primero a la meditación, al comedor, al patio. Jugaba a las bochas, tan en serio como si se tratase de un trabajo de responsabilidad, y hablaba del pasado, no con demasiada añoranza ni con cargante reiteración.

En 1947 fue destinado a Arévalo. Otra vez con aspirantes. Era su destino, ésta vez su destino final. Pasó tres años normales, cumpliendo a satisfacción su oficio de confesor bien experimentado en la dirección de conciencias. Rezaba el rosario una y otra vez y predicaba siempre que se le ofrecía ocasión y siempre en su tono y con su temática.

En enero de 1950 fue a predicar Ejercicios a las Clarisas de Rapariegos (Segovia). El día 21, mientras celebraba la Misa, sintió un fuerte dolor de cabeza, tuvo un desvanecimiento y perdió la conciencia. Se trataba de una trombosis cerebral. El esfuerzo que hacía siempre que hablaba, poniéndose rojo, cerrando los ojos, apretando los puños y teniéndose que secar a cada paso el sudor, le tenía que hacer terminar así. Predicaba con toda el alma y con todo el cuerpo.

Aquel percance fue un verdadero accidente de trabajo pastoral.

En Rapariegos y aquella mañana de invierno, don Pedro dejó de ser él.

Las personas longevas, como los días largos, también tienen su ocaso y, a veces, demasiado largo y triste.

Desde entonces su vida no era más que tiempo mal vivido. No era «compos sui», sino un sujeto que se mueve, vegeta, siente y hace sentir.

Todos se desvivían por tenerle tan atendido como merecía; no obstante, esa buena intención él no siempre la advertía y lo interpretaba todo a su manera, unas veces chocante, otras veces

disparatada hasta lo risible. Era un árbol gigantesco sin sombra, un cóndor sin alas, con la lastimosa coincidencia de que, como el cóndor que no puede ya volar se suicida, él también, en su demencia senil, tenía conatos de violencia.

Su fuerte fibra monferrateña le permitió irse debilitando durante ocho años, él que había pasado años y años sin la más leve molestia. Esa misma fortaleza le hizo, a lo mejor, ser excesivamente fuerte con los que no tenían una resistencia tan a prueba como la suya. Algo parecido le había pasado con la disciplina, la observancia, el trabajo, la virtud de los demás.

Había sido un entusiasta de los grandes salesianos, un imitador a ultranza de Don Bosco. Como dijo alguien en el campo de las Letras, «Bienaventurados nuestros imitadores, porque de ellos serán nuestros defectos...» A lo mejor pasa lo mismo con los santos.

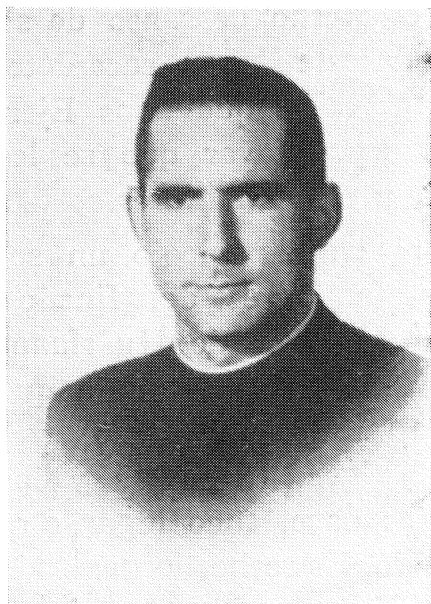
Falleció don Pedro en la madrugada del 3 de febrero de 1958. Tenía ochenta y siete años de edad. Apenas saberse la noticia, empezaron a llegar los testimonios de pésame de los Superiores Mayores, de don Marcelino Olaechea, del antiguo alumno que le saludaba siempre besándole la mano, de las casas por donde había pasado, de la gente toda del pueblo, esos testimonios postumos que recuerdan de golpe la importancia del difunto, cuando parecía que ya todo el mundo le tenía olvidado. Aquella mañana Arévalo se levantó con un poco más de frío y un poco menos de luz: la de los ojos cerrados de don Pedro azules, vivos, abiertos siempre para advertir los fallos, ojos de incansable asistente, de Argos salesiano...

En la sobremesa ya mencionada de sus Bodas de Oro Sacerdotales, nos contó también que una vez, estando en Bolengo, durante la pausa de nuestra guerra, «una noche se sintió de pronto invadido de una extraña sensación de bienestar, una sensación que no podía explicar; sólo decir que era extremadamente deleitosa, como una ráfaga de beatitud...». Tal vez no conociera los versos de san Juan de la Cruz que recuerdan una situación parecida:

*«Éntreme donde no supe
y quédeme no sabiendo
toda ciencia trascendiendo...»*

Desde el día 3 de febrero de 1958, día de San Blas, el santo de las gargantas bien timbradas, sin defectos guturales como el que le aquejó a él toda la vida, don Pedro estará ya en la celestial mansión de la que ya no hay riesgo de salir.

PEDRO ROBLES DIAZ



Sacerdote.
Nació en Málaga el 1-III-1932.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1951.
Sacerdote en Carabanchel Alto (Madrid) el 24-VI-1959.
Falleció en Madrid el 6-II-1964.

De Pedro tenemos demasiadas pocas cosas que decir, para lo que hubiera dado de sí, de no haberse malogrado. Prometía más de lo que tuvo tiempo de hacer.

Su muerte fue una muerte casi anunciada por él mismo. Tenía el presentimiento de que iba a morir joven, apenas llegado al sacerdocio. Si lo hubiera dicho entre sus compañeros, se lo habrían tomado a broma de mal gusto y romántico. Tan entero, ágil, deportista y bien portado le veían.

Nació el 1 de marzo de 1932. Nació con el año, un año de

República recién estrenada y estrenada ya para aquellas fechas con peripecias nada lisonjeras.

Hacía pocas semanas que se había proclamado la Constitución de 1931 y estaba en marcha el bienio de Azaña, entre otras facetas, desarticulador del ejército. El padre de Robles era militar y tuvo algo que ver con las medidas más que de reforma, de desmoche, que emprendió el intelectual metido a político.

Nació Pedro en Churriana, aldea de Málaga, la ciudad luminosa del Mediterráneo, ciudad moliciosa, alegre y perfumada de rosas, lilas y claveles a granel. Su infancia primera transcurrió a orillas del mar, a la sombra de magnolios, palmeras, eucalipto y araucarias. No era el ambiente más propicio para despertar vocaciones. Más que el ambiente exterior le ayudó el clima de la familia, cristiana y austera. Su madre se llamaba Pilar y su padre Enrique.

Murió joven y en plena carrera militar. De ese hecho tal vez sacaría Pedro su presentimiento de muerte temprana. Y este mismo presentimiento orientaría su vida y le ayudaría a madurar su resolución, la misma que alguna vez oiría comentar de san Francisco de Borja a catequistas y predicadores: «No quiero servir más a señor que se me muera.» En realidad, poco tiempo había tenido de servirle.

Entró como alumno interno en el Colegio de Santa Bárbara, colegio para huérfanos de militares. Estaba situado en Carabanchel Alto y eran capellanes los Salesianos del Teologado. Don José Antonio Rico, don Casto Moro, don Tobías y don José Luis Bastarrica fueron pasando en turno rotatorio como iban pasando también por otros centros y comunidades. Era una de las incumbencias de aquellos sacerdotes, dedicados a la enseñanza y a la pastoral.

Don José Luis fue el que le conoció más a fondo, le orientó en el «discernimiento de espíritus» y en la elección de estado.

El caso es que Pedro, que era un aspirante más a cadete, muchacho normalísimo, de buen temple, piadoso sin exageración y deportista, lo pensó bien y cambia la Academia General por el Noviciado.

Lo hizo en Mohernando, el año 1950-51, bajo la dirección de

don José Arce. De todos es conocido el estilo de don José y su manera de hablar y tratar.

A Pedro, a propósito de su extracción militar, le llamaba «teniente arruinado.» El recibía el piropo con aire festivo.

Estudió la Filosofía un poco por libre y por breve, ya que los otros estudios los tenía hechos y aprobados.

El Trienio lo pasó en Salamanca, en el Colegio de María Auxiliadora. Ya no eran los tiempos de la «edad de hierro» que le habían dado fama de disciplina a ultranza, pero todavía conservaba prestigio de colegio de orden y altura de estudios. Cuando Pedro hizo el Trienio formaban parte del personal salesiano 14 clérigos. El Inspector, que a la sazón era don Emilio Corrales, muy encariñado con el colegio, solía mandarlos escogidos. Pedro era uno de los clérigos más responsables y menos conflictivos.

Como tenía experiencia de colegial, llevaba a los chicos con naturalidad y sin ninguna estridencia. Era serio, pero comprensivo. Trataba a los alumnos con consideración, era comunicativo con ellos, más de lo que se estilaba en general y tenía fama de buen futbolista.

Una vez, haciendo la lectura después de la misa, desde el pulpito, tuvo un lapsus. En una anécdota en cuestión, cambió la palabra asombro por la palabra «sombbrero». Y con el sombrero de todos —leyó—, se marchó, para el pueblo.

Todos se dieron cuenta de la facha que tendría el tal sujeto con el «sombbrero de todos», Pedro mismo se corrigió y el error causó la hilaridad general. Al salir de la iglesia y en el comedor, todos coreaban el desliz.

Pedro lo rió también, sin sentirse contrariado. Entre los chicos, el error hubiera dado lugar a una rechifla, si se hubiera tratado de otro.

En cierta ocasión una madre vino a quejarse de un castigo que don Pedro había impuesto a su hijo. El Director llamó a Pedro y le pidió explicaciones. Sin que él supiera que la madre le estaba escuchando, las dio tan correctamente y en unos términos tan razonables, que el Director le hizo ver a la querellante:

—Usted me dirá si un profesor que se explica de esa mane-

ra, sin saber que estaba usted delante, no es responsable y comedido en lo que dice y en lo que hace. Ella se quedó convencida.

Volvió a Carabanchel para estudiar la Teología. Otra vez se encontraba en el Carabanchel de sus comienzos y con el que había sido su capellán y ahora era profesor de Moral: don José Luis Bastarrica.

Le conocía por dentro y por fuera. «Tenía —dice de él— un carácter jovial, noble, bueno de verdad. Desde los años de colegial llevaba al día sus apuntes espirituales, que alguna vez me dio a leer. En ellos se reflejaba un alma bondadosa, sincera y transparente como el cristal.»

Fue destinado al Colegio de Ferroviarios, encargado de los aprendices de la RENFE. Era un _____ con funcionamiento y disciplina propios. No tenía _____ de fácil ni de ser un aliciente para la buena marcha general del colegio. Pedro tuvo que pechar con ellos, que no le hicieron del todo felices los dos primeros años de sacerdocio. No eran los alumnos llevaderos del Colegio de María Auxiliadora.

Fue destinado al año siguiente al Colegio de San Fernando, como Consejero de la sección profesional. No tuvo tiempo de hacerlo mal ni de hacerlo todo lo bien que, en su seriedad, se había propuesto. Con obediencias demasiado movibles y cortas a él y a cualquiera les pasaba como a las avellanas: no daba a tiempo a conocer si eran fruto o madera. Volvió al cabo de un año a Ferroviarios. Esta vez con la doble encomienda de ayudar al Colegio y hacer la carrera de Ciencias Físico-Químicas en la Universidad Central.

Su deseo y su proyecto eran, una vez terminada la carrera que emprendió con gusto y no sin provecho, continuar en el Colegio, _____ de lleno a los alumnos y elevar el nivel intelectual y humano de aquellos chicos.

«Algunos quieren _____ para ser conocidos y esto es vanidad. Otros quieren saber por saber y realizarse, diríamos ahora, y esto es justicia.

Otros quieren saber _____ poder enseñar y esto es caridad.»

Eso le movía a Pedro Robles. La pena fue que no pudo realizarlo.

Llevaba unos meses estudiando. El día 2 de febrero, fiesta de la Candelaria, se metió en cama aquejado de gripe. Eso parecía a él, a los Salesianos y al médico. Le recetó los remedios corrientes y medicinas al caso.

Por aquellos días tenía un examen que le interesaba no perder.

Fuera que las medicinas no fueran las indicadas para él, —por aquello de que no hay enfermedades sino enfermos— o fuera que él se sobrepasara en la aplicación de la dosis, el caso es que la reacción fue fatal y de una gravedad irreversible. En cuatro días la pujanza de su juventud y su fortaleza de piedra y de roble, a la que hacía alusión su nombre y su apellido, quedaron abatidas. No hubo tiempo más que de advertir la gravedad y de aplicarle los auxilios espirituales. Eso sí, todos y con entero conocimiento de él.

Oyó una misa «in extremis» que don Alejandro celebró en la capilla de la enfermería, se confesó, recibió la Unción de los Enfermos y se le leyó la recomendación del alma. No quedaba nada que hacer en lo temporal ni quedaba nada por hacer en lo espiritual.

Los alumnos que estaban en la enfermería, apenas se dieron cuenta del proceso. Recibieron con consternación la comunicación del increíble desenlace. Don Pedro Robles acababa de fallecer. El dolor de todos fue inmenso.

Fueron pasando por la capilla ardiente; los mayores pidieron, por favor, que se les dejase velar el cadáver junto a los Salesianos y los familiares.

Menudearon las confesiones y las comuniones en sufragio del querido difunto y la impresión y el efecto fueron tan hondos como si se tratara de unos Ejercicios Espirituales. La muerte de don Pedro fue el gran revulsivo.

Los funerales fueron solemnes y concurridísimos en el Colegio de Ferroviarios, en el Colegio de Málaga a donde fue conducido el cadáver para depositarlo en el panteón familiar, y en el colegio salesiano de Estrecho, donde los profesores y alum-

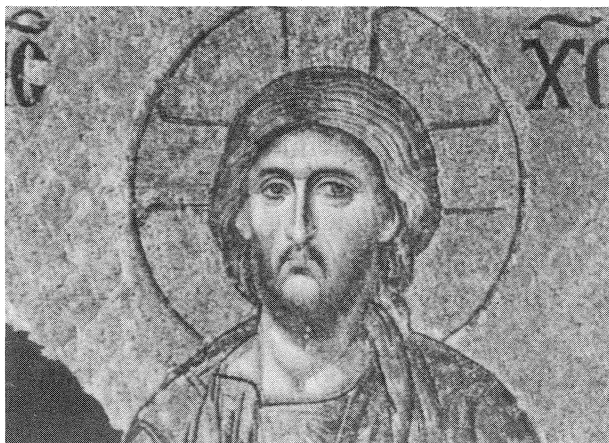
nos de la Universidad le ofrecieron también una Misa el día 7. Sufragios bien copiosos le acompañaron. No era para menos, se lo merecía el buen amigo, el celoso salesiano y el joven sacerdote de tan prometedoras condiciones.

El poeta Francisco Villaespesa dedicó un soneto a un joven artista. Lo termina con un terceto así:

*«Que nunca tu sonora juventud tenga ocaso.
Y que el amor y el arte arrojen a tu paso
un manojo de rosas y un ramo de laurel»...*

En un tono menos poético, igualmente sentido y más cristiano, todos los que conocimos a Pedro y le guardamos el aprecio que nos mereció, pedimos a Dios que le tenga en su seno y le premie lo hizo y sobre todo, el bien que quiso hacer y que, con el tiempo y la ayuda de Dios, habría hecho.

ÁNGEL VIDAL LOSADA



Coadjutor.

Nació en Lugo el 1-III-1898.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 26-VII-1916.

Falleció en Carabanchel Alto (Madrid) el 10-II-1917.

Una vez más tenemos que dedicar el apunte a un salesiano joven fallecido en Carabanchel. ¡Cuántos van ya! La muerte parece haberse cebado en esta Casa. Han muerto en ella Salesianos de todas las edades, pero principalmente jóvenes. Todos parece que eran ejemplarmente buenos, candorosos y predestinados.

Ya suponemos que no eran sólo razones providenciales y de mística las que empujaron a una muerte prematura y lamentable. Mediaban otras **tristemente coyunturales**.

Aunque no sea rigurosamente exacto el diagnóstico de un testigo de aquellos años de Carabanchel, vivo en la actualidad y de

mucho crédito, la penuria material tuvo su buena parte de culpa.

«Los inquilinos de la Casa —dice textualmente— estaban todos desnutridos, demacrados y macilentos...» Tómese como se quiera este juicio menos por calumnioso, disparatado y falso testimonio. «Nuestra vida en Carabanchel —añade— transcurrió así todo el año: en un ambiente de verdadera penuria económica y pobretería...» Téngase en cuenta que eran los años de los comienzos de la Casa, siempre apretados y que coincidían con los años álgidos de la guerra mundial. Nos referimos al año 1917, que fue el del fallecimiento de nuestro biografiado, Ángel Vidal Losada.

Nació en Lugo, 1 de marzo de 1898. Año de desastre y malas calendas.

Se quedó huérfano a los pocos años. Un tío suyo se hizo cargo de él.

Deseoso de darle una educación segura y cristiana, le llevó al Colegio de Vigo (San Matías).

Hizo los estudios elementales, con buen resultado, y continuó haciendo el Magisterio, en la noble intención de ser un día maestro salesiano. Eran los indicios de su vocación.

Fue a Carabanchel para hacer allí el Noviciado. Terminado satisfactoriamente el año de prueba, emitió sus votos trienales el 26 de julio de 1916.

Los Superiores ya hacían planes sobre él. Virtuoso, inteligente y preparado, podía dar buen juego en cualquiera de los colegios de la Inspectoría, todavía tan en formación.

Le mandaron a Sarria para perfeccionarse en la música. Sólo estuvo allí dos meses. Un catarro maligno vino a frustrar los planes suyos y de los Superiores y a sembrar en su organismo endeble el germen de la enfermedad vitanda que debía conducirle a la muerte.

La dolencia era larga, lenta. Arruinaba el cuerpo, pero despejaba la mente. No quitaba la capacidad de pensar ni las ganas de vivir. En todo el tiempo que duró, varios meses, no se le escuchó una queja de irresignación o de impaciencia. Parecía que

la fiebre se convertía en fervor y ponía en temperatura su piedad, su delicadeza y su espiritualidad.

Comulgaba regularmente los jueves y los domingos, que eran los días de comunión permitida.

El día 1 de febrero recibió la Extremaunción y al día siguiente, día de la Purificación de Nuestra Señora, al terminar la función de las Candelas, se le administró el Viático, solemnemente, con toda la comunidad delante y con las velas recién bendecidas de la ceremonia en sus manos. El paciente completaría el rito y haría suyas las palabras del Anciano Simeón: «Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz...» Un siervo de pocos años y tan lúcido y consolado como Simeón...

«¡Qué satisfacción y santa alegría en el querido enfermo!», dice la carta mortuoria. «Todos quedaron edificados. A todos hablaba de Don Bosco y de María Auxiliadora...»

Había pedido a la Virgen la gracia de morir en un día consagrado a Ella.

Y así fue. El sábado, 10 de febrero, sobre las nueve de la mañana, la hora en que dan comienzo los trabajos normales, plácidamente, expiraba en el beso de Dios.

Firmaba la carta don Honorato Zóccola, Director de la casa de Carabanchel, hombre probo y sencillo, salesiano de la primera hora, cocido en el horno de Valdocco y pan bueno moldeado por Don Bosco. El también fallecía al poco tiempo, un año más tarde, cuando contaba sólo cuarenta y un años de edad.

La muerte pasaba una y otra vez por Carabanchel, el de entonces.

Ahora parece que sus visitas son más espaciadas, más tenebrosas y sin aquel halo de luz, de ejemplaridad y de consuelo de aquellos tiempos heroicos y santos.

¿Será que la muerte se ha hecho también distante y más esquiva...? Nadie tendrá a alturas noticia ni de la vida ni de la muerte de este salesianito, Ángel Vidal Losada. Sirva este apunte deshilvanado para repetir el nombre de un salesiano más de los que nos han precedido y allanado nuestro camino. El se dé por recordado y sacado de alguna de un injusto olvi-

do. Cada uno de estos salesianos lejanos y sin historia podía decirnos a cada uno de nosotros entre ruego y mandato: «Di tú que he sido...»

RICARDO FERNANDEZ GUTIÉRREZ



Clérigo,
Nació en Baracaldo (Vizcaya) el 3-IV-1901.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 24-VII-1919.
Falleció en Carabanchel Alto (Madrid) el 17-II-1921.

Ricardo era de los de don Ramón Zabalo en su Director. Sintió la vocación desde muy la sin y tuvo tiempo de ella.

Su carta mortuoria, breve, sin y con cariño, la escribió don Marcelino **Olaechea**, y vocación de don **Ramón Zabalo**.

Cruzando la se de a mar, del Cantábrico al el en **Campello**.

A Carabanchel vino, para comenzar su noviciado, en 1918. Fue su padre maestro don Antonio Castilla, catequista de la casa al mismo tiempo. Eran 34 novicios, 20 clérigos y 14 coadjutores. Entre sus compañeros se encontraban don José Arce, don Leandro Ayuso, don Nazario, don Gabriel Martín y el señor Codera. En las familias cuentan para la educación no sólo los padres, también los hermanos; en la formación cuentan igualmente los compañeros. ¿Cómo no iban a influir individuos que después habían de adquirir una personalidad como la que evocan esos nombres tan respetables?

Hizo su noviciado con aquel afán de quien sabía que del noviciado se tiene que salir transformado en otra persona: «Exi alius.»

«Poco dura la alegría en casa del pobre.» A los seis meses nada más de hacer la profesión, cuando se encontraría entregado con ardor al estudio y al trabajo de la Filosofía, le asaltó una enfermedad penosa y entonces fatal e incurable en gran parte de los afectados: la tuberculosis.

Todo el resto de su breve vida lo ocupa ya la enfermedad: el sacrificio y el ejercicio de virtudes a que da lugar.

En sus años anteriores había dado pruebas de ser reflexivo, amante del trabajo, sociable hasta hacerse querer de los compañeros. Con el Superior era dócil y abierto, «como para permitirle conocer todos los secretos de su corazón». Tenía las condiciones recomendables para un gran «formando» y para haber llegado a ser un salesiano equiparable a los que habían de ser varios de sus compañeros. La enfermedad le probó bien duramente y le permitió dar muestras de una resignación admirable. Su piedad se hizo más profunda y convencida, no dejó que su ánimo se abatiera ante los dolores, la soledad obligada y las contraindicaciones de una enfermedad «vitanda».

«Fue un pequeño don Beltrami», decía el padre maestro. Ejerció, a su manera, el apostolado del sufrimiento con toda la intensidad de un jovencito que tiene alma limpia, fervor de elegido y sensibilidad de artista. Todo ello en la flor de los años.

«No dudo —dice don Marcelino Olaechea— de que sus oraciones y sufrimientos habrán sido fuente copiosa de gracias para esta casa.»

En su delicadeza, lamentaba el trabajo que estaba dando al enfermero y los gastos que originaba su enfermedad. Todo lo que se hacía con él le parecía excesivo, como si no se hiciera en justicia.

«En los trece meses que duró su enfermedad, se puede asegurar que no tuvo más voluntad que la del superior.

El primer día del mes de san José, cuando en la capilla iba a comenzar el ejercicio, me acerqué a su cabecera con otros sacerdotes de la casa. Le pregunté:

—Ricardo, ¿quieres que te recomiende el alma al Señor?

—Como usted quiera, contestó con poca voz y mucha afabilidad. Fueron sus últimas palabras.»

Apenas terminar de rezar las letanías y el rosario. —¡Qué oportuna se hacía la súplica «ahora y en la hora de nuestra muerte...»!—, su vida se apagó y entregó su alma a Dios, que nos lo había dado para que nos sirviera de ejemplo de grandes virtudes.

Cabía preguntarse ante el ejemplo de una vida tan joven y tan lograda:

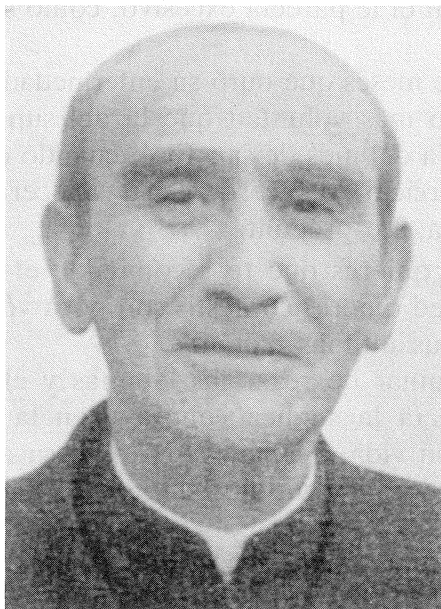
«¿Somos los hombres de hoy aquellos niños de ayer?»

La casa de Carabanchel se habrá levantado, tan venerable ella, sobre el trabajo y la acción de muchos salesianos beneméritos y también no menos sobre la pasión y los sufrimientos de otros, como este jovencito, del que apenas nos queda más que el nombre y un halo de recuerdo. Don Marcelino, que al escribir su carta mortuoria, lo haría con el sentimiento hacia un hijo y a un paisano malogrado, termina: «Su recuerdo permanecerá imborrable entre nosotros.» Bien podemos creer que no era una promesa fácil llamada a perecer al poco tiempo. «Cuando digo siempre, entiendo decir hasta mañana...»

Juan Pablo II escribió en 1981 un documento titulado «Doloris salvifici».

Desarrolla el valor salvífico del dolor y la fuerza evangelizadora del sufrimiento. Esa misma doctrina la encontramos asimilada e inculcada vitalmente por Ricardo y por cuantos han tenido, como él y cerca de nosotros, un final parecido y tan ejemplar.

FELIPE DIEZ FERNANDEZ



Sacerdote.
Nació en Los Tremelios (Burgos) el 26-V-1898.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1918.
Sacerdote en Campello (Alicante) el 19-VI-1927.
Falleció en Madrid el 22-II-1974.

El semblante de don Felipe, para los que no tuvimos ocasión de tratarle muy de cerca, reflejaba sencillez y «bonomía». Eran las virtudes de su terruño, los Tremelios, un pueblecito próximo a Burgos, de clima duro y suelo pobre, cercano al páramo y remontando la ruta de los faramontanos. Su padre era el maestro, cuando un maestro no es un funcionario bien pagado, sino un empleado menesteroso. Se le murió a los cinco años. «Desde entonces, dice el mismo don Felipe, anduve como un cordero sin pastor.» Un cordero que acabó por entrar en el redil de la Congregación.

Se inclinaba hacia la Iglesia, pero no quiso hacerse marista. Huyó de un reclutador de vocaciones de esa congregación. En cambio, no opuso ninguna resistencia a irse con los Salesianos, cuando conoció a don Enrique Sáiz, que fue quien le llevó a Carabanchel. Buen introductor tuvo. Rozaba ya los quince años. Cuando le expuso a su madre el propósito, ésta lo sintió, porque el muchacho estaba ya en edad de empezar a ganar y ella lo necesitaba. No obstante, como buena cristiana, se resignó y le dejó marchar.

«El 24 de septiembre de 1913 —seguimos la relación del mismo don Felipe—, a las cinco de la tarde, entré en Carabanchel. Fui recibido con mucho cariño por todos los Salesianos.» Muchacho humilde, de pocas pretensiones y buena memoria, así de presentes tenía el día, la hora y las circunstancias de su primer encuentro con el mundo salesiano.

Hizo el primer año de aspirantado en Carabanchel y lo continuó en Campello.

Volvió a Carabanchel para hacer el Noviciado y la Filosofía; en Madrid y Alicante el trienio, que forjaba a los clérigos, les descubría la vida salesiana y hacía encariñarse con ella. Como Campello y Carabanchel se repartían todo el tiempo de formación de los salesianos de entonces, a Campello volvió a hacer la Teología. Celebró su Primera Misa en Alicante y allí rompió las primeras lanzas como sacerdote y predicador. El primer sermón lo preparó mucho, le salió entonado y pomposo. El mismo lo reconoció y se hizo para lo sucesivo la advertencia de Don Quijote: «Llaneza, muchacho, llaneza. Baja el tono y no te encumbres.» Después procuró ser más breve, más sencillo y más al alcance de todos.

Siguiendo sus pasos, le vemos cinco años en Valencia, uno en Barcelona; dos en Pamplona, después de la guerra, a donde volvió después de otros cinco años pasados en Alicante. La mala salud le obligaba a y desandar destinos.

Esa misma razón le obligó a cambiar de Inspectoría y venir a Madrid en 1945.

Hombre de tierra adentro, le sentaba bien el clima de la capital. Aquí pasó los restantes, uno en La Paloma y diecio-

cho en Ferroviarios. Esas fueron las metas de su peregrinación, una peregrinación sin ruido y sin espectacularidad. Don Felipe, como las personas honradas, tiene poca historia, pero respetable.

Los datos que transcribimos se los debemos a El mismo. Al incorporarse a filas, en enero de 1939 y en vísperas de una operación, se creyó en el caso de consignar sus datos personales. Fue una previsión y una delicadeza que le tenemos que agradecer. La movilización resultó breve y sin azares, porque no quedaban más que dos meses de guerra, y la operación fue sencilla, pero los datos que nos dejó han servido para hilvanar su biografía. Las notas personales que nos dejó son objetivas, estrictamente objetivas, sin nada de autoalabanza y ninguna valoración sobre personas o hechos.

No tenemos datos para pensar si tenía o no profunda inteligencia, sí tenía mala salud, clara memoria, bondad de carácter y conciencia de religioso observante y sufrido. Sus achaques los soportó él sólo, incluso la última enfermedad.

Fue una pulmonía que él soportó como un resfriado corriente y que degeneró en un fallo de corazón. El resfriado degeneró en pulmonía y la pulmonía, mal curada, provocó una asistolia. Una enfermedad sufridamente prolongada y una muerte rápida, inesperada, a no ser por él, que la vería venir en secreto, como en la letrilla de santa Teresa: «Ven, muerte tan escondida, que no te sienta venir...»

Murió el 22 de febrero de 1974. Al funeral asistió toda la institución de Ferroviarios, Directores y Salesianos y Salesianas de Madrid. Don Felipe presidía la ceremonia «corpore insepulto». Nunca se había visto centro de tanta reunión y atención.

La casa de Ferroviarios le pagaba con una despedida así, su permanencia de dieciocho años, su colaboración como bibliotecario, maestro, asistente a su manera y, sobre todo, confesor.

«Durante dieciocho años, siempre he estado a disposición de todos en el confesonario.» Ya es bastante servicio ese que permite observarlo todo desde una rejilla, aunque obligue a no remediar nada exteriormente. El confesor es un agente de manos atadas.

Como bibliotecario era escrupuloso en cuidar los libros, y en hacer notar lo que pudiera aparecer inconveniente en imágenes o doctrina.

Como religioso era fiel, nada mundano, ni complaciente con lo que tuviera asomos de mundano.

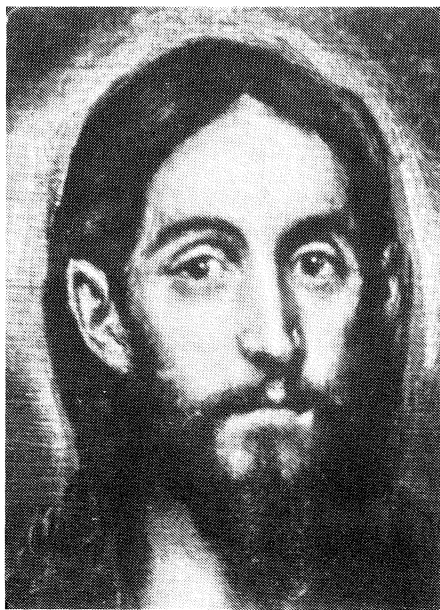
Como confesor, no sabemos si conocía la doctrina de don Cafasso pero el mensaje y un altísimo aprecio de este sacramento, sí que lo tenía.

Dieciocho años en una casa entregado a este ministerio sin reservas, más que metido, fundido en el confesonario, hace aplicable a él el testimonio del preclaro protector y asesor de Don Bosco: «... Un sacerdote con fe se siente encendido en deseos tan ardientes de administrar este sacramento, que casi llega a clavarse en el mismo, olvidándose de los demás, incluso de sí mismo...». Es interesante el testimonio de un experto en confesiones, en un tiempo de confesión en baja.

Don Felipe Díez lo entendía así. A eso debería en parte la apariencia de placidez final, nada desfigurado, transpirando paz, esbozando casi una sonrisa de benevolencia y de satisfecha tranquilidad.

Parecía proclamar sin palabras la novena bienaventuranza: «Bienaventurados los justos que mueren en el Señor...»

VALENTÍN CUEZVA GÓMEZ



Clérigo.
Nació en Ubierna (Burgos) el 14-II-1890.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 31-VII-1912.
Falleció en Carabanchel Alto (Madrid) el **5-III-1914**.

En 1914 la casa de Carabanchel llevaba ya una decena de años de existencia. Era a la sazón Director por segunda vez el inolvidable don Anastasio Crescenzi, cuya vida estuvo tan vinculada a esta casa.

Acogía entonces bajo su reducido techo a los novicios, en número aproximado de una docena, a los filósofos, desde 1912 a los teólogos de esta Inspectoría y al primer curso de aspirantes, además del Oratorio, que ha sido una de sus actividades permanentes. Estaba bien aprovechado el espacio, que no era sobrado y se fue ampliando a través de sucesivas etapas.

Como Director de todo el seminario, don Anastasio tuvo

que escribir la carta mortuoria de este joven, que no pasó de la profesión primera. Poco podía decir que no fueran los datos obligados y generales; poco pero suficiente.

Había nacido Valentín en Ubierna, pueblecito cercano a Burgos, pequeño pero rico en vocaciones valiosas. El apellido Cuezva, como el de Sáiz y el de Arce, aparecería en bastantes elencos de la Congregación.

Nació Cuezva en 1890 y entró en el aspirantado de Campello a los diecisiete años como aspirante, como «hijo de María», que se decía entonces.

Fiel a sus buenos principios de familia y de buen ubiernés, Valentín dio pruebas de buena conducta, seriedad, diligencia en los estudios y se hizo notar, sobre todo, según el informe del Director, «por su heroico espíritu de sacrificio» en los trabajos que se le confiaban. Eran las mismas notas de tantos muchachos de la misma procedencia. Hay cualidades que se heredan.

Fue admitido al noviciado en Carabanchel el 30 de julio de 1911. Lo hizo con todo el empeño, tanto, que «fue uno de los más fervorosos», dice don Anastasio, de cuya veracidad estamos seguros. Una enfermedad crónica le impidió pronunciar los votos al final de la prueba. Se le mandó un año a su pueblo, para ver si allí, en el clima sano y fuerte de Ubierna se reponía. Fue inútil la medida. Tras un año de grandes sufrimientos, vuelve a Carabanchel. Allí el mal se recrudece y le reduce al extremo. Convencido de que su muerte era cierta e inminente, se contentaba sólo con morir en la Congregación, se contentaba y se consolaba.

Rezaba por los Superiores, ofrecía su vida por el aumento de las vocaciones y pedía a María Auxiliadora que mandase a otro en su lugar. Mejores disposiciones no se le podían pedir a un joven salesiano, émulo de don Beltrami y de tantos otros, «en olor de holocausto», muertos antes de tiempo.

Recibió los últimos auxilios espirituales y tuvo el consuelo de emitir sus votos religiosos «in artículo mortis», el día 5 de marzo de 1914. No llegó a conocer el suceso de aquel aciago año: el estallido de la primera guerra mundial. Para él se abría sólo el silencio, el silencio y la paz.

Los votos fue lo último que hizo en su corta vida; se quedó en los umbrales de la vida salesiana y voló, literalmente, «de la celda al cielo».

MARZO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
5	1914	Clérigo	Valentín CUEZVA GÓMEZ	24	83
7	1987	Sacerdote	Vicente RIOS SERRANO	81	86
21	1971	Clérigo	Carmelo BERZOSA NAVAZO	27	96
27	1978	Coadjutor	Blas GALLO ROBREDO	33	100

VICENTE RIOS SERRANO



Sacerdote.
Nació en Tener (Zaragoza) el 2-IV-1906.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 10-X-1930.
Sacerdote en Salamanca el 8-IV-1939.
Falleció en Madrid el 7-III-1987.

Se escribe este apunte el día 24 de diciembre, día de Nochebuena. Navidad es fecha propicia para pensar en la presencia divina y en las ausencias humanas.

Hace tres años don Vicente pasó la Nochebuena en esta casa de Mohernando. Fue la última que celebró. Vino con el señor Inspector y nos alegró con su compañía.

A decir verdad, no estuvo muy locuaz ni todo lo alegre que pedía la ocasión.

Estaba muy preocupado con volver al día siguiente a tiempo para la Misa de la capellanía. Tanto, que el señor Inspector tuvo que acelerar el regreso por ese motivo.

Don Vicente Ríos nos suena a todos los que le hemos conocido como hombre singular, una especie de institución. Con su fotografía delante, nos parece estar ante el hombre bueno, llano, ingenuo y un poco pillo. El don Vicente de tantas andanzas y tantas anécdotas, unas verdaderas, otras más o menos agrandadas, incluso por él mismo. Era un tipo admirable en muchos aspectos y un poco divertido en otros. Calvo o con el pelo ralo desde muy joven —ya en Salamanca, los chicos le llamaban «pelines»— la voz gruesa y gangosa, la lengua trabada y el acento inconfundiblemente aragonés. Su andar y su porte, aun antes de ser viejo, no eran esbeltos. Se podía decir de él: «Ya conocéis mi torpe aliño indumentario...» Y bajo esos defectos de forma, un alma grande y un corazón noble.

Al cabo de dos años de su muerte, no tenemos para él más que elogios y buen recuerdo. Se le puede definir diciendo de él que era un hombre que lo encajaba todo: las obediencias difíciles y trabajosas, los papeles deslucidos, los desaires y las bromas: como la tierra permeable y arcillosa de Aragón, una gran capacidad de aguante.

Nació en Terrer (Zaragoza) al lado del Jalón, el 2 de abril de 1906.

El pueblo era grande y agrícola, en el bajo Aragón. Se quedó sin padre a los pocos meses de nacer y su madre tuvo que industriarse para sacar adelante a Vicente y a dos hermanos mayores que él. Tenía un estanco-comercio de esos que en los pueblos hacían de supermercados en miniatura. Contaba don Vicente que, cuando aún no tenía diez años, iba y venía a Calatayud con un carrito. Allí compraba el pan que luego vendía en Terrer. De aquellos años de comerciante infantil sacó don Vicente sus hábitos de trabajo infatigable, de pequeño economista y también a veces, su habilidad para la trampa, aunque siempre una trampa menor y con buen fin.

Como el negocio de Terrer no daba para todo, don Vicente tuvo que salir del pueblo y buscar una colocación en Madrid. Entró de dependiente y mozo de recados en una tienda de artículos de ortopedia, de las varias que todavía funcionan en la calle Carretas. Se llamaba «Casa Galeón». Vicente cumplía su

nuevo oficio. Antes se ganaba el pan comerciando con pan; ahora detrás de un mostrador de más categoría, tratando de conocer y «trabajar», como se dice en el argot comercial, los raros instrumentos de ese comercio. ¿Cómo se desenvolvería el muchacho de Terror con los clientes de dolencias extrañas y con exigencias no siempre fáciles de contentar? En esa edad tan interesante y difícil, entre la pubertad y la adolescencia, perdido en el Madrid de los años 20, él se comportaba como un empleadito modoso y cumplidor que se hacía querer de los dueños. A lo mejor tampoco faltaba algún subalterno desconsiderado que le hacía objeto de bromas y brusquedades, por aquello de que «siempre han de ser más comedidos los señores que los criados».

Una tía de don Vicente, avecindada en Madrid, le hacía de tutora y matrona.

Era archicofrade de María Auxiliadora y ella le encaminó al oratorio festivo de Atocha. Conoció a don Félix González y al señor Urtasun, el «señor Pichirichi». Los dos, salesianos muy caracterizados; uno sacerdote y Director y el otro animador de Oratorio, le aficionaron a la Congregación Salesiana y despertaron su vocación. Fue como aspirante a Béjar, pasó al año siguiente a Astudillo y por fin, cuando se asentó definitivamente el aspirantado, al Paseo de Extremadura. Vicente era ya mayor, en comparación con los otros aspirantes, un poco duro para los estudios, pero responsable y formal. Le confiaron el cargo de dispensero y enfermero. Ya comenzaban a caer sobre él las encomiendas. Le daban trabajo y le quitaban tiempo para los estudios, pero se pasaba por alto.

«Suplet Ecclesia», era la fórmula que se aplicaba. Además, Vicente tenía desparramo para el teatro, una nota más que contribuía a hacerle popular.

Solía hacer papeles de gracioso, de criado o simplón. Se contaba de él que una vez, representando el drama de «Hay Providencia», en un momento en que tenía que disparar contra el malo, se encasquilló la escopeta y salió del apuro diciendo con énfasis: «¡Punn...!» La risa que provocó fue estruendosa.

El Noviciado lo hizo entre Carabanchel y Mohernando. Fue

el año de transición y el primero de don Ramón Goicoechea como Maestro. En Mohernando mismo estudia la Filosofía al dictado del inteligente y nervioso don Alejandro Battaini, que le hizo pasar algún mal trago a cuenta de las sutilezas que a don Vicente no se le daban demasiado bien. El Trienio lo hizo en Vigo y durante él obtuvo el título de maestro en Pontevedra, con múltiples peripecias que parece iban siempre con él.

El primer año de Teología lo estudió en Carabanchel y aun el segundo hasta que estalló la guerra. El resto tuvo que estudiarla con mediana regularidad en Salamanca, en el colegio de María Auxiliadora. Allí alternaba los estudios con las clases a los bachilleres y aún con otras tareas no tan académicas e impuestas por la coyuntura de la guerra, que allí se vivía al máximo. Tanto de alumno como de maestro iba un poco a remolque. Estando todavía en Carabanchel, el profesor de Sagrada Escritura le preguntó un día qué era el libro de Los Números. Don Vicente, después de pensarlo un poco, tuvo esta ingeniosa contestación:

—El libro de Los Números, pues viene a ser como una especie de aritmética antigua.

En Salamanca estaban con él otros estudiantes de Teología en situación anormal. Habían pasado la guerra cada uno a su manera y traían sus problemas y sus taras. Se llamaban a sí mismos la SETA; Sociedad Española de Teólogos Averiadados. Moralmente, el menos averiado era don Vicente. Tenía una vocación por encima de todos los avatares. Fue ordenado de sacerdote el día 8 de abril de 1939, apenas terminada la guerra. Contaba entonces treinta y tres años, la edad de Cristo, que aclaraba él con cierta satisfacción. Alguno de los que volvían de la «zona roja» tienen de él el buen recuerdo de ser el que mejor los acogía, con más comprensión y amabilidad que los otros encastillados salesianos de la comunidad. Los recibían con una cierta reserva, como a contaminados.

Ordenado sacerdote, don Vicente comenzó su desfile de casas por las que ir pasando. Aquel mismo año fue destinado a Béjar, como Consejero.

Al año siguiente fue trasladado a Vigo (San Matías), tam-

bién como Consejero, Consiliario de AA.AA. y de la Archicofradía, que allí tenía mucho renombre.

Colaboró en una misión popular de las que se organizaban entonces. Le tocó catequizar a un millar de chicos y chicas y a un buen número de empleados del puerto. El mismo se admiraba del éxito que iba obteniendo. Todos querían confesarse. Para confesar a las penitentes, no se le ocurrió otro medio que usar un paraguas, a falta de rejillas.

En el año 1943 volvió de nuevo a Béjar, pero esta vez como Director. Sucedió en el cargo a don Buenaventura Roca, que era toda una institución en la ciudad. Esta circunstancia y el cargo mismo le acobardaban un poco. Fue con miedo, pero con miedo de humildad no de apocamiento. Se desenvolvió bien.

Reorganizó la casa, enderezó los estudios, dio nuevo impulso a la pujante Asociación de AA.AA., aumentó la Archicofradía y elevó el colegio al florecimiento y al aprecio de que ha gozado tantos años. Un mérito más son las buenas vocaciones que han salido en el ambiente que cultivó el buen salesiano suscitador de vocaciones. Lo que más le dio que hacer fue la construcción de la iglesia. El Inspector le hizo ver la insuficiencia de la antigua capilla para todo el movimiento que se desarrollaba ya en torno al colegio y que prometía aumentar. Don Vicente se lanzó a la obra un poco a la buena y sin prever las complicaciones de la empresa. Recibió algunos donativos, pidió ayuda, organizó rifas —por un cigarro llegó a sacar 800 pesetas—, pasó casi de puerta en puerta, recibiendo a veces ayuda y a veces sólo buenas palabras o negativas rotundas y humillantes para otro que no tuviera el aguante de don Vicente. La iglesia se terminó a trancas y barrancas y se inauguró un 12 de noviembre de 1949. Quedaba, no obstante, la secuela de las deudas y el apremio de los acreedores. Don Vicente tuvo por bueno abandonar Béjar y poner tierra por medio, por cierto, al amparo de una noche lluviosa. Así acababan seis años de afanosa y meritoria labor. Fue a dar a Vigo, donde estuvo un año de Catequista y al año siguiente, a Cambados como confesor, propagandista y preparador del ambiente en favor de los Salesianos y de la nueva presencia: el aspirantado que se comenzaba a construir. Tomó contacto con pá-

rrocos, comerciantes y gentes del pueblo. Se hizo con una bicicleta por suscripción entre los pescadores simpatizantes y como primer vehículo para sus correrías continuas.

Pasando del cortijo a la corte, vino a Madrid, al Parque de Automovilismo. El ingente número de jóvenes, militares o militarizados, disciplinados y sencillos fueron la mies abundante y sazónada para un capellán ambicioso, con ganas de lanzar la semilla de ley cristiana y de la devoción a María Auxiliadora que inculcaba «oportune et importune».

Tras el paréntesis del Parque de Automovilismo, es destinado a Los Pizarrales, otra Obra nueva, laboriosa y no fácil.

En todos los comienzos de esta clase, estaba don Vicente. Otra vez a repetir sus diligencias para allanar obstáculos y a repetir las mañan para sacar dinero, hasta organizando un festejo taurino, que estuvo apunto de crearle un conflicto. Nada se le ponía fácil. Los medios, cuando llegaban, venían siempre con retraso y escasos. Aquélla, a pesar de ser tierra de labranza, era tierra centenera.

El año 1955 le sobreviene una obediencia nueva y un tanto original. Don Alejandro, que acudía a él como al hombre socorrido y al mandatario fácil, le nombró Vicepostulador de las Causas. El encargo requería entrenamiento en Derecho Canónico, uso de la diplomacia y dominio del Latín. Don Vicente o no lo consideró o no se arredró. Bajo la dirección de don José Luis Bastarrica, el proceso se llevó a cabo, se presentó solemnemente en la Curia diocesana y don Vicente fue a Roma a entregar la documentación en la Sagrada Congregación de Ritos. Nunca se había movido en esferas tan altas. La causa de los mártires está en curso. Cuando llegue a su coronación, bien podría añadirse a la lista el nombre del vicepostulador.

También había de sufrir en Guinea persecución, si no por causa de la fe, sí por causa de la justicia atrabiliaria y zafia de un tiranuelo de marionetas.

Antes de ir a Guinea, don Vicente pasó varios años entre El Bonal (Ciudad Real) y Saldañuela (Burgos). En esta última fue encargado de la finca, organizador del aspirantado y Administrador de la Escuela de Agricultura. La Obra la regentaban los Salesianos, pero era propiedad de la Caja de Ahorros. Su vigi-

lancia rigurosa y fiscalizadora, se avenía mal con la administración de confianza y tolerante que podían llevar los Salesianos. Don Vicente, como Administrador, tenía que pechar con veterinarios, empleados y ganaderos no muy flexibles.

No se puede decir que del palacio de Saldármela saliera por la puerta grande; más bien, de una manera un tanto desairada.

Pasando a cargos de Inspectoría, fue nombrado Reclutador de vocaciones. Consiliario de Cooperadores y Consiliario de Antiguos Alumnos. Unos y otros, que estaban en período de institucionalización pedían y pedían: atención, locales, medios, apoyo por parte de los Salesianos de las casas, consiliarios dedicados y competentes. Era difícil contentarlos.

Como reclutador, don Vicente visitaba escuelas rurales, casas parroquiales, colegios. No le resultaba difícil encontrar candidatos y encandilarlos con sus charlas, contando siempre las mismas cosas y a su manera, que era distinta cada vez. Usaba para los desplazamientos un Seat 600, no muy cuidado y atestado de propaganda. A veces, por el cansancio y la vida sin horario que llevaba, don Vicente se quedaba traspuesto y el carruaje aparecía en la cuneta. Pero las vocaciones brotaban, se llenaban hasta rebosar los aspirantados y los frutos de las campañas vocacionales se están palpando ahora.

El año 1972, como acuerdo de un Capítulo Inspectorial, que no quiso quedarse en meras planificaciones, se inició la misión de Bata.

Con la humildad fundadora y por no desmentir su condición de explorador y de fuerza de choque, fue don Vicente Ríos. Era Administrador, procurador de recursos, propagandista y removedor del ambiente, en paz y a la apostólica, y además, párroco del poblado de Asonga.

En ningún sitio se había encontrado más en su ambiente, en su salsa más bien, que en Bata. Proveía a la subsistencia de la comunidad y del internado, racionando bien los recursos con que contaban. Eran escasos, pero también aquí como en el caso de Elias, «ni la orza se acabó ni la alcuza se agotó». No faltaron ni la harina ni el aceite por obra de la Providencia, de la solicitud inspectorial y de la industria de don Vicente. Hablaba con

autoridades, de poco pelo, pero autoridades al fin, trataba con cooperantes y marinos, recorría poblados y lograba que la despensa no se vaciase del todo nunca. Unas veces con buenas palabras, otras con regalos sacaba buenas recompensas. Hasta los rusos se le ablandaron.

«Lo que no obtenga el padre Vicente, decía el gamucero de uno de los barcos que hacían escala, no lo obtiene nadie.»

Si es como Catequista, también los éxitos eran abundantes y conocidos.

Un marinero de uno de los barcos de turno, aseguraba que nunca había visto llena de fieles la capilla más que con el padre Vicente. Los salesianos decían en tono de humor que no era don Vicente Ríos, sino San Vicente Terror, por su pueblo de origen.

Estalló la persecución de Macías y a don Vicente también le alcanzó de lleno. Fue apresado, golpeado y condenado a trabajos forzados: a chapear y a desbrozar maleza del bosque y a cortar árboles. Cayó enfermo y regresó a España en estado verdaderamente lastimoso.

Se recuperó y quiso volver a su misión. Había estado en muchos sitios; a algunos de ellos, no quedó con ganas de volver, pero a Guinea sí. «Trait sua quemque voluptas.» A cada uno le tira su placer. El suyo estaba en Guinea.

No se le permitió volver como misionero, por la edad y por las condiciones en que se encontraba, pero bien se puede decir que no salió de allí. Como cooperante a su manera, Procurador de la misión, según él gustaba presentarse, acaparador de alimentos, material escolar, instrumentos de trabajo, sellos, recorría las casas salesianas. «El buscón de Guinea», se le llamaba en algún sitio. Y al lado de su faceta misionera, desarrollaba otra no menos importante.

Era el confesor semanal de varias comunidades. Un día a la semana, con una perioricidad religiosa, a la misma hora, llegaba don Vicente. Sin presentarse a nadie, subía a la capilla, se acomodaba en su rincón y esperaba a los penitentes que se iban presentando en una especie de goteo penitencial. Comía con la comunidad sin hacerse notar demasiado y desaparecía luego tan

sigilosamente como había venido. Había cumplido ya su grande y secreto cometido. Era como el mayoral bueno del romance alegórico de los siete pecados capitales:

... «*Vendas de seda traía
y aceite de olivos nuevos
y arena fresca en la mano
para enarenar el ruedo*»...

Esos son los cuidados del confesor sobre las conciencias.

El señor Inspector en la homilía de los funerales, resaltaba estos dos aspectos de don Vicente: el de confesor y el de misionero.

En los primeros días de marzo de 1987 vino el Rector Mayor a Madrid. Inauguró la Procura Misionera y la Exposición permanente. Con esa ocasión, habló de las misiones, del proyecto «Africa» y de la vocación misionera de la Congregación.

Al terminar la conferencia, se le acercó don Vicente y le susurró al oído:

—Diga usted al señor Inspector que me deje ir a Guinea Ecuatorial.

En realidad, desde que fue por primera vez, nunca salió de allí.

Al día siguiente el Rector Mayor iba a abundar en el tema misionero y en nuestra responsabilidad ante el Centenario 88. Don Vicente, pensaba asistir, como es natural. Era sábado, el primero de la cuaresma, «sábado de Ceniza».

Al terminar la meditación, la comunidad se retiró y don Vicente se quedó para celebrar su Misa. Estaba solo. Comenzó con la antífona del introito del día: ... por tu gran compasión, vuélvete hacia mí, Señor... Y en la primera lectura, le salieron al paso unas palabras que le resultarían aplicables a su caso: «... Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazante y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente... tu oscuridad se volverá medio día. El Señor te dará reposo permanente...» Y se quedaría tan consolado, porque eso es lo que había hecho él, en Guinea sobre todo...

Continuó la Misa y llegó a la comunión. Entonces, porque se sintiera mal o para dar gracias de manera ritual, se sentó. Y en aquel preciso momento, su corazón cansando se paró del todo y le sobrevino la muerte.

¡Qué muerte tan envidiablemente oportuna y plácida! No dio más trabajo que el de cerrarle los ojos... Ni siquiera hubo necesidad de amortajarle. Murió como buen sacerdote, con los ornamentos puestos.

En la acción de gracias, ¿estaría recitando la oración de san Ignacio?

*«Alma de Cristo, santifícame,
Cuerpo de Cristo, sálvame*

...

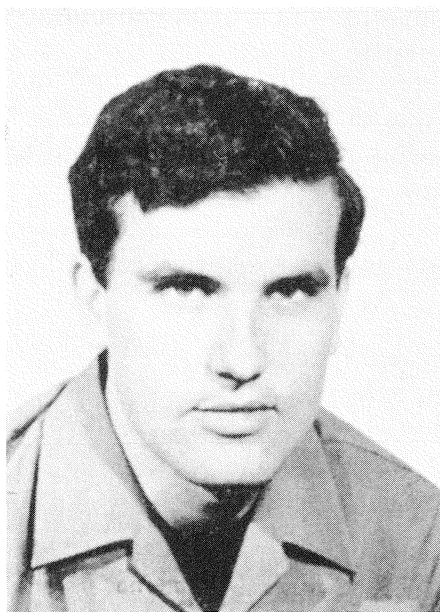
*en la hora de mi muerte, llámame,
hazme venir a Ti, para que con tus santos te alabe y te bendiga...»*

Cuando estaba en Guinea, un cooperante chino ateo, contento con su ateísmo, pero amigo de don Vicente y en tono campechano, le decía:

—Usted, padre Visente, feliz con Dios; yo, feliz sin Dios.
¡Qué dos felicidades tan contrapuestas!...

A estas horas, don Vicente tendrá bien comprobada la venturosa ventaja de la suya...

CARMELO BERZOSA NAVAZO



Clérigo.

Nació en Hontoria del Pinar (Burgos) el 19-V-1944.

Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1962.

Falleció en Hontoria del Pinar (Burgos) el 21-III-1971.

Nació en 1944, en un pueblo del confín entre Burgos y Soria, Hontoria del Pinar. Pueblo de altura y temperatura fría, rodeado de pinares, al igual que sus vecinos, Navaleno y San Leonardo. Pueblos sanos, de limpias costumbres y acomodados, gracias, entre otras cosas, al lote de pinos que cada familia tiene asignado desde el momento de su formación. Una de esas familias, de honda raigambre racial y cristiana, era la de Carmelo: el matrimonio, Juan y Juana, cuatro hijos y una hija. El primer brote de su vocación despuntó, como es normal, en la familia.

A los doce años fue al Aspirantado de Zuazo, la vieja caso-

na que pasó de ser balneario a ser seminario. Eran los primeros años de su fundación.

El emplazamiento era bonito, el panorama amplio y sugestivo por demás, pero el edificio se deterioraba por días. Parecía un viejo y desvencijado lanchón, varado entre la montaña y el río Bayas. Gracias a la bondad y entrega del buen don Luis Torreño y demás pocos salesianos, el ambiente era de gran familia, los aspirantes estaban contentísimos, hasta abandonarlo con verdadera pena. Arévalo, Mohernando y Guadalajara fueron estadios sucesivos de su formación.

Durante el quinto año de aspirantado perdió a su padre, hecho que siempre marca la vida de un niño, aunque se encuentre fuera de familia y no sea tan impresionable y reflexivo como lo era Carmelo.

Aquel hecho le dispuso, sin duda, para hacer más en serio el Noviciado, bajo la guía del padre maestro, don Eduardo Díez, que tan solícita asistencia había de prestarle en su última enfermedad. Refiriéndose a él, le decía a un compañero, cuando ya estaba próximo a morir: «Si te llegas a encontrar en mis situación, sólo te deseo que te veas tan atendido como lo estoy yo.» Era un testimonio de su reconocimiento y de su gratitud. Desde entonces, la familia quedó ineludiblemente vinculada a los salesianos.

Los dos años primeros de Trienio los pasó en Atocha y el último, en los Pizarrales. Hay que hacer notar que en esta última Casa se sintió más a gusto. Se trataba de niños pobres y más de su preferencia.

Cumplió bien como profesor y disfrutaba en compañía de los alumnos. Dibujaba con destreza y organizaba grupos y deportes. Tenía presencia y buenos modales. Los chicos le seguían y le querían. Era un clérigo de los que decía con humor algún Director: «No lo cambiaría ni por un Obispo.»

Pero la enfermedad le acechaba y comenzó a manifestarse en aquel año y en aquel colegio.

Los médicos la encontraron alarmante desde el primer momento. Allí comenzaba lo que había de ser su calvario y su pesar más hondo. Veía que se acercaba la Teología, pero, el sa-

cerdocio se hacía dudoso de alcanzar. La enfermedad avanzaba inexorablemente.

Se fueron sucediendo las inacabables punciones, biopsias, sesiones de cobalto. Todo era inútil. La leucemia era más fuerte que todos los remedios. El lo aguantó todo con valentía ejemplar. Los médicos mismos hacían mérito de su resistencia. Y es que, bajo aquel doloroso tratamiento, había una gran virtud de paciencia bien forjada y un ideal que lo hacía soportable todo: el de su sacerdocio, ya próximo y tan compensador.

En vista del cariz que iba presentando la fatal enfermedad, se hicieron gestiones para lograr de Roma la ordenación sacerdotal anticipada. Pero la burocracia no entiende de urgencias ni de razones del corazón.

La muerte llegaba más deprisa que el rescripto. Hubo un momento en que se le tuvo que desengañar.

—Entonces, ¿no hay solución? —preguntó con acento desolado.

—Solución —repuso el triste comunicante— siempre hay, pero conviene estar preparado.

Carmelo guardó un momento de silencio, y añadió: «Gracias por habérmelo dicho.»

¡Qué comunicación tan triste y qué aceptación tan ejemplar!

No se sabe qué es lo que le dolía más, si morir a tal edad o no conseguir el sacerdocio, una meta tan ansiada, tan cercana y tan inalcanzable.

Un día había escrito en su diario espiritual: «El ideal de mi vida es Cristo y a ese ideal tengo que consagrarme.»

Ahora ya no estaba para escribir lo que sentía, pero, expresó su última voluntad, de impresionante lucidez y generosidad: «Todo lo ofrezco por el Teologado.» ¿Se percataría del alcance de tal ofrecimiento aquel Teologado en el que, por cierto, algo comenzaba a crujir y a desasosegarse?...

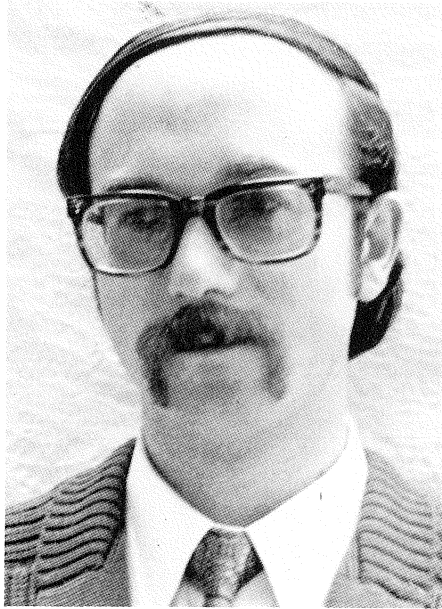
«No hay nada más parecido a una tumba que un altar.» Eso lo podía decir cualquiera con imaginación; pero, desde que lo dijo un poeta francés y romántico, quedó acuñado en la Literatura.

Carmelo murió en 1971, el 21 de marzo, día en que empeza-

ba la Primavera. Feliz coincidencia y un augurio de Esperanza. Fue sepultado en el cementerio de Hontoria, entre el silencio agosto y el aroma de los pinares.

Su sepultura, junto a los suyos, es el altar de su sacrificio, que se le quedó en sacerdocio de esperanza y de deseo...

BLAS GALLO ROBREDO



Coadjutor.
Nació en Gredilla de Sedaño (Burgos) el 11-VI-1945.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1964.
Falleció en Madrid el 27-III-1978.

Esta fotografía de rostro apacible, cierto aire de tecnócrata, frente ancha, pelo planchado y bigote en trapecio, es de Blas Gallo, un coadjutor de los que Don Bosco intuyó desde el principio y que luego se fue perfilando en su fisonomía actual a partir del Capítulo General XIX. Fue un Capítulo decididamente prometedor. Adjudicó a los Coadjutores la participación en los Consejos de Acción de las casas y les confió responsabilidades directas «para asuntos de la ordinaria y común actividad salesiana». Era un paso importante.

Blas es uno de los que acreditan lo acertado de esta táctica. Nació en junio de 1945, en Gredilla de Sedaño, al Norte de

la provincia de Burgos, por el páramo de la Lora, cuando todavía no había alumbrado petróleo que brotó veinte años después. Tierra alta, pobre y dura, pero fértil en buenas vocaciones. Era campo de correrías vocacionales de don Tomás Alonso, que las buscaba con codicia, como si se tratara de otro oro. Pueblos entre el Ebro y el Rudrón. ¡Qué buenos ejemplares dieron!

Cuando tenía catorce años, Blas vino al aspirantado de San Fernando. Durante el primer año, cayó enfermo y tuvo que volver a su casa, pero regresó. Había encontrado su sitio en aquel apartado salesiano anexo al gran complejo de la Diputación. Allí comenzó su vida salesiana y allí la terminó, por desgracia, mucho más pronto de lo deseable.

Desde que entró en el aspirantado, se veía en él al muchacho serio, inteligente y entregado al trabajo de su formación.

Hizo la Oficialía como electricista y con notable aprovechamiento, en los estudios y en el taller, cosas que no se conjugan en todos.

El noviciado y la primera profesión los hizo en Mohernando, siempre bajo la misma tónica de seriedad y aprovechamiento, cada vez más conscientes y prometedores. Nunca presentó altibajos ni vacilaciones.

Completó su formación profesional en La Almunia durante los dos años siguientes, en lo que se llamaba el «perfeccionamiento».

Con el título de Maestro Industrial en Electricidad fue destinado a los Pizarrales.

Asistía, daba clases y taller a aquellos muchachos y también se preocupaba de lo espiritual y religioso. En las horas libres, trabajaba en grupos, organizaba Ejercicios y retiros y se entretenía con algunos alumnos jóvenes. Como haría después en San Fernando. No era el «simple dómine docente» que limita su labor a la cátedra y al banco del taller. Se le veía activo y con participación en el patio, en la iglesia, en el centro juvenil.

En las prácticas de piedad estaba no como vigilante y mantenedor del orden escolar, sino como ejercitante él mismo y participante activo. Le veían así y por eso se estimulaban. Le cobra-

ron aprecio y el afecto que los jóvenes, sobre todo los de cierta clase, son fáciles en dar y en retirar.

Terminado el tiempo de sus votos temporales, Blas vuelve a La Almunia, para completar su formación técnica y realizar los estudios de Ingeniería. Los terminó brillantemente en 1974.

Aquel año fue destinado a San Fernando como Director Técnico del colegio y jefe de taller de Electricidad.

Trabajó con el dinamismo y competencia que eran de esperar.

Los mismos talleres que el año 1948, cuando los Salesianos se hicieron cargo del colegio, conocimos en un estado total de abandono y con telarañas, se venían superando año tras año en adecentamiento y dotación, hasta llegar a ser un Instituto Politécnico modelo y «orgullo de la Excelentísima Diputación», como lo proclamaban sin ambages ellos mismos. Poco consecuentes fueron después con ese reconocimiento.

Bajo la dirección de Blas se montaron las especialidades de Delineantes y Electrónica; se organizaron cursos para la Formación del Profesorado, para la concesión del Certificado de Aptitud Pedagógica, se daban conferencias y se llevaba a los alumnos a visitar fábricas y laboratorios.

Para que pudiera trabajar con más holgura, fue relevado de la Dirección Técnica del Colegio y pasó a ser jefe del taller de Electricidad y Tutor de los alumnos de Maestría.

En todos los cometidos, su trabajo e interés por los alumnos, su entrega y el sentido de responsabilidad que ponía en todo, eran reconocidos por los chicos, los salesianos y los dirigentes de la Diputación. Todo esto, en sólo cuatro años. Parecía que tuviese prisa en hacer y rendir.

Aducimos tres testimonios significativos: un salesiano, el Presidente de la Diputación y un alumno. Así se expresan: «Ha sido una pérdida irreparable —dice el Presidente— refiriéndose a su muerte. Era un hombre dedicado en cuerpo y alma al Colegio y a los chicos. La muerte le tenía que coger trabajando.»

—«Don Blas —asegura el salesiano—, nada más llegar al Colegio de San Fernando, se ganó la simpatía de todos y en

particular, de sus alumnos: por ver el empeño que ponía en su educación profesional, religiosa y social.»

Y el testimonio sin desperdicio del alumno: —«Me he enterado del lamentable accidente en el que murió el gran salesiano don Blas. A mí nunca me había dado clase, pero en los recreos solía unirme a los corros que en torno a él se formaban y me agradaba oír las conversaciones que tenía, porque en ellas escuchaba cosas nuevas y cosas que me hacían pensar mucho.»

A todos hizo pensar el ejemplo de su vida y el suceso de su muerte.

Ocurrió el 27 de marzo, lunes de Pascua de Resurrección. Los internos habían salido de excursión a la sierra. Algunos salesianos y alumnos mayores se quedaron en el Colegio. Estos quedaron libres para ir a la ciudad y a cierta hora, concentrarse en un sitio, donde les recogería don Blas, su Tutor.

Se discutió un poco sobre traerlos en el Land Rover del Colegio o hacerles venir de otro modo. Al fin, don Blas salió con el vehículo, deseoso de prestar a los muchachos tal servicio. No barruntaba que sería el último.

Al llegar a medio camino, a la altura de La Paz, una curva mal cogida, la velocidad y el exceso de carga causaron lo irreparable: un derrape, un desliz fatal, un golpe seco y el desconcierto de quienes salen despedidos o quedan contusionados. El peor parado fue Blas, inmóvil, aferrado al volante y con el cráneo roto.

Todo fue cosa de breves instantes. Lo demás pertenece a las diligencias del caso y al protocolo del funeral acostumbrado.

El lunes primaveral de Pascua se había teñido de luto inconsolable. Blas había muerto; los muchachos habían recibido ligeras contusiones, pequeñas heridas muy curables.

Los padres, señor Desiderio y señora Isabel, un matrimonio burgalés sencillo y de recio temple, recibieron la noticia con mucho dolor, pero con resignación cristiana y digna. Había muerto en indiscutible y generoso acto de servicio.

Fue enterrado al día siguiente en el pequeño cementerio de Fuencarral. Desde su altura se divisa la campiña, los sanatorios vecinos, los pabellones alienados de San Fernando, los encinares

del Pardo, la sierra de Guadarrama, ancha y azul, como un pálido trasunto de Paraíso al que era encomendada su alma.

¡Qué sentido y qué resonancia cobraron las palabras del rito en aquella jornada de Pascua: «¡Yo soy la Resurrección y la vida...!»

También para los que la pierden, lastimosamente, en plena juventud...

ABRIL

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
9	1946	Coadjutor	José RECASENS RIBAS	86	107
14	1978	Sacerdote	José AGUILAR GONZÁLEZ	80	113
24	1973	Sacerdote	Leandro A YUSO MADEJON	80	117
25	1975	Coadjutor	Antonio MARTÍNEZ LARGO	35	122

JOSE RECASENS RIBAS



Coadjutor.
Nació en Barcelona el 26-X-1870.
Profesó en Sarria (Barcelona) el 8-XII-1891.
Falleció en Madrid el **9-IV-1946**.

El señor Recaséns calvo, moreno, enjuto y con la mirada lejana parece un monje de Zurbarán sin hábito, eso sí, con traje negro y condecorado con la medalla del Trabajo.

Cuando don Alejandro escribió la carta mortuoria, bastante sucinta, con tono solemne y sentido, la comenzaba así: «El señor Recaséns ha muerto. La noticia nos llena de tristeza el corazón y los ojos de lágrimas.» Y sigue en tono de solemnidad y de melancolía: «Las hogueras encendidas en el sol de la caridad que fue Don Bosco, se apagan.» Era verdad eso que don Alejandro escribía poco después de la muerte del ejemplar coadjutor, en abril del año 1945, pronto hará cuarenta y cuatro años. A pesar

del tiempo transcurrido, todavía se recuerda y se venera al maestro de maestros de carpintería, que dejó muestras de su profesionalidad en muchas comunidades, iglesias y sacristías.

Los muebles que el señor Recaséns labraba, se decía que eran obras para la eternidad. Tan sólidas y tan sin trampa los hacía.

Nació en Barcelona, el año 1870. Se quedó huérfano de padre al año de nacer y entró como interno en las Escuelas de Sarria cuando tenía catorce años. Dos años después llegaba Don Bosco a Barcelona y tuvo la dicha de conocerle, encontrarse con él y ser ganado para la Congregación. Guardaría siempre en la memoria la imagen del Santo y el recuerdo del encuentro que tuvo personalmente con él. No aparece en la famosa foto que don Viganó ha calificado como la más interesante de Don Bosco y que ha dado la vuelta al mundo. Es un recuerdo inestimable y una foto de la familia salesiana que era entonces la casa de Sarria en torno al Santo. Están simpáticamente mezclados y sin ningún protocolo damas, caballeros, rapazuelos y clérigos. A todos los apiña la figura de Don Bosco, con cara y aire de abuelito feliz. ¿Dónde estaría en aquel momento el señor Recaséns, que se perdió la oportunidad de haber posado para la historia? Alguna encomienda inoportuna de esas que caen sobre los alumnos serviciales y de confianza, se lo impidió. No estuvo en aquel encuentro oficial, pero tuvo otros más particulares y memorables. Tuvo la suerte de ser designado camarero de tan honorable huésped. Eso le deparó más de una ocasión privilegiada. Una de las primeras mañanas le fue a llevar el desayuno a la habitación. Llevaba las viandas en una bandeja. Iba nervioso y no sin emoción. Llegó a la puerta y llamó con cuidado. Una voz le respondió desde dentro: —Avanti.

Entró y se encontró de frente con Don Bosco. Le recibió sonriente y amable. Le hizo las naturales preguntas:

—¿Cómo te llamas...? ¿De dónde eres...? ¿Qué oficio tienes...?

Comprobó que era huérfano de padre, como él y que lo había perdido aún antes. Era un poco más huérfano todavía que él.

Le vio bueno, modoso y merecedor de cariño. Le puso la mano sobre la cabeza y le dijo, fijando en el muchacho una mirada penetrante:

—Seremos buenos amigos.

En esto, entró el secretario y cortó la conversación.

Recaséns se quedó con el impacto de aquellas preguntas y de aquella mirada.

Claro que fueron buenos amigos; inseparables amigos. Toda la vida recordó aquel encuentro, como mantuvo viva la impresión de la primera entrada del Santo en el colegio de Sarria, la expectación de todos esperándole en el vestíbulo de la entrada, los aplausos con que le recibieron, el canto del «Bone Pastor» que entonaron y la bendición de María Auxiliadora dada por el Santo...

No sabemos si antes de aquel encuentro había pensado en hacerse salesiano; después de él, ya no dudó nunca. Don Bosco le había dejado cautivo de su amabilidad. Sería salesiano y gran salesiano. Como tantos otros, haría verdadera la afirmación de don Rinaldi sobre el coadjutor: «La creación de esta clase de religiosos fue una idea genial de Don Bosco.»

Hizo la profesión perpetua en Sarria, al terminar el Noviciado, el año 1891.

Tuvo la fortuna de formarse al lado de don Rinaldi. Buen maestro para buen alumno. Así fue el resultado. Del siervo de Dios, tan paternal y tan experimentado, sacaría bien aprendida la definición de la santidad salesiana y su secreto: «El trabajo incesante santificado por la unión con Dios.»

El señor Recaséns puso desde entonces su vida, su juventud y su actividad al servicio de ese lema.

Hasta el año 1918 estuvo destinado en Sarria al frente del taller de carpintería. Allí desplegó todas las industrias del salesiano celoso para poner a los jóvenes «en la imposibilidad moral de ofender a Dios». En la imposibilidad física casi, con todo lo que eso comporta de vigilancia, de diligencia y de abnegación.

El año 1918 fue destinado a la Ronda de Atocha, también como jefe de taller de carpintería. Fue su profesión de por vida. Toda ella la pasó en dos casas y con un solo oficio.

Centenares de muchachos de Embajadores y de Lavapiés, que frecuentaron las Escuelas Salesianas, como oratorianos primero y como alumnos después, porque esa era la trayectoria para ser admitidos, encontraron en el señor Recaséns un innegable redentor de los hijos de los obreros.

Decenas de generaciones de aprendices que pasaron por los talleres, le vieron como un celoso promotor de profesionales cualificados.

«Formar competentes profesionales, honrados ciudadanos y buenos cristianos.» Ese es el programa que oyeron formular mil veces a los Directores y que vieron practicar continuamente a don José Recaséns y a todos los Salesianos que como él gastaban su vida en los talleres, en el patio, en la iglesia y en todos los sitios en que se iba construyendo su vida de alumnos. Entraban en el colegio como párvulos y salían de él como hombres. Pero entre uno y otro extremo, ¡cuánto tenía que mediar!

Desde el año 1918 que, decimos, el señor Recaséns salió de Sarria y llegó a Atocha, no volvió a salir de esta casa.

Tan sólo unas semanas antes de comenzar la guerra civil, como previendo los acontecimientos, se trasladó a Barcelona con unos familiares. Estos, poco después del comienzo de la contienda, lograron pasarlo a Francia. Permaneció unos meses con los salesianos de Marsella y luego pasó a Italia, haciendo su vida de religioso y trabajando en su oficio de carpintero y de «Factótum» en una casa que le consideró como un regalo.

Terminada la guerra, volvió a España y a su Atocha, a reorganizar de nuevo el taller, bien maltratado por los anteriores ocupantes, que lo habían empleado de checa. Todo lo habían envilecido. Sólo se mantuvo en pie la estatua de María Auxiliadora que figuraba en el nicho de la antigua iglesia. Era una estatua de cemento, muy bien moldeada y de facciones vivas. Ahora campea sobre una de las cornisas de la Inspectoría.

El antiguo edificio, estrecho y de traza bien pobre, tuvo la fortuna de acogerse al programa de Regiones Devastadas. El resultado fue- el nuevo edificio.

Hasta que éste estuvo a punto, los salesianos tuvieron que moverse en el antiguo recinto de las beneméritas pero modestí-

simas Escuelas. Don José Recaséns alcanzó de la nueva sede poco más que la inauguración. Sus casi treinta años de profesión transcurrieron en un taller de auténtica artesanía. Sin embargo, de ahí salieron alumnos meritísimos. En Sarria había sido maestro y formador del señor Mestre, un abanderado del arte de la madera. De Atocha salieron también carpinteros de gran talla. Hacían honor al maestro y daban a sus obras la maleabilidad de la madera y la solidez de la piedra. Era una manera de hacer, tan concienzuda como su manera de ser.

No era hombre de muchas palabras ni de cualidades vistosas. Se ganó a sus alumnos por su virtud, por su seriedad en el trabajo y por la amabilidad de su trato y el gran interés que ponía en que los hombres fueran responsables y cumplidores en todos los sentidos: el humano, el profesional y el religioso. Disfrutaba y no disimulaba su satisfacción, cuando veía que los alumnos se acercaban al altar, hacían bien los Ejercicios Espirituales y celebraban los triduos y novenas tradicionales en nuestros colegios.

Con los salesianos era de una delicadeza exquisita. Su piedad era sencilla y profunda. Gozaba en las funciones religiosas bien hechas y se sentía contrariado cuando veía que algún sacerdote decía la Misa demasiado rápido o atropellaba las últimas oraciones. Su ascendiente entre los alumnos nunca lo empleó para su propia vanagloria. Su labor era desinteresada, impersonal y para el mayor renombre de la Congregación.

Tarde gloriosa fue la del 9 de junio de 1945. Terminaba un curso más, el último que vería terminar. Se inauguraba el nuevo pabellón cuya primera piedra vimos colocar una fiesta de Don Bosco. Hubo discursos y bendiciones solemnes. Estaban presentes ministros, obispos y mucho público salesiano y para-salesiano. Sobre las viejas Escuelas se levantaba ahora un edificio grande, capaz para muchas instalaciones y el primer tramo de lo que se proyectaba como universidad del trabajo. Momento cumbre del acto fue la imposición de la Medalla del Trabajo a don José Recaséns, en reconocimiento a su labor de cincuenta años. Al homenajeado se le llamó «caballero —monje del trabajo—, que venía luchando humilde y calladamente por la conquista de la ju-

ventud obrera española» y salió a relucir el texto elogioso de Sarda y Salvany, olvidado por unos y desconocido por otros: «La Obra Salesiana —decía el pensador y sociólogo— es la gran tradición de los monjes de todos los siglos, remozada y presentada en el siglo actual con el estilo y el traje del día...» El señor Recaséns no podía negar el significado del acto, ni ocultar la satisfacción que embargaba a todos, pero declinó modestamente el honor. «Estoy contento —decía— porque es un premio para nuestra Congregación.»

No disfrutó mucho tiempo de la nueva sede. El premio del mundo llega tarde y es escaso, además de quedarse en mero honor.

El 3 de marzo del año siguiente una congestión le produjo la parálisis facial y le redujo a la quietud anterior a la muerte. Durante todo el mes de marzo y los primeros días de abril, su vida se fue apagando como la luz de una lámpara votiva delante del Señor.

Sin convulsiones, sin dolores, sin agonía, tan calladamente como había vivido, repitiendo frecuentes jaculatorias y oraciones entrecortadas, confortado con todos los auxilios de la Religión, expiraba en la paz del Señor el día 9 de abril.

Hacía sesenta años que Don Bosco llegaba a Barcelona por estas mismas fechas, sesenta años que había tenido lugar el primer encuentro en la habitación del santo, sirviéndole el desayuno, y el diálogo que había tenido siempre en la memoria.

—¡Avanti!, le había contestado con un timbre de voz inconfundible.

A él, como a todos los que se comprometían a seguirle, le había prometido la consabida terna: pan, trabajo y paraíso.

El pan y el trabajo se habían terminado; quedaba por cumplir la tercera oferta. Ahora, al acercarse al paraíso, le parecería oír de nuevo la voz del Padre, invitándole a entrar con paso triunfal en la morada ancha e iluminada del Paraíso.

JOSE AGUILAR GONZÁLEZ



Sacerdote.
Nació en Támara de Campos (Palencia) el 18-IV-1898.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1917.
Sacerdote en Santiago de Cuba el 7-IV-1925.
Falleció en Bilbao el 14-IV-1978.

Su vida fue larga, pero la muerte le sobrevino rápidamente. Su salud, a la sazón, parecía normal, a pesar de que, años antes había sufrido serios ataques al corazón. Parecía una gracia, un regalo más de sus Bodas de Oro, celebradas un año antes. Sólo bajo esa seguridad y sensación de bienestar, se decidió a emprender el último viaje que hizo. Era una fortaleza que sólo podía ser abatida del lado del corazón. De él cayó precisamente.

Había nacido el año 1898, año crucial en la historia de España, en Támara de Campos, pueblecito de la más antigua Castilla, al lado del Camino de Santiago.

Pronto dejó la tierra adentro por el litoral, para comenzar la formación salesiana en Campello, como aspirante. En Carabanchel hizo el Noviciado y la Filosofía; la Teología la estudió, como mejor pudo, en Cuba. Allí se ordenó de sacerdote y celebró su primera Misa en Santiago, un día de San José del año 25, ante un público asombrado de negritos y criollos. Ya sacerdote, volvió a Carabanchel como Consejero del Bachillerato, en los años dorados de don Alejandro Battaini, a quien tantos recuerdan. Fue su primer cargo, que él ejerció al compás de las exigencias de entonces en esa clase de centros, de una disciplina de pocas concesiones, y a tono con su temperamento fuerte, a veces duro, pero siempre noble y cordial.

Algunos años después fue nombrado Director del Colegio de San Benito (Salamanca), de tan venerable tradición salesiana. De él salieron en años sucesivos muchas y valiosas vocaciones. Como si América tirase de él, volvió a aquel continente, para vivir allí años intensos y difíciles. Aquellas tierras dulces y opulentas de Moca y Santo Domingo le ofrecieron campo fértil para su trabajo pastoral y para su tesón, alentado por monseñor Pittini. Vino a España en el año 38, en un viaje de trámite del que nunca regresó, bien a su pesar. De América se dice que guarda siempre la nostalgia de España y él, como tantos otros que han pasado allí sus años buenos, guardó siempre la nostalgia de América.

Dificultades de la guerra civil le retuvieron en España y fue pasando por los Colegios de Vigo, Santander-Viñas, Baracaldo. Afincado en el Norte, siguió por ocho años en Deusto, cuyo antecedente, así como el de la casa de Burceña, se había forjado en el humilde Oratorio de Elejabarri. Allí desplegó siempre el ritmo de trabajo que le inspiraba su dinamismo: maestro, asistente, músico, predicador, celador de la devoción de María Auxiliadora, que fue divulgando por todos los caminos que se le abrieron.

El año 1961, al dividirse las Inspectorías de Madrid y Bilbao, fue destinado a Ciudad Real. Con otros pocos salesianos se hizo cargo del «Hospicio». El nombre de la Obra y su situación podían ser deprimentes, pero ellos llegaban con decisión y entu-

siasmo a una presencia parecida a la de San Fernando-Fuencarral (Madrid) y a una tierra que resulta siempre alucinante: la Mancha. Llegaban con pocos medios y muchos deseos; se entregaron al trabajo al estilo salesiano: de manera sencilla y total.

«No faltó gavilla a la guadaña ni guadaña al segador» en una tierra tan labradora: Enseñanza, Ministerio Sacerdotal, Ordenación de una Obra que en manos de él y de sus colaboradores cambió de nombre y de impronta, si bien es verdad, que asistidos generosamente por la Diputación Provincial. De hospicio se llamó y se convirtió en «Escuela Hogar», de nombre y de hecho.

¡Cuántos muchachos habrán aprendido de él las primeras letras —las únicas que han podido aprender— y un oficio, que después los ha situado decorosamente en la vida! ¡Cuántos habrán llevado a sus vidas y a sus hogares una formación religiosa honda, sentida y una preparación integral que sólo de los Salesianos pudieron recibir, porque no tuvieron otros maestros ni otros padres! La labor en estos centros es dura, ingrata muchas veces, pero remuneradora y auténticamente salesiana. Bien lo saben los salesianos que han pasado en ellos años y años y bien se acusa en los resultados, cuando se han tenido que abandonar.

Corno otros colaboradores, don José en Ciudad Real tuvo que hacer de todo: educador, maestro de escena, entrenador de deportes, corredor de lotería benéfica y sobre todo celador de la devoción a María Auxiliadora. El dio resonancia al 24 de mayo y logró que la Virgen de Don Bosco, en pocos años, entrara en centenares de hogares manchegos y figure ahora con puesto propio en el cortejo de Vírgenes de la tierra: la Virgen del Prado, la de Alarcos, de las Nieves y otras de tanto abolengo.

El día 9 de abril salió, en perfectas condiciones de salud y de ánimo, para un viaje de circunstancias del que pensaba regresar en breve. Iba al Norte, donde su presencia era acogida todos los años por parientes y amigos como una fiesta. Así se lo prometía, al salir del Colegio de Ciudad Real, si no fuera porque todas las despedidas son un poco la del «Mío Cid»: «Agora nos partimos; Dios sabe el ayuntar»...

De pronto, y ya entre los familiares de Baracaldo, se vio aquejado de un nuevo infarto de corazón.

Conoció la dolencia y advirtió muy pronto que esta vez no lograría superarla. El fin era inminente. Con plena lucidez, se hizo trasladar al Colegio de Deusto, un poco para ahorrar a sus parientes el trance fatal, y otro poco, para poder morir en una casa salesiana. Recibió los últimos auxilios; y alternando las jaculatorias, muy fervorosas, con consideraciones al caso y recuerdos para los suyos, para los salesianos de Ciudad Real y cuantos sitios y personas se habían prendido a su vida, falleció. Fue, según contaron, algo emocionadamente y ejemplar. El corazón cansado, irremediabilmente roto, se subía de emoción a la cabeza, se asomaba a los ojos y vibraba en la voz honda y templada que le acompañó siempre. La agonía fue breve, de momentos casi, pero tuvo algo de aleccionadora, como de quien tuviera bien ensayado el trance. Era la primera hora del Miércoles Santo, día 14 de abril, otra fecha histórica y no grata.

Al anoecer, celebrado el funeral, bajo una lluvia desatada y fría, nada primaveral, fue trasladado al cementerio de Baracaldo. Recibió sepultura en el panteón de los Salesianos. Allí se quedó, lejos de la Escuela Hogar, pero al lado de otros salesianos que fueron compañeros suyos, amigos de por vida y de por muerte: don José Santos, don Lorenzo del Pozo, don Luis Monserrat, señor Magín, todos ellos ahora en apretada y silenciosa comunidad de sepultura. ¡Paz a ellos!

Venido de Bilbao a Ciudad Real hacía quince años, podía repetir lo que algún vasco universal dijera en otro sentido: «Salí de las nieblas y vuelvo a las nieblas». Pero no para quedarse en ellas, sino para saltar, como esperamos, a la luz de la eternidad.

LEANDRO AYUSO MADEJON



Sacerdote.
Nació en Bernuy de Zapardiel (Avila) el 27-II-1893.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1919.
Sacerdote en Lérida el 19-IX-1925.
Falleció en Salamanca el **24-IV-1973**.

En la carretera de Madrigal de las Altas Torres a Arévalo un indicador señala la dirección a Bernuy de Zapardiel. Es un pueblecito en la zona llana de Avila, entre la tierra de Arévalo y la Morana, tierra fértil, cereal, próximo a Fontiveros, con el horizonte cercano de la sierra.

Allí nació en 1893 don Leandro Ayuso, el «mínimo y dulce» don Leandro.

Bajo de estatura, rostro cenceño, voz atiplada y ojos grandes, que ocultaba tras unas gafas gruesas de color.

Llevaba las características físicas y morales del ejemplar abulense.

Se formó para la Congregación en los seminarios de entonces, seminarios y casas solariegas de Carabanchel, Campello, Sarria.

Los primeros años de sacerdocio los pasó en Valencia, desempeñando entre otras encomiendas, la de Encargado de Cooperadores, nombre entonces no muy definido y común con el de Bienhechores.

El año 1927 pasó a las misiones de la India, a las órdenes y bajo la sabia dirección de monseñor Matthias, monseñor Bars, monseñor Mederlet, figuras proceres de la Obra Salesiana en aquel Continente y de la Iglesia evangelizadora.

Las Misiones imprimen carácter a los que pasan por ellas. Don Leandro, aún mucho después de volver de la India, conservó la afición y la impronta misioneras. Hablaba poco, pero tratándose de la India se volvía locuaz e interminable.

La India, misteriosa, proteica, varia y deslumbradora, mosaico de razas, de lenguas y religiones, inmensa y confusa...

Allí se perdió, por no decir, se encontró de veras y se movió la figura diminuta de don Leandro durante veintidós años, los años centrales y más llenos de su vida. Estuvo el primer año en Shillong, en una escuela profesional; pero una vez ambientado, pasó al trabajo propiamente misionero, a Krishnagar. Era aquella una misión nueva, difícil por su clima tórrido y húmedo, su lengua enrevesada y una población entre hindú y musulmana, con muchos prejuicios religiosos y dura de convertir. Con todos estos inconvenientes tuvo que pechar el joven misionero, que ni siquiera tenía una salud inquebrantable.

Lo inquebrantable era su buena voluntad, su vocación misionera, su virtud y su entrega a sus catequizandos. Cuando se decidió a ir a la India, ya sabía lo que le esperaba. Estaba muy persuadido de que ser misionero no es cultivar una parcela de flores. Con todo, aquellos cristianos, cautivados por la fuerza de la caridad, que es la dialéctica más convincente, terminaron por entregársele y quererle, bien que a costa de su salud, nunca robusta, pero a partir de entonces, más debilitada. Los Superiores le trasladaron a la misión del Assam, de clima más benigno y gente más maleable y dócil.

Se empleó con la misma generosidad que había derrochado en Bengala, en las cristiandades de Ramabondo y Berhampore. Allí le habían ocurrido episodios de antología misionera. Gustaba de repetir cómo se habían convertido en gran número, cuando en una epidemia de cólera, después de llamadas inútiles, les había increpado con el acento de un profeta bíblico: «Hace años se desencadenó en este poblado la ira de Dios y murieron, por sus pecados, centenares de los vuestros, atacados por el cólera. Pues bien, yo os digo y no miento, que por vuestros pecados vais a morir de la misma manera que ellos tuvieron, si no hacéis penitencia... De Dios nadie se ríe ni de sus ministros; El defiende a su Iglesia...» No se impresionaron demasiado. Pronto una mujer que era la que más cizaña sembraba para que no hicieran caso, murió atacada por el cólera, que se desató inesperadamente. Como ella, en una semana, murió el diez por ciento del poblado. A partir de aquel hecho, parece que los bautismos aumentaron considerablemente.

En Darrang un cristiano perverso y escandaloso, irrespetuoso hasta el exceso con el misionero, tuvo una muerte impresionante. Todo el poblado reconoció que Dios estaba con su enviado.

Con todo el énfasis que ponía en estos relatos misioneros, contaba cómo una mañana en Dibrugarh se encontró con un brahamán, que venía por medio de la calle, conducido en una litera por dos esclavos. Don Leandro iba en dirección opuesta, muy recogido. De pronto, le llama el arrogante personaje y le pregunta sin más rodeos, con gran descaro:

—¿Tú crees en tu religión?

Don Leandro, todo sorprendido, le contesta:

—¡Claro que sí!

—Pues yo no creo en la mía, le replica el brahamán, al mismo tiempo que lanzaba una sonora carcajada.

—Pues entonces, ¿qué haces? ¿Por qué la simulas...? ¡Eres un farsante!

Estos y muchos otros lances contaba con la viveza de un veterano que cuenta sus peripecias de guerra.

Volvió de las misiones en 1949, consumido por el trabajo y las penalidades.

Los años siguientes los pasó en Carabanchel, Arévalo y sobre todo, en Salamanca, como confesor en el Teologado. Siempre estaba dispuesto a ejercer este ministerio, entre los teólogos o en cualquier otra parte a que se le llamase: el colegio de Pizarrales, las monjas, el Sanatorio de los Montalvos. Conocía el mundo por fuera; la práctica de la confesión le permitió conocer el mundo por dentro, y él sabía muy bien con santa Teresa que «lo más grande que puede haber en la vida es comprender a un alma.»

Se le veía recorrer las inmensas galerías del Teologado, con las manos recogidas en las bocamangas de la sotana o desgranando las cuentas del rosario.

Veía, oía y callaba. Sólo algunas veces, cuando las cosas no iban como él entendía que debían ir, se soliviantaba y dejaba aparecer el celo del antiguo misionero, indignado y poniéndose simpáticamente iracundo.

Su salud era endeble, a pesar de que no le impedía hacer vida común.

Sufría, pero no se quejaba ni dio nunca que hacer, en vida y en muerte, que fue tan silenciosa y tan de puntillas como la vida.

La confesión, el rezo, y los sufrimientos inherentes a los muchos años: ese fue su apostolado final. Eso le permitió seguir siendo misionero de retaguardia, como antes había sido misionero de línea.

Murió el 24 de abril y un Martes de Pascua, de Pascua de Resurrección, cuando los teólogos celebraban exultantes su ordenación y sus primeras Misas. Treinta y tres sacerdotes estrenaban su sacerdocio y uno lo coronaba con una muerte plácida.

Todo su patrimonio lo formaban los «tomos usados del breviario, la libreta de apuntes del noviciado, el «celebret», firmado por don Rinaldi y la cartilla del licenciamiento del servicio militar». Ese era todo su ajuar y archivo. Unas ropas humildes y enseres indispensables, su equipaje. Bien ligero y bien expeditivo para el viaje final...

Se ofrecía espontáneo el recuerdo de la parábola: «Si el grano de trigo cae en tierra y muere y se desintegra, da mucho fruto...»

¿A qué grano correspondería la espléndida cosecha de aquellos 33 nuevos sacerdotes del año 1973?

Dios lo sabe, pero bien podemos pensar que, en parte también, al grano pequeño y fecundo de don Leandro Ayuso.

ANTONIO MARTÍNEZ LARGO



Coadjutor.
Nació en Baracaldo (Vizcaya) el 7-XII-1940.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1959.
Falleció en Salamanca el **25-IV-1975**.

Antonio parecía por su porte y por su semblante, un seminarista teólogo o un sacerdote joven. Bien lo podía haber sido. Prefirió quedarse en el sacerdocio laico del buen coadjutor salesiano. Primero fue sastre, de la escuela del señor Güidi; luego se hizo perito, ingeniero técnico de ahora. Pasó por el cultivo de la artesanía y la aplicación de la ciencia. Lo uno y lo otro se le dieron bien. Tenía buenas manos y buena cabeza. Pero sobre todo, tenía un temperamento apacible y un espíritu de ejemplar coadjutor. Su muerte fue la pérdida de un valor que se iba haciendo apreciar a medida que se le conocía y se le trataba.

Salió de la Escuela de Maestría de Baracaldo. Formaba parte del grupo de vocaciones que don Tomás Alonso seleccionaba y cuidaba a su manera. Dentro del millar de aprendices de aquel Centro, se los conocía públicamente como «los aspirantes». A pesar de estar tan identificados, nadie los molestaba. Seguían la marcha normal de la Escuela y su horario, pero tenían alguna variante, sobre todo después de la jornada escolar y en los días festivos. Componían una especie de oratorio festivo, pero más selecto y familiar. Jugaban sus partidos de fútbol en el patio de la Escuela y don Tomás los arbitraba desde la ventana de un cuarto piso, sólo con un silbato y su voz de mando indiscutido. ¡El originalísimo e infatigable don Tomás Alonso...! Dios le tenga en su paz. ¿Cuántas vocaciones se le quedaron por reclutar?

«Ya están ambos a la diestra del Padre «deseado»: el reclutador y el reclutado, don Tomás y Antonio, que fue una de sus buenas pescas a la izquierda de la Ría, a pesar de que su corriente es para el tráfico y no para la pesca.

Antonio vino una vez de excursión con un grupo de compañeros, vieron el Aspirantado de coadjutores de San Fernando. Entre los aspirantes estaba su hermano Daniel y al año siguiente se sumó también Antonio. Daniel llegó hasta el noviciado, pero se marchó hacia la mitad. Antonio perseveró por los dos. Tan cumplidamente lo hizo.

Profesó el 16 de agosto de 1960, en Mohernando. Volvió a San Fernando para terminar el perfeccionamiento, dar clase a los aspirantes, asistir y llevar la música. Durante los veranos hacía el peritaje, el de cursillos intensivos de Deusto y los últimos cursos los terminó, sin dificultad, en Béjar.

Por tercera vez vuelve al aspirantado, pero esta vez ya a Carabanchel, donde se había instalado dicha casa de formación. Vuelve con su título bien ganado y como flamante profesor del no menos flamante aspirantado. Ya no era la vivienda realquilada de Fuencarral, sino la casa propia, grande y confortable de Carabanchel. Se abría una nueva etapa en su historia, que ya era larga y muy respetable. Don Maxi, el Director, los salesia-

nos y los aspirantes, en número de casi doscientos se sentían en la nueva sede, liberados, dueños y contentos.

Antonio se entregó con todo el entusiasmo. El ambiente de la casa era inmejorable.

Un poco a su pesar y más aún contra la voluntad del Director, por el puntal que perdía, en septiembre de 1973 es trasladado Antonio al colegio de Los Pizarrales.

El ambiente, el edificio y el nivel moral eran muy distintos de los del nuevo Carabanchel. Pero el buen diestro se hace con toda clase de toros y en una tierra, precisamente de ellos, Antonio era un diestro y con dominio del arte.

Se hizo querer sin reservas de salesianos, alumnos y hasta de los empleados del colegio. Todavía le recuerdan como «un muchacho» sumamente dispuesto, afable y servicial. Los padres de los alumnos y los compañeros de otras escuelas reconocían su competencia y su disponibilidad.

En la comunidad era la alegría, el que nunca tenía roces con los demás, sino que, más bien, contribuía a suavizarlos. No apetecía los cargos, pero se desenvolvía bien en el trabajo de cualquiera de ellos. Sin exageración de ninguna clase y sin empaque, sin pretenderlo, era el buen ejemplo de todos.

«Nunca le vi enfadado —dice el Director, don José Luis García Téllez— ni siquiera con los chicos.» «La paciencia todo lo alcanza»; por eso él obtendrá tanto de sus muchachos, incluso de los más refractarios y más díscolos, que los había en aquel ambiente de poco refinamiento. La paciencia, el buen temple y la gracia de estado. Todo se necesitaba en aquel cometido.

El 25 de abril de 1974, día de San Marcos, el cuidador de los garbanzales en Salamanca y en toda tierra de garbanzos, bien avanzado ya el curso y en pleno tiempo pascual, el día transcurría como todos los demás en el monótono ritmo del colegio. El Director había ido a Madrid, en viaje de asuntos y reuniones de cargo.

Durante la comida, Antonio mantuvo con los vecinos de mesa la conversación animada, a menudo jocosa, que acostumbraba. En el recreo jugó un partido de baloncesto con los chicos y con otros compañeros salesianos.

En otros tiempos había oído relatar a su Maestro de novicios o algún catequista, la anécdota de aquel santo, bien preparado.

—Si durante el recreo, alguien te dijera que ibas a morir enseguida, ¿qué harías?

—Y el santo respondió con naturalidad: «Seguir jugando.»

No sabemos qué opinión le mereció a Antonio esa anécdota, cuando la oyó.

Lo que estaría muy lejos de pensar, es que se iba a cumplir plenamente en él.

Terminó el recreo y, a toque de timbre, Antonio se dirige al taller, para comenzar la sesión de la tarde. Saca la llave y, mientras está abriendo la puerta, sufre un desvanecimiento repentino. Pierde el equilibrio, los alumnos, alarmados y solícitos, tratan de sujetarle. Acuden otros salesianos y, a toda prisa, en una ambulancia le trasladan al Hospital de la Santísima Trinidad.

Los médicos tratan de reanimarle, pero en vano. Un síncope cardíaco acabó con él en unos segundos.

Se divulga la noticia por el barrio, por la ciudad. Avisan al Director y a los familiares, que viven en Luchana (Baracaldo).

La capilla ardiente se instaló en la capilla del colegio. Por ella iban desfilando grupos silenciosos, impresionados ante lo increíble.

Allí estaban rígidos, consternados sus padres, el señor Nicolás y la señora Felisa. De pronto, cuando el silencio era más denso, el padre lo rompe con un excorde, un fervorín o una reflexión en voz alta: «... Antonio —dijo— tendría imperfecciones, como todos las tenemos... Aquí tenéis a vuestro maestro. No sé si Antonio habrá dado todo lo que podía dar en la vida; vosotros sois sus discípulos y lo podéis saber... Sé que había escogido el mejor camino, que iba por él...»

Sí que había dado todo lo que podía. Lo ratificaban sus compañeros de comunidad, sus alumnos, todos los que le conocían y veían actuar. Hasta la prensa local se hizo eco del duelo y reconocía la entrega de Antonio. «Quién pudiera vivir dándose a los jóvenes para educarlos en el amor y quién pudiera morir rodeado de jóvenes que le aman. Recibid mi pésame y mi enho-

rabuena...» Así decía una carta abierta publicada en «La Gaceta».

En cuanto a si había emprendido el mejor camino, no se puede dudar, como abrigamos la confianza de que ese camino le llevaría también al mejor puerto.

Murió joven y de repente. Así la enfermedad no tuvo tiempo de quebrantarle ni le llegó a faltar la juventud. Así quedó en la memoria de todos la imagen del Antonio joven, entero y alegre.

Se le podía aplicar como epitafio la estrofa del «Ars Morienti» —El Arte de Morir—.

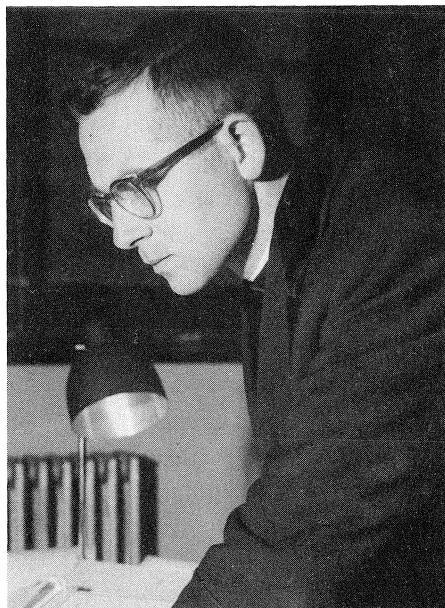
*«Era un agua que se secó,
era un aura que se esfumó,
era una lumbre que se apagó.»*

No se apagó del todo. Su recuerdo y su ejemplo siguen resplandeciendo.

MAYO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
1	1959	Sacerdote	Felipe HERNÁNDEZ SÁNCHEZ	35	129
2	1959	Sacerdote	Antonio GARCÍA AGUADO	54	135
12	1985	Sacerdote	Jaime LUNATE OLARIETA	59	142
15	1908	Coadjutor	José GÓMEZ CREGO	31	148
22	1950	Sacerdote	Antonio TORM PONS	78	151
24	1970	Clérigo	Restituto ARNANZ SANZ	27	159
28	1976	Sacerdote	Manuel CAAMANO BRANAS	80	163

FELIPE HERNÁNDEZ SÁNCHEZ



Sacerdote.
Nació en Calzada de Valdunciel (Salamanca)
el 24-V-1924.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1942.
Sacerdote en Madrid el 24-VI-1951.
Falleció en Francia el 1-V-1959.

Felipe fue salesiano de una sola casa: La Paloma. En Estrecho estuvo sólo unos meses, tiempo insuficiente como para perder de vista la casa de su Trienio y de su primer sacerdocio. La casa y los hábitos allí adquiridos, porque hay casas que imprimen carácter.

Los que pasaron por La Paloma, se movían en un ambiente multitudinario y gozaban de «cierto olor de multitudes». Ellos influyeron en la Institución, pero la Institución influyó también en ellos.

—¿Qué sería de La Paloma sin los Salesianos?, preguntaba

con frecuencia el jefe sindical don Fermín Sanz Orrio, para dar a entender la importancia de su función en el Centro.

La respuesta era bien sencilla: lo que fue de ella cuando los Salesianos la abandonaron.

Felipe hizo allí el Trienio y después de cantar Misa, volvió para ser jefe de disciplina durante varios años. Mantenía el orden sin estridencias ni tremendismos. Era joven y no tenía una presencia arrogante, pero era serio, asentado y con dominio de sí y de los alumnos. Sintonizaba con sus gustos y sabía prevenir sus reacciones. Organizaba campeonatos, excursiones y practicaba con lucimiento los deportes. Por eso y por el trato deferente y humano que les dispensaba, sus alumnos le siguieron apreciando y sintieron su muerte como algo propio.

Cuando llegó a ser Director de Estrecho, su preferencia era para los Antiguos Alumnos. De haber seguido por más tiempo al frente del colegio, habría impulsado los deportes hasta el máximo. Pero no era esa su única ni mayor aspiración.

Era el resorte para incidir más en los alumnos. Como buen enseñante, «metía la aguja para salirse con el hilo». Le preocupaban mucho las vocaciones y las trabajaba. Estaba a punto de mandar un buen grupo de aspirantes a Arévalo.

Los que le trataban de cerca, le encontraban un tanto adelantado en el campo de las iniciativas y de las novedades. Adquirió para los Antiguos Alumnos el primer aparato de televisión, cuando todavía no era un medio «legalizado» en nuestras casas, tanto, que se lo hicieron vender y deshacerse de él al poco tiempo. Adquirió para la comunidad un coche, cosa también inusitada en aquellos años de conservadurismo. Aquella adquisición le resultó bien poco afortunada.

El día 29 de abril de 1959, de camino hacia Roma, para asistir a la inauguración del templo de Don Bosco, se detuvieron en el Filosofado de Guadalajara él, el conductor y un grupito de chicos del colegio de Estrecho. Estaban contentos, ilusionados más bien. El coche era nuevo, todo el pasaje juvenil y el chófer no muy avezado y el recorrido desconocido. En el momento de arrancar, el motor ya en marcha, alguien le preguntó al conductor:

—¿Qué tal se presenta el tráfico? Y él respondió con cierta justificada reserva: «Pues un poco achuchado...»

Durante la comida, Felipe que se encontraba comunicativo y en confianza, había hablado de su vida en Estrecho, de los proyectos entre manos y de sus relaciones con la familia patrocinadora del colegio. El día anterior había recibido una crecida cantidad. Le preguntamos cómo iba por Madrid con tan peligrosa provisión. El contestó:

—Pues iba en el metro, como si tal cosa, y el dinero lo llevaba en una caja de calzado. Tan naturalmente y tan sin aprensiones tomaba las cosas.

Emprendieron el viaje, hicieron etapas en Zaragoza y Barcelona y el día 1 de mayo tomaron la carretera de Francia. Llevaban ya varias horas de recorrido y en esa actitud en que el viaje se hace cansado, la conversación se agota y los accidentes del camino ya no llaman la atención. Se encontraban cerca de Toulon, sorteaban una curva peligrosa, cuando un mal viraje vino a hacer que el vehículo chocara bruscamente contra un árbol. Felipe, que iba delante, a la derecha, con un brazo apoyado en la ventanilla, recibió el golpe que le dejó mortalmente herido. Todos los demás viajeros resultaron ilesos, aunque con la consternación imaginable. Se acudió a los salesianos de Toulon y la Navarre, que se apresuraron a aplicarle los remedios posibles, pero fue inútil. Murió unas horas después, con tiempo suficiente para administrarle los Santos Sacramentos. La noticia, cuando se les comunicó, llenó de sobresalto a las casas de Estrecho y de Roma, en donde se encontraba el Inspector y otros salesianos, en ambiente de fiestas de la Congregación.

Cuando después de los laboriosos trámites para el traslado de los restos, el cadáver entraba en la casa de Estrecho, el espectáculo era desolador. Una multitud callada y sobrecogida y un millar de alumnos llorosos lamentaban la desgracia y sufrían acongojados ante lo inexplicable, ante lo increíble. Fue un duelo general y hondísimo.

En el cementerio de Carabanchel, donde reposan los restos de tantos salesianos venerables, recibía sepultura un sacerdote joven y tan prometedor. Murió a principios de mayo y estaba en

pleno mayo de su vitalidad y de su apostolado. Todo le sucedió en este mes.

En él había nacido, el año 1924, en Calzada de Valdunciel (Salamanca), pueblo de La Armuña, fértil en cereales y en vocaciones salesianas, bien valiosas, por cierto, algunas de ellas. Sus padres se trasladaron a Madrid en plena infancia de Felipe y sus hermanos. La guerra dividió a la familia. Una parte quedó en Salamanca; los padres y Felipe, en Madrid. Había cursado el primer año de aspirante en Carabanchel.

Tuvo que suspender los estudios y reintegrarse a su casa en los primeros días, cuando los milicianos irrumpieron en el colegio «respirando amenazas y muerte».

Los salesianos se desperdigaron y buscaron refugio donde buenamente pudieron, aunque a varios de ellos les valió bien poco. Los aspirantes fueron rodando de Centro en Centro de menores y los que tenían familia en Madrid, se dirigieron a su casa. La de Felipe estaba en la calle de Abascal. Su padre era guardia de asalto y su madre, además de sus labores, atendía a la portería del inmueble. Esta doble circunstancia les daba cierta seguridad en aquel Madrid de miedo y hambre.

Pasados los primeros meses y ante la incertidumbre del final, que no se veía, Felipe reanudó sus estudios. En una habitación-comedor alternaban las clases de Matemáticas y Latín con los comentarios de las últimas noticias y la marcha de la guerra. A veces, se asomaba una visita inoportuna o de ideología contraria y había que disimular y cambiar el rumbo de la conversación. Así un día y otro, hasta agotar la materia de estudio y de comentario. Felipe, amparado en su edad y en el expediente de la portería, era con frecuencia portador de recados y consignas entre salesianos. Se reunía con sus compañeros en un sitio convenido y, a lo largo de un paseo o sentados en un banco, se confesaba con don Alejandro, don Lucas Pelaz o don Arturo, los capellanes ambulantes y de emergencia. Gracias a aquellos coloquios y entrevistas en bulevares y plazuelas, de iglesia de catacumbas, se mantuvieron perseverantes y no perdieron el contacto con los salesianos. Claro que el mayor mérito de la perseverancia de Felipe les cabía a sus padres, el señor Manuel y la se-

ñora Esperanza, cristianos intachables y de pura cepa salmantina. Recordaban las parejas hogareñas de Gabriel y Galán. Buenos mozos ambos y de esbelta presencia. Ella, como la matrona charra, «con su mirar sin engaño —infundía tranquilidades—» y él, uno de aquellos tipos a quien hubiera caído mejor el traje de la tierra que el uniforme de guardia, era, como el ejemplar salmantino, «enhiesto como negrillo», de medidas palabras no exentas de intención y de humor, noble y fuerte. Formaban una pareja admirable. Nunca se los veía tensos o descompuestos. En aquel ambiente de tranquilidad y armonía, no es extraño que Felipe creciera sereno y tan sin problemas como se le observó siempre. Tenía un buen temple heredado.

Gracias a eso superó sin dificultades las etapas de la formación, sin mayores dificultades, puesto que de ellas no se libran ni los candidatos mejor dispuestos. Hizo el noviciado en Mohernando, en los años duros de la reconstrucción, allí hizo la primera profesión y la Filosofía y de allí salió para hacer el Trienio en La Paloma, su casa de acción en los primeros años de funcionamiento. A ella volvió, una vez terminada la Teología y de haber cantado su primera Misa, en junio de 1951. Todo le era conocido: el ambiente, la actividad y las personas, conocido y familiar. Se entregó a su apostolado con todos los bríos de su juventud y con la recomendación de la preparación y de la experiencia. Conjugando todos estos factores y la contribución de todo el equipo salesiano, no muy numeroso pero bien conjuntado y entregado de lleno, lograron para el Centro un florecimiento de Institución ejemplar. Fueron los años del máximo renombre y de las visitas obligadas de personajes oficiales.

De Consejero de La Paloma, Felipe pasó a ser Director de Estrecho. Treinta y dos años tenía cuando recibió el nombramiento. Entre la corta edad y su semblante juvenil y fina textura, más que Director parecía un diácono. Algunos exigentes le encontraban inmaduro y hasta llegaron a murmurar que el cargo, más que a méritos ganados, le había venido como gratificación del Inspector a sus padres, por servicios prestados en años anteriores. Era una suposición y un decir ligero.

«Nadie se hace sabio de repente», dice el proverbio. Ni Di-

rector salesiano, que es toda una institución. «El hombre maduro y experto en humanidad, maestro puesto al día y autorizado en la vida espiritual salesiana, centro de la comunidad y hermano entre hermanos, que coordina los esfuerzos de todos y tiene presentes los derechos y deberes y la capacidad de cada uno», ya se sabe que es el retrato ideal.

«Los Hermanos le reconocen y aceptan su autoridad y responsabilidad.» Le reconocen, sí, pero no a la primera ni unánimemente.

Todas las cosas tienen su curso y requieren su tiempo. Felipe, que tuvo una promoción rápida y ni siquiera contó con los cursillos y el adiestramiento que ahora se usan, apenas tuvo tiempo de «cuajar» como Director. Dicho sea en mérito suyo. Cuando muere un anciano, decimos: Dios le tenga en cuenta lo que hizo y lo que sufrió en tantos años. Cuando muere un joven en la flor de los años y en el comienzo de una carrera brillante, tendríamos que decir: Dios le tenga en cuenta lo que no disfrutó y el bien que tuvo el propósito de hacer.

Eso le cumpliría a Felipe, que en paz descansa.

ANTONIO GARCÍA AGUADO



Sacerdote.
Nació en Alaejos (Valladolid) el 22-X-1905.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 23-VII-1925.
Sacerdote en Carabanchel Alto (Madrid) el 17-VI-1934.
Falleció en Béjar (Salamanca) el 2-V-1959.

Don Antonio tenía el cuerpo pequeño y la voz potente y sonora. Le pasaba lo que a algunos pájaros cantores, esos a los que Góngora llamó «cítaras de plumas».

Era ágil, inquieto y vivaz, tenía la voz tuerte, sonora y de buen tenor; la palabra expedita y la expresión suelta, pronta y directa.

«Abierto y sencillo con todos —dice de él don Aniceto Sanz—, con una alegría franca y encantadora, sabía ganarlos a todos, chicos y grandes, prendidos de la simpatía de su carácter.»

Nació el año 1906, en Alaejos, pueblo grande, famoso por el

buen vino y el mucho pan, con dos iglesias monumentales, a mitad de camino entre Valladolid y Salamanca.

Siendo todavía muy niño, se quedó huérfano de padre y madre. Se hicieron cargo de él unos tíos y de ellos pasó a los Salesianos de Salamanca, colegio de San Benito. Era un colegio pequeño y familiar, como un hogar modesto.

Antonio era pobre, huérfano y listo. Tenía todas las cualidades para ser admitido como alumno en aquel internado. Eran unos 50, todos ellos de Alaejos o de Salamanca. Así lo había dispuesto doña Gonzala Santana, la generosa y pudiente dama patrocinadora de esta Obra y otras parecidas. Tenía fama en toda Salamanca de ser tan rica como limosnera. El colegio de María Auxiliadora, bastante posterior al de San Benito, fue también fundación suya.

A los alumnos de San Benito se los llamaba, familiarmente «gonzalers». Vestían un cuasi uniforme de paño gris oscuro y tenían un cierto talante de seminaristas laicos. Doña Gonzala les costeaba los gastos de internado y estudios.

Al terminar la Primera Enseñanza, los dotados de inteligencia hacían el Magisterio y los más dotados, una carrera universitaria. Al cabo de los años fueron saliendo promociones de muchachos que se situaron decorosamente, gracias a la munificencia de la popularmente conocida como «la Pollita de oro».

¡Lástima que con la muerte de tal señorita y de sus inmediatos sucesores, se extinguió una institución tan social y simpática!

Don Antonio hizo el noviciado en Carabanchel, en los años de don Antonio Castilla. No sabemos cuál fue el móvil inmediato de su vocación salesiana, toda vez que tenía su carrera enderezada en el mundo. No fue la única vocación que salió de aquellos muros oscuros y viejos de San Benito.

Hizo parte del Trienio en Atocha y el resto, en Astudillo y el Paseo de Extremadura, cuando comenzó a ser aspirantado.

La Teología la empezó en Campello y después de la quema de conventos, la continuó en Carabanchel, en los años turbulentos de la República. Hasta el Teologado Nacional Salesiano, que era la casa de Carabanchel, llegaban incesantemente los

ecos de las revueltas, las huelgas y las elecciones, a cuyo ajeteo no podían sustraerse los teólogos.

Cantó Misa el año 1935 y se quedó de asistente con los aspirantes, que convivían con los teólogos. Formaban dos comunidades, tenían dos Directores y llevaban un funcionamiento más o menos sintonizado. Fue una de tantas situaciones por las que ha pasado la casa de Carabanchel.

Cuando estalló la guerra civil, don Antonio estaba, como muchos otros, haciendo plácidamente los Ejercicios Espirituales en Mohernando. Los sorprendieron reunidos y quietos.

No podían ser una presa más fácil para la avidez sanguinaria de los milicianos que se presentaron en el recreo de la comida, el día 23 de julio de 1936. Por cierto, estaban bajo la encina grande don Miguel Lasaga, que era el Director, don Antonio y un grupo de estudiantes viéndolos jugar al asalto. Parece un verso del romance: «Jugando está a las tablas don Gaiferos...» Tuvieron un pequeño altercado a cuenta de una jugada y en el preciso momento en que estaban discutiendo, se presentaron los primeros milicianos. Aparecían cautelosos por un lado y otro del edificio, como si temieran una resistencia armada. Ni que decir tiene que se acabó la discusión lúdica y comenzó la odisea.

Don Antonio fue a parar a la cárcel de Ventas (Madrid) y después de bastantes meses de prisión, con todas las vicisitudes que la acompañaron, fue sometido a juicio de un tribunal popular y condenado a trabajos forzados en un «Batallón Auxiliar de Fortificaciones». Su misión era abrir trincheras, reparar caminos de paso de tropas, hacer desmontes y trabajó en el famoso ferrocarril «de los cuarenta días». Picos, palas, barrenos, mala alimentación, mucha vigilancia y disciplina rígida eran la trama de su vida desde las primeras horas del día hasta el atardecer. Compartieron su suerte mala, otros salesianos: don Eduardo Díez, don Pudenciano, Leturio y otro no salesiano, de quien no podemos dejar de hacer mención. Se llamaba Manuel Díaz Garrido, era maestro, buenísima persona y el que hizo mejores migas con don Antonio. Se hicieron inseparables. «Amigos fingidos son para tiempos felices», dice el refrán. Los verdaderos y firmísimos son para los tiempos adversos.

Don Antonio y Manuel compartieron trabajos y andanzas, el poco más que el pan y la sal de que disponían y entablaron una amistad de por vida. Manuel sobrevivió a don Antonio casi treinta años. Desempeñó un cargo importante en el Magisterio, llegó a ganar un sueldo aceptable y siguió acordándose y tratando con los salesianos con la simpatía que había nacido entre los ribazos de Nuevo Baztán, Pozuelo del Rey y demás escenarios de trabajos forzados. Este verano último fue un día a Guadarrama, se sentó a la sombra de un árbol y un camión, en marcha desenfundada, se estrelló contra el árbol y le mató en el acto. Al revisar sus documentos y enseres, los familiares encontraron un legado reservado y expresamente destinado a los Salesianos. En esta fecha no hace todavía un mes que hicieron entrega a la Inspectoría de una cantidad muy saneada, de buena lotería podemos decir. Eran los ahorros y las provisiones de un antiguo buen amigo de don Antonio y de unos salesianos, compañeros de tiempos difíciles. ¡Gracias, don Manuel!

Y tras este inciso, volviendo a don Antonio García, terminó su condena escapándose del batallón de castigo pocos días antes de terminar la guerra. Una vez normalizada la situación, fue destinado otra vez a Carabanchel como Consejero de los aspirantes por un año. De allí pasó a Salamanca, al colegio de María Auxiliadora, como asistente y profesor por otro poco de tiempo, para ir de allí como Prefecto a Mohernando, el año 1945. Más que a la prefectura y a los quehaceres de la administración, que eran bien escasos, dedicó su atención y su tiempo al Oratorio de Guadalajara.

Como de tantas otras obras salesianas, de la de esta ciudad alcarreña, hoy tan floreciente, se podría decir: En el principio, era el Oratorio. Por él comenzó por los años 40, cuando don Antonio se afanaba por ponerlo en marcha, recabando la ayuda de algún eclesiástico, de la Protección de Menores, el gobernador don Juan Casas y ayudado por los estudiantes de Filosofía de Mohernando, que se desplazaban allá los domingos y fiestas y ponían en movimiento aquella tropa de muchachos, que iba siendo cada vez mayor. Fue por bastante tiempo un Oratorio creciente y errante.

Los muchachos acudían atraídos por el señuelo de las diversiones y por la golosina de la merienda que les procuraban aquellos buenos salesianos. Un día se reunían en la plazoleta del Carmen, otro en la explanada de Santa María o en las eras de la carretera de Cuenca, según la afluencia. El caso es que iban preparando el terreno para la Institución Salesiana de San José, que con ese nombre pomposo y ambiguo se establecería en el año 1952, en vísperas de la Navidad. Fueron los pioneros don Antonio y aquellos jóvenes estudiantes salesianos, buenos, sencillos, voluntariosos, que prendieron la llama de lo salesiano en la ciudad alcarreña: Antonio Díez, Victoriano, Alberto, Juan Francisco. Todos perseveraron y dieron excelente juego. Con don Antonio al frente hicieron atrayente y simpático el nombre salesiano.

El año 1948 don Antonio pasó a la casa de Béjar con el cargo de Catequista.

En esta casa, de tanta solera «desplegaba, según su Director, don Aniceto Sanz, sus no escasas ni pequeñas aptitudes y expandía sus actividades doquiera hubiera un hueco que llenar, al compás de la obediencia, que jamás rehusaba. Nunca un gesto desabrido ni un movimiento destemplado que pudiera empañar la ejecución de una orden».

«Sanguíneo como era, tenía reacciones prontas y fuertes, aunque no duraderas. Era fácilmente excitable, aunque siempre alegre; sincero y espontáneo, a lo mejor, hasta lo discutible alguna vez, pero siempre sumiso y dispuesto a reconocer la advertencia. ¡Cuántas veces el pobre Superior vio disipadas como por ensalmo ligeras nubéculas, por su modo de conducirse, siempre alegre y jovial!»

Apuntando algunas de sus virtudes religiosas, don Aniceto, destaca en la carta mortuoria «el amor y la práctica de la pobreza y la puntualidad en la economía».

«No creo que se fuera a la cama ninguna noche con dinero en el bolsillo.» ¡Gran elogio!

En Béjar pasó nueve años contento y aceptado de todos y hubiera podido pasar muchos más, si los días de su vida no hubieran estado tan extraña y fatalmente tasados. La muerte le llegó a la mitad del camino de la vida.

A principios del año 1959 continuaba su actividad normal y dinámica, un poco acrecentada por los preparativos de la inauguración del nuevo teatro. Se entregó a ellos con todo entusiasmo, pese a que ya venía sintiendo algunas molestias de estómago. Las fue aguantando, con la esperanza de que serían pasajeras y por no alterar la actividad en una casa en que el personal era tan reducido y estaba ya sobrecargado. Se hizo necesario un primer reconocimiento. Se descubrieron síntomas alarmantes, que obligaron al ingreso rápido en una clínica de Madrid. La biopsia constató que el tumor estaba demasiado extendido y era ya inoperable.

Permaneció en la clínica todavía algunos días. Ilusoriamente, se sentía mejor y así se lo hacía ver a las visitas que le llegaban de uno y otro sitio. «Con este chaperón —decía— tendremos para seguir viviendo unos años más.» Todos estaban en el secreto, menos él. Trasladado de nuevo a Béjar y recluido en su habitación, él que antes de la enfermedad no paraba en ella, recibía incontables muestras de interés, un interés cada vez más vivo para una salud cada vez más apagada.

El Director, armándose de valor, le dio la triste notificación. «Se ha hecho todo lo posible; sólo nos queda la esperanza del milagro. Todos te hemos querido, tú lo sabes. Dios también te quiere a su lado y te considera maduro para el cielo.»

Don Antonio escuchó, abrió desmesuradamente los ojos y calló. Había aprendido y había hecho aprender a sus estudiantes la estrofa de Las Coplas: «Que querer hombre vivir —cuando Dios quiere que muera—, es desatino...» Se preparó para el gran paso. Ritual en mano durante la administración de los Sacramentos, iba siguiendo los ritos y contestaba clara y puntualmente a las preguntas que se le hacían. Los recibió con plena conciencia y con edificante fervor.

Su muerte fue un duelo general, en la casa y en la ciudad. Una manifestación de adhesión y cariño a don Antonio y a toda la Obra Salesiana.

Descansa en el mausoleo que el Ayuntamiento de Béjar donó a la Congregación.

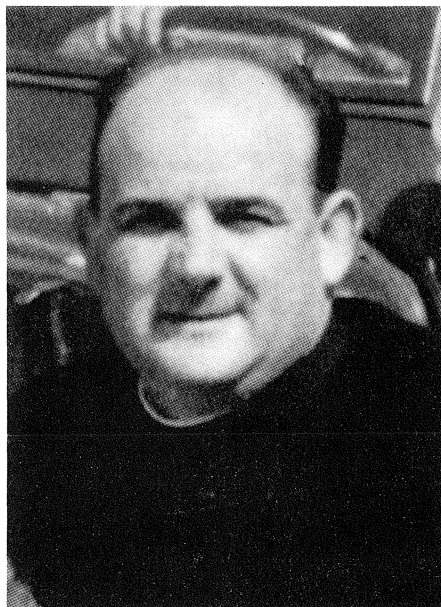
¡Un regalo bien emotivo, original y duradero! Los Antiguos

Alumnos lo completaron con una ornamentación sobria y de buen gusto. Así rendían tributo de agradecimiento a los que tanto han hecho por ellos.

Sólo les faltaba poner una inscripción parecida a la del mausoleo histórico:

*Es bastante este túmulo
para los que no sería bastante toda la Ciudad.*

JAIME LUNATE OLARIETA



Sacerdote.

Nació en Baracaldo (Vizcaya) el 20-VI-1926.

Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1944.

Sacerdote en Madrid el 28-VI-1953.

Falleció en París el **12-V-1985**.

Jaime se definía a sí mismo como vasco de nacimiento, salmantino de corazón, español de cuerpo entero y apasionadamente europeo. Demasiadas cosas para serlas todas a fondo, por más que se tuviera la naturaleza inquieta, pletórica y exuberante de Jaime.

«Un pueblo es como un amigo que deja huella en el alma», dice la copla. Jaime fue hombre de muchos amigos y bastantes pueblos; todos ellos dejaron huella en su alma sensitiva y apasionada.

Nació en Baracaldo, en el Baracaldo fabril y en auge de los

años 20. Allí nació a la vida y a la vida salesiana, que heredó de su padre, antiguo alumno del colegio de la calle Larrea, uno de los colegios pioneros de España.

De cuatro hermanos que eran, él se hizo salesiano, Raquel fue la salesiana activa y eficiente que hemos conocido; un tercer hermano se mantuvo adictísimo al colegio. Asistía y ayudaba todos los días a la primera misa, en la penumbra de la madrugada, con los salesianos haciendo meditación en el estrecho presbiterio de la capilla. Un sepulcro de la fundadora, doña Luisa Chávarri, de mármol negro, aumentaba el aspecto sombrío del recinto. La hermana menor, Juanita, vive como una salesiana sin votos y en vida de soledad.

Las virtudes familiares y los ideales de su vocación los encarnó Jaime en un cuerpo atlético de indarrón vascongado y en su alma entusiasta y de temple dinámico.

Era un alto horno de humanidad y de vida.

Su carta mortuoria la escribió su joven Director Elias de Miguel.

La escribió con cariño, buen estilo y fina penetración. Jaime la hubiera leído con gusto y como redactada a su medida. Dice lo suficiente para dejarle bien y no decir falsedades. Las cartas mortuorias son un poco como los relojes de sol: marcan sólo las horas de luz. Las sombras se entreven, se dejan adivinar.

Nació en octubre del año 1926, en una calle muy próxima al colegio salesiano. Al poco tiempo de terminada la guerra civil, hizo el aspirantado en Mohernando, Carabanchel y Astudillo, en los últimos años de don Pedro Olivazzo. La casa, a la sazón estaba muy deteriorada, hacía juego con el paisaje circundante: caminos polvorientos, casa de adobes y horizontes de montes pelados. ¡Cómo le debió de impresionar aquel paisaje gris y pobre! ¡Qué idea tan arisca se formaría de Castilla el que no la enjuiciase más que a través de aquellas apariencias! Por fortuna, los niños no suelen reparar mucho en el paisaje.

En 1944 volvía a Mohernando para hacer allí el Noviciado y la Filosofía.

Su comportamiento era normal y su aplicación, a tono con su inteligencia depierta y fácil. En Salamanca hizo todo el Trie-

nio, que por aquellas fechas en el colegio de María Auxiliadora resultaba «apretado y recio».

A pesar de la diferencia de humores, se encariñó con la capital charra y con la manera de ser de los salmantinos.

Estudió la Teología en Carabanchel y se ordenó el 28 de junio de 1953.

Durante este tiempo, siguió siendo el estudiante de rápida comprensión más que de voluntad tesonera.

Siguen luego treinta y dos años de sacerdocio, en misiones de profesor, Jefe de Estudios, Consejero, Catequista y Capellán en las casas de Orense, Salamanca, Paseo de Extremadura, Estrecho, Carabanchel —Escuela de Automovilismo— y la Escuela de Magisterio «Don Bosco». Salamanca, Orense y Estrecho fueron los sitios de su mayor actividad, de docencia y de apostolado. A lo largo de estos años adquirió la licenciatura en Filología Moderna y el diploma en Francés, todo ello con lucimiento, notas aceptables y el mérito de no haber dado de mano a sus ocupaciones ordinarias. Francia e Inglaterra fueron los lugares de sus excursiones en verano y en Semana Santa, a veces solo y otras con grupos de alumnos de los colegios o de la Escuela de Magisterio.

Era aficionado a los medios de comunicación y estaba metido hasta cierto punto en el mundillo del cine, entre cuyos medios se industriaba para montar su apostolado, hacer sonar el nombre de Don Bosco como Patrono de la cinematografía, celebrar su fiesta y dejar en despachos y cabinas el calendario de María Auxiliadora o el cuadro del Santo, a modo de exorcismos.

Tenía don de gentes y una simpatía innegable para ganarse a las personas, aún las predispuestas hacia lo clerical. Entre la confianza que le otorgaban y la que se tomaba él, tenía acceso a bastantes ambientes y salía adelante con sus propósitos.

Despierto, dinámico y emotivo, con ganas de ver, saber y vivir, amigo de amigos, se movía no sólo, por un impulso natural de sociabilidad; lo hacía también con la preocupación de hacer el bien a todos y de hacerles más llevadero el sufrimiento.

Salesiano legítimo, fue un declarado devoto de María Auxiliadora, la nombraba a menudo, la invocaría más a menudo todavía, llevó durante varios años la Archicofradía y predicó muchas de sus novenas, cosa que tenía muy a gala.

Por su manera de ser, extremoso y apasionado, se le presentaron dificultades, a veces hasta crisis agudas; pero las superó con la ayuda de María Auxiliadora, según reconocía él mismo con emoción no disimulada. Había aprendido bien desde muy niño en el colegio salesiano la copla más popular y la más repetida en honor de nuestra Virgen: «Ella en mi niñez mis pasos guió; por eso desde niño siempre la quise yo.»

Don Emilio Alonso, que le tuvo como clérigo, como sacerdote y como personal en varias comunidades, le facilitó estudios y salidas al extranjero para cualificarse, como ahora se dice, y le ayudó cuanto pudo, él que le conocía «intus et in cute», distingue dos etapas en la vida de Jaime: la del clérigo y joven sacerdote entusiasta, voluntarioso, con el que se podía contar siempre. Era el asistente ideal, animador de patios, organizador de deportes, de actos recreativos y culturales y director de coro, que hacía cantar maravillosamente a los alumnos en las misas y funciones de iglesia, repletas de muchachos y resonante de cantos en aquellas naves de templo neogótico.

El otro Jaime era el entrado ya en años, marcado por la enfermedad y los achaques, de los que, a pesar del tratamiento riguroso, no se llegó a recuperar del todo.

Su muerte fue prematura para lo que podía haber vivido, dotado como estaba de una naturaleza vigorosa. Muerte prematura, pero en cierta manera anunciada.

Ya su Director, don Elías, le reconvenía a veces, entre afectuoso y preocupado: «Cuídate, Jaime. Por ese camino, cualquier día nos vas a dar un gran disgusto.»

¿Cuál era ese camino? En cuanto al día cualquiera, fue el 12 de mayo de 1985. Jaime estaba en París. Había ido allí para sacar el doctorado en francés.

Tras ello andaba desde hacía una temporada. Vivía en la casa inspectorial.

Aquel día, que era domingo, circunstancia que complicó las

cosas, la diabetes, una de las enfermedades que arrastraba, se agravó sensiblemente. Los salesianos de la comunidad avisaron al médico y a los salesianos españoles de la «Maison Provinciale Don Bosco», la pequeña comunidad al cuidado de los emigrantes. El médico le reconoció y mandó hacer unos análisis, en espera de cuyo resultado suspendió todo diagnóstico y todo tratamiento. La medida era demasiado lenta para la urgencia del caso: un coma diabético. Uno de los salesianos españoles acudió en seguida a verle. Le encontró ante la televisión, solo y con señales de estar bien ajeno a la pantalla. Hablaron vagamente. Era mediodía. Le persuadió de que tomase algún alimento. Subieron al comedor y trató de comer algo, pero sin ganas.

Se despidieron hasta media tarde, en que volvería con los otros compañeros de comunidad, una vez terminada la comida de hermandad que tenían con todos los emigrantes.

Antes de terminar esa comida, los llamaron de la Inspección. Jaime acababa de fallecer. Todo se precipitó vertiginosamente y con el tiempo preciso para administrarle los últimos auxilios.

El inspector de Madrid, don Aureliano Laguna, se presentó aquella misma tarde.

Entre unos y otros comenzaron a gestionar los trámites para el traslado de los restos mortales a España. A pesar del día festivo y de lo complicado de las gestiones, se logró acelerarlas hasta un plazo mínimo. Muy pocos días después llegaban a Baracaldo. Allí, en presencia de los salesianos, de sus hermanas y algunos amigos, recibieron tierra en el panteón familiar.

No murió abandonado, ni estuvo tan desasistido como cabía imaginar; pero no era aquel el final que Jaime, tan alborotador y bullicioso, podía esperar. En Madrid, donde tanto ambiente tenía, habría sido objeto de un duelo y una despedida espectaculares. Dios le reservaba un final más modesto.

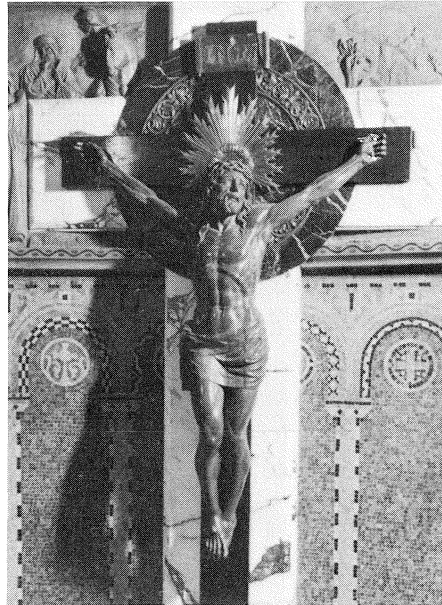
Baracaldés de nacimiento y de enterramiento, vino a terminar entre los suyos.

Descanse en paz.

En esos momentos de compunción, de fervor y dolor íntimo, Jaime, como tantos otros, haría suya la súplica del salmo 55:

*«Anota, Señor, en tu libro mi vida errante.
Recoge mis lágrimas en tu odre, Dios mío.»*

JOSE GÓMEZ CREGO



Coadjutor.

Nació en Endrinal de la Sierra (Salamanca) el 19-V-1877.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 26-X-1906.

Falleció en Salamanca el 15-V-1908.

En estos apuntes se hace recensión de todos los Hermanos que han llegado a nuestro conocimiento, por lejanos que queden o desconocidos que sean a estas alturas, ya que insignificante, no podemos considerar a ninguno. ¿Quiénes serán los que verdaderamente lo sean en el balance de la Providencia?

El actual reseñado, José Gómez, murió hace ochenta años, llegó tarde a la Congregación y vivió, como salesiano, dos años escasos.

Había nacido en Endrinal de la Sierra (Salamanca), el año 1877. Cuando tenía ya veintiocho años, se presentó en la casa de San Benito, recién fundada.

Le recibió el padre Tagliabue, el primer Director, que también había de serlo de la casa de María Auxiliadora. En San Benito comenzó José Gómez su vida salesiana y allí la terminó bien pocos años después. La carta mortuoria la escribió el mencionado padre Tagliabue. Es breve y escueta. No tiene más que una veintena de líneas y consigna sólo los datos esenciales. Aquellos hombres escribían con prisa y sin pensar en la Historia. Más que una carta mortuoria, es un certificado de defunción.

Nos sorprende pensar que en tal fecha, 1877, saliera una vocación salesiana de un lugar tan apartado, Endrinal. ¿Qué viento llevó la semilla salesiana a aquel ostigo? No sería la de José la última vocación que saliera de aquella tierra. Se ve que con el lino y otros productos vulgares se daban también plantas de otro tipo. «Hizo la primera prueba egregiamente», dice la breve carta. «Decidido a hacerse santo, procuró cumplir con exactitud las prácticas de piedad.» Profesó una particular devoción al Sagrado Corazón y a María Auxiliadora. Esta piedad y este fervor aumentaron en los dos años que pasó en Carabanchel. Allí hizo su primera profesión, decidido a entregarse íntegramente a la Congregación, que le había recibido entre sus hijos, a pesar de ser ya mayor y no contar con títulos relevantes.

Con esos propósitos tan generosos había comenzado a trabajar en cuanto se le encomendaba, cuando su salud se vio asaltada por una dolencia de corazón.

No valieron para conjugarla ni los médicos, ni el cambio de clima a Vigo, donde estuvo algunos meses, ni los aires nativos de Salamanca, a donde fue enviado de nuevo. Mientras sus fuerzas se lo permitieron siguió trabajando en servicio de la casa. El último mes se vio obligado a estar postrado en cama. «Sufrió un verdadero purgatorio»: el de la enfermedad y el sacrificio moral de no poder trabajar y ser, a su parecer, peso para la comunidad. Es el tormento de todos los trabajadores y de todos los delicados de conciencia, los demasiado delicados. Dos semanas antes de morir, presintiendo cercano su final, recibió los Santos Sacramentos. Los demás días en espera de la muerte, comulgaba. La piedad que había puesto como norma de su vida religiosa, le seguía alentando.

El día 15 de mayo, primer día de la novena de María Auxiliadora, la Virgen se lo llevó y le cambió los dolores de la enfermedad por los goces del cielo.

Los verdaderos devotos de la Virgen, en el trance de la muerte comprueban los resultados de su amorosa protección. Es antigua, piadosa y firme creencia.

No en vano habría repetido muchas veces: «Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte»...

ANTONIO TORM PONS



Sacerdote.
Nació en Guardia de Tremp (Lérida) el 13-II-1872.
Profesó en Sarria (Barcelona) el 30-VIII-1905.
Sacerdote en Urgel (Lérida) el 29-II-1896.
Falleció en Arévalo (Avila) el **22-V-1950**.

No sabemos por qué, don Antonio Torm siempre nos recordó un poco a don Ángel de Dios. Los dos eran contemporáneos, los dos entraron en la Congregación siendo ya párrocos, los dos eran buenos, serios, observantísimos y con poco sentido del humor. Uno era gallego y el otro catalán, procedían de Orense y de Lérida, las dos únicas provincias de Galicia y Cataluña que no tienen mar. Ambos fueron expertos en administración, uno en la administración pequeña y doméstica, otro más en grande y emprendedora. Don Antonio fue Ecónomo Inspectorial y constructor de iglesias: la de San José de Rocafort, la de

Estrecho y, en parte también, la de Vigo. Llegó a tener buena experiencia de lo que es levantar edificios sin fondos previos. «¿Cuándo hemos comenzado nunca una obra con el dinero en el bolsillo?», decía Don Bosco.

Nació don Antonio en una de las Guardias de Lérida, el 13 de febrero de 1872.

Sus padres, que eran agricultores, le llevaron al seminario de Urgel, para hacer la carrera eclesiástica. En febrero de 1896 se ordenaba de sacerdote y pasaba a ser Mosén Antón. Se ordenó de sacerdote en la catedral más antigua de Cataluña, joya del románico. En su claustro vería representarse un año tras otro el retablo de San Armengol, una tradición encuadrada en el marco de una ciudad antigua y señorial, emplazada entre dos ríos y en cuyas calles se mezclan el aroma del pasado y el aire purísimo de las alturas: Seo de Urgel.

No es extraño que don Antonio se conservara aferradamente aficionado a su tierra e insobornable catalán.

No sabemos los motivos que tuvo, pero en 1903 dejó la vida parroquial e ingresó en Sarria como novicio salesiano. Eran todavía los años del noviciado único para toda España. Así se explica que se reunieran 52 novicios. Eran sus compañeros, los tan conocidos después de muchos salesianos don Tomás Bordas, don Sergio Cid y don José Sabaté. Con ellos y como el más veterano de todos, hizo el noviciado y profesó don Antonio Torm, que acusó siempre esa veteranía y el no haber vivido su formación salesiana desde los tiernos años.

Apenas profesar, fue destinado a la casa de Esmeralda (Barcelona) y el año 1905, en el mes de abril, era enviado con la comunidad fundadora a Mataró, la casa que había de adquirir tanta solera en la Inspectoría Tarraconense. Formó con Salamanca y Utrera el triángulo de colegios proceres. Los alumnos tienen en todos los sitios los mismos hábitos y travesuras. Don Antonio, no acostumbrado a ellos, mayor y poco bromista, tuvo que hacerse violencia más de alguna vez para soportar el genio alegre de los estudiantes.

No obstante, él había tomado en firme la resolución de conti-

nuar como salesiano. Hizo los votos perpetuos el 28 de octubre de 1909.

La semana trágica sometió a las llamas criminales la casa de San José de Rocafort y casi dejó en ruinas el edificio. Después de aquel grave contratiempo, don Antonio fue enviado allí como Prefecto. No se achicó ante la lamentable situación material de la casa. Reconstruyó el colegio y levantó la iglesia de San José, satisfaciendo así una verdadera necesidad de aquel barrio. Era su primera experiencia en este campo de empresas.

De Rocafort pasa a Sarria y desde Sarria es trasladado por don Binelli a Madrid como Secretario y Ecónomo Inspectorial. Este cargo nuevo empleó por completo su esfuerzo. Le resultó especialmente laborioso sistematizar la situación legal de todos los bienes inmuebles de la Inspectoría, todavía joven.

Don Binelli seguramente no había leído las Cartas Marruecas de Cadalso, pero acertó al nombrar a don Antonio Ecónomo Inspectorial. Parece haber hecho suyo aquel pasaje del agudo crítico en que dice de los catalanes: «Por su genio son poco tratables, únicamente entregados a su propia ganancia en interés. Si yo fuera señor de toda España y me precisara escoger a los diferentes pueblos para mis criados, haría a los catalanes mis mayordomos...» Don Binelli hizo a don Antonio su mayordomo.

Un poeta mediano, en sus «Poesías Volantes» deja esta discutible quintilla:

*«A costa de mil afanes
marca tierra y hace panes
y aunque sea en un establo
al fin, por arte de diablo
hace de las piedras panes.»*

Del catalán lo dice, teniendo en cuenta que eso de «hace de las piedras panes», es opinión que sale con frecuencia en refranes y poemillas.

De Ecónomo Inspectorial pasa a ser fundador de la casa de Estrecho (Madrid), una Obra que al principio era también «harto estrecho rincón», pero con tan lisonjero porvenir. Como de tantas

obras salesianas se podía decir que al principio era el Oratorio. Comenzó siendo un sencillo Oratorio en medio de un barrio popular: Cuatro Caminos. Al poco tiempo, se organizaron unas escuelas nocturnas.

Iban a dar clase los clérigos de Atocha, después de terminada su jornada en la primera casa de Madrid: don Isidoro Moro, don Emilio Corrales, don Aniceto, que tanto había de tener que hacer en esta casa, la suya por tantos conceptos y en la que Dios haga que continúe muchos años.

Comenzó la Obra en 1922 con ese carácter inicial de Oratorio festivo, pero con el patrocinio de dos buenos protectores: el Nuncio de Su Santidad, monseñor Tedeschini, y la marquesa T'Serclaes. Un alto eclesiástico y una marquesa: un comienzo muy a lo Don Bosco.

Llevaba funcionando con éxito casi dos años. Mereció que un periódico de Madrid le dedicara un reportaje, que hoy leemos con sumo interés. Por el lenguaje y la simpatía hacia lo salesiano, se adivina la pluma de don Juan Marín del Campo, «Chafarote».

«En el popular y pobladísimo barrio de Cuatro Caminos —dice—, surge, como arca salvadora, un Oratorio festivo. Las vicisitudes por las que ha pasado, recuerda los primeros tiempos de la Obra de Don Bosco, tan llenos de trabajos y no exentos de poesía... Aquello es un hormiguero de chicos que marea al que no ha nacido o se ha formado para la maniobra de las grandes masas...»

Después de haber pasado un rato observando los movimientos y el Oratorio de tal «hormiguero», hace una entrevista al Director, don Antonio.

Este, con mucha sencillez y un poco de picardía va respondiendo a las numerosas preguntas del periodista.

—«La gente es buena, comenta el Director. Los niños, como en todas partes, son bullangueros, pero dóciles, siempre que haya una voluntad que los gobierne y un corazón que los ame. Al principio nos costó mucho trabajo obtener orden, pero poco a poco hemos llegado, gracias a Dios. Hoy, como usted ve, hacemos de ellos lo que queremos.»

Y termina la entrevista con esta confesión del entrevistador: «No podemos ocultar al padre Torm nuestra admiración y continuada sorpresa.»

Muchas más sorpresas le habrían esperado al egregio periodista, pulcro caballero, tan parecido en su físico y en su atuendo a José M.^a Pereda.

No sabemos si por propios méritos o por influencia de sus patrocinadores, esta Obra nació con buena estrella.

En 1926 se colocaba la primera piedra de la iglesia y la continuación del edificio. Pocos comienzos han sido tan solemnes. Estuvieron presentes en el acto la Familia Real, el Rector Mayor don Rinaldi, Ministros, Jerarquías y buena representación de la alta clase. Al lado y como curioso contrapunto, había buen número de muchachos del barrio y representación de las Escuelas de Atocha.

Ante tan variado público, tuvo lugar la colocación de la primera piedra de una iglesia proyectada por el arquitecto Saldaña. La maqueta era artística, proporcionada de líneas y contrastes y graciosa por demás. Se habían conjugado en el proyecto la fe del buen cristiano, el gusto del artista y el entusiasmo de patriota, que deseaba colaborar a una gran obra de educación que aquellos barrios necesitaban. Don Manuel Bofarul dirigió un breve discurso a los Reyes en nombre de los Salesianos y de los Bienhechores, pero especialmente, en nombre de aquella turba de chiquillos «subditos con nosotros —decía—, pero más necesitados que nosotros de su Majestad Católica». «La Iglesia nos dice —añadía—, ya en tono de advertencia, ya en tono de amenaza: Id al pueblo. Más que id; lo que hacéis al menor de estos chiquillos, lo hacéis a esa España que, Vos queréis ver sana, culta, laboriosa y buena.» Y el reportero del acto por parte del «Debate», don Manuel Grana, añade por su cuenta: «Si no civilizamos, si no educamos en cristiano a estas legiones de posibles bárbaros, España está perdida. Hoy rodean con inconsciente bondad a la Iglesia y a la Monarquía; más tarde la rodearán también, y de nosotros depende la actitud que adoptarán un día lejano ante la Monarquía y ante la Iglesia...» ¡Qué inestimable y

profético sentido el de estas palabras de un periodista, que era sacerdote y que resultó ser profeta!

Ese día no lejano llegó diez años después, cuando la Monarquía ya no existía y la Iglesia estuvo a punto de desaparecer.

La ceremonia de la primera piedra resultó brillantísima. Todavía quedan para la Historia fotografías y documentos. Tal vez el que menos aparece es don Antonio Torm, el promotor de todo aquel revuelo y movilización de personajes. A él le bastaba ser el alma de la Obra que iba tomando cuerpo y la ingente tarea de allegar todas las demás piedras hasta ver rematada la empresa. No fue nada pequeña ni fácil. Sólo él podría dar cuenta de los paseos que le costó, las escaleras que tuvo que subir y las puertas a las que tuvo que llamar en demanda de ayuda. Era una suerte de mendicidad, unas veces con fortuna, otras con indiferencia y otras con hostilidad y desprecio. Tenía que ir dispuesto a todo.

Fue por aquellos días y coincidiendo con la celebración de un congreso masónico en Madrid, cuando un caballero se le acercó en la calle y le estampó un salivazo. El, muy paciente y muy humilde, no se inmutó. Pensó en el Señor, sometido a peores tratos, sacó el pañuelo y se limpió la cara, la cara de párroco rural y de labrador leridano que tenía. De uno y de otro tenía también la bondad y la resistencia. Gracias a su virtud y a su tesón, la iglesia se terminó en 1931.

No es exactamente la del primer proyecto, pero resultaba una de las más ambiciosas de Madrid, en forma de cruz griega, de estilo bizantino y, después de la espléndida ornamentación, declarada por el Ayuntamiento como monumento de interés urbanístico. Una lápida dedicada a don Antonio recuerda el nombre del principal artífice de la construcción. Sus méritos no cabían en una lápida, aún descontando la puñalada que le asestó un día uno de los empleados. Don Marcelino Olaechea era entonces el Inspector, se encontraba en el Paseo de Extremadura haciendo la Visita Canónica y un domingo de febrero le vimos salir a toda prisa a media mañana, apenas recibir la noticia del atentado.

Pudo ser mortal, pero esquivó el golpe a tiempo y el lance se

quedó en una cuchillada en la cara, sin mayores consecuencias. También en este caso dio pruebas de generosidad sacerdotal y supo perdonar.

La iglesia estaba terminada en lo fundamental el año 1931, lo mismo que el colegio. Sin embargo, han tenido que pasar muchos años y muchas reformas para llegar a tener la amplitud y el decoro que ahora ofrece.

La aguardaban muchas vicisitudes. Atocha y Estrecho fueron las casas peor tratadas por la guerra. Una fue checa y otra, cuartel general del famoso V Regimiento. Cuando don Antonio vio terminada su obra, no barruntaba que bien pocos años después se iban a perpetrar en ella escenas horrendas. «Más vale no meneallo.»

Cuando parecía que podía descansar de sus trabajos después de diez años en Madrid, le trasladaron a Vigo. Allí estaba en construcción la iglesia de María Auxiliadora. A él, que ya tenía experiencia de construcción de iglesias, le tocaba continuar las obras, paralizadas desde hacía varios años. Vuelta otra vez a empezar. Revisar planos, hacer listas de Bienhechores, visitar familias, subir y bajar escaleras para pedir dinero y escuchar razones de todos los acentos. Acogidas atentas, buenas palabras sólo o malos modales. Ya se sabía la cantilena. No sabemos lo que podría conseguir. La iglesia de Vigo la terminó don Esteban Ruiz, mientras que don Antonio era destinado a Deusto, como confesor de la casa nueva, surgida durante la guerra el año 1938, en plena contraofensiva de Teruel, por cierto, bueno o mal augurio. Allí estuvo cuatro o cinco años, hasta que fue destinado a Arévalo, también como confesor. Como Deusto, la casa estaba en funcionamiento, pero estaba todavía muy por terminar. Las obras le perseguían a don Antonio. Aquí poco pudo hacer para contribuir a su continuación. El no estaba para corretear en busca de dinero ni había muchos fondos de donde sacarlo. Vino para confesar, para descansar y preparar su muerte.

A decir verdad, no tenía mucho temperamento poético. Los primeros años de Estrecho los compartió con don Tomás Nervi, que era todo lo contrario. Verdadero artista de la pala-

bra, predicaba bien y componía versos. No congeniaban. A la hora de comer, uno iba a un colegio salesiano, donde era bien recibido o a una mesa amiga y aderezada; el otro se las arreglaba con frugalidad de pobre. Cuando la comunidad fue aumentando y algunos elementos jóvenes con humor presionaban al Prefecto para tentar su largueza, don Antonio le prevenía:

—No les hagas caso, que éstos, por pedirte, te pedirán la luna.

Decimos que aunque no era de mucha inspiración poética, como buen catalán recordaría el himno de Los Segadores y los versos de Mosén Cinto Verdaguer: «Mis cabellos blancos / son cual sementera. / El estío viene / se acerca la siega... Mi frente se inclina. / ¡Oh!... ¿Qué golpe de hoz / segaré mi espiga...?»

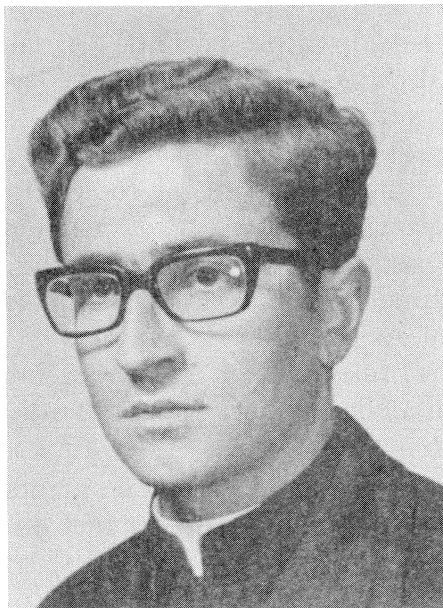
El golpe le sobrevino un 22 de mayo en forma de congestión cerebral. Se le aplicaron los remedios del caso, pero en vano. No podía hablar; comprendía en cambio, todo lo que se le sugería. Se le dio la absolución y se le administró la Extrema Unción. Uno de los que estaban al lado, era don Pedro Olivazzo. Le decía jaculatorias y le dictaba actos de amor y dolor. Al llegar a los golpes de pecho, pulsaba el pecho del paciente y cambiaba la persona: «Por tu culpa, por tu culpa, por tu grandísima culpa...» El gesto resultaba cómico y triste.

El 22 de mayo, al despuntar el día, como buen trabajador, madrugaba para encaminarse al cielo.

El tiempo que pasó en Arévalo trabajaba constantemente en los alrededores de la casa, en el jardín, que todavía no lo era, bajo los pinos que bordeaban el edificio; hablaba poco, porque siempre fue parco de palabras y de expresión y rezaba muchos rosarios. Siempre se le veía desgranando las cuentas en la capilla, en sus paseos por el patio o bajo el pórtico largo y abierto. La Virgen del Rosario era su gran devoción desde que levantó en el Colegio de Estrecho el hermoso templo, dedicado a tan dulce advocación, y tan a la manera salesiana, como emotivo monumento «Aere perennius», más duradero que el bronce.

En la balanza de los méritos de don Antonio, ¡cuánto habrán pesado esos rosarios y esa iglesia...!

RESTITUTO ARNAZ SANZ



Clérigo.
Nació en Olmillos (Segovia) el 5-X-1943.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1964.
Falleció en Madrid el 24-V-1970.

¿Qué salesiano de nuestra Inspectoría no ha visto alguna vez y recuerda con simpatía y añoranza la entrada de los alumnos de La Paloma? ¡Aquella riada de muchachos que llegaba bulluciosa y despreocupada, hasta perderse durante las horas de escuela en el mar de la Institución, un mar azul de buzos y uniformes de aprendiz...!

Entre ellos iba, como perdido, un poco más modoso y tímido que los demás, Restituto Arnanz. Era un muchachito recién llegado de un pueblo de Segovia, Olmillos, no tenía todavía amigos, por eso acostumbraba ir solo, a pie y con su cargamento de libros y útiles escolares.

Aunque era nuevo, le gustaba aquel ambiente de multitud activa, de buen orden y de camaradería que reinaba en la Institución, sobre todo en los patios y en el comedor.

Le llamó la atención la presencia de los Salesianos y la manera que tenían de actuar y «hacerlo todo bien», según su manera inocente de ver.

Un día se decidió a acercarse a un clérigo. Sin más le pregunta, «qué tenía que hacer para ser como ellos». El clérigo le encaminó al Director/Este le escuchó amablemente y le ayudó a vencer algunas pequeñas dificultades que podía tener. A los padres les agradó mucho el deseo y así, a mediados de septiembre, se marchó al Aspirantado de Zuazo.

De todos estos prolegómenos de su vocación hizo luego una relación que resulta encantadora y sin desperdicio. Se encontraba ya en Arévalo.

Tenía muy buena voluntad y no mal entendimiento, por eso los estudios se le dieron como para obtener en Zuazo unas notas brillantes y en Arévalo muy aceptables, sobre todo en las materias de Letras.

En el informe de presentación al Noviciado se le califica de «sobresaliente, muy piadoso, reflexivo, responsable, con cierto juicio propio, pero de fácil sumisión, entregado».

En el Noviciado confirmó esas buenas cualidades y adquirió la seguridad de que una enfermedad que había tenido de niño, había quedado superada por completo y no le suponía ningún obstáculo para la vida religiosa. Eso le tranquilizó mucho. «Yo deseo ser salesiano —le decía al inspector, don Maxi, dándole cuenta del resultado de las exploraciones—. Procuraré ser sumiso y trabajar.» Y añadía, como abrigando algún temor sobre aquella misma seguridad que había recibido de los médicos: «Don Augusto y don Beltrami no son una deshonra para la Congregación por su prematura muerte, antes la honran con su santidad. Yo quiero santificarme en la Congregación sin ser carga y molestia.»

El tiempo había de demostrar que se cumplió a la perfección el deseo del novicio aventajado.

En la Filosofía se le tiene como «de buen espíritu, de buenas

cualidades, un tanto sentimental e imprescindible». No dicen que era por lo que tenía de temperamento artístico.

El Trienio lo desempeña en los Pizarrales todo él, desplegando su buena preparación y trabajando sin reservas. Con un baremo sobrio y de practicidad, se dice de su comportamiento que es «recto, constante, decidido, cumplidor, entregado —otra vez— colaborador y sencillo». ¿Qué más se le podía pedir?

Daba clases, incluso de asignaturas que nunca había entendido bien. Tenía que hacerse ayudar de algún compañero, pero le servían para completar su Literatura.

A las clases añádese la sobrecarga de la asistencia, la música del colegio, las Compañías. Bien se le puede creer cuando escribe: «No leo ni estudio ni toco el piano, no veo la televisión ni miro el periódico muchos días.» Se daba cuenta de los achaques de los alumnos y le dolía que «al lado de los que eran dóciles y hacían todo lo que se les mandaba, hubiera otros más indolentes, creídos, fatuos y burgueses». Lo mismo que les pasaría a tantos clérigos y en tantos colegios...

Hasta aquí todo iba sobre ruedas. El Trienio estaba para terminar. Se veía ya cercana la Teología ilusionante, halagadora para él, que tenía ganas de entregarse a la preparación del sacerdocio. El teologado, a decir verdad, no se le presentaba tan fascinante. ¿Serían prejuicios sólo...?

Pero en el mes de abril se le presentó una complicación: la reaparición de la enfermedad que había tenido de niño y que, por lo visto, no había muerto; estaba sólo dormida. La antigua «nepolitiasis» reaparecía de una manera virulenta, incontenible. Le llevaron a Madrid, le ingresaron en la Clínica de la Concepción y allí comenzó el último misterio de su vida, bien doloroso, por cierto.

«Llevo un mes de un médico en otro... creo que me han hecho diez radiografías y unos veinte análisis... Por otra parte, termina uno harto de tanto papeleo, de gregarismo de las salas de espera, donde no eres más que un número, los pinchazos, los viajes...»

Varios compañeros suyos, muy sensatos y muy íntimos, tuvieron el buen acuerdo de recoger los pensamientos más nota-

bles de aquel proceso. Son una memoria breve e interesantísima y edificante por lo demás.

Refleja lo acerbo de sus sufrimientos y la manera tan noble y tan espiritual con que los sobrellevaba. Nos encontramos ante una virtud sorprendente, ejercitada, excepcional y rayana en la «mística de la cruz».

«Sufro mucho, muchísimo... Ya no puedo más... Esto es horrible...»

A pesar de ello, recomienda a su amigo que no diga nada a los demás. Ofrece todo por la Iglesia, por los sacerdotes, por todos los Salesianos, por los muchachos, en especial los de Pizarrales, por sus padres... De nadie se olvida y a todos dedica una consideración oportuna, lúcida, de una delicadeza exquisita.

«A veces nos queda demasiado tiempo para pensar en idealismos infructuosos que no hacen más que acentuar ciertos problemas, sin resolver ninguno. Nuestra entrega es la mejor solución...»

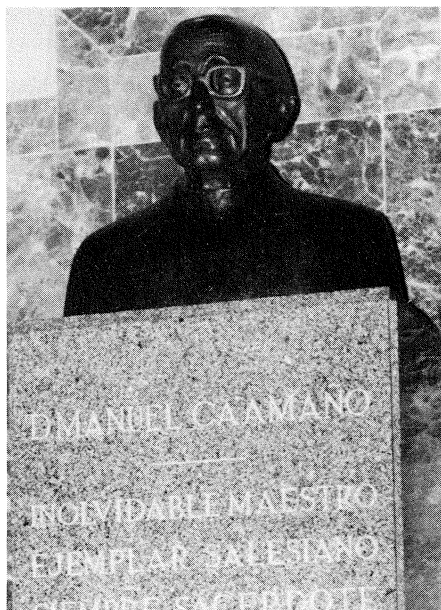
«Siempre he encontrado hermanos de los que he tenido mucho que aprender.»

A través de este manojo de pensamientos, de sentimientos y de vivencias de este joven salesiano ejemplar —lo que transcribimos no es más que una mínima muestra—, muchos podríamos aprender de él; y todos, alegrarnos de que dentro de nuestro ámbito se den modelos así.

Restituto —que lo menos elegante que tenía era el nombre—, murió el día 24 de mayo de 1970.

No sabemos si escogió él mismo ese día; el mejor para morir un salesiano. María Auxiliadora desplegaría su manto y le recibiría sonriente.

MANUEL CAAMANO BRAÑAS



Sacerdote.

Nació en Bustavalle de Maceda (Orense) el 31-III-1896.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 28-VII-1914.

Sacerdote en Barcelona el 3-VIII-1924.

Falleció en Salamanca el **28-V-1976**.

«Entre los campos de acción pastoral tiene especial importancia la escuela. Un espacio educativo, para ayudar a las nuevas generaciones a realizar esta síntesis entre la fe y la cultura, es la escuela» (*Exhort. Past. sobre la Enseñanza.*)

Don Manuel Caamano fue un profesional de la enseñanza, un profesional de por vida. No tuvo otros cargos ni otras tareas. Sacerdote, Profesor, Enfermero autodidacta.

Era hombre espontáneo y sencillo en su comportamiento, pero su estilo era original, personalísimo y desconcertante a veces.

Los chicos no sabían si «Caamaño» era apellido o mote, cuando lo pronunciaban entre familiar y despectivamente: ¡Caamaño! Ante muchas de sus expresiones, se quedaban suspensos: no sabían si era una metáfora, una sentencia o una humorada. Sus frases eran verdaderas «greguerías».

Daba la clase en voz altísima. Los traseúntes de la calle del P. Cámara y de María Auxiliadora, se volvían sorprendidos hacia la clase, que hacía esquina.

Exagerando, se decía de él que se le había oído alguna vez en la Plaza Mayor. Explicar a su manera, repetir mucho y preguntar continuamente: esa era su característica a todas horas y en todos los sitios: en el patio, en las escaleras, en los entretiempos más extraños y en las ceremonias oficiales, mientras comenzaba el acto, formados todos ya en la Plaza Mayor, don Manuel aprovechaba para preguntar sus lecciones. Siempre se le veía con un alumno al lado. No se sabía qué admirar más, si la constancia machacona de don Manuel o la asiduidad y la solicitud de los chicos.

El lenguaje era originalísimo en clase, en la conversación, en el pulpito. Habría ejemplos para completar una curiosísima antología. Le salían espontáneas las expresiones; no se podían decir las cosas más gráfica y acertadamente.

Su habitación tenía algo de celda, de biblioteca y de bazar. Tenía libros de todos los formatos en la estantería, sobre la cama y hasta en el suelo.

—¿No se le pierden de cuenta tantos libros y tan revueltos, don Manuel?

—Diantres, también tengo 20 dedos y no se me pierde ninguno, contestaba al punto.

En una clase de Filosofía a un grupo de clérigos, a uno de ellos, que era muy objetante y dado a poner dificultades, don Manuel, un poco cansado, le replicó:

—Si usted tiene sabañones en la inteligencia y le gusta hurgárselos, ¿qué culpa tengo yo?

De un sacerdote, un poco sofista en sus argumentaciones, decía: —Este don N., como ha encontrado la manera de pecar sin ofender a Dios...

Como sacerdote, aparte de sus despistes, congénitos en él, era rectísimo y celoso. Los alumnos, a pesar de que les daba muchas clases y los baqueteaba, se confesaban con él con toda naturalidad. Era un confesor breve, expedito y alentador, remitiendo siempre a la confianza en Dios y a su paternidad.

Le oímos predicar muchas veces los domingos, en la Misa de ocho de la mañana, a un público madrugador y modesto. Siempre apelaba a las situaciones de la vida humilde, sacrificada, en tono humano, familiar, casi de ternura.

Con los Superiores era subordinado y obediente como un novicio. Nunca manejó dinero y usaba una delicadeza extrema, cuando en la Literatura tenía que tocar argumentos frívolos, escabrosos o pasionales. Sabía afrontarlos de una manera humorística e inocua. Las ediciones de obras que ponía en mano de los estudiantes, eran expurgadas y seguras. Lo que hacía Don Bosco con los clásicos.

A lo largo de tantos años como estuvo en Salamanca, no se le conoció valerse de su veteranía en la Casa ni enfrentamiento con ningún salesiano.

«Soy un guardagujas que ha visto pasar muchos trenes.» Trenes de todas clases y velocidades habían pasado junto a él; pero a todos los había dado paso y les había facilitado la marcha, como buen guardagujas.

Nunca se le oyó hablar de su tierra, de su familia —tenía un hermano salesiano— ni de su carrera universitaria.

Era licenciado en Filosofía y Letras, sabía varias lenguas y, por afición, por lecturas y experiencia de muchos años de enfermero, poseía conocimientos de medicina que admiraban a los médicos y, a decir de alguno más cercano, con sus preguntas y cuestiones ponía a veces en aprieto.

Los últimos años de su vida, retirado ya de la enseñanza y haciendo vida en la enfermería, enfermo y todo, él mismo recibía a los pacientes y los atendía con toda solicitud. Era enfermero por caridad y por vocación. Decía de sí mismo que por profesión era «cura» y por afición «curandero».

Cuando estaba más delicado, con el fin de tenerle mejor atendido, le trasladaron al Hospital de la Santísima Trinidad.

Allí ya sólo era enfermo y sin esperanza de recuperación. De su metáfora ferroviaria, quedaba solamente el tren estacionado ya en vía muerta. Así se imaginaría él a sí mismo; pero un tren bien cargado de méritos, de vivencias y de recuerdos.

Se encontraba bien atendido y acompañado. El que había dedicado tantos cuidados a los enfermos, no merecía menos; sin embargo, en aquella habitación desamueblada y fría, con zócalo de azulejo blanco, en sus momentos de lucidez, de soledad y de silencio, reconstruirá el recorrido de su vida.

Galicia «coronada de verdes ovas y de blanca espuma», según la vio Góngora; Orense, la provincia gallega que no se asoma al mar, con hórreos, cruceros y grandes monasterios: Santa María de Melón, San Clodio, Montederramo, Osera —todos de Santa María—; Bustavalle de Maceda —¡qué nombre!—, su pueblo, cercano a Allariz, «la llave de Galicia» y de tanta ascendencia salesiana. Campos de maíz, centeno, robles, pinares y tojo, a su tiempo cubierto de flor amarilla. De allí, a los trece años siguiendo los pasos de su hermano Andrés, se marchó a Campello, a hacer el Aspirantado. Carabanchel, Mataró, Sarria, donde celebró su primera Misa, con emoción y bastantes titubeos.

—Asísteme bien, le había dicho a su acompañante, porque si no, va a ser un desastre.

Terminados sus estudios universitarios en Madrid, pasó a Mohernando, todavía en construcción y con destino a los novicios y filósofos. Durante dos años escasos, alternó las clases de Literatura y Griego con los trabajos de albañil y ensayos de avicultor. A todo llegaba su dinamismo.

La clase, el confesionario y el botiquín fueron el triángulo de sus andanzas y las andanzas de toda su vida. Bien fácil es de resumir.

Cuando llegaba el verano, como descanso, se dedicaba a algún trabajo material. Se recogía la sotana, se liaba una cuerda a la cintura y de ponía a hacer la masa para los albañiles, aserrar o trabajar la piedra como un cantero de Orense. Aquello le ejercitaba los músculos y le despejaba la cabeza.

No dejó de tener sus compensaciones, aún en vida. En ese aspecto, fue más afortunado que muchos enseñantes.

Tenía la Cruz de Alfonso X el Sabio, medalla de la ciudad de Salamanca, la de la provincia y una condecoración de la Universidad, con una dedicatoria elogiosa del Rector: «El claustro de la Universidad agradece su colaboración en la formación y educación de tantos hombres que, pasando más tarde por las aulas de nuestra Alma Mater, fueron luego gloria de las Humanidades de nuestra Patria en los diversos niveles.»

No sabemos el esmero con que guardaría don Manuel estos trofeos; lo que sí sabemos es lo poco que los exhibió y la nada que se envaneció por ellos.

Era el 28 de mayo de 1976, viernes siguiente al jueves de la Ascensión. El colegio salesiano de María Auxiliadora estaba en fiestas de la Patrona y del Director. Don Manuel, en su habitación del Hospital, no estaba solo, pero sí menos acompañado que de ordinario.

Alguien, pasando por delante al azar, tuvo la curiosidad de entrar a verle. Le encontró ya inconsciente y debatiéndose literalmente con la muerte. Trajeron a toda prisa un ritual y se le leyó la recomendación del alma.

Terminada ésta, mientras se le decían al oído las preces de la oración de san Ignacio, al llegar exactamente a la jaculatoria «En la hora de mi muerte llámame, hazme ir a Ti, para que con sus santos...» Don Manuel tuvo una fuerte contorsión, hizo un movimiento como de brusca sacudida y expiró.

«Quien de este mundo triste se destierra, de otro mundo mejor ve alzarse el vuelo.» Así definió la muerte otro sacerdote y hombre de letras también.

Con motivo de las Bodas de Oro de don Manuel, los Antiguos Alumnos de Salamanca le ofrecieron un homenaje, le entregaron una placa y una insignia. El, contestándoles en un modo solemne, desacostumbrado en él, les dijo: «Quisiera parar el reloj del tiempo para estar siempre con vosotros.»

El reloj del tiempo no se paró, si acaso el suyo en aquella tarde de finales de mayo. Pero eso sí, algo de don Manuel Caa-

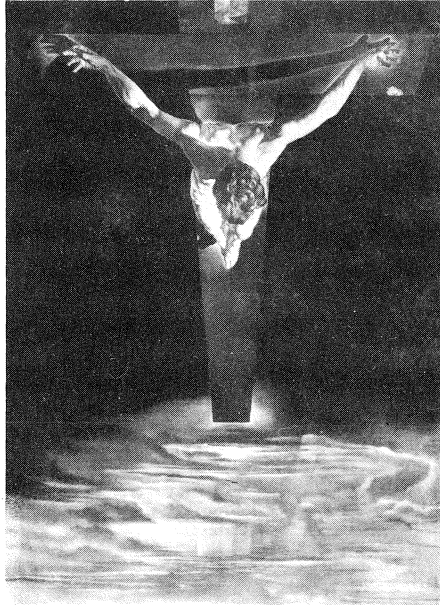
maño estará siempre con los que le conocimos y guardamos su recuerdo de hombre sencillo, optimista, bienhumorado y bueno.

Y ahora, también su busto, en bronce, expresión de gratitud de los Antiguos Alumnos, desde la escalinata principal del Colegio, sigue viendo pasar a las nuevas generaciones.

JUNIO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
11	1951	Coadjutor	José GOITIA DE URALDE	34	171
15	1959	Sacerdote	Joaquín URGELLES RIART	81	175

JOSE GOITIA DE URALDE



Coadjutor.
Nació en Vitoria el 18-XI-1917.
Profesó en San José del Valle (Cádiz) el 31-XII-1950.
Falleció en Madrid el 11-VI-1951.

Como don Juan Gil, José Goitia nació también el año 1917 y en Vitoria. Sus padres, Gabriel y Gertrudis, eran alaveses, cristianos de solera y con apellidos inconfundiblemente vascos.

De José disponemos de los datos indispensables y suficientes para hacer una mención tan breve como obligada, por tratarse de un hermano que ha militado en la Congregación, aunque fuera por brevísimo tiempo.

La carta que hizo de él don Alejandro Vicente es tan breve y tan simple como si se tratara de una de aquellas «Buenas noches»

que daba a los niños del Colegio de San Fernando. Su capacidad no aguantaba más que exposiciones de ese corte.

En Vitoria cursó Goitia la primera enseñanza y a continuación la enseñanza profesional. Obtuvo los conocimientos y el título correspondiente a la Oficialía de entonces. Se colocó fácilmente y trabajó como mecánico experto en varios talleres, al parecer, con la satisfacción de sus jefes, que le encontraban bien preparado y responsable.

El año 1937 se tuvo que enrolar en el Ejército, en plena guerra y en la zona nacionalista, que no la nacional. Perteneció, por tanto, al ejército gudari, sirvió en el cuerpo de Artillería y tuvo que tomar parte en acciones encarnizadas, hasta que fue liquidado el frente del Norte. Como reliquia de la dura campaña le quedó una lesión de corazón, de la que años más tarde vino a morir.

No sabemos qué le movió a ello, pero un día, en 1943, se presentó en la Ronda de Atocha, exponiendo al Director, don Alejandro, su deseo de hacerse salesiano.

En Vitoria habían estado los Salesianos años antes, en el Colegio de la Sagrada Familia. Tal vez esta circunstancia o el trato con las familias Lasaga y Arróyabe, bastante conocidas en la ciudad pequeña que era entonces Vitoria, le encaminaron precisamente a Atocha, donde ambas familias habían tenido salesianos familiares.

Don Alejandro le envió al colegio de Deusto, en funcionamiento desde hacía cuatro años, para que allí, más en su ambiente, madurase su propósito e hiciera el aspirantado.

El año 1945 se encontraba ya en Mohernando, como novicio, al lado de una treintena de compañeros, bastante más jóvenes que él. Habría terminado el noviciado normalmente, si unas molestias de salud que se le presentaron a la mitad, no hubieran aconsejado interrumpirlo y volver de nuevo a la casa de Deusto para dar tiempo a que se restableciera su salud. Recobrada ésta, al menos en apariencia, fue a la Casa de San José del Valle. Allí, al abrigo de aquel clima, comenzó de nuevo el noviciado y lo terminó con la primera profesión. Ya salesiano, regresa a su Inspectoría de origen y es destinado al Colegio de San Fernando. Allí estaba don Alejandro, que le tendría bien fichado y le recia-

maría para trabajar en aquel campo, en etapa de desbroce y ordenación. Todas las ayudas eran pocas y allí había mies para todos los segadores que se pudieran agregar. Se presentó en los primeros días del mes de enero del 51, el tercer año de la nueva e ingente Obra. Se le recibió con los brazos abiertos y se le confió una sección de oficialía, en el taller de mecánica, además de las clases y la asistencia obligada. El lo aceptó todo y se puso a trabajar con entusiasmo y decisión.

Era una vocación tardía, pero segura y bien probada, después de los fallos de la salud y los ambientes por los que había tenido que pasar para mantener su propósito de ser salesiano.

En la milicia de años pasados había servido en Artillería; ahora, en la Congregación, como maestro y asistente, se empleaba en la Infantería, la fiel y sufrida infantería salesiana por la que han pasado todos los salesianos.

Al poco tiempo de estar en San Fernando —habrían pasado tan sólo unas semanas— se vio aquejado de un fuerte y extraño resfriado. A todos y a él mismo les parecía que no sería más que eso, un resfriado normal que con el tiempo y los cuidados ordinarios desaparecería. El, muy responsable y pundonoroso, no quería crear dificultades en el horario de clases y trabajos cotidianos. Sin esperar más, apenas se ve un poco mejor, abandona la cama y la enfermería y se incorpora a la vida normal.

Pronto se comprobó que no se trataba de un resfriado vulgar. Las molestias se fueron acentuando y al ver el cariz que tomaban, se le sometió a las exploraciones convenientes. Nada de resfriado normal. Se trataba nada menos que de una meningitis tuberculosa.

Se le retiró de la vida activa y se le sometió a los cuidados y tratamientos necesarios. La Diputación facilitó cuanto estaba en sus manos y en las de la Beneficencia provincial. Se trataba de un profesor del Colegio de San Fernando, su feudo.

Dadas las inmejorables relaciones que existían entre los Salesianos y la Diputación de entonces, no se escatimaron medios ni atenciones.

El paciente iba respondiendo favorablemente, y cuando parecía que la enfermedad estaba controlada, un fallo de su corazón

quebrantado desde los años pasados, fue la causa del desenlace fatal. Murió el día 11 de junio de 1951. Tenía a la sazón treinta y tres años. Había vivido después de la profesión tan sólo cinco meses.

Con tiempo suficiente y apenas se percató de la gravedad de la enfermedad, recibió los santos sacramentos y se preparó a tan buen morir como el que tuvo y correspondía a su vida tranquila y recientemente entregada a Dios. Por algo había insistido en defender su vocación tan perseverantemente como lo hizo.

Poco fue el tiempo que pudo trabajar en aquella parcela de la viña del Señor, nueva y no fácil, pero trabajó con buen espíritu y con generosidad.

«Vivía consagrado a desarrollar el trabajo que la obediencia le había trazado, ganándose con su espíritu de sacrificio el afecto de sus alumnos, que le querían ardientemente», dice don Alejandro. Puede creerse que sería así, a pesar de que el tiempo empleado fue muy escaso y la reacción de aquellos muchachos a la gratitud y al afecto era muy lenta.

Obrero de una jornada corta, el Señor le daría al final el denario correspondiente a la buena voluntad y a su divina largueza.

JOAQUÍN URGELLES RIART



Sacerdote.

Nació en Guardia de Tremp (Lérida) el 11-XI-1878.

Profesó en Sarrià (Barcelona) el 23-VIII-1895.

Sacerdote en Madrid el 8-IV-1905.

Falleció en Mohernando (Guadalajara) el **15-VI-1959**.

Vimos a don Joaquín por primera vez una mañana del año 1941, en la galería del Colegio de María Auxiliadora (Salamanca). Llegaba don Joaquín desde Santander y venía para hacer Ejercicios Espirituales en una de las tandas que se celebraban en aquel colegio, que eran casi todas. Los demás colegios no estaban en condiciones de albergar a tantos salesianos. Le recibió don Felipe Alcántara, todavía Inspector y a punto de dejar de serlo. Le trató con mucha deferencia y con muestras de singular aprecio, no sabemos si porque se trataba de una persona mayor, porque los dos eran conterráneos, catalanes, o porque el recién llegado era

una persona respetable. Le llamaba padre Joaquín y le hizo retirarse a descansar y a reponerse del visible cansancio que traía, después de toda una noche de viaje en tren y de la manera como se viajaba entonces. Desde aquel encuentro se nos quedó grabada la imagen del padre Joaquín, apelación desusada entonces y reservada a salesianos proyectos: el padre Calasanz, el padre Viñas y pocos más. A don Joaquín le gustaba oírse llamar así y le encajaba bien la paternidad.

Era alto, derecho, la frente despejada y el pelo ralo, peinado a raya sin ostentación. Tenía una cicatriz o huella de quemadura en la ceja y párpado izquierdos, muy visible y que le daba cierto matiz áspero al mirar. «Esto le descompón...», se podía decir de él, como el Arcipreste de Hita dice de sí mismo. Por lo demás, su tipo, su caminar y sus modales respondían al señorío de los cargos y de las casas por las que había pasado: La Coruña, Salamanca, Vigo, Santander...

Nació el 11 de noviembre de 1878 en Guardia de Tremp, de la provincia de Lérida. Era un pueblo de la «conca», con suelo fértil, cultivos de buen mercado y un horizonte variado y hermoso, muy de la provincia que se extiende desde los Pirineos hasta el Ebro, que tiene valles recónditos y llanuras feraces, pueblos medievales, iglesias del más puro románico, torreones y castillos que atestiguan la antigua y a veces turbulenta historia de esta provincia fronteriza. En ella se llevaron a cabo gestas y se forjó la reciedumbre de sus pobladores.

El padre Joaquín no alardeó nunca de su procedencia catalana porque salió de su tierra muy joven y vivió la mayor parte de su vida en otras regiones, pero conservaba resabios de esta reciedumbre.

El ambiente de su familia, sana y cristiana, hizo florecer fácilmente su vocación. A los once años entró en el colegio de Sarria —las Escuelas— y estudió el Latín y las Humanidades.

Hace el noviciado en 1894, también en Sarria. Es Director de la Casa el también llamado por todos padre Hermida, de antigua y venerable memoria. El noviciado es todavía nacional y se reúnen 65 novicios.

Son compañeros y en parte también co-formadores Fermín

Molpeceres, Salvador Roses, Guillermo Viñas y don Ramón Zabaló, por citar algunos de los que serían más nombrados. Ya se ve que era un noviciado numeroso y valioso.

El 8 de diciembre de 1894, cuarenta años después de la definición del dogma de la Inmaculada, les puso la sotana monseñor Cagliero.

En la división de Inspectorías, a don Joaquín le toca venir a Madrid.

Aquí se ordena de sacerdote y entra de lleno en el apostolado. Va ocupando diversos cargos por las casas de Béjar, Santander y Carabanchel Alto. Aquí hace de Prefecto. Entre los alumnos hay un grupo de aspirantes.

Don Joaquín es partidario de que lleven el pelo cortado. No todos entre el personal piensan lo mismo. A don Joaquín se le ocurre una estratagema maquiavélica. En un lugar de paso pone una silla y sobre la silla un tambor y dos porras. Como es de imaginar, la ocasión era tentadora. Muchacho que pasa, muchacho que hace sonar el tambor. Don Joaquín, que está al tanto, sale decidido y ordena terminante:

—¡Tú, a cortarte el pelo...!

Y así otro y otro, hasta que se sale con su empeño.

Es una anécdota o una florecilla pintoresca de don Joaquín y del Carabanchel de entonces.

En 1916 es nombrado Director de La Coruña. Es el primer Director de aquella Casa, que comienza siendo unas escuelas gratuitas. Después serán de módico pago, Comercio y el flamante Bachillerato de ahora, montado con el paso de los años a imagen y semejanza del de Salamanca, padrón de varios otros colegios de enseñanza. Pero al principio, cuando el padre Joaquín lo abrió, era mucho más modesto. Formaban comunidad con el Director: un sacerdote, don Miguel Salgado; un clérigo, Juan Martorell, y dos coadjutores, el señor Garolera y el señor Pedrosa.

Esa era toda la plantilla. Y para comenzar, era bastante. Las obras normales, como las criaturas, nacen pequeñas. Las que nacen grandes tienen algo de monstruos.

Entrado ya por el carril del directorado, don Joaquín pasó a

ser Director de Vigo, y, en el año 1934, de Baracaldo. Aquí fue su Troya y la etapa difícil.

Al mes de tomar posesión del cargo, era consagrado obispo de Pamplona don Marcelino Olaechea, hijo de Baracaldo y alumno del colegio, todo un acontecimiento que había que celebrarlo como se merecía.

Los antiguos alumnos eran los más entusiasmados. Se sentían muy de casa y a don Marcelino le sentían muy de ellos. Para asistir a la ceremonia y a las fiestas en Madrid se desplazó una nutrida representación.

Los festejos en Baracaldo duraron cinco días. Tomaron parte, además de los sectores todos de la Casa, el Ayuntamiento, las autoridades civiles de Vizcaya, a pesar de ser laicas y del carácter religioso del acontecimiento. Se trataba de un hijo de Baracaldo, salido de lo más auténtico del pueblo, y era una honra para todos. En uno de los actos del programa, el más solemne y de mayor concurrencia, don Marcelino aseguró que «bajo los capisayos de Obispo llevaría siempre la blusa y las alpargatas del obrero». Era una profesión de fidelidad a su origen y a su condición de hijo del pueblo trabajador.

Aquellos eran los fastos; pocos meses después vinieron los nefastos.

En febrero de 1936 se celebraron las elecciones del Frente Popular, que fueron fraguando la guerra. El cielo se inflamó de pólvora, el espacio se pobló de estampidos y el suelo se tiñó de sangre. Baracaldo no fue una excepción.

El Colegio, a pesar de su aureola de popularidad y de los muchos adictos con que contaba entre la población, se vio envuelto en el mismo torbellino que tantos otros. Con don Joaquín formaban comunidad, entre otros salesianos, don Luis Pazó, don José Aguilar, don Narciso Fernández, don Salvador Fernández y don Luis Conde, todos mayores, todos sacerdotes y conocidísimos de la gente.

A don Joaquín, como Director, le tocó pechar con los pelotones anarquistas y de milicianos. Registros minuciosos en busca de armas que no había, pero que ellos se empeñaban en encontrar en los sitios más recónditos e inverosímiles.

—Esto es muy serio —le decían a don Joaquín en tono amenazador.

Y él todavía tuvo la serenidad y el atrevimiento de replicarles:

—Esto es ridículo.

Lo era realmente si no hubiera sido peligroso y trágico.

Registros, amenazas, intentos de agresión, traslados de un lado a otro fue la odisea de las primeras horas. Los Salesianos se dispersaron y se refugiaron cada cual donde pudo y el Colegio fue ocupado para usos militares por el Batallón Malatesta, primero, y el Batallón Celta, después.

Afortunadamente, las vidas se salvaron, gracias a la intervención de antiguos alumnos agradecidos e intrépidos y a la mediación de las autoridades nacionalistas, que mantuvieron siempre el mando y frenaron los desmanes que se habían producido en otros casos. El mismo presidente Aguirre los recibió, a instancias del Director; los trató con delicadeza y les sugirió salir al extranjero, siempre que se tratase de personas mayores de cuarenta y cinco años. Aprovechando ese ofrecimiento, don Joaquín, en el mes de noviembre, salió de Santurce en un barco inglés, llegó a San Juan de Luz y desde allí se dirigió a Turín. Una vez en la Casa Madre, informó a los superiores de lo que había ocurrido, de lo que estaba sucediendo a muchos otros hermanos con menor fortuna y esperó el final de su aventura. Esta duró once meses. Rescatado Bilbao y pocos días después Baracaldo, don Joaquín se presentó en el Colegio el día 12 de julio. Venía acompañado de don Marcelino Olaechea, que quiso comprobar en persona el estado de cosas y la situación de su pueblo, de sus familiares y del Colegio.

Comenzó en seguida la «desprofanación», la restauración de los destrozos y la reorganización de la marcha.

Un año después, a finales del curso de 1938, don Serié giraba una visita por España, la liberada y la por liberar, la nacional y la roja, aunque en ésta aparecía como médico. En el acta de la visita a Baracaldo dejó escrito: «... El Director está decaído y quiere renunciar...» Era natural. «Cuando el valiente huye, la superchería está manifiesta...», dice Don Quijote. No se retiraba por miedo ni por cómodo egoísmo.

El año siguiente lo pasó en Santander. Era la tercera vez que

pasaba por aquella Casa. Trabajó en ella, en total, ocho años, algunos de ellos de los más intensos de su vida práctica. Con don Elías, don Rómulo y don Cirilo fue en aquellos años uno de los puntales del Colegio. Su humanidad, su ponderación y su sonrisa abierta fueron en parte el amortiguador del nerviosismo de don Elías y de la rigidez de don Rómulo. Los dos eran muy observantes, inteligentes y celosos de su cometido, pero codiciosos hasta el extremo del prestigio y del encumbramiento del Colegio.

Un año más tarde fue destinado a Atocha para hacerse cargo de la iglesia de María Auxiliadora. Un día le mandaron a Mohernando para una suplencia eventual del confesor y con el encargo de volver a Atocha apenas fuera posible.

Fue una provisionalidad que duró quince años. Lo comentaba él muchas veces en tono de broma. Fue su destino más informal, el más duradero y el definitivo.

Su vida aquí fue muy sencilla y muy igual, no decimos monótona ni aburrida porque él siempre tenía algo que hacer o se lo buscaba.

En espera de que llegase el salesiano sustituido, comenzó dando algunas clases, más bien a modo de entretenimiento: Religión a los coadjutores, Apologética a los clérigos, inglés, gregoriano y tomar la lección de piano a los músicos. Y ésas siguieron siendo sus ocupaciones hasta muy poco antes de morir, quince años después. Afinaba los pianos, tocaba el órgano y hasta componía alguna pieza religiosa que se ejecutaba en la iglesia en días señalados. Una fiesta de la Asunción los novicios interpretaron una Misa cuya partitura era toda ella obra del padre Joaquín. A algún aficionado más exigente que entendido le pareció facilona y muy elemental, pero los novicios no repararon en la calidad y aplicaron aquella teoría de Don Bosco: «La música de los niños no hay que escucharla con el oído y menos de técnico, sino con el corazón...»

Sobre todo eso el padre Joaquín, como se le llamó siempre aquí, era el confesor.

Confesor único ordinario para muchos penitentes jóvenes, novicios y filósofos. Cada mañana y cada noche se formaba la consabida fila ante el santo tribunal de «menores», de adolescentes

mejor. En la penumbra de la iglesia se oía el susurro de la voz del padre Joaquín aclarando dudas, propinando buenos consejos e impartiendo absoluciones. Así iba esclareciendo las conciencias y forjando el temple de tantos futuros salesianos. Entonces eran arbolillos tiernos; ahora muchos de ellos son prohombres y todos hombres hechos y con misiones específicas.

Un día el padre Joaquín, que tenía aficiones de agricultor, propuso poblar un campo que había en la parte del poniente de la Casa. Un jueves por la tarde del mes de enero —el año era el 1948— los estudiantes de Filosofía dedicaron la tarde a plantar árboles. Dirigía la operación el padre Joaquín.

Se abrieron buen número de hoyos y se plantaron árboles que parecían más adaptables al terreno. Unos no llegaron a arraigar, otros se perdieron con el tiempo. Quedan algunos pinos y alguna que otra encina. Son la muestra menguada de aquella plantación en la que el padre Joaquín hizo de capataz.

Casi se podía elevar este detalle al rango de parábola en la que las personas fueran los árboles y el arboricultor el mismo padre Joaquín.

Sus virtudes y méritos de hombre austero, de sencillez de alma y de salesiano ejemplar no necesitan ponderación. Quince promociones de salesianos lo pudieron comprobar de cerca. Se viene a la memoria «la copla»:

*«No cumple que las alabe
pues las vieron.
Ni los quiero hacer caros
pues que todo el mundo sabe
cuáles fueron.»*

Le recordamos todavía yendo camino del mirador, envuelto en su capa liviana, con las manos en las bocamangas y caminando a buen paso para espabilar el frío. En su habitación, que era grande, orientada al Norte, fría y oscura, nunca vimos un calefador. Sólo un estante con libros usados, los enseres indispensables y un piano para sus lecciones y sus composiciones.

Hablaba y enjuiciaba sin trabas, pero sin causticidad ni resabio de rencor.

—Este señor —decía de un cargo de la Casa— es como tan-

tos otros: comienzan siendo un Sancho el Bravo, luego pasan a ser sólo Sancho el Fuerte y terminan siendo Sancho Panza.

Así pintaba la degradación de la «sanchidad». Decían de él los maldicientes que era más ladrador que mordedor. No tenía malicia para hacer daño.

En marzo de 1958 se puso muy grave. Se le administró la Ex-tremaunción y se le preparó a toda prisa el panteón, que hasta entonces no existía en la Casa.

Con extrañeza de todos, se repuso y vivió todavía un año largo. El decía que había sido una tregua o una propina de vida. No fue más que eso.

A mediados de junio de 1959 se agravó de nuevo y murió, nuevamente confortado con los sacramentos, el día 15.

El acompañamiento en el funeral, corpore insepulto, y en el entierro fue muy reducido: los de la Casa, el alcalde del pueblo, algunos íntimos y un Director.

No fue un funeral tan acompañado como los que ahora se usan, a pesar de que el difunto bien lo merecía. ¿Dónde quedaban sus salesianos de tantas casas, sus alumnos, antiguos alumnos y amigos? Nunca fue muy dado a mantener relaciones. Era austero también en eso. En su habitación, en una tablilla que podría ser programática, se leía: «Reglas de comportamiento con todos: calma y serenidad; buenas maneras (no raras ceremonias ni gestos graciosos), ni chascarrillos ni ingeniosidades maliciosas... Poco trato y siempre afable y gentil (lo demasiado engendra desprecio).» Esas normas las suscribiría cualquier salesiano de los cercanos a Don Bosco, se las inculcaría él a sus penitentes y formandos y podrían grabarse en oro en el mausoleo que tuvo la oportunidad y el triste honor de estrenar. Queda en una vaguada, oculto entre el ramaje y a un tiro de piedra de la Casa. Desde él podría seguir la marcha del noviciado y los movimientos de los aspirantes. A veces, cuando se alborotan un poco, le imaginamos levantando la cabeza y diciendo en tono refunfuñón: «¡Estos chicos... Cada vez son más ligeros...!» Y le aplacaríamos diciendo:

—No se impaciente usted, padre Joaquín. Esa alegría es propia de la juventud y de la tranquilidad de conciencia.

Y volvería a su descanso eterno.

JULIO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
7	1914	Coadjutor	Florentino UTRILLAS HERNÁNDEZ	24	185
7	1981	Coadjutor	Agapito ROLDAN POZO	85	188
18	1973	Sacerdote	Jesús MARCELLAN RODRÍGUEZ	74	196
25	1965	Coadjutor	Francisco ECHEVARRÍA DEVA	76	202
27	1975	Sacerdote	Severino APARICIO GALLEGO	34	207

FLORENTINO UTRILLAS HERNÁNDEZ



Coadjutor.
Nació en Celadas (Teruel) el 16-XII-1890.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 31-VII-1912.
Falleció en Carabanchel Alto (Madrid) el **7-VII-1914**.

Pocos de los salesianos actuales tienen noticia de este coadjutor, ni siquiera los más antiguos y que pasaron por Carabanchel en sus primeros años.

Florentino vivió demasiado poco tiempo para darse a conocer. Lo más notorio, lo único notorio de él son su enfermedad y su muerte. Una vida corta, una enfermedad larga y una muerte gloriosa, extrañamente ejemplar.

La Casa de Carabanchel llevaba ya diez años abierta. Por ella habían pasado bastantes salesianos y habían muerto varios, casi todos ellos jóvenes.

«Casa hecha, sepultura abierta», y así sucedió también en Ca-

rabanchel. Se ve que para que se cimenten sólidamente las obras es necesario el trabajo de los vivos y el descanso de los muertos.

Era Director a la sazón don Anastasio Crescenzi, en su segundo directorado. Decía él humorísticamente que «cuando faltan los caballos, tienen que trotar los burros». A esa razón atribuía su nombramiento para ese cargo. Hablaba el humor al decir eso, y sobre todo la modestia. Puestos a usar la pedestre expresión, él tenía más de caballo que de lo otro.

A él le tocó redactar la carta mortuoria de nuestro reseñado. Tenía poco que decir y todo bueno.

Nació Florentino en Celadas, provincia de Teruel, el 16 de diciembre de 1890.

Celadas es un pueblo seguramente ahora más pequeño que entonces, uno de tantos como han ido en menguante. Está al noroeste de Teruel y pertenece al partido judicial de esta ciudad. La guerra civil le dio a conocer más de lo deseable. Como otros pueblos del entorno, fue teatro de durísimos combates, tanto en la ofensiva como en la contraofensiva de Teruel. En torno a Celadas y sus famosos Altos tuvo lugar el bombardeo de artillería más atroz de los que se habían dado hasta entonces en la guerra, a mediados de enero de 1938.

Cuando nació Florentino, Celadas, como San Blas, y Concud, y Vallastar no tenían la indeseable celebridad de la guerra.

Fue Utrillas alumno del Colegio de Gerona. Allí pasó seis años como empleadito, como donado y como aspirante.

Hizo el noviciado en Carabanchel el año 1911-1912. Hizo la primera profesión y fue destinado a Orense. A los dos años cayó enfermo de una dolencia importante y extraña, una cosa de columna vertebral. Los médicos opinaron que era necesaria una operación difícil y aconsejaron su traslado a Madrid.

Los médicos del hospital dieron un diagnóstico de enfermedad muy distinta de lo que se creía. Para ahorrar al enfermo los trastornos del viaje hasta Orense, fue trasladado y acogido en la Casa de Carabanchel.

Fue atendido con toda solicitud. Muy pronto se comprobó que la enfermedad era incurable. Toda esperanza humana estaba descartada.

Era una afección gravísima de espina dorsal. Le causaba dolores muy agudos, que le hacían caer en espasmos.

Clínicamente era un caso lastimoso; ascéticamente era un caso edificante y admirable.

Pronto se convenció de que la enfermedad era incurable; sin embargo, y a pesar de su juventud, no tuvo una muestra de impaciencia. Ofreció a Dios constantemente sus sufrimientos e hizo con plena lucidez el sacrificio de su vida.

Lo más admirable y de recordar fueron las últimas horas. Después de recibir los sacramentos, se mostraba contento, casi eufórico. Hacía continuos actos de amor, besaba con efusión el crucifijo y, en un momento dado, como dando saltos sobre el lecho, dijo textualmente: «Estoy contento de morir para ir a reunirme pronto con Jesús...» Y, lo que es más extraño: «Deseo que en este momento venga la banda de música a tocar la Marcha Real...»

«Fue tanta la insistencia —dice don Anastasio— que se tuvo que condescender.»

El hecho parece tan sorprendente que hemos preguntado expresamente la veracidad del mismo. Nadie nos lo ha podido confirmar. Lo consignamos únicamente por la credibilidad que nos merece don Anastasio. Ni siquiera sabemos qué banda de música había entonces en Carabanchel que pudiera cumplir el ruego del moribundo.

Falleció el día 7 de julio, a las cinco y media de la tarde.

Tampoco estas dos cifras dejan de tener su duende festivo y extraño.

Don Anastasio termina su breve y sencillísima carta mortuoria con esta exclamación: «¡Qué hermosa es la muerte del buen religioso...!»

Parece un hexámetro de otra «marcha triunfal»...

AGAPITO ROLDAN POZO



Coadjutor.

Nació en Horcajo de Santiago (Cuenca) el 24-III-1896.

Profesó en Carabanche! Alto (Madrid) el 27-IX-1916.

Falleció en Madrid el **7-VII-1981**.

«Que el que no sabe, aprenda, y el
que sabe, recuerde.»

La carta mortuoria de don Agapito le presenta en medio de una veintena de aspirantes de Carabanchel. Pertenece al último año de su vida. Los aspirantes están, en general, sonrientes; don Agapito está serio, pero complacido. Parece un abuelo erguido y bien conservado que se siente prolongado en sus nietos.

¿Cuántos quedarán de estos que aparecen en la foto? Es preferible no comprobarlo. El que permanece en su sitio y en la actitud que mejor le define es don Agapito: un benemérito de la en-

señanza, un profesional de la educación, un salesiano coadjutor ejemplar.

En el libro publicado hace cuatro años *Salesiano Coadjutor*, de don Bianco y don José Antonio Rico, no se nombra a don Agapito. Acaso fuera porque estuviera todavía reciente su muerte cuando el libro se compuso. Si se hace una segunda edición seguro que se citará a don Agapito entre los coadjutores más entregados al apostolado de la educación salesiana, que no sólo de la enseñanza. Toda su vida activa, desde el Perfeccionamiento, que hizo en Santander, la pasó entre los chicos. En ese sentido, la fotografía mencionada es definitiva.

Cuenca es una provincia que tiene mucha poesía publicada y mucha historia enterrada e inédita. De ella han salido vocaciones salesianas valiosas, aun antes de estar asentada allí la Congregación. De haberse fijado el noviciado en Tarancón, como estuvo a punto de suceder, bien se puede creer que las vocaciones habrían sido abundantes. Era tierra propicia.

Don Agapito nació en Horcajo de Santiago. Los naturales de allí dicen con jactancia que Horcajos hay bastantes a lo largo de la geografía española, pero de Santiago sólo hay uno. Tiene un cierto signo religioso y militar. Está entre Tarancón y Belmonte y no lejos de Seróbriga, la cabeza de la Celtiberia.

Nació don Agapito el 24 de marzo de 1896. Su padre se llamaba Eusebio y su madre Juliana, un nombre no muy femenino pero muy de Cuenca. Era el menor de seis hermanos, uno de ellos sacerdote diocesano. Don Agapito sintió por él siempre veneración y cariño. Familia acomodada, sana y numerosa, compuesta de hermanos y hermanas, fue la primera escuela del que había de ser eterno maestro.

Hizo el aspirantado entre Carabanchel, Campello y Valencia. Aquí comenzó el Magisterio, cuyo último curso estudió en Toledo el año 1933.

El noviciado lo hizo en Carabanchel, en plena guerra europea, el año 1915-1916. Para aquel año ya estaban separados el Colegio y el Noviciado. El Director era don Honorato Zóccola y el Maestro de novicios don Antonio Balzarío.

El Ecónomo era común a las dos secciones, don Esteban La-

rumbe, enterrado aquí, en Mohernando. Eran 26 novicios, casi por igual en número estudiantes y coadjutores. De unos y otros hemos llegado a conocer a bastantes: don Felipe Alonso, don Mateo Garrulera, el señor Manolo, don Leandro Ayuso, don Luis Pazó, don Estanislao Egido, que se salió ya sacerdote, murió en Alba de Tormes y se sentía más salesiano cuando estaba fuera que cuando había estado dentro de la Congregación. A más de uno le ha pasado lo mismo.

Don Agapito, profesado ya y medio maestro todavía, fue a hacer el Perfeccionamiento y a romper las primeras lanzas a Santander. Estuvo allí seis años, según él mismo «pletóricos de energía, de trabajo y de ilusión».

Por razones de salud, pasó a Atocha, donde estuvo hasta que estalló la guerra.

Durante los años de la República, y ya en posesión del título de maestro, para sortear las leyes de Marcelino Domingo, fue nombrado Director de la «Mutua Escolar Cervantes», que así se bautizó o se rebautizó al colegio de Atocha. Era una situación extraña y pintoresca aquella: los nombres cambiados, los clérigos vestidos de paisano y los mandos trocados. Con todo, salvo estos accidentes, las esencias continuaban igual. Ante los alumnos y ante las autoridades, el Director era don Agapito. Tenía personalidad, pose e imagen de director. Inauguraba y clausuraba los cursos y mandaba circulares a los alumnos, tan entonadas como lo habría hecho el más sesudo reverendo: «... En las vacaciones estáis dispensados de algunos de vuestros deberes, pero no de todos. No olvidéis que vuestro lema es, debe ser, seguir como en tiempo de curso: estudio, trabajo y piedad. Vacaciones en las que no se hace uno más amante de la naturaleza y de lo bello, son vacaciones perdidas.» «... No degeneréis. Continúad practicando la piedad, el trabajo y el estudio. Sean estos lemas las flores y los frutos perennes del rosal de vuestro corazón.» Así se expresaba, emulando el tono de Siurot o de Saint Quay. No cabe duda que en aquella coyuntura histórica desempeñó un gran papel. Vino a hacer verdadero el juicio que Don Bosco había emitido muchos años antes sobre la función del salesiano coadjutor: «Tengo necesidad de alguien que represente a la Casa fuera de ella.»

Si don Agapito no hubiera sido modesto y prudente, cuando la República quedó liquidada y las cosas todas volvieron a su cauce, habría recordado con nostalgia los años de su actuación al frente de la Mutua Escolar Cervantes. Cuando fue a Salamanca, después de la guerra, su misión era más modesta: encargado y profesor de Ingreso, la sección preparatoria al Bachillerato.

Su categoría había quedado muy recortada; sus méritos tampoco eran tenidos demasiado en cuenta, por lo que los clérigos podíamos advertir. Sólo una vez le vimos replicar contrariado al Consejero de Bachillerato, que era un poco mandón y avasallador:

—Si mi actuación no le gusta a usted —le dijo— no es cuenta mía. Hágaselo usted saber a quien lo pueda remediar.

Los pocos clérigos que entonces éramos en la Inspectoría, la mayor parte de los cuales nos encontrábamos en el Colegio de María Auxiliadora, veíamos, callábamos y hasta muy en el fondo, maliciosamente, celebrábamos los piques de jurisdicción, que no eran más que eso y que ¿en qué casa habrán dejado de darse? Nosotros estábamos de parte del más débil y muy persuadidos de que, si roces así no se repetían más, era por el aguante, la paciencia y la prudencia de don Agapito.

Estuvo en Salamanca varios años y volvió a Atocha en 1947, para pasar al año siguiente a formar parte de la plantilla de salesianos que se hizo cargo del Colegio de San Fernando, su destino más largo, más difícil y de más méritos.

Don Alejandro, que era el jefe de la expedición y era buen seleccionador, sabía bien de quiénes se rodeaba. Don Agapito fue desde el primer día Encargado de la sección de pequeños, las Elementales se decía, cuando no existía la Básica. Hacía de Consejero, de Catequista y de todo, siempre con la anuencia de don Alejandro, que tenía bastantes otras tareas a que atender. A pesar de lo absorbente, lo suspicaz y lo acaparador que era —todo lo que santamente se podía ser—, don Agapito gozaba de plena confianza y libertad. A unos les ponía reparos por una cosa, a otros por lo contrario.

«¡Don Fulano es joven!», decía en tono de acusación y de excusación.

«¡Don Fulano es viejo!», decía de otro, en tono de lo mismo.

Don Agapito estaba en el punto medio. Nunca se le oyó censurarle, aunque fuera de la manera anodina que lo hacía con otros.

Verdaderamente, sólo con la voluntad indomable de don Alejandro y con la docilidad y el celo sacrificado de sus adláteres, fue posible la transformación que se llevó a cabo en el Colegio de San Fernando.

«Vinimos decididos a jugárnoslo todo», decía don Agapito al cabo de unos meses, hablando de la actitud de los Salesianos primeros y de los alumnos, que los recibieron bastante de uñas, desperdigados, díscolos, tramposos, gaveteros...

Estaban prevenidos del panorama que iban a encontrar, pero visto en la realidad, parecía todavía más sórdido, más desbarajustado y penoso.

«Que San Fernando nos preste su espada», dijo alguno señalando a la imagen que presidía la capilla.

No se sabe si fue la espada de San Fernando o fue la mano de Don Bosco. Las dos debieron intervenir.

El caso es que San Fernando se tomó, no sin heroísmo, y se repitió en buena parte el sueño de Don Bosco: los lobos trocados en corderos en los egidos asolados de Fuencarral.

Tendremos siempre en la memoria la estampa de don Agapito merodeando por los patios de la sección de pequeños, haciendo sonar el silbato de órdenes, formando a «su tropa» delante del pabellón de clases, en fila, quietos y atentos a las peroratas que les largaba, conduciendo las larguísimas filas al comedor, al teatro, a la capilla, a los dormitorios... Todas las distancias eran enormes, todos los movimientos eran pesados, para poner a prueba la vivacidad de los muchachos, para tener siempre en tensión la seriedad de los asistentes.

Buena parte de éstos eran los estudiantes de Filosofía. Los Salesianos trabajaban en colaboración con la Diputación y los filósofos en colaboración con los Salesianos. Era una especie de realquiler en que se encontraban o de subarriendo. El simplísimo contrato que se concertó con la Diputación estipulaba la manutención de sesenta filósofos a cambio de la función de regencia

del Centro, pero eran más de sesenta los que se metieron y no estaban todos.

Vivían de prestado. Por eso entre ellos latía el humor y el clamor por un estudiantado «uno, grande y libre». Así se vivió hasta que estuvo a punto la Casa de Guadalajara. Todos tuvimos que aguantar lo nuestro. Fue una solución de emergencia y, como tal, deficiente. La beneficiada era la Inspectoría.

Tenía resuelto el problema del Filosofado y la atención al Colegio de San Fernando. Don Agapito tuvo que sufrir las incomodidades de aquella situación de simbiosis y de socorro mutuo. Unos estábamos a merced de otros y por eso ninguno satisfecho. Lo que no se le puede regatear es dedicación, sacrificio y mérito.

Cuando después de bastantes años cambiaron las ordenanzas del Centro y don Agapito no podía continuar al frente de la sección de pequeños, no por eso se retiró y se desentendió de los educandos. Seguía constantemente entre ellos, ya con una presencia más paternal y un trato más amistoso.

Siempre se le veía rodeado de chicos. Le escuchaban, le reían los donaires y las historietas que siempre tenía a punto y le querían como a un amigo o a un abuelito bien conservado.

En 1973 se le otorgó el premio provincial al profesor más distinguido. En lo personal, le dejaba indiferente; en lo institucional le halagaba, porque era un reconocimiento a la Congregación.

Aunque dejara de ser profesor, nunca dejó de ser educador. Educaba con la palabra «al oído», con su sonrisa de confianza y de benevolencia y hasta con su presencia sola. Significaba, entre otras cosas, en la compleja institución de San Fernando, la continuidad salesiana. Acaso fue él el único que estuvo allí desde que los Salesianos entraron en San Fernando, un 30 de junio de 1948, hasta que, por voluntad de los hombres, la Obra pasó a otras manos, hasta que en aquel «Flandes salesiano se puso el sol».

Tuvo que ser un paso doloroso para don Agapito, que dejaba allí treinta y dos años no de tiempo, sino de vida.

Le sirvió de alivio el hecho de volver a Carabanchel, al solar de su aspirantado y de su noviciado. El edificio lo encontró muy cambiado y más comfortable. Muy a propósito para descansar y pasar en él un último año de vida.

Tenía ochenta y cuatro años. Podía decir:

*«Lleno estoy de sospechas de verdades
que no me sirven ya para la vida;
pero que me preparan dulcemente
a bien morir...»*

Se entretenía y trataba con los aspirantes todo lo que le permitían sus achaques, salir al patio, al jardín o a la galería de la capilla.

Era exactísimo en la práctica de la vida común.

Nunca se le oía hablar mal de nadie. Cuando en la mesa la conversación se torcía en perjuicio o censura de alguno —dice un hermano que le tenía enfrente—, se mostraba contrariado y ponía visible cara de disgusto.

Siempre alentó un gran amor a María Auxiliadora y propagó su devoción.

Horcajo de Santiago es conocido como un antiguo feudo de la Inmaculada.

Es proverbial la clamorosa vigilia que precede a la fiesta: un espectáculo para el creyente y para el viajero. Cuando don Agapito estaba destinado en Salamanca, bajaba al Colegio de San Benito, se reunía con un paisano suyo y los dos celebraban el «Vítor» de la Inmaculada a su manera. Pues bien, don Agapito y su familia, sus dos hermanas sobre todo, implantaron en Horcajo de Santiago la devoción y el culto de María Auxiliadora.

Durante la guerra tuvo la chocante oportunidad de ser el secretario del pueblo. Junto con la gestión política, llevaba a cabo otra gestión menos coyuntural y más vocacional.

A principios de julio de 1981 la Casa de Carabanchel se encontraba casi vacía. Los aspirantes estaban de vacaciones y los salesianos estaban pasando unos días de descanso en Cádiz. Don Agapito, tras una breve enfermedad, sin agonía, pasó a otro descanso en otras playas: las de la eternidad.

Los funerales se celebraron en la iglesia de San Pedro, la iglesia parroquial.

Entre los asistentes estaba don Alejandro, su admirador y

amigo. Había hecho un esfuerzo para poder asistir. Apenas veía y sus movimientos eran desconcertados. Parecía un sonámbulo. Entre él y don Agapito, ¡cuántas horas vividas, cuántos trabajos compartidos...! No sé por qué, el recuerdo de uno evoca el del otro.

Pensando en los dos, repetimos el versículo que rezamos a menudo: «¡Señor, tenle en cuenta a David todos sus trabajos...!»

JESÚS MARCELLAN RODRÍGUEZ



Sacerdote.

Nació en Peralta de Alcofea (Huesca) el 1-I-1899.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1917.

Sacerdote en Barbastro (Huesca) el 26-VIII-1926.

Falleció en Salamanca el 18-VII-1973.

Don Jesús era aficionado a la fotografía, aficionado y experto. Suya y de sus años buenos podía ser la que tenemos delante y le representa en porte distinguido, frente ancha, pelo castaño, ojos azules y nariz aguileña. Vestía con pulcritud y usaba modales de corrección.

Nació el 1 de enero de 1899, el primer día del último año del siglo, en Peralta de Alcofea, pueblo cercano a Sariñena, provincia de Huesca. Era, y lo tenía a gala, aragonés de cepa.

Un cancionero popular decía de los aragoneses en un romance fácil:

*«Treinta partes de nobleza,
veinte de desinterés
y cincuenta de franqueza:
eso es ser aragonés.»*

A don Jesús le cuadraba sobre todo lo de la nobleza. La franqueza ya no es tan encomiable si no va regulada por la delicadeza. En don Jesús sí lo estaba y venían a ser consonantes.

La familia Marcellán se trasladó a Huesca y don Jesús ingresó en el colegio salesiano. Era Director don Tomás Nervi. Don Jesús le guardó siempre gran admiración no sólo por ser el primer Director conocido; también por sus condiciones particulares: extrema delicadeza, poeta y predicador. Siempre le encomió y le tuvo por el «predicador que más le gustaba».

En el Colegio de Huesca brotó la vocación salesiana de don Jesús, que fue a hacer el aspirantado a Campello. Allí encontró otro Director que había de hacer mella en su sensibilidad: don Alejandro Battaini, hombre de inteligencia despierta, gran corazón y humor vario. Tuvo muchos admiradores y algunos objetantes. Don Jesús estuvo siempre entre los primeros. No fue el primer Director de Campello, pero bien se le puede considerar como el consolidador de aquella Casa solariega y benemérita.

De Campello pasó a Carabanchel para hacer el Noviciado y la Filosofía.

Ejercía como Maestro el padre Balzario, y entre los 28 novicios figuraban don Leandro Ayuso, don Juan Beobide y don José Aguilar, además de don Jesús. Don León Cartosio, con el que tantas veces se había de encontrar como personal, era ya Consejero.

Hizo la primera profesión, según era costumbre entonces, el día de Santiago del año 1917. El trienio lo hizo entre Carabanchel y Atocha. Siempre tenemos que hacer mención de esta etapa porque era el refrendo de la vocación salesiana y el espaldarazo de la formación. Eran tres años selectivos, decisivos y que imprimían carácter.

Estudia la Teología en tres sitios: Campello, Camagüey y La Habana y se ordena de sacerdote en Barbastro el 26 de agosto de

1926. Ese mismo año es destinado como Consejero de los aspirantes en Astudillo. Con ellos pasará también de Consejero al Paseo de Extremadura al abrirse esta Casa. Con los aspirantes ejerce el cargo de Consejero, Prefecto y Director, en sustitución de don Agustín Liaño, pasada la quema de conventos, el año 1931. Da al Aspirantado un aire de cierta modernidad y apertura y un mayor ambiente de familia. Los aspirantes que volvieron, después de unas vacaciones forzadas de cinco meses, un tanto mustios y con la incertidumbre de lo que pasaría, después de la brusca experiencia del 11 de mayo, recibieron como una reanimación la primera conferencia de don Jesús. El día 2 de noviembre, después de una breve ceremonia de apertura del curso, los reunió en el estudio y les hizo una especie de exposición de principios y de programa: «En adelante —les dijo, entre otras cosas— no llevaréis el pelo rapado, podréis usar calcetines y en ciertos tiempos y sitios de la casa, no hace falta que observéis silencio absoluto. Los superiores, y sobre todo el Director, estarán siempre a vuestra disposición para hablar con él cuando y sobre lo que queráis.» Efectivamente, el ambiente se hizo menos acartonado y claustral, había más alegría y los aspirantes se sentían más sintonizados con la vida del Colegio. El Director hablaba con los aspirantes en público y en privado, aparecía en el patio rodeado de chicos, que le escuchaban sus comentarios sobre la actualidad, tan acuciante, sobre la Congregación, sobre Cuba y mil temas más que él sabía abordar. No era un gran orador, pero sí un interesante conversador.

El año 1934 la Casa cambió de signo. Por razones que no son del caso, los aspirantes pasaron a Carabanchel y los bachilleres pasaron al Paseo de Extremadura, la Casa que había sido construida expresamente para Aspirantado.

Pronto cambiaba de inquilinos y de destino.

Los aspirantes pasaban a depender directamente de un Encargado, bajo la autoridad del Director de los teólogos y don Jesús era nombrado Director del Colegio de Santander, el llamado del Alta. Allí ejerció el cargo tres años, hasta que estalló la guerra. El ambiente era distinto, pero la persona del Director era la misma y la táctica de su gobierno, igual. Don Jesús era un Director nato; le encajaba a perfección el cargo, que es la clave del entramado

salesiano. ¡Lástima que no lo fue más que nueve años! La obediencia y las circunstancias cambiaron su rumbo y le redujeron al manejo de los negocios, de las obras y de las cuentas. Fue Ecónomo Inspectorial durante veintidós años. Conoció a cuatro Inspectores y llevó a cabo la construcción de las casas de Arévalo, Guadalajara y el Teologado de Salamanca.

No era un genio de las finanzas ni conocía la magia de sacar dinero cuando tan necesario hubiera sido, pero los Inspectores le mantenían en el cargo porque era fiel administrador, era dócil y hasta humilde con ellos y aguantaba los malos humores y las inculpaciones que otros echaban sobre ellos.

«Cuentas sin dinero, cuentas de miseria», dice el proverbio. Y eso le pasaba muchas veces al Ecónomo Inspectorial, que tenía que pechar con la eterna penuria.

«Tenemos un Inspector que nunca tiene tiempo y tenemos un Ecónomo que nunca tiene dinero», decían alguna vez los maldicientes. Harto le pesaba al pobre Ecónomo la acusación. «No tengo dinero, no tengo dinero», era su exculpación cuando se le iba a pedir la pensión del mes o de los meses adeudados. Bien es verdad que a lo mejor hacía una larga consideración sobre la ventaja de las casas de formación, «que tienen siempre una pensión asignada. Será corta y no llegará a tiempo, pero la tienen asegurada». Otras veces te despedía con una cantidad a cuenta. Verdad es que las casas tampoco estaban al día con la Inspectoría, a pesar de que en los Reglamentos se decía bien taxativamente que se diera prioridad a las deudas contraídas con la Inspectoría. No obstante, las casas de formación, repletas de pupilos, salieron adelante, se construyeron otras de la envergadura de Arévalo, Guadalajara y Salamanca y se formó una Inspectoría matriz de las de León y Bilbao y, en la actualidad, una de las más extensas y pobladas de la Congregación.

Todas esas empresas no se hacen solas ni con sólo la intervención de la Providencia; necesitan desvelos y trasudores de los cooperadores de la Providencia. Don Jesús fue uno de ellos en este caso. Anhelaba el cese del cargo y se comparaba a sí mismo con aquel funcionario que, cuando se sintió relevado, se despertaba todos los días «pensando en que ya no tenía que pensar...».

Todo ello, a lo mejor, quebrantó su salud, golpeó su cabeza y aceleró la trombosis que le aquejó los últimos cuatro años de vida. Se quedó sin conocimiento y sin movimiento; se quedó reducido a una vida vegetativa y sensitiva únicamente. Sufría, pero no podía expresar su sufrimiento, y esa impotencia se lo acrecentaba más. Como en los niños, su único recurso era el llanto. Hasta que entró en un coma profundo y prolongado y el 18 de julio de 1973 murió. Fue enterrado en el panteón salesiano de Salamanca y allí yace, entre otros, con don Leandro Ayuso, su compañero de noviciado, y con don Esteban Ruiz, su gran amigo y compañero de Campello, de Cuba y de muchos años de vida en Madrid. Cercanos en la vida y cercanos en la muerte. Paz a todos ellos.

Don Jesús abrigaba el proyecto, mejor dicho, el deseo de pasar los últimos años de su vida en una capellanía de Salesianas, El Plantío por ejemplo, en sustitución del padre Fernández. No hubiera sido prebenda despreciable. Don Jesús les habría prestado sus oficios y ellas le hubieran prodigado atenciones, a las que era sensible. Las hermanas le hubieran recibido encantadas. Era sociable, de segura doctrina, buen religioso y de trato ameno. Habría desplegado con ellas las habilidades que le habían abierto tantos caminos entre colegiales y colegialas, antiguos alumnos, amigos y bienhechores.

Era prestímano, embaucaba fácilmente con su momia, las cartas, las monedas, los palillos y algunos otros artilugios.

En sus años de Consejero y clérigo fue maestro de escena acreditado.

Muchas obras de la Galería Salesiana le ofrecieron ocasión para lucimiento... Sobre todo, era excelente calígrafo. Hacía verdaderos alardes en la pizarra y en las carteleras. Cuando estaba preso en Ontaneda, escribía las direcciones en las cartas de los milicianos a familiares y novias. Resultaban verdaderos primores. Los remitentes se entusiasmaban con el maestro, como le llamaban.

Las Salesianas habrían sacado rendimiento de tales cualidades, aparte de su ministerio sacerdotal.

Era celoso, observante, asiduo al confesonario aun en los

años de actividad más material, se le veía rezar con recogimiento y celebraba con unción.

La lesión cerebral que le produjo la trombosis era irrecuperable. Por más cuidados que se le prestaron y todos los intentos de rehabilitación, no se recobró. Fueron tres años largos de un vivir apenas y de un ir avanzando hacia la fecha fatal.

Don Jesús había vivido otro 18 de julio crucial. Le esperaban trece meses de calvario: la incautación del Colegio, la dispersión de la comunidad, su refugio en la casa de un antiguo alumno de izquierdas, su gestión como enseñante en la Academia Politécnica, la cárcel de Ontaneda, trabajos forzados en el Puerto del Escudo, una enfermedad y el final en otra prisión, hasta que llegó la liberación gozosa, un día 26 de agosto, la misma fecha en que había sido ordenado sacerdote once años antes.

La última etapa de su prisión en Ontaneda —dice en sus memorias de trece meses aciagos— fue tan llevadera que le «resultó agradable». Se había acostumbrado a lo malo. Es extraño.

Este 18 de julio de 1973 supuso para él «la gran liberación», el comienzo de la «vida perdurable» y plena a la que, no obstante ser así, el bienaventurado no se acostumbra nunca, porque

*«Tiene la sed y el agua juntas
en el jardín de su sereno afán.»*

Que don Jesús la esté disfrutando desde aquella misma fecha.

FRANCISCO ECHEVARRÍA DEVA



Coadjutor.

Nació en Eckioga (Guipúzcoa) el 2-IV-1889.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 10-IX-1909.

Falleció en Guadalajara el 25-VII-1965.

«... La frecuente relación Coadjutor-Escuelas Profesionales puede haber contribuido a limitar la vocación religiosa del salesiano coadjutor...» (Don Braido).

La carta mortuoria del Pachi se abre con una fotografía que es un acierto. Revela cómo era el señor Pachi y en qué estima se le tenía. Corresponde a sus últimos años de Guadalajara. Está él con su muleta entre las y rodeado del Rector Mayor, don Ziggotti, y del personal de la comunidad. Todos tienen la mirada en él complacidos y él, rodeado de tan honorable corona, ilumina el grupo con un de viejo regocijado y feliz.

Pequeño, grueso, pesado de movimientos, tenía una cabeza procer y una sonrisa a tono con su mirada, entre ingenua e intencionada, sin malicia. Recordaba aquel verso de Lope de Vega: «Tengo los ojos niños / y portuguesa el alma.» El la tenía de legítimo guipuzcoano: sencilla, inteligente, honesta, noble y no sin su grano de humor.

Nació en el día de san Francisco de Paula, 2 de abril de 1889, en el caserío de Ecketa, del término de Azpeitia. Sería uno de tantos caseríos que salpican los montes y valles idílicos y que son como el tejido conjuntivo de aquella tierra, trabajadora y sana.

La niñez de nuestro hombre transcurrió entre los prados, la huerta, las vacas y el pinar que da sombra, leña y cama para las reses.

El sol —cuando aparece— y los elementos rigen la vida de toda la familia, afincada a su terruño de una manera invariable, secular.

Ortega y Gasset decía que lo propio del vascongado es una soberbia íntima de espíritu, ajeno e indiferente a los problemas de los demás. Decía también que ese país es una democracia metafísica. Esta filosofía no iba con el señor Pachi ni con tantos otros compatriotas suyos que hemos conocido.

No sabemos cómo nació su vocación, el caso es que nació y se mantuvo sin titubeos. A los quince años llega a Carabanchel con todo el pelo del caserío y sin una noción de castellano. Era Director don Pedro Olivazzo. Son de imaginar los esfuerzos de adaptación que tendría que hacer un muchachito así al ambiente, a la lengua y al Director, que ni siquiera era español ni tenía una pronunciación correcta. Superadas todas las pruebas, hizo la primera profesión el 10 de septiembre de 1909.

Bien hubiera podido estudiar, porque demostraba tener ingenio, memoria y juicio equilibrado, pero se quedó en el oficio de cocinero a perpetuidad, un cocinero autodidacta y aventajado.

Como tal pasó y se fue acreditando por las casas de Baracaldo, Atocha, Carabanchel, Vigo, Astudillo y Paseo de Extremadura, casas nada ricas, con despensas desabastecidas, pero que en el señor Pachi contaban con un cocinero habilidoso, capaz de mejorar las viandas vulgares. Los aspirantes del Paseo de Extremadura,

cuando les tocaba el turno de camareros, esperaban con avidez la «bendición del señor Pachi». Era la añadidura con que solía sazonar los garbanzos con lo que sobraba del menú de los superiores.

En Cuatro Caminos le sorprendió el pre-movimiento y el estallido de la guerra. Fueron unos meses azarosos. Los famosos caramelos envenenados y otros estúpidos y calumniosos infundios alcanzaron también a los Salesianos de Estrecho. Un siglo antes habían acusado a los frailes del envenenamiento de las aguas; ahora achacaban a las monjas el envenenamiento de los caramelos. ¡Qué absurda y qué poco original es la plebe cuando es ella la que se encuentra verdadera y lastimosamente envenenada! Al señor Pachi, tan inofensivo, le increparon groseramente y le quisieron linchar.

Salvada la guerra, es destinado a Mohernando. Son los años de las restricciones y, como las vocaciones abundan, él se las tiene que ingeniar para dar de comer a aspirantes, novicios y filósofos. La Casa llena y la despensa vacía, pero reina un espíritu inmejorable, de alegría, de buen humor incluso, del que también el señor Pachi hace gala con su anecdotario y agudezas.

En Arévalo lo espera una nueva prueba. La dolencia le atena y una noche tienen que traerle a toda prisa a Madrid para ser operado de próstata. Lo expresaba él después, con mal recuerdo y su poco de humor, apelando a Zorrilla: «¡Qué noche, válgame el Cielo...!»

Por si fuera poco, y con la intención de que se entretenga y se reponga, le mandan al Colegio de San Fernando, no ya como cocinero, porque no estaba para ello, sino como dispensero. ¡Vaya un alivio! Fue un paso doloroso aquél y un trabajo difícil de llevar para él, ya mermado de fuerzas y facultades. Las trampas y la índole aviesa de muchos de aquellos pupilos, y el funcionamiento complejo de aquel centro, agriaron su carácter, siempre tan apacible, le hicieron suspicaz e irritable. Era otro: más serio, distinto y menos tratable. ¡Cuánto pueden las circunstancias sobre las personas! Se recobró cuando, después de un breve tiempo en Lóngora, apareció una tarde en el Filosofado de Guadalajara. Se presentó de improviso. Algún salesiano autorizado que se en-

contraba de paso se sorprendió un tanto molesto. «¿Cómo es que está aquí el señor Pachi, si estaba destinado a tal sitio...?» Lo interpretó como una travesura.

Por equivocación o no, allí continuó durante doce años.

Durante estos años trabajaba cuanto los superiores y sus crecientes achaques le consentían. Era tratado como el abuelito de la casa. Todos, superiores y estudiantes, sentían por él un vivo aprecio, fundado en su observancia religiosa, su sociabilidad y su simpatía, la que le guardaron siempre cuantos le trataron. Buen religioso, obediente y respetuoso en extremo con los superiores, escrupuloso en materia de pobreza que, por su oficio, se creía especialmente llamado a practicar, y siempre temeroso por no haberla observado bastante.

Daba con candorosa sinceridad la cuenta de conciencia y no ocultaba el temor de no verse preparado. Una demostración más de su bondad y de su humildad. En plena lucidez todavía, entre las ocupaciones de ayudante de cocina a las que no daba tregua, suplicaba se le perdonase cuanto pudiese haber ofendido a los hermanos que habían convivido con él.

Sencillo, donairoso, tenía en todas las situaciones su apreciación original y ocurrente. Alguien, que le trató de cerca, recuerda la lectura del periódico al alimón con el señor Pachi, en el recreo de la mañana, en la cocina de la Casa de Guadalajara. Estaba el señor Pachi sentado, arrimado a un rincón y pelando patatas, su tarea más cotidiana; el otro leía el periódico junto a la ventana, enfrente. Lo leía en voz alta, para que se enterase también el curioso acompañante. Era un contento oír los comentarios y las ocurrencias del señor Pachi. Lectura ilustrada la llamábamos, y tan interesante como la del periódico.

Había pasado por muchas casas, había tratado a muchos salesianos y sabía mucho, por viejo y por listo. Sus anécdotas eran numerosas y contadas por él, sin ningún artificio, sólo con su cadencia lenta, gangosa y de intención sutil, se hacían regocijadas. De él decíamos, en comentario unánime, que valía lo que pesaba, ¡con pesar tanto!

Un domingo del verano del año 1962 le dio una trombosis cerebral. «La luz de sus pensamientos, casi siempre se podía ver»,

pero desde aquel día se oscureció. Se le administraron los sacramentos, el de la Extrema Unción, y aunque siguió viviendo, la lucidez no la recobró más. El último año, con el fin de que pudiese estar mejor atendido, se le trasladó al asilo de las Hermanitas de los Pobres. Le asistieron con una solicitud admirable, la acostumbrada en ellas. El enfermo no les exigía nada, pero ellas no le ahorraron ningún cuidado. Dios se lo habrá pagado a través del señor Pachi.

El día de Santiago apóstol, el enfermo, que parecía haber entrado en ese estado perdurable que parecen tener ciertas enfermedades, falleció. Las Hermanas y los Salesianos que rodeaban su lecho de muerte le leyeron la recomendación del alma y le encomendaron a Dios y a Santiago. Al día siguiente, tras el funeral, celebrado en Mohernando, entre cantos de novicios y filósofos y oraciones de muchos salesianos, fue enterrado en el panteón de esta Casa.

Nació en un monte y pasó su niñez en la soledad de un caserío; ahora descansa en otro monte, junto a otro caserío menos rústico que el de Ecketa, casa de formación en las que pasó la mayor parte de su vida. El mejor sitio para descansar.

Cuando vivía y desgranaba los recuerdos de su larga vida, decía el señor Pachi que, de los salesianos que había conocido, recordaba con particular veneración a don Manfredini y a don Binelli, por su virtud intrépida a uno y por su paternal gobierno a otro.

Muchos tendrán también de él un recuerdo singular y hablarán de él, cuando se presente el caso, como el religioso sencillo, ocurrente, alegre, de salesiano que fue siempre tan buen cocinero como fraile —valga el dicho trivial— y supo el arte de sazonar exquisitamente la comida, la vida y la convivencia.

SEVERINO APARICIO GALLEGO



Sacerdote.
Nació en Valleluengo (Zamora) el 14-XI-1941.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1959.
Ordenación sacerdotal el 6-III-1969.
Falleció en Cambados (Pontevedra) el **27-VII-1975**.

Severino era una de las vocaciones de la recluta de don Anselmo Pérez y de don Emilio Alonso. Castellanos legítimos, tenían ojo certero para localizar los «caladeros» de vocaciones y discernir quiénes eran los candidatos elegibles. ¡Cuántos salesianos, en las Inspectorías de Madrid, León y Bilbao, proceden de aquellas campañas!

Severino tenía la muy propia del tipo zamorano: bajo de estatura —lo cual causarle alguna desazón—, fuerte, moreno, de ancha y ojos pequeños, penetrantes.

Callado, propenso a lo reservado y tal vez a la melancolía, atemperada por su buen sentido y su virtud.

No tenía cualidades llamativas ni hizo cosas espectaculares. Pero fue un buen profesional de la enseñanza y un fiel intérprete de la pedagogía salesiana, basada, más que en la técnica aparatosa, en el trato directo con los alumnos, la asistencia asidua y eficiente, a lo Don Bosco: de pocas palabras y muchas obras.

Ortega definía el estilo de Azorín como de «primores de lo vulgar».

Lo más llamativo que hizo fue hacer bien lo ordinario. En esto siguió también la sabia máxima de Don Bosco: «Hace mucho el que hace lo que tiene que hacer, aunque esto sea pequeño.» Máxima válida para chicos y para grandes, para educandos y para educadores. Severino fue un educador salesiano, sin espectacularidad, pero eficiente.

Nació en los años difíciles de la posguerra civil, 1941, en el pueblecito de Valleduero (Zamora), donde familiares y paisanos vivirían como hermanos, muy en «república cristiana». En aquel ambiente brotó la vocación de Severino, como después fue apuntando la de sus hermanos, Eusebio y Cesáreo, tres nombres de santoral antiguo.

En Arévalo, Mohernando y Guadalajara se fue consolidando, hasta dar a compañeros y superiores la impresión de que «había asimilado los rasgos fundamentales del espíritu salesiano: era bueno, trabajador y piadoso». ¿Podía pedírsele más? Con este bagaje de preparación humana y religiosa estaba en condiciones de comenzar su trienio práctico. En el «currículum» de entonces estaba muy oportunamente puesto este período. El «clérigo» se fortalecía en su formación, se iniciaba en la experiencia y se encariñaba con la vida salesiana. El lo hizo en el colegio del Paseo de Extremadura, antiguo aspirantado y después bachillerato. Su piedad sencilla, capacidad de sacrificio, docilidad y el amor a Don Bosco le «hizo vivir con éxito y alegría evangélica la que se llamaba comúnmente «prueba de fuego».

Se ve que no le fue mal, porque al terminar la Teología en Salamanca, ya sacerdote, volvió al mismo sitio a continuar su docencia, enriquecida ahora con la Teología y los poderes del

sacerdocio, que él supo emplear bien a conciencia en beneficio de sus alumnos. En su trayectoria de bondad, de comprensión, aunque no de dejación; con suavidad en las formas, pero con seriedad en el fondo, se ganó la confianza de los alumnos y de los salesianos. Ya se sabe que el éxito del educador no es inmediato, pero acaba por imponerse.

Los salesianos le consideraban como el colaborador con quien se podía contar siempre. Era el amigo que no creaba problemas y los resolvía o ayudaba a resolverlos. Los padres de los estudiantes sabían y no ocultaban al Director y entre ellos que, sin recursos fascinadores, sintonizaba con los chicos, los conocía y tenía bien informados a los padres.

El último año, julio de 1975, a ruegos del Director, accedió a acompañar a una de las colonias que se organizaron. Se quería con ello fortalecer su salud y compensar el cansancio del curso. Severino, un poco contra su deseo, por acompañar a los alumnos y prestar alguna ayuda a los salesianos encargados, fue a Cambados.

El 27 de julio, después de un día de horario normal, mientras los alumnos daban su paseo, Severino salió solo para dar también el suyo a lo largo de la playa. A la hora de la cena, contra su acostumbrada puntualidad, no se presentó en el comedor. Pensando que estuviese indispuerto, llamaron a su habitación. Nadie respondía. Intrigados ya, recorrieron el aspirantado, salieron en su búsqueda y, en la playa, en el sitio donde solía detenerse, encontraron la ropa abandonada. «Tristes exubiae!» ¡Oh tristes prendas en mal hora halladas...!

Imaginan lo peor, lo que, por desgracia, había sucedido. El mar, no se sabe cómo, se lo había llevado y el mar, que hace sus presas pero no las guarda, lo devolvía al cabo de tres días flotando sobre las aguas. Un pescador que lo divisó, dio cuenta al Colegio y a la Comandancia de Marina y puso fin a las angustiosas pesquisas que se venían practicando desde el primer momento de la desaparición.

El funeral, corpore insepulto, se celebró en la iglesia del Colegio salesiano. Asistieron los salesianos de la zona, amigos, simpaticizantes de la Congregación y todos los que se encontraban a la

sazón en el monasterio de Poyo en unas jornadas de Formación Permanente. Un funeral con un número inusitado de «abades», según los naturales de aquella tierra. Todo por Severino, en último y merecido homenaje. Nunca había sido objeto de tan general y sentida atención.

Sus restos descansan en el cementerio de Cástrelo.

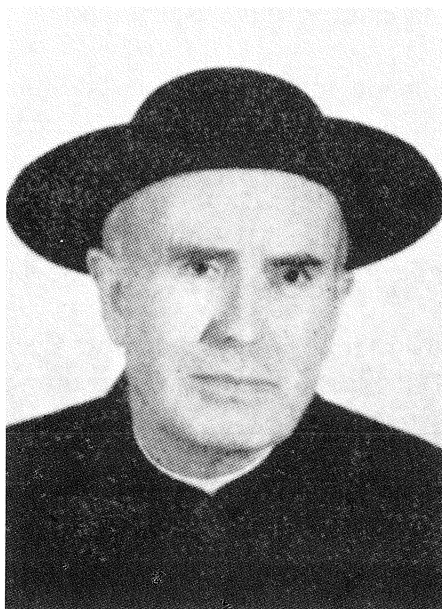
Humilde y callado en vida, amigo del silencio y la soledad, mejor que en el cementerio masivo de la capital se sentirá a gusto en aquel sagrado recinto, mecido en las brumas del océano, donde la lluvia cae una y otra vez y crece la hierba que la hoz no siega.

Sus hermanos de comunidad, los alumnos y los que le conocieron no arrancarán tampoco nunca el recuerdo que le guardan. Dios le tenga en su paz.

AGOSTO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
6	1975	Sacerdote	Antonio G. ^a DE VINUESA ROMÁN	76	213
8	1969	Sacerdote	Francisco Javier CALONGE PARRA	38	218
8	1980	Sacerdote	Julián Luis FERNANDEZ POSTIGO	93	222
9	1946	Sacerdote	Agustín PALLARES CASTAÑER	68	228
12	1976	Sacerdote	Luis CONDE Y CONDE	95	234
14	1978	Sacerdote	Carlos MORETÓN PUIG	49	240
20	1969	Clérigo	Pedro AMOR MARTIN	19	245
31	1935	Coadjutor	Guillermo GIL CALVO	81	249

ANTONIO GARCÍA DE VINUESA ROMÁN



Sacerdote.
Nació en Marmolejo (Jaén) el 11-XI-1899.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 23-VII-1921.
Sacerdote en Madrid el 14-VI-1930.
Falleció en Madrid el 6-VIII-1975.

Don Antonio García Vinuesa, serio, calvo, pálido y con la mirada apagada, tenía cierto aire de monje de Zurbarán.

Nació el 11 de noviembre de 1899 en Marmolejo (Jaén). Nació en la frontera entre dos siglos y en la frontera entre dos provincias: Jaén y Córdoba. Era uno de los hijos mayores de una familia numerosa, una familia numerosa y matriarcal, porque su madre se quedó viuda a la edad de treinta y tres años y tuvo que sacar adelante a la numerosa prole de sus diez hijos. Gracias a su buen temple y formación cristiana, supo dar a la casa un ambiente de regularidad, orden perfecto y solera cristiana. Allí se rezaba

todos los días el rosario, se leía el «Año Cristiano» y se comentaban las cartas de una tía religiosa, Esclava del Sagrado Corazón, impregnadas de una clara y suave espiritualidad, además de acertadas directrices.

Una madre como la mujer fuerte de la Biblia y una familia copiosa son dos buenos factores para la educación, porque educan los padres, sí, pero también educan los hermanos. Es incalculable la influencia de esta educación horizontal. Los padres son la autoridad y el gobierno de la casa; los hermanos, cuando son muchos, son el sindicato y el gremio, con toda su fuerza coactiva y lateral.

En el ambiente de una familia así brotó fácilmente la vocación de Antonio. La madre no opuso la menor resistencia, todo lo contrario: su gusto hubiera sido, y así lo repetía, dárselos todos a Dios. Tan cristiana y tan generosa era.

Cuando Antonio contaba ya diecisiete años, comenzó el aspirantado en Carabanchel. Al poco tiempo lo tuvo que interrumpir a causa de una pulmonía. Volvió a casa y estuvo unos meses reponiéndose. Cuando los familiares creían que ya había desistido de sus propósitos y le tenían preparada una colocación, don Antonio insiste en su deseo de regresar y «continuar fiel a la llamada de Dios para toda la vida». Su vocación no había sido una veleidad de adolescente. Terminado el aspirantado en Campello, vuelve a Carabanchel para hacer el Noviciado y la Filosofía. El trienio lo pasa en Atocha y la Teología la estudió, no sabemos cómo, en Campello, Salamanca y Carabanchel. Se ordena de sacerdote el 14 de junio de 1930. Su madre se encuentra muy enferma y no puede asistir a la ordenación, como hubiera sido su ideal. Los dos pasan por el sacrificio de esa ausencia. Don Antonio le manda un telegrama lacónico y expresivo: «Soy sacerdote. Recibe mi primera bendición.» Bien se la merecía. Buena parte de su sacerdocio le pertenecía a la madre.

Con la unción reciente todavía, es destinado a Salamanca como Prefecto. Son los últimos meses de un régimen que ya había recibido el impacto de una sentencia: «Delenda est monarchia.» Un año de buena gestión en la casa más importante de la Inspección entonces y es destinado como Director a La Coruña. Vuelve

a Madrid como Prefecto de Estrecho y allí le sorprende la guerra, que le dejaría, como a tantos otros, bien marcado. Sufrió humillaciones y malos tratos. A consecuencia de ellos perdió un oído.

Sería el 19 de julio, domingo aciago. Poco después de comer irrumpieron las milicias en el Colegio de Estrecho. Don Antonio, como Prefecto de la Casa, se ofreció a acompañarles, llaves en mano, por las dependencias de la casa para que comprobaran que no había armas ni más dinero que el que les habían repartido a todos para una emergencia y que ellos, los milicianos, se encargarían de robarles. Cuando terminó el registro, los salesianos fueron pasando por un pasillo entre milicianos y gente airada para ser trasladados a la Comisaría del barrio. Fueron el blanco de todas las iras: insultos, amenazas, empujones, hasta golpes. A uno le rompieron las gafas y a don Antonio, de un bofetón, le rompieron el tímpano del oído izquierdo.

El Colegio de Estrecho pasó a ser cuartel del V Regimiento, que era como la Legión de los comunistas. Dos escritores rojos se han ocupado de esta improvisada sede. Uno de ellos comenta con cinismo: «¡Qué contraste...! Según tengo entendido, esto antes era un convento. Es decir, aquí se aprendía a morir; ahora se enseña a matar...»

Terminada la guerra y todas sus peripecias, don Antonio vuelve a Estrecho como Director. Lo primero que tenía que hacer era desinfectar y raer materialmente toda la suciedad que se había acumulado en el colegio y en la iglesia. No sabemos si don Antonio se enteraría de todo, pero allí se habían perpetrado escenas horribles.

Después de tres años de Director, continuó en el mismo colegio como encargado de la iglesia. En 1951 es destinado como Director a Mohernando. Son los años de la reconstrucción lenta y de los grandes noviciados. Las ayudas que había buscado durante su estancia en Madrid, unas veces repasando la guía de teléfonos, otras veces de puerta en puerta o haciendo uso de su apellido, bien sonante en algunos ambientes, esas ayudas las volcaría ahora en Mohernando, donde todo era poco y todo tenía una inversión inmediata. En aquellos cursos casi centenarios de candidatos a salesianos a él le tocaba dar la última orden de dimisión

cuando era el caso de despedir a alguno. Era un trago amargo para él, que tenía un criterio muy abierto y benévolo para la admisión: «Si él quiere seguir verdaderamente, ya es síntoma suficiente de vocación.» No contaba con que ese querer es a veces muy efímero.

Cuando agota el sexenio de directorado en Mohernando, Estrecho de nuevo y por tercera vez, Guadalajara, Atocha, Puertollano le reciben como confesor, encargado de la iglesia y de la Archicofradía. Al lado de esas ocupaciones, él se encargaba de llenar el tiempo disponible buscando medios económicos para las vocaciones y las necesidades de las casas. Siempre que iba a Madrid volvía con aportación y el estipendio de un viaje bien aprovechado. Lo entregaba sin ningún alarde y sin que se enterase nadie. Es de creer que las limosnas más sustanciosas se las hacía llegar al Inspector, al «gran pobre de la Inspectoría», como se le consideraba entonces.

Todavía estuvo algún año con los aspirantes de San Fernando antes de pasar a Ferroviarios, el año 1971, siempre como confesor. A pesar de no disponer más que de un oído, las confesiones fueron su tarea más duradera. Creemos que también la más fecunda. «*Ars animarum ars artium*»: El arte de las almas es el arte de las artes.

A pesar de que arrastraba algunas dolencias, alguna de ellas crónica, las llevaba con serenidad, paciencia la llamaríamos, en su virtud y capacidad de silencio y aguante. Su última enfermedad fue breve y sin trastorno ninguno para la comunidad. Una subida súbita de glucosa, el traslado a la clínica en completa lucidez del paciente —nunca mejor llamado— y cuando ya se creía superado el peligro de un coma diabético y se esperaba su regreso a casa, una trombosis pulmonar fulminante truncó todas las esperanzas y acabó con su vida, sin alarmas previas, sin dolores y casi sin testigos. Por la capilla ardiente, instalada en el Colegio de Ferroviarios, desfilaron, silenciosos y conmovidos, Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores, Antiguos Alumnos y muchos amigos. Don José Antonio Rico, el Inspector, presidió el funeral acompañado por 35 sacerdotes concelebrantes. Fue enterrado en el panteón salesiano de Carabanchel Alto. Allí duerme su sueño

sin desvelos, aquellos desvelos que le acompañaron como una escuela de la guerra y que tanta alarma producían a los vecinos de dormitorio. La noticia de su muerte causó extrañeza y pena. No se esperaba un desenlace así. Se le sabía con achaques, pero con mucha vida por delante todavía, toda la que le deseaban quienes le conocían y le profesaban afectuosa veneración.

En la homilía del funeral dijo de él don José Antonio Rico: «La experiencia de hombre de Dios hizo de él un hombre buscado y deseado.»

Delicado siempre y cuidadoso de no causar la más mínima molestia, tuvo un final apresurado y nada gravoso para los hermanos.

Solícito en buscar afanosamente limosnas para las vocaciones, su equipo personal no podía ser más pobre. No empleó nada en su propio provecho. «Todo lo que tenía —dice su Director— cabía en una cartera de viaje o en los bolsillos de su sotana», aquella sotana de la que no se desprendió nunca. «Siempre de negro hasta los pies vestido / es pálida su tez como la tarde...» Se le podían aplicar los versos del noble personaje.

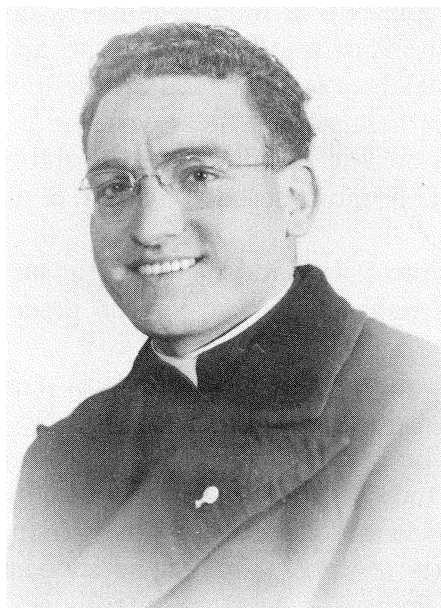
Fue un religioso íntegro y consecuente. «No seamos anfibios —son palabras suyas, unas de las pocas que dejó escritas, porque era parco en hablar de palabra y por escrito—, un rato religiosos y otro seglares. Siempre religiosos, siempre sacerdotes, como decía Don Bosco.» Eso fue él siempre.

Apenas enterarse de la triste nueva, se sucedieron los testimonios de condolencia y las llamadas de los sitios donde había estado como Director, rector de iglesia, confesor. A nadie había dado disgusto; a todos había dado buen ejemplo.

Todos coincidían en los mismos elogios; «todos decían una razón», también de él.

Era una persona prudente, un religioso ejemplar, un sacerdote espiritual y auténtico. Era todo un hombre de Dios.

FRANCISCO JAVIER CALONGE PARRA



Sacerdote.
Nació en Logroño el 10-I-1931.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1949.
Sacerdote en Posadas (Córdoba) el 24-VI-1961.
Falleció en Madrid el 8-VIII-1969.

Calonge tuvo en la vida salesiana una preparación larga y una actuación corta, demasiado corta para lo que era de esperar y él se prometía.

Nació en Logroño, en enero de 1931, tres meses antes del cambio de régimen y de las pruebas que habían de seguirse para la Iglesia española. Se crió en La Mancha conquense y muy temprano perdió a la madre, hecho que siempre deja huella en la vida de un niño, por más que no le faltaran otros familiares solícitos y de gran talla cristiana. Estos factores aceleraron su inclinación a lo religioso e hicieron que pronto brotaran en él sínto-

mas de vocación. Ingresó en el seminario de Cuenca y un año después en el seminario salesiano de Astudillo, tal vez atraído por la amistad y protección de otro taranconés, don Julián Ocaña, director a la sazón de aquel centro.

Hizo el noviciado en Mohernando y la Filosofía en San Fernando-Fuencarral, una vez que los filósofos tuvieron que salir de Mohernando por falta de espacio y establecerse provisionalmente en aquel complejo de la Diputación.

Paco Calonge, como le llamábamos familiarmente, había dado muestras de ser normalmente dotado para los estudios, piadoso, sociable, de fácil prestación para los trabajos que se le encomendaban. Era grueso, de cara redonda, tranquilo, el cuello corto, cargado de hombros y muy pronta la sonrisa. Era el rasgo que más destacaba en él: la sonrisa fácil y un poco indefinible.

Como hecho notorio, los compañeros recordaban que en el noviciado, en un ejercicio de predicación, estuvo hablando una hora seguida un día de Viernes Santo comentando las Siete Palabras. Apuntaba ya el predicador futuro y con facundia.

Terminada la Filosofía, y a petición suya, se le destinó a México, al Aspirantado de Puebla.

La índole buena y fácil de aquellos muchachos se acomodaba a la suya y le permitió trabajar con ellos todo el trienio, con gusto y con fruto.

Puebla, la ciudad mexicana defendida un día por Ignacio de Zaragoza, aparte de sus afinidades con lo español, le recordaba un pueblo vecino a Tarancón, del mismo nombre y con los mismos productos que daban también riqueza a la distinguida localidad conquense: cereales, paños, chocolate, licores...

Su apostolado y su amistad se extendió también a la colonia española. Años más tarde, cuando estaba en Salamanca y en Madrid, todavía le escribían y recordaban al «Padre Javier».

Con otros compañeros salesianos de la Inspectoría, fue a cursar la Teología a Italia, al teologado de Bollengo. Era curioso: identificado con el ambiente, traía ya asimilados el acento, los gustos y la proclividad mexicana. Esa era la ventaja de mandarlos tan jóvenes a sus destinos.

Bollengo supuso un nuevo horizonte y una experiencia más

para nuestro candidato al sacerdocio. Pensaba con ilusión en su Misa. En un diario de aquellos días dejó estampado el lema de su ordenación, un lema largo, en latín, muy compendioso, paulino, mariano y sacerdotal.

Antes de regresar a México quiso ampliar su preparación pastoral en España.

Frecuentó el Instituto León XIII, de Madrid, en la especialidad de Ciencias Sociales y otros temas de Teología. Todo se le hacía poco. Alternaba los estudios con la práctica del misionero.

En las distintas casas por las que pasó, su porción preferida fueron los jóvenes: la naciente asociación de Adsis, los Centros Juveniles, el Oratorio.

Ejercía sobre los jóvenes un influjo indudable, aunque en esa relación que se establece entre catequista y catequizados la influencia no dejaba de ejercerse también a la inversa.

Entre lo solicitado que se veía y lo poco que él se reservaba, mantenía una actividad incesante, acaso un tanto atípica, que le ocasionó situaciones de tirantez con hermanos y superiores.

Cuando ya tenía su diploma de estudios en la mano y la ilusión de volver a su México, donde le esperaba un apostolado esplendoroso para sus afanes misioneros y pastoralistas, «vino la muerte a llamar a su puerta». ¡Y de qué manera tan súbita y tan brusca!

Andaba en las gestiones de preparación del viaje cuando el 6 de agosto, en pleno centro de Madrid, en la Puerta del Sol, una congestión le dejó paralizado de medio cuerpo. Se le llevó con toda solicitud a la clínica de San Pedro, se le aplicaron los remedios del caso, pero en vano. A las pocas horas un nuevo ataque le paralizó por completo y le dejó en trance de muerte inevitable.

Recibió los últimos sacramentos, tuvo algunos atisbos de lucidez, esforzaba los ojos agónicamente, como queriendo expresar su último deseo, pero no pudo.

«Del lado que cayere el árbol, de él se quedará.»

Menos mal que, en el caso de Javier, la muerte le llegó de manera repentina, pero no imprevista.

En su diario íntimo había dejado escritas estas reflexiones, que parecen una premonición hecha a sí mismo:

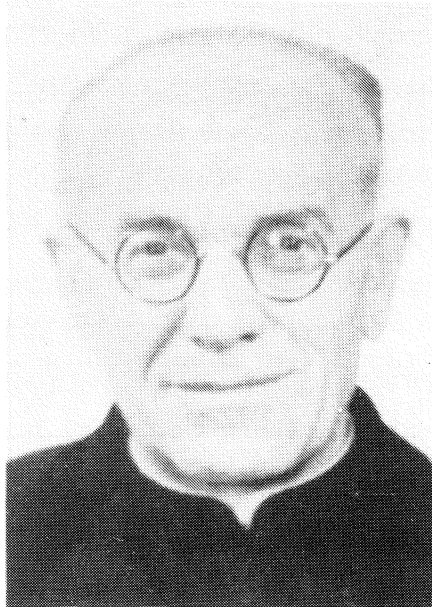
«Mientras vivimos, ponemos ilusión en todo, como si nunca tuviéramos que despedirnos de nuestros proyectos, deseos, actividades... Una muerte no presagiada, sino repentina, nos hace ver lo falaces que son nuestras ambiciones, lo mezquino de los sueños que acariciamos, el tonto apego a los lugares, a las personas, a las cosas...»

Parece que razonaba, que presumía y preparaba su adiós. No era una retórica divagación de predicador de oficio y de tendencia innata.

Su padre, todo lo desolado que es de imaginar, sus deudos y paisanos, el Inspector salesiano y algunos compañeros de profesión asistieron al entierro en Tarancón un mediodía de agosto, «bajo un sol de fuego».

La noticia de su muerte y circunstancias causó consternación en la Inspectoría. Poco después, en México, sus catequizados de Puebla que le conocían y le esperaban, criollos, mestizos, totomacas, otomíes, hicieron duelo inconsolable por el padre Javier.

JULIÁN LUIS FERNANDEZ POSTIGO



Sacerdote.

Nació en Reocín de los Molinos (Santander)
el 21-VI-1887.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 26-IX-1906.

Sacerdote en Ciudadela (Menorca) el 15-IX-1914.

Falleció en Madrid el **8-VIII-1980**.

Todavía está presente la semblanza del que fue en sus últimos años el «patriarca» de la Inspectoría: cara breve, frente ancha, mirada punzante y una sonrisa siempre esbozada entre complaciente e irónica. Desde su retiro de El Plantío hacía apariciones cada vez más raras entre los salesianos. La vejez y la entrega a sus salesianas le tuvieron secuestrado en su voluntario y deleitoso retiro. «A solas mi vida paso, ni envidiado ni envidioso», solía decir en confianza a los que se la merecían, que no eran muchos.

Había nacido el 21 de junio de 1887 —hace bien poco hizo un siglo— en Reocín de los Molinos, un pueblo de Santander, cerca de Torrelavega. De él habrían de salir más vocaciones. En Villaverde de Pontones hizo los primeros estudios en los pocos años que estuvo vigente como Aspirantado. Comenzó el noviciado en Carabanchel el año 1915 y allí hizo su primera profesión y parte de la Filosofía. El resto lo hizo en Vigo, por libre, y en Santander el trienio y la profesión perpetua. Hasta él llegó la fama y el influjo de Menéndez Pelayo en sus últimos años. De él tuvo tiempo de aprender la inquietud cultural, la afición a la lectura y el amor a los libros. No sabemos bien cómo ni dónde estudió la Teología, el caso es que se ordena de sacerdote en Ciudadela (Menorca). Había cruzado la Península; ahora, a los pocos años de cantar Misa, daría el gran salto hasta Argentina. El Inspector, padre Pedemonte, le destinó, para empezar, a Bahía Blanca. Cuando don Julián llegó ya encontró la parva un poco trillada, pero había sido una plaza difícil de tomar. Se la encomendaron a los Salesianos como recurso. Los misioneros anteriores no habían tenido éxito y los Salesianos se habían acreditado ya como fuerza de choque en Buenos Aires. A don Julián le tocó romper lanzas en aquella avanzadilla de la Patagonia, siguiendo la ruta heroica del padre Borghino y de don Pedro Bonacina.

Un compañero de él en estos años, que después llegó a ser obispo de Salta, monseñor Carlos Pérez, da de don Julián un juicio incuestionable: «Hombre generoso y sacrificado para el trabajo, sumamente austero en la vida religiosa y exactísimo en el cumplimiento de sus deberes. En los treinta años de la Patagonia nunca rehuyó la obediencia, haciendo siempre el bien sin hacer ruido, como dice san Francisco de Sales...»

En 1927 es nombrado Director del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad. Su apostolado desborda ya el ámbito salesiano y el obispo le nombra asesor de las jóvenes de Acción Católica. Comienzan sus encomiendas ya fuera de la Congregación. Le recomendaban para ellas su competencia y su seriedad. Es nombrado asesor de la Enseñanza Religiosa de todas las escuelas de la provincia. A continuación se le nombra asesor diocesano de todas las

mujeres de Acción Católica. Su lanzamiento por esos derroteros es imparable.

En 1943 es destinado a Viedma como Director de la Casa de San Francisco de Sales. Valía y no sabía negarse, por eso le llovían las propuestas y las encomiendas. Juez presinodal del Tribunal Eclesiástico y luego Director del Consejo Diocesano de Enseñanza Católica.

Ya estaba catalogado como hombre de confianza en los medios eclesíasticos. En Viedma todavía, y después en San Carlos de Bariloche, las autoridades militares le requieren para confiarle la dirección espiritual de la tropa.

En Viedma conoce y despierta una vocación extraordinaria: don Vecchi, actualmente encargado de la Pastoral Juvenil de la Congregación. De don Julián, a través de encuentros y breve correspondencia, da la impresión de hombre recto, intelectual e interesado en el bien y en la vocación de los jóvenes, si bien, reconoce don Vecchi, el fuerte de su apostolado son ya más las personas mayores que los niños.

En 1947 don Julián, en su recorrido por el sur de Argentina, se encuentra en Bariloche, su etapa más lograda y de la que más se le oyó hablar. Es Rector de la parroquia salesiana y miembro de la Comisión Municipal de Cultura. A diferencia del paisaje de la Pampa, sin piedras, sin árboles, sin riachuelos ni montículos que rompen la sensación de llanura sin límites, de distancia infinita, de mar en calma, Bariloche, riente y moderna, con cielo azul velazqueño, con olivos y viñedos, desbordante de salud, de riqueza y alegría, le daba la impresión de verse devuelto a un valle de la montaña o a un parque de Andalucía nacido al borde de los Andes. Allí trató con frecuencia y asiduidad a Ortega y Gasset en sus años de exiliado con cátedra ambulante.

De Bariloche, cuatro años después, vuelve a Bahía Blanca. Allí había pasado sus años de joven intrépido; había trabajado con celo y eficacia reconocidos y recordados todavía. La parroquia en manos de los Salesianos había pasado a ser la principal, estaba llamada a ser la sede catedralicia y de don Julián se rumoreaba que iba a ser el obispo de la diócesis a punto de crearse. No era inverosímil.

Unos lo decían y otros lo deseaban. Don Julián, porque pensara con acierto que «nunca segundas partes fueron buenas» o porque barruntara «la jugada», puso el Atlántico por medio y se volvió a España muy sigilosamente. Sin duda pensaba que ser obispo es una responsabilidad más ardua que la de los cargos curiales que había ejercido; que los tiempos habían rodado mucho y Bahía Blanca ya no era el puerto de exportación de pieles y lanas de hacía cincuenta años, la población no era en su mayoría anticlerical, acuciada por una prensa malsana, los sacerdotes no vivían sujetos a burlas y el obispo no tenía que interrumpir su visita pastoral entre vejámenes y hostilidades, como le había sucedido a monseñor Aneiros. «Cuando el valiente huye, la superchería está manifiesta», si es que lo suyo fue una huida.

La España que encontró a su regreso era muy distinta, mejor y abonada para cualquier apostolado que se quisiera desarrollar, aun no siendo ningún misionero «campeano». La labor que le esperó, al lado de la de sus anteriores años de brega, era harina de hacer formas.

Confesor en el Colegio de Ferroviarios, luego en el Colegio de La Paloma, donde los penitentes se presentaban en riadas y por sí solos, Consiliario de algún grupo del Frente de Juventudes y, por fin, la capellanía de las Salesianas de El Plantío, donde don Julián iba a serlo todo: capellán, consultor, profesor, predicador y maestro de espíritu. Un verdadero episcopado sin anillo y sin mitra.

En las sobremesas y tiempos de esparcimiento, las monjas le llamaban, entre adulación y elogio, el Obispo de El Plantío. El aceptaba la broma sonriendo entre modesto y complacido, pero no le repugnaba el título. Pensaría que aquellas almas inocentes le hacían justicia. La verdad es que una feligresía más fácil y obsequiosa no la había tenido nunca. Ni buscada le había podido caer mejor. Si no episcopado, muchos le habrían considerado una indiscutible canongía.

Buen sitio, a propósito para sus aficiones de intelectual asceta, público dócil para sus enseñanzas y abierto a su erudición y lecturas de alta salesianidad.

Ejercía el ministerio a plena satisfacción, rezaba, leía, paseaba,

conversaba con quien daba pábulo a su locuacidad, recibía visitas, sobre todo de salesianos y ex alumnos de la Argentina. El «período argentino» había marcado su vida y guardó siempre para los feligreses su vocación y su afecto misioneros.

«Cuando me comunicaron que el padrecito sería nuestro capellán, fue para mí una gran satisfacción», dice la Directora que le recibió. Ni ella, ni las hermanas, ni las novicias quedarían defraudadas. Desde el primer momento se puso a su entera disposición, se mostró siempre flexible a los cambios de horario y a las iniciativas de sus anfitrionas, no se metió nunca en el régimen interno de la Casa ni intervino más que cuando era requerido para asesorar en algo; todas vieron siempre en él un auténtico representante de Don Bosco y un fiel intérprete de la Madre Mazzarello, de su doctrina y de su espíritu.

En cuanto a su bagaje cultural, podemos decir que fue un autodidacta, de mucha y variada lectura. Culto, sin ostentación, llegó a conocer nueve lenguas. En su mocedad fue colaborador de las Veladas Recreativas, tan socorridas, con el seudónimo de Júfer; era amante de la buena música, estaba al día de los acontecimientos, sociales y culturales; a pesar de vivir al margen, se interesaba por cuanto atañía a la Inspectoría o a la Congregación. Era fiel en lo esencial y abierto al futuro; era escrupuloso en dar cuentas del dinero que llegaba a sus manos y, a pesar de su personalidad, obedecía con notorio dominio de sí mismo. Resumimos así el juicio que da de él su Inspector, don Cosme, sacado de la relación que tuvo con él durante su mandato. Para muchos puede sonar a extraño: un valor tan apreciable y tan ignorado; un tesoro tan auténtico y tan escondido.

Tenía noventa y tres años. A la enfermedad que suponía tal edad se unió, en los últimos días, una irremediable insuficiencia vascular cerebral. Fue internado en la clínica de San Camilo y allí, entre los cuidados de los salesianos del Teologado y de la Inspectoría y de sus fieles Hijas de María Auxiliadora, el día 8 de agosto, sin dolores ni agonía, falleció tranquilamente «el Padrecito».

Lo menudo de su persona, su procedencia argentina, su voz y modales le merecieron tal apelativo.

Un antiguo alumno de Viedma decía de su última entrevista

con él, bien reciente: «Menos la vista, todas las demás facultades las conservaba lúcidas. Es muchísima la gente que le admiraba y querrá saber de él. Haré publicar su fallecimiento en "Nueva Provincia", que es un diario de mucha difusión en todo el Sur de Argentina.»

Seguramente su muerte tuvo más resonancia allí que aquí, donde don Julián no era profeta.

A Madrid no había venido más que a envejecer y a preparar su tránsito de una manera cuidadosa, admirable. Lo confirmamos de un testimonio suyo muy aleccionador:

«Pasó mi tiempo, Jesús; quítame el orgullo de la experiencia que dan los años, y el creerme indispensable... Aviva mi experiencia, querido Don Bosco, en que, ya que me diste hasta ahora pan, trabajo abundante, me darás el Paraíso prometido.»

Este texto no se lee en ninguna página de las Veladas Recreativas, que no tratan asuntos de tal momento. Pero merece figurar en la literatura de memorias de salesianos egregios.

AGUSTÍN PALLARES CASTAÑER



Sacerdote.

Nació en Sans (Barcelona) el 16-XII-1878.

Profesó en Sant Vicent del Horts (Barcelona)
el 2-IX-1900.

Sacerdote en Vitoria el 21-IX-1907.

Falleció en Mohernando el 9-VIII-1946.

Don Agustín Pallares nació en diciembre del año 1878, el día de santa Lucía, en Sans, entonces pueblecito de Barcelona, el último que se encontraba, yendo de Madrid, antes de llegar a la capital catalana. Después la gran urbe lo absorbió y ahora es un barrio populoso más de la desparramada ciudad.

La cercanía de Sarria le llevó fácilmente al conocimiento de los Salesianos y entró como aspirante juntamente con otro hermano suyo. Esa doble vocación fue producto de la piedad y de la humildad de sus padres.

Hizo el noviciado en Sant Vicent dels Horts cuando no existía más que la Inspectoría Ibérica. Allí hizo también los votos perpetuos, en 1900.

Se ordenó de sacerdote en Vitoria el año 1907.

Desde entonces salió de Cataluña y todo el resto de su vida lo pasó en Vasconia y en Castilla, pertenecientes ya a la Inspectoría Céltica.

Estuvo por algún tiempo en las casas de La Coruña, Atocha y Estrecho, pero la gran parte de su vida transcurrió entre Baracaldo y Santander.

En todas las casas por donde pasó se hizo apreciar y querer. Era bajo, grueso, bien conformado, afable y de muy buen humor. Tenía el cuello corto, las cejas espesas y tomaba rapé, por consignar un detalle secundario, pero característico. No era ésa costumbre muy común, se consideraba un poco supletorio del tabaco. Los Reglamentos lo contemplaban expresamente y lo permitían, hasta que en el Capítulo General XIX se dijo: «Tal artículo puede sonar a propaganda del producto.» Y se suprimió. Desapareció como mal menor.

Por lo que hace a don Agustín, como les sucedía a los de la misma costumbre, presentaba a menudo el pectoral de la sotana, el labio superior y los dedos untados de color ocre. Era la identificación y la huella del rapé. No era ninguna tacha denigrante; por eso a don Agustín no le restó ni autoridad ni simpatía, le hizo acaso un poco más original y abordable a los alumnos, a los antiguos alumnos y a los feligreses que le trataban con familiaridad.

En Baracaldo pasó por la escala de todos los cargos, incluso el de Director, que lo fue un año, el 1929, el año de la beatificación de Don Bosco.

En la localidad vizcaína se celebraron también con solemnidad las fiestas del encumbramiento del Santo a los altares. Asistieron las autoridades de la provincia, don Marcelino Olaechea, Inspector de Madrid, y don Esteban Bilbao, que a los brindis del banquete hizo gala de la oratoria que había de hacerle tribuno de solemnidad durante muchos años.

Don Agustín siguió en el cargo de Director a don Miguel Sal-

gado, paternal y muy bondadoso. Se le despidió con pena y se recibió con alegría al sucesor, que ya era sobradamente conocido. Tenía gran prestigio entre el público cercano al colegio. «Don Agustín es algo imprescindible», se decía de él.

Hay un testimonio particular, pero muy revelador de la aureola de que disfrutaba: «Siempre tenía una frase de cariño, una graciosa ocurrencia que hacía nuestras delicias y lograba que depositáramos en él nuestra confianza y cariño.» Ese elogio lo dice todo.

En Santander pasó también por todos los cargos y ocupaciones salesianas que se pueden desempeñar: profesor, Consejero, Catequista, Consiliario de AA.AA., encargado de la Archicofradía y, por fin, Director. El año 1923 estaban unidos los dos colegios, el de Viñas y el del Alta, el de arriba y el de abajo, denominación que se extendió también a su carácter social y económico: los pobres y los ricos para la gente de fuera, ya que entre los Salesianos no rigió tal diferencia. El personal cambiaba de Casa según las conveniencias y nunca sintieron el menor prurito ni de ricos ni de pobres. Siendo don Agustín Director del Colegio de María Auxiliadora, el Alta, se comenzó a publicar la simpática revistilla «Vida Escolar». Es una fuente magnífica de conocimientos. Refleja el ambiente colegial de entonces, costumbres, bastantes de ellas perdidas, fiestas, excursiones, actuaciones del «Pequeño Clero» y del renombrado «Batallón de Exploradores». Don Agustín se la enviaba a don Marcelino Olaechea, como suscriptor obligado, y el Inspector le contestaba: «Alabo la feliz idea. Veo que "Vida Escolar", además de ser portavoz de la encantadora vida del Colegio, es palestra en la que hacen sus armas los futuros Peredas.»

Fruto de tal revista fue la creación de una biblioteca volante.

Los jóvenes lectores podían disponer de un abundante depósito de libros por sólo dos pesetas. La fama de Menéndez Pelayo hacía cundir el ejemplo y la afición a la lectura entre aquellos muchachos.

El año 1925 se separaron los dos colegios y se constituyeron comunidades aparte. La de Viñas estaba compuesta por don Agustín como Director, don Francisco Maté, un clérigo y tres coadjutores. En el Colegio del Alta quedaba como Director don Pío Conde.

Años después se implantó la República, estalló la guerra y el colegio de Viñas quedó convertido en cárcel, con la curiosa circunstancia de que el mismo Director, entonces ya don José Aguilar, era el Director de la prisión y tenía entre sus internos a jesuitas y trapenses, los de Comillas y los de Cóbreces.

Pasó la guerra y volvió a la normalidad. Pero pocos años después, en febrero de 1942, también al modesto inmueble de Viñas le alcanzaron las llamas del tremendo incendio y aquel mismo año de 1942, en el mes de junio, dejaba de existir como fundación salesiana y pasaba a la diócesis. En esto siguió la misma suerte que su homólogo de Salamanca, San Benito. Los dos fueron pobres, gloriosos, dieron mucho de sí y acabaron en las manos de la Jerarquía. Todavía no se ha extinguido la fama que dejaron y el bien que irradiaron desde sus viejos muros. Uno de los que más sintieron aquel traspaso fue don Agustín Pallares, que había dejado en Viñas algunas peripecias y muchos trabajos, entre ellos el de cocinero, que le tocó ser durante todo un año. La economía no daba para un cocinero profesional. A don Agustín le tocó hacer al mismo tiempo de Director y de cocinero, preparar las comidas y las conferencias y «Buenas noches», las viandas y las enseñanzas.

Cuando vino a Mohernando, en el año 1943, estaba muy quebrantado.

Venía de las playas de Santander y era un lanchón resquebrajado y ruinoso. Hacía agua por todas sus cuadernas. Padecía insuficiencia cardíaca, que le *abatía* muchísimo, doble hernia y diabetes. Con todos esos achaques no perdía la paciencia ni el humor. Confesaba a los novicios y filósofos.

Procuraba en el delicado ministerio de las confesiones hacer a los jóvenes y regularísimos penitentes de cada semana usuarios de su larga experiencia y ayudarles a cobrar conciencia de que la frontera del bien y del mal pasa por el corazón del hombre, sobre todo cuando se está haciendo. Cuando no podía ya bajar a la iglesia, los penitentes acudían a su habitación, un cuarto bastante espacioso, situado al Norte, oscuro, frío y con olor a madera y a humedad. Allí se repartían aquellas «absoluciones a domicilio». Así el buen sacerdote mantenía la convicción de seguir siendo útil a la Casa.

En abril de 1946 le mandaron a Carabanchel para aprovechar la oportunidad de que le vieran los médicos de Vistalegre, amigos del Teologado y excepcionalmente competentes.

Cuando le vieron por primera vez, en un aparte le dijeron al enfermero acompañante: «Este Padre está muy mal. Lo que tiene es sumamente grave. Hay muy pocas esperanzas.» Estuvo varias semanas yendo y viniendo al Hospital Militar y sometiéndose al tratamiento aparente. El no advertía su gravedad. Le sorprendió en Carabanchel la fiesta de María Auxiliadora. Los superiores, como deferencia, le invitaron a predicar el panegírico de la fiesta.

El aceptó complacido. El día anterior a la fiesta se pasó un largo espacio de tiempo escribiendo cuartillas, con una letra grande y temblona.

«En un sermón así se me permitirá ser más largo de lo ordinario», dijo.

El sermón, efectivamente, fue largo. El auditorio, de bastante cuidado, le escuchaba, más que con atención, con curiosidad. El regocijo fue considerable cuando trabucó las fechas y confundió a don Juan Austria con Juan Sobieski, «otro corazón grande e inflamado de amor a la Virgen...».

Fue el último sermón del que había sido bastante buscado como predicador de Ejercicios, triduos solemnes y panegíricos de compromiso.

Volvió a Mohernando aparentemente un poco más aliviado; se levantaba durante algunas horas, pero a partir del día 28 de julio retornó el peligro y fue empeorando hasta la muerte.

Algunos días antes había recibido el Viático, la Extremaunción, como entonces se la llamaba, y la Bendición Apostólica: todos los auxilios para la gran travesía.

El 9 de agosto, en la novena de la Asunción y en plena tanda de Ejercicios preparatorios para la profesión, la Virgen le reclamó para celebrar su fiesta en el Cielo y ser testigo, desde lo alto, de la profesión de los nuevos salesianos. Al día siguiente, fiesta de san Lorenzo, fue enterrado en el cementerio de Mohernando. El lento y largo cortejo de novicios, filósofos y ejercitantes iba pasando al lado de las eras, atestadas de mieses. Los labradores ventilaban la cosecha a la manera de entonces: con carros, trillos,

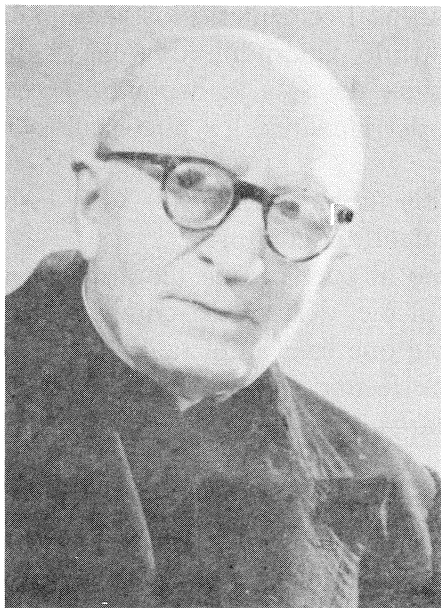
biellos y yuntas pesadas. Se descubrían respetuosos y guardaban silencio.

Cuando llegaron al cementerio los acompañantes casi no cabían en él: un reducido cuadradillo de tapias bajas de mampuesto y barro. Por encima de ellas se asomaba la campiña, reseca y dorada, la curva del Henares, los pueblecillos de la carpa de la Alcarria...

Se recitaron los últimos responsos y se le fue dando tierra, que eso es una auténtica sepultura.

Cerca, en torno al pueblo, una teoría de parvas, muelos y de cosecha lograda; al pie, delante del compungido cortejo, un cristiano, un sacerdote que caía en la tierra como otro grano misterioso, divinamente fecundo y prometedor de otra cosecha trascendente y muy larga.

LUIS CONDE Y CONDE



Sacerdote.

Nació en La Portela-Allariz (Orense) el 14-ITI-1881.

Profesó en Sant Vicent del Horts (Barcelona)
el 26-III-1902.

Sacerdote en Foglizzo (Italia) el 21-VIII-1910.

Falleció en Madrid el 12-VIII-1976.

«Preferiría una ancianidad corta, con
tal de no hacerme viejo antes de tiempo»
(Cicerón, *De Senectute*).

La mayor parte de los que hemos tratado a don Luis Conde le conocimos ya mayor, de vuelta de Casablanca e incorporado a la tarea de las vocaciones.

Tenemos la imagen de un don Luis maduro, activo, emprendedor, jovial, decidor, ojos negros grandes, inquietos y penetrantes tras unas gafas gruesas, y siempre con sotana y con bonete

cuadrado español. Del Concilio había aceptado muy bien el uso de las lenguas vernáculas; en cambio, no había encajado tanto la «libertad de traje». El usó siempre el traje talar, sin puritanismos ni alarde de integrista, pero también sin miedo ni complejo de anticuado.

No sabemos qué lugar tenía en la saga de los Conde; eran doce hermanos, de ellos cuatro clérigos, tres salesianos: don Pío, don Daniel y don Luis.

Era la generación de los que podemos llamar «salesianos apostólicos». No llegaron a conocer a Don Bosco, pero trataron de cerca a los contemporáneos de Don Bosco y colaboradores íntimos del Santo.

El primer recuerdo que guardaba era la noticia de la muerte de Don Bosco en un periódico de Tuy. Bien poco antes de morir recordaba a quien le asistía la impresión que le había causado a su madre y a un corro de mujeres del pueblo. Además de la impresión de su madre, le quedaría a él también la suya propia.

Allariz es la puerta de Galicia y Pórtela la de Allariz. Allí nació don Luis un día de marzo de 1881.

Campos de maíz, centeno, pinares y robledal fueron el escenario de su infancia.

A los diecisiete años fue a Sarria como aspirante, hizo su noviciado en Sant Vicent dels Horts en 1902. Después del trienio, en Sarria y en Gerona, y de la profesión perpetua, en 1905 va a estudiar Filosofía a Italia-Foglizzo. Al mismo tiempo que estudia, hace de secretario de don Rúa para la correspondencia en castellano y trabaja en la redacción del Boletín en español. Lo mismo que haría otro joven salesiano, don Antonio Castilla. No fueron ellos los únicos que pasaron por esas incumbencias simultáneas.

Recibe la ordenación sacerdotal en Foglizzo el 21 de agosto de 1910.

A partir de ese año comienza una actividad incesante y dilatada. Primero como profesor de Teología, en Sarria, por poco tiempo; luego como parte del personal de las casas de Béjar, Salamanca, Vigo, Salamanca de nuevo como Prefecto integral —dice él—, es decir, con el rango que tenía entonces el cargo de Prefec-

to: Administrador y celador de la disciplina general, un Vicario sin nombre y sin atribuciones canónicas como tal. Así durante seis años.

Como buen gallego, pagó su tributo a la emigración y en 1926 va a Nueva York como vicepárroco, para pasar después de dos años a Tampa (Florida) como párroco ya durante siete años.

Es una lástima que no nos haya dejado sus memorias y todo lo que podría enriquecerlas la relación de estos nueve años de apostolado en una sociedad tan remota y extraña, con un ambiente tan materializado y pagano y, por lo que hace a Tampa, con un público hostil. Fue mandado allí para salvar al párroco anterior, amenazado de muerte. La perspectiva no podía ser menos halagüeña. Sin embargo, don Luis se enfrenta con aquellos 25.000 obreros predispuestos, habla con ellos, se mete en las tareas y, a fuerza de paciencia, de habilidad y llaneza, se los gana y se hace apreciar y reconocer de ellos después de años.

Don Luis era hombre de acción, no de palabra, ni escrita ni hablada, para ponderar aquella experiencia de sus años de Nueva York y de Florida.

¡Qué contraste, pasar de la sencilla administración del Colegio de María Auxiliadora de Salamanca al caos de aquella sociedad que ya entonces es algo que impone, encoge, asusta, amenaza y seduce; un ambiente de riesgo y de caos, de ruidos superpuestos, de silencio imposible, de superordenación y de anarquía, de droga en que todo se vive, se sueña y se olvida; un mundo con otros muchos mundos dentro y, para nuestra mentalidad elemental y aldeana, una vida que imaginamos contradictoria y como una continua pesadilla kafkiana.

Después de nueve años en tal ambiente, en 1934, ya en plena República implantada en España, vuelve don Luis a Baracaldo y a Vigo. Allí le sorprende la guerra, coyuntura que él no desaprovecha para poner en juego iniciativas y gestiones para remediar algunas de las necesidades que se desataron: el desalojo, la emigración, el hambre. Sabía bien lo que es emplearse en el apostolado social y de beneficencia urgente.

No había terminado su periplo. En 1938 comienza un nuevo período de apostolado peregrino y difícil. Ahora es en Casablan-

ca, con españoles, italianos y soldados americanos, como capellán.

Terminada la guerra civil española y en plena guerra mundial, cuando la situación en España, en las casas salesianas, es verdaderamente ruïnosa, cuando había que comenzar de nuevo en cuestión de casas y personal, don Modesto Bellido, nombrado nuevo Inspector, piensa en don Luis Conde como procurador de medios económicos. Era el hombre a propósito para la reconstrucción. Pone en juego su conocimiento de lenguas —inglés, francés, italiano—, su don de gentes y la experiencia de muchas tierras y una gracia particular para ganarse la simpatía de toda clase de personas: aristócratas, burgueses, artistas, hombres de letras, locutores de radio... Con todos traba amistad y le abren sus puertas y sus cuentas; le prestan su simpatía y su ayuda. Sin dones especiales, con una gracia espontánea y un trato llano, se las gana y se hace ayudar en su tarea de allegar recursos, unos recursos que siempre eran necesarios y siempre eran pocos.

Donativos, becas, librería, cooperación generosa, organización de lotería benéfica, ropero, huchas, ponían en sus manos recursos que él hacía pasar a las del Inspector escrupulosamente. Recorría calles, franqueaba casas y siempre se sabía a dónde iba y a qué, aunque no lo decía, porque la reserva y la ambigüedad fueron parte de su estrategia. Su única obsesión fueron las vocaciones. Tenía proyectos económicos tan seguros que hubieran podido aliviar a las casas de las abrumadoras cuotas.

La otra parte de su estrategia era la propaganda. La había aprendido de algún familiar experto y hacendoso. Aseguraba que, con todo el ambiente que creíamos tener entonces en Madrid los Salesianos, no nos conocían más que el 4 por 100 de la población. Era necesario dar a conocer nuestra labor y hacer sonar el nombre salesiano en los medios de comunicación. Muchos llegaron a conocer nuestras obras por don Luis; otros por los amigos y conocidos de don Luis.

Sólo en un año obtuvo más de cuarenta becas; vez hubo en que algún bienhechor puso en su mano un cheque de 800.000 pesetas, con lo que esa cantidad suponía entonces. Fue la providencia de los Inspectores durante muchos años.

Don Giraudi decía de ellos, animando a los Directores a la

comprensión y a la generosidad, que el Inspector es siempre «el gran pobre de la Inspectoría».

Seis Inspectores consecutivos encontraron en don Luis un diligente proveedor y alivio para su eterna penuria.

El año 1970 celebra sus bodas de diamante, primero en Atocha, asistido por los Inspectores de Madrid y León, muchos sacerdotes y gran afluencia de público salesiano, para quien don Luis es ya una institución, y un mes más tarde, en la fiesta del Sagrado Corazón, en el Teologado de Salamanca, donde están a punto de terminar sus estudios muchos de los beneficiarios de su labor. Fue una fiesta emocionante. Don Luis es ya nonagenario, sus ojos se apagan y ven con dificultad los textos de la misa, pero todavía se sostiene bien y chispea su inteligencia para decir a aquellos teólogos la palabra oportuna, fruto de su dedicación a la Congregación y de un amor que viene de lejos. Su presencia y su ejemplo valen por la mejor apología del sacerdocio cuando el seísmo posconciliar iba a sacudir la vocación de no pocos de ellos.

«Viejo muere el cisne, pero cantando.» Don Luis tenía verdades y agudezas que decir hasta sus últimos años. Bien se lo celebraban en la comunidad inspectorial los que le abordaban para saludarle y a quienes él tenía que esforzarse en reconocer, y los novicios de Mohernando, con quienes solía pasar temporadas en los veranos. Le entretenían con su compañía, jugaban a las damas —su eterna afición— y se entretenían oyendo sus peripecias y anécdotas numerosas de su vida, a pesar de que no abrigó nunca aire de abuelito ingenuo, narrador y repetitivo. Contaba, pero sin empaque y sin referir las mismas peripecias. No era el viejo decadente que pasa sus últimos días haciéndose perdonar su presencia. Se sentía a gusto y seguro de la consideración y el cariño que le rodeaban. Se lo tenía bien ganado.

El año 1976, a los pocos días de llegar a Mohernando, se siente mal; le trasladaron a una clínica de Guadalajara, después a Madrid, en la imposibilidad de remontar la crisis. Allí, fortalecido con los auxilios espirituales a punto de ser trasladado a la Casa Inspectorial, el día 12 de agosto, sin espasmo ni agonía dolorosa, expiró.

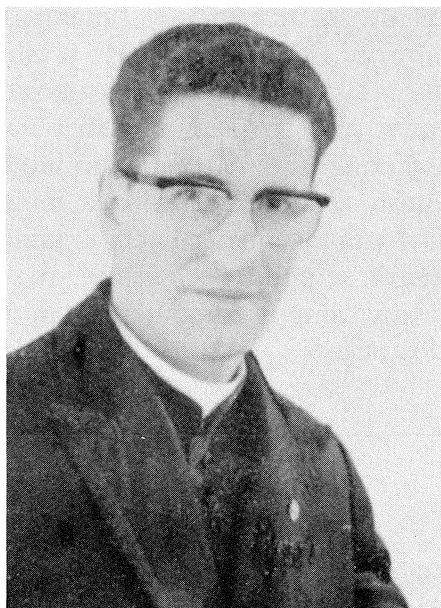
Así acaban noventa y cinco años de vida lúcida, serena y

andada toda ella por los caminos del bien. «No tengo enemigos», solía decir. No tenía por qué tenerlos.

La repercusión de su muerte y el funeral demostraron bien claramente lo contrario. El hombre abierto a tantos horizontes, el religioso cumplidor, el sacerdote celoso y apostólico, el confesor de tantos penitentes, la seguridad de haber vivido haciendo el bien, buenamente y como se le ofrecía, eran motivos para sentirse tranquilo y bienquisto de todos. Dejaba a muchos salesianos la pauta de su vida, el camino que él había seguido.

«Fortúnate senex», se podía decir de él, «tua rura manebunt». Afortunado viejo, tus campos continuarán tan acertadamente labrados como tú los dejaste...

CARLOS MORETÓN PUIG



Sacerdote.
Nació en Ciudad Rodrigo (Salamanca) el 5-III-1929.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 6-I-1947.
Sacerdote en Salamanca el 29-VI-1960.
Falleció en Madrid el **14-VIII-1978**.

Moretón, como se le llamaba comúnmente, nació en Ciudad Rodrigo y creció en Béjar, al calor de una familia numerosa —eran ocho hermanos— y del colegio salesiano, que venía a ser otra familia.

El aspirantado lo hizo en Astudillo, en los últimos años de don Pedro Olivazzo y los primeros de don Julián Ocaña.

Tenía la cara sonrosada y sonriente, el pelo ondulado, inteligencia normal y buen temperamento. Vestía con cierto atildamiento y se le notaba el buen paño de Béjar.

No encontró dificultades ni en el aspirantado ni en el novicia-

do. Terminado éste, en Mohernando, y bajo la dirección de don José Arce, por falta de salud no pudo profesar. Prolongó el noviciado y profesó el día de Reyes de 1947. De los dones de los santos personajes le correspondió la mirra: el sufrimiento, que le acechaba y comenzó a probarle bien pronto, apenas terminado el primer año de Filosofía. Se incubó en la joven comunidad —novicios y filósofos— un foco de infección.

Hubo que hacer pasar a los estudiantes por un reconocimiento sanitario.

Eran cerca del centenar. Se detectaron varios casos de afectados. Rara era la expedición en que no aparecía alguno. Se esperaba la vuelta y los resultados con ansiedad. Parecía un sorteo fatídico. El día que le tocó a su grupo, al regreso, don José, en tono de consternación, espetó el diagnóstico: «Moretón, una hermosa caverna.» Lo de hermosa era una manera de decirlo.

La enfermedad vitanda no dejaba lugar a dudas. En seguida vino el aislamiento, la hospitalización y el penoso rodar durante varios años por hospitales y sanatorios. Mientras estuvieron en Guadalajara él y algún compañero más de enfermedad, se mantenían en comunicación con la casa salesiana. Recibían visitas de superiores y compañeros, se les mandaban módicas provisiones, programas de fiestas y se los mantenía al tanto de la marcha de la comunidad, que se sentía muy sintonizada con ellos. Eran los hermanos enfermos y mimados. Contaban además con las delicadezas de sor Mercedes y sor Francisca, dos monjas que les prodigaron atenciones sin cuento y fueron para ellos, más que Hermanas de la Caridad, madres.

Las siguieron recordando y distinguiendo como a sus madres de enfermedad.

La juventud y la índole de aquellos muchachos hacían de ellos unos enfermos privilegiados y más atendibles.

Carlos continuó su tratamiento en el sanatorio de Valdelatas (Madrid). Allí sufrió una aparatosa operación de plastia y le fue extirpado un pulmón. Esa disminución la acusaría toda la vida en la insuficiencia respiratoria que le quedó.

Las enfermedades, sobre todo éstas, largas y sombrías, suelen marcar a los pacientes. Son muchas horas de pesadumbre y de

soledad que suelen entibiar las vocaciones más decididas. Con Moretón no pasó así.

Ni perdió su nativa jovialidad ni desaprovechó el tiempo, demasiado largo, en que tuvo que permanecer postrado. Casi le ofreció oportunidad para despertar alguna habilidad que, en circunstancias normales, acaso no hubiera podido cultivar. «Non poetor, nisi si podager» («No hago versos más que cuando estoy con reúma»), dice el humorista latino.

Moretón aprovechó aquel ocio forzoso para leer, imponerse en materia de misiones, mandar colaboraciones a la revista de don Hiscio y hasta escribir alguna obra teatral que luego se representó en escenarios salesianos.

Hizo la Teología en Carabanchel y se pudo ordenar de sacerdote el 29 de junio de 1960, varios años más tarde que sus compañeros de noviciado. Su sacerdocio llegaba bien maduro.

Pasó dos años en el Paseo de Extremadura, trabajando en salesiano y en misionero. Con una salud sólo relativa, los chicos, sobre todo los pequeños, le veían bondadoso, alegre, comunicativo, propagandista de misiones, aficionado al Atlético de Madrid y gran filatélico. Todas estas cualidades les impresionaban bien y los hacían quererle.

Del Colegio de San Miguel Arcángel pasó a la Procura Misionera, cuando todavía se desenvolvía a la sombra de la S.E.I. Como ya era conocida su afición y su vocación misionera, entró como colaborador de don Hiscio y preconizado a sucederle. Estaba en su elemento: podía satisfacer su curiosidad misionera, ejercer sus cualidades literarias y hacer apostolado hasta donde se lo permitían sus alcances físicos.

La Procura Misionera cambió de sede y la revista dejó de aparecer con el modesto nombre de «Suplemento del Boletín Salesiano». Por su contenido, su corte y su estilo, más que «Juventud Misionera» debía llamarse «infancia».

En el número 150 figura Carlos Moretón como nuevo Director de la Revista. Don Hiscio le presenta así a los lectores: «... Joven con bríos, sabrá dar a nuestra querida revista de misiones un tinte de amenidad y belleza superior al que ha tenido en estos últimos años.» Desde entonces, Carlos se convirtió en Director, redactor

jefe y administrador de la revista. Se industriaba para sacar originales, dibujos, jeroglíficos, estadísticas y todo el material que daba a la publicación novedad, amenidad e interés. Los jóvenes lectores la esperaban y la leían con avidez. Hizo ambiente misionero en colegios de chicos y chicas y aumentó el número de suscripciones hasta 16.000.

La Procura remontó el vuelo, saltó del Parque de La Elipa al Parque del Oeste, se modernizó hasta lo insospechable, la revista creció en las mismas proporciones y lleva camino de ser una publicación puntera. A Moretón le cabe el mérito de haberla mantenido en su «edad media», a pesar de que los recursos de que disponía eran incomparablemente más modestos.

Mantuvo el fuego misionero, que es una constante de la Congregación, como fue un afán permanente en la inquietud apostólica de Don Bosco.

Fue un misionero de afición y de curiosidad por todo lo referente a las misiones. Más de algún misionero de los que pasaban por la Procura se quedó admirado de lo informado que estaba en asuntos misioneros.

«Pero no basta saber; cumple el hacer», también en eso; fue misionero de vocación y de hecho y, aunque en la retaguardia en que se vio obligado a moverse, con su único pulmón alentó a muchos colegas a interesarse y entusiasmarse con las misiones.

A su afición y comportamiento misionero unía también su dilección por la liturgia. Su fina sensibilidad se reflejaba en esa doble manera: el trato con Dios y la inquietud por las almas.

Llevaba en la Procura catorce años, casi la totalidad de su sacerdocio. En el verano de 1978 vino a hacer Ejercicios a Mohernando. Ocupó, por cierto, la misma habitación en que estamos redactando estas notas. Al terminarlos recogió sus enseres, cambió algunos comentarios con el ocupante siguiente y, muy animoso, vestido con sotana y dulleta, a pesar del calor del día —no le conocimos nunca otra indumentaria—, salió para Béjar con intención de pasar unos días con la familia.

Fueron bien pocos. Contra todo lo que se podía esperar de los aires de Béjar y el descanso entre los familiares, su enfermedad, la insuficiencia respiratoria y la secuela de «la hermosa cavi-

dad» de años antes cobraron un cariz alarmante. A toda prisa le trajeron a Madrid y, aunque en la clínica de San Camilo pareció en algún momento que había logrado superar la congestión pulmonar, un fallo del corazón puso fin a la vida del valiente promisionero. Le rodeaban algunos salesianos y su madre, que no se separó de él desde que se declaró la gravedad. Mal trance para una madre, que en poco más de un año era el tercer hijo que veía morir. Viéndola a ella podía hacerse verdadero el triste refrán: «Madre, ¿qué cosa es casar? Casar es hilar, parir y llorar.» Que sea el suyo un llanto muy consolable y premiado.

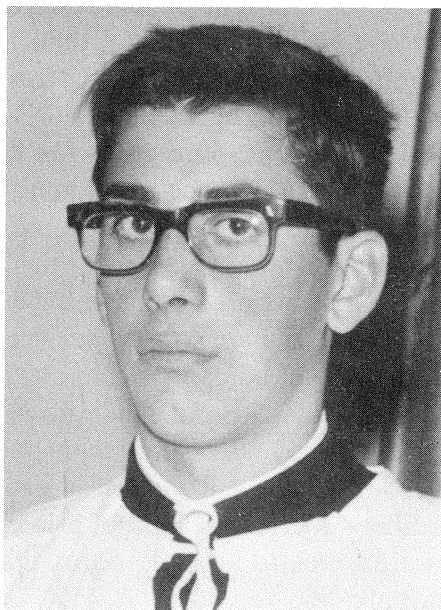
Era la tarde del 14 de agosto, con el verano llegando a su cénit y la fiesta de la Asunción en plena víspera. ¡Qué buena tarde para morir!

Dejándose llevar de un lenguaje fácil y piadoso, se diría que la Virgen quiso asociarle a su cortejo de acompañamiento hacia el Cielo.

En sus lecturas, Carlos Moretón habría encontrado alguna vez la oda de fray Luis de León a este misterio de la Virgen, y en ella la estrofa de la súplica anhelante:

*«Al Cielo vais, Señora,
y allí os reciben con alegre canto.
¡Ay quién pudiera agora,
asido a vuestro manto,
subir con Vos también al Monte Santo!...»*

PEDRO AMOR MARTIN



Clérigo.
Nació en El Casar de Talamanca (Guadalajara)
el 5-III-1949.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1967.
Falleció en Vinuesa (Soria) el 20-VIII-1969.

Que sepamos, desde que se fundó el Filosofado salesiano de esta Inspectoría, por el año 1948, en San Fernando, no había muerto ningún estudiante. Aun ahora sólo hay que lamentar una defunción, la de Pedro Amor, y eso fuera de Guadalajara y no por enfermedad. Señal de buena salud en los estudiantes y de buena administración en los dirigentes.

Morir en plena juventud, casi en la adolescencia, en vacaciones y al final de una excursión no dejan de ser circunstancias lamentables.

En Guadalajara, desde que se estableció allí el seminario de

Filosofía, en el año 52, desgajado ya de la «simbiosis» en que los primeros años estuvo con el Colegio de San Fernando, los filósofos se sentían a gusto. La casa era propia, nueva y, aunque modesta de dotación y con nada de confort, como las exigencias de chicos y grandes eran pocas, se podía vivir con desenvoltura y hasta con alegría. La vida transcurría, también aquí, «pacífica y tranquila, monótona y serena». Sobre todo, pacífica, en paz, que, según la definición escolástica, supone «tranquilidad en el orden». Cada cual estaba en su sitio y en su función, con libertad y en respeto a los demás.

En los veranos, a partir del año 1955, se logró proporcionar a los jóvenes salesianos unas semanas de estancia en El Rollo. Por unos días perdían de vista el adusto paisaje alcarreño, la ciudad de Guadalajara, que entonces no era más que un verdadero poblachón castellano-manchego, y lo cambiaban por un valle vistoso, recogido y acogedor: el de El Rollo, en la provincia de Soria, con vistas a la cordillera Ibérica, al Duero, a la ermita de la Virgen del Castillo. Era un recinto acotado para veraneo de seminaristas y familias patriarcales.

Por unos días daban de mano a los estudios de Filosofía, las Matemáticas y el Griego y se aplicaban a quehaceres más relajados, a lecturas formativas y a los versos de Bécquer, Machado y Gerardo Diego...

Volvían renovados y felices. Habían dado largas caminatas y se habían chapuzado en el Chorrón y en el Duero, todavía joven por aquellos parajes.

Así un año y otro, hasta el 66. Todo cambió, de repente, con el suceso de que nuestro recordado joven fue protagonista.

Las vacaciones habían transcurrido con la rapidez y fruición de todos los años. Se organizó la excursión final, que solía ser ambiciosa y cada año un poquito más sonada y comentable. El puerto de Santa Inés, los Picos de Urbión y el regreso, por Covaleda y Vinuesa, tierra de lejanías y de pinares inmensos. Un poquito cansados, pero satisfechos, la tarde del 20 de agosto se iban acercando al lugar de partida. Pedro venía un poco más rezagado, acompañando y ayudando a otro excursionista, más lento y con los pies dolidos. Según parece, hablaban de sus temas semi-

narísticos, de los lances de aquellos días y de cuando en cuando se paraban y dirigían la mirada en torno. Pedro traería en sus pupilas reciente la imagen de la Laguna Negra y en la memoria los versos del romance de Alvargonzález, hundido trágicamente en sus aguas frías.

Faltaban cinco kilómetros para llegar a El Rollo. A la altura del pantano de La Cuerda del Pozo vieron a unos compañeros que se les habían adelantado y estaban, muy bulliciosos, jugando con una balsa. Pedro sintió ganas vehementes de llegar hasta ellos y, sin pensarlo más, se lanzó al agua. Cansado y sudoroso como venía, la reacción fue violentísima, fulminante. Una congestión total, como una sacudida, una descarga maléfica, paralizó todos sus órganos: cerebro, pulmones, corazón, intestino, según la autopsia. Como si de pronto se hubiera convertido en plomo. Todavía parece que hizo algunos gestos extraños e incoherentes. Los compañeros lo advirtieron y acudieron a prestarle socorro, pero era tarde. No lograron dar con él siquiera. Después de muchas gestiones y pesquisas, enviados especializados de Zaragoza lo encontraron hundido en el lodo del fondo, a siete metros.

Todo lo que siguió es de imaginar y lo refirió de una manera bien larga y sentida en la carta mortuoria don José Luis Bastarrica, su Director.

Le enterraron en El Casar de Talamanca, su pueblo, en la campiña, cerca de Madrid. La ceremonia fue una demostración emocionante. Los habitantes de El Casar conocían ya a los estudiantes salesianos desde otra ocasión bien distinta. Habían estado celebrando la fiesta de la Asunción años antes. Habían cantado una misa solemne, una procesión bajo un sol de fuego, comida familiar y por la tarde, en un escenario improvisado, en la plaza, habían reído a placer con la representación de dos sainetes: *El médico a palos* y *Hambre atrasada*.

Ahora todo era bien distinto. Veían a muchachos parecidos, silenciosos, acongojados, porfiando por relevarse en la conducción del cadáver a hombros.

Observaban y hacían sus comentarios: «Todos quieren llevar-

le. ¡Cómo le querían!» Y era verdad, no era un golpe de emotividad momentánea.

Pedro se había hecho acreedor a ese afecto. Parece que Dios llama siempre a los mejores.

Era afable, de semblante apacible, de trato pacífico, voluntarioso, sacrificado y servicial con todos.

El cargo de despensero y otras encomiendas que se le confiaron le dieron ocasión para demostrar esas cualidades personales. No siempre se dan, aún en los buenos y escogidos. A juzgar por otros testimonios y por su diario íntimo, Pedro era excepcional. Lo debería a su educación familiar y a esas condiciones que se tienen por herencia, pero también lo secundó con su esfuerzo particular y su trabajo de formación en serio.

«A mí, antes que un buen profesor, buen literato, buen predicador, crítico de cine o deportista, me interesa ser piadoso. Vivir en Cristo y su amor. Esto sólo me interesa.» No tuvo tiempo de desmentir tan admirable disposición.

Parece que había presentado su fin. Si no, ¿cómo se explican aquellas otras palabras de su diario? «Me puedo morir en cualquier hora, de repente, en un accidente; por ello he de estar preparado.»

Esperamos que la presunción se cumpliera en los dos extremos, en lo de la muerte y en lo de la preparación.

Pedro... Amor..., dos palabras que recuerdan la pregunta de Jesús al Apóstol a orillas de otro lago: «Pedro, ¿me amas?» Se la recordaría a él, a sí mismo, en momentos de reflexión y más de una vez tendría que oír de otros la fácil ilación. En el momento del encuentro definitivo, alegando el desarrollo de su vida limpia, ordenada, los sentimientos de más de algún momento de fervor y su diario espiritual, bien pudo hacer suya la contestación de su santo homónimo: «Señor, Tú lo sabes todo... Tú sabes, Señor, que he querido amarte...»

GUILLERMO GIL CALVO



Coadjutor.

Nació en Madrid el 31-VIII-1854.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 7-XII-1904.

Falleció en Carabanchel Alto (Madrid) el **31-VIII-1935**.

Cuando los aspirantes del Paseo de Extremadura, al principio de los años treinta, íbamos a la Casa de Carabanchel, en ocasiones de paseo extraordinario o vacaciones, veíamos por los jardines y por el patio a un señor de edad, bajo de estatura, calvo, con la nariz prominente y un guardapolvos oscuro. No imaginábamos que bajo aquella apariencia sencilla, de lego sin nombre, se ocultaba un gran señor: don Guillermo Gil.

Su vida y su figura está muy vinculada a la historia de la Inspectoría Céltica y, sobre todo, a la Casa de Carabanchel, tan benemérita.

La vida de don Guillermo tiene dos etapas: la civil y la religiosa.

Nació el año 1854, el año de la definición del dogma de la Inmaculada. En España eran los años de la vuelta de Espartero y el Gobierno de O'Donnell, en el reinado de Isabel II, años de liberalismo. Los padres de don Guillermo vivían en Loranca de Tajuña (Guadalajara). Se trasladaron pronto a Madrid e hicieron fortuna. En plena Puerta del Sol instalaron el café-bar Levante. De los tres hijos que tenían, Guillermo estudió Farmacia en la Universidad Central. A los veintiún años contaba con título de licenciado. Por unos años mantuvo abierta una farmacia y ejerció esta profesión, que, según una dedicatoria de Moratín: «A la ciencia de Hipócrates unida / prolonga los instantes de la vida.»

No sabemos por qué, al cabo de unos años cambia de rumbo, deja la farmacia y se matricula en la Escuela Superior de Diplomática. En 1888 termina los estudios de esta especialidad, por cierto con notas brillantes de sobresalientes y notables, gana unas oposiciones en el Cuerpo de Archivos, Museos y Bibliotecas y se le asigna una plaza de funcionario del Ministerio de Educación Pública en el Museo Arqueológico Nacional.

Tiene un sueldo de 1.500 pesetas anuales. Posteriormente es destinado al Museo de Reproducciones Artísticas, con ascenso de categoría y subida de sueldo, que ahora son 2.000 pesetas. Por fin, el año 1891 es nombrado Secretario del Museo Arqueológico Nacional. Su carrera, por tanto, en este campo es rápida, ascendente y brillante. Cesa a petición propia en esta etapa de su vida profesional, un poco por motivos de salud y otro poco por motivos de vocación, que no acababa de encontrar en los ambientes de la intelectualidad y de la burocracia.

Entretiene estos años en cuidar su salud, vivir de sus rentas, atender a su familia, trabajar en las Conferencias de San Vicente de Paúl y llevar, casi a su cuenta y expensas, el Patronato de Valle Hermoso, una obra cuasi salesiana.

Son los años finales del siglo. A España no le van bien las cosas, ni las de fuera ni las de dentro. Por un lado, decadencia, pérdidas y derrumbamiento; por otro, desconcierto y pesimismo. Don Guillermo vive al margen de esos avatares y trata de orde-

nar definitivamente su vida y dar cauce a sus inquietudes de perfección y de apostolado. Las circunstancias y su confesor, el jesuita padre Cadenas, le despejarán el camino y le darán la solución.

En 1899 don Rúa visita por primera vez España y las casas salesianas que ya están funcionando en la Península. Son pocas y están muy esparcidas. Han ido surgiendo al azar y al albur de un ofrecimiento o de una demanda de buena voluntad.

El Nuncio le expone la necesidad y el ruego de hacer una fundación en Madrid.

Con ese intento viene destinado a la capital don Ernesto Oberti, a la sazón Director de Utrera. Muy obediente y muy activo, comienza a echar los cimientos de la Inspectoría. Ya existen las casas de Santander (Viñas), las dos de Vigo, Baracaldo, San Benito (Salamanca) y Villaverde de Pontones. Todas forman parte de la Inspectoría Ibérica, la única que existe todavía; todas son pequeñas, pobres, viejas y nada acomodadas para casas de formación. Es la gran preocupación de don Ernesto, que ya ha establecido su cabeza de puente en Madrid con el Oratorio de Atocha. Una Inspectoría sin casas de formación es una casa sin despensa ni cocina. Don Guillermo le va a dar la solución, una solución llovida. Antes ha conocido la Obra de Atocha. Es exactamente lo que él buscaba para su Patronato de Valle Hermoso; entablato con don Ernesto y ve en él hombre a su medida: celoso, activo, delicado de modales y señor. Se le entrega sin reservas. En Carabanchel Alto hay una finca disponible, la del marqués de Reparaz. Es lo más apetecible para noviciado. Don Guillermo adelanta el importe: cien mil pesetas, y lo que parecía un sueño para un Inspector se hace realidad. En 1902 se adquiere la finca, hermosa, amplia, sana, con agua abundante y restos de una mansión señorial que era. La erección canónica como Noviciado data del 22 de diciembre de 1903.

Don Aniceto Sanz la describe con detalles de buena memoria y palabra abundosa.

Comienzan inmediatamente las obras de adaptación y ampliación, pensando en acoger allí a los novicios y cuanto más personal en formación pudiera haber. Son 17.000 metros cuadrados ampliables. Las posibilidades que ofrece son impredecibles. Bien se

ha comprobado al cabo de ochenta y cinco años. ¡Cuántas soluciones ha dado Carabanchel! ¡Qué inversión tan rentable la que hizo don Guillermo, que además de ofrecer el dinero para la compra del inmueble, se entregó a sí mismo! ¡Bendita dádiva y bendito donante!

En 1903, decidido ya a hacerse salesiano, marcha a Villaverde de Pontones y comienza el noviciado, que terminará en 1904 en su Carabanchel, una vez ultimadas las obras. Hace su profesión trienal el día 7 de diciembre de ese año, víspera de la Purísima y una fecha de tanta significación salesiana. Un argumento más para poder decir con Don Bosco: «Todas las cosas buenas nos han sucedido en un día dedicado a la Virgen.»

Todo había salido a pedir de boca. La Congregación en Madrid había entrado con pie derecho. Sólo había una sombra en este conjunto de luces: la ausencia de don Ernesto Oberti, que tanta ilusión había puesto en el proyecto. Había muerto precisamente el 28 de octubre, en Roma, adonde tuvo que retirarse los últimos meses, víctima de un cáncer de hígado. Se inauguró oficialmente la Casa el mismo día 8 de diciembre de 1903, bajo la presidencia de don Ramón Zabalo, el nuevo Inspector.

Así comenzó la actividad de Carabanchel y la vida salesiana de don Guillermo.

Esta había de tener menos variaciones que la Casa. Toda se deslizará entre Carabanchel y Campello. Bien pocas casas y bien pocas cosas. Con ellas tuvo bastante para labrarse la talla que adquirió y que todos los que le conocieron le reconocen.

De su figura moral han tratado extensamente don Enrique Sáiz en la carta mortuoria, don Aniceto Sanz, don Basilio, don Ángel Martín y don Eduardo Díez. Le conocieron personalmente o le estudiaron a fondo. A sus testimonios nos remitimos.

Estuvo don Guillermo en Carabanchel desde el año 1904 hasta 1911, en que unas dolencias de erisipela y artritis recomendaron el cambio a Campello, por las condiciones del clima.

La quema de conventos del mes de mayo de 1931 le obligó a regresar a Madrid. Allí continuó hasta el fin de su vida, que ocurrió el 31 de agosto de 1935, año de turbulencias, intermedio entre la revolución de Asturias y el comienzo de la guerra civil. Sus ocu-

paciones materiales, la ayuda a la Administración en los dos sitios, el trabajo del Oratorio Festivo, por no perder su antigua afición, preparar el comedor de los Salesianos, despachar el correo y poco más. Pero todo lo hacía con sumo esmero, con la meticulosidad y la perfección que había puesto antaño en los preparados de farmacia. Los superiores estaban seguros de que cualquier cosa que le encomendaran, la haría a perfección. Los libros de cuentas eran un modelo de claridad y de orden. El Inspector de Valencia se los pedía para presentarlos a los Administradores como modelo de contabilidad en balances y resúmenes de cuentas.

Con solicitud y paciencia se derrochó en los Oratorios de Carabanchel y Campello. Aquí tuvo sus decepciones, pues, cuando a sus pupilos no les gustaba la película del día, a veces se le amotinaban y decían en plena proyección a coro destemplado: «Este cin no val res.» «Que nos retornen los diners.» Y eso que habían entrado gratis.

Nunca se valió de las benemerencias que tenía ante la Congregación. Estaba desprendido de todo desde que había dado el gran paso de romper con el mundo y entrar en la vida religiosa. Había madurado bien la decisión y se había aplicado a sí mismo el texto de santa Teresa: «¡Cómo sois Vos el amigo verdadero y nunca dejáis de querer a los que os quieren! ¡Qué delicada y pulida y sabrosamente los sabéis tratar! Todas las cosas faltan; Vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis.» Estaba tan convencido de ello que nada de su vida en la sociedad se le había adherido.

Hasta las visitas de amigos y parientes le molestaban y las rehuía.

Su humildad le llevó hasta renunciar a las órdenes mayores y al sacerdocio, por más que le instaban a ello y le daban seguridades de buen resultado.

No pasó de las órdenes menores, como entonces se llamaban, y del subdiaconado. Aun a esos grados renunció al final de su vida y se redujo a sí mismo al estado laical. Prescindió de la sotana, incluso, y se quedó como simple coadjutor.

Con los superiores era respetuoso, tímido incluso; con los hermanos era atentísimo y delicado; con todos, sobre todo si eran

pobres, caritativo, servicial y generoso. En la carta mortuoria decía don Enrique, como resumiendo, la solidez de su virtud, que era «una virtud a prueba de bomba». La expresión, traducida al italiano, tal vez fuera un poco desentonada y extraña. El caso es que en alguna comunidad suscitó sorpresa e hilaridad: «A prova di bomba», repetían con regocijo...

Puede ser que la expresión no resultara muy literariamente acertada, pero era gráfica y, en el fondo, exacta.

El día 27 de agosto de 1935 había hecho vida enteramente normal. Por la noche había apuntado los gastos y cobros del día, había dejado a punto el correo para echar al día siguiente y había cambiado algún donaire con el aspirantito que le ayudaba. Subía la escalera de la residencia para retirarse a descansar. De pronto nota algo extraño: como un vahído, y se le nubla la vista. «No veo», llega a decir al salesiano de al lado... Y son las últimas palabras que pronuncia. Cae en un sopor del que no se despierta, por más que acuden a auxiliarle y llaman solícitos a un médico y a otro. A las cuarenta y seis horas expiraba, sin haber recobrado el conocimiento. No fue una muerte repentina, pero menos aún una muerte imprevista e imprevista. Don Guillermo estaba preparado para morir en cualquier momento. Su confesor dijo de él «que era uno de esos penitentes privilegiados de alma transparente, frente a los cuales el sacerdote se siente demasiado pequeño, como junto a un gigante».

El funeral lo presidió don Marcelino Olaechea, compañero suyo de noviciado y novicio fundador de Carabanchel. Estaba ya electo Obispo de Pamplona. Fue un honor postumo para don Guillermo. «A tal señor, tal honor.»

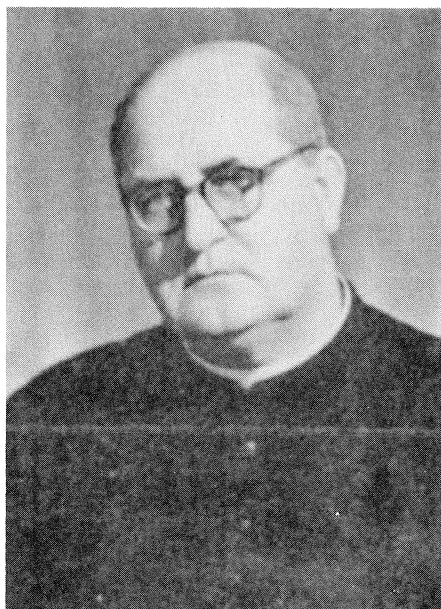
Murió a los ochenta y un años, el día 31 de agosto, el mismo día que había nacido.

Buen contable, como había demostrado ser durante tantos años, también esta cuenta le cuadró a perfección.

SEPTIEMBRE

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
5	1972	Sacerdote	Francisco MATE SENDINO	76	257
5	1975	Sacerdote	Esteban RUIZ GONZÁLEZ	77	296
16	1984	Sacerdote	Modesto CONDE BUSTIELO	78	270
21	1938	Clérigo	Amador PEÑA MARTÍNEZ	24	275
27	1978	Sacerdote	Juan CASTAÑO GABRIEL	82	280

FRANCISCO MATÉ SENDINO



Sacerdote.

Nació en Tortoles de Esgueva (Burgos) el 9-VIII-1896.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1915.

Sacerdote en Segovia el 20-XII-1924.

Falleció en Madrid el 5-IX-1972.

Murió el 5 de septiembre de 1972 después de varios meses de enfermedad y de tratamientos prolijos en hospitales y clínicas.

Su naturaleza era vigorosa; no conoció la enfermedad ni las medicinas en muchos años. El lo sabía, hasta hacer de ello cierto ingenuo alarde y mantener una obstinada aversión a todo recurso medicinal.

Pero en los últimos meses una cirrosis hepática, unida a una progresiva arterioesclerosis cerebral y alguna dolencia más, fueron minando su vitalidad y alteraron su lucidez.

Por más que en un principio tratase de disimularlo, por ente-

reza y por virtud, todo se iba acusando visiblemente: en el decaimiento físico, algunas disculpables incoherencias, la pérdida de su habitual buen humor, la desgana y el frío, tristes mensajeros de un final que se hacía inevitable, que él presentía y confesaba cuando, con sonrisa entre resignada y melancólica, decía: «... esto se acaba...» A primeros de mayo se le trasladó a una clínica, la primera que iba a recorrer en penoso viacrucis.

Su organismo, reacio a toda medicina, terminó pagando tributo a toda clase de ellas y tuvo que resignarse a las más humildes ayudas.

Su buen ánimo y una memoria que conservó despierta para recordar lecturas, anécdotas y aleluyas hasta el final, hacía de él un enfermo decidor, entretenido y ocurrente ante los enfermeros y acompañantes.

Entre las curas y remedios que se le prodigaban, no siempre cómodos, deslizaba comentarios y citas como ésta, muy de su repertorio:

*«Ser vieja la casa es esto.
Voile poniendo puntales,
porque no caiga tan presto.»*

Todos celebraban lo oportuno de la aplicación, y él continuaba la glosa de su precario estado:

*«Mas todo es vano artificio,
pues pronto, dicen mis males,
han de acabar los puntales
y allanarse el edificio...»*

Esto sucedió la noche del 5 de septiembre.

Tres semanas antes había celebrado su última misa en compañía del señor Inspector, don Emilio Alonso, en la misma habitación del hospital.

La siguió con mucha atención y fervor y durante ella, celebrada en tan duro trance, bien pudo sentirse al mismo tiempo sacerdote y doliente oblata.

Cuando se le propuso recibir la Unción de los Enfermos no se inmutó lo más mínimo.

—Naturalmente —dijo—. ¿Qué menos...?

Asintió con toda conciencia y siempre secundó con gusto las insinuaciones que se le hacían para besar el crucifijo, repetir alguna jaculatoria o completar una oración. Esto sucedía la misma tarde del día 5, cuyas horas iban pasando lentas, interminables, con la sola compañía del Director de la Casa y una hermana suya. De cuando en cuando entraba alguna enfermera, algún médico, que se asomaban, hacían alguna observación y desaparecían, abandonándole a su suerte.

La última vez que entró el médico de guardia fue para constatar que estaba muerto. Así se lo expresó, en tono grave y breve, al perplejo Director y a la acongojada hermana. Una enfermera la hizo salir de la habitación para que no presenciase las maniobras del amortajamiento.

La capilla ardiente se instaló en uno de los mortuorios del hospital, poco acondicionados, estrechos y con luz de sótano. Llovía copiosamente y la lluvia caía ruidosa y restallante sobre las losas del patinillo. Todo hacía más lúgubre el velatorio.

El funeral «corpore insepulto» se celebró en la capilla del colegio Santo Domingo Savio. Además de los familiares, estaban presentes salesianos de Madrid, las Hijas de María Auxiliadora de Emilio Ferrari, amigos de la Casa, fieles de la parroquia y pocos alumnos, porque el curso no había comenzado todavía.

El señor Inspector, don José Antonio Rico, en una de sus primeras actuaciones, presidió y pronunció la homilía. Resaltó las buenas cualidades de don Francisco: «... hombre sencillo, servicial, alegre y comunicativo siempre...»

A mediodía se le dio sepultura en Carabanchel Alto. Allí, muy cerca de donde había nacido a la vida salesiana, junto a una veintena de hermanos, que de entonces acá ha aumentado, descansa don Francisco, callado y quieto él, que en el ambiente familiar salesiano llevó fama de locuaz y viajero. Era conocida la afición de don Francisco a viajar en trenes mediocres y lentos para prolongar más el viaje.

Había nacido en Tortoles de Esgueva (Burgos), tierra de ce-

reales y de buenas vocaciones. Sus padres eran maestros. Los perdió muy niño en un pueblecito de la Tierra de Campos. Huérfano, a los once años entró en la Casa de Santander como colegial y aspirante.

Hizo el noviciado en Carabanchel, la Filosofía en Campello y la mayor parte de la Teología, igual que otros compañeros suyos y como buenamente pudo, en las casas. «Una Teología de secano», diría modestamente, con símil labrador.

Apenas ordenado sacerdote, fue enviado a la Casa de Lóngora (La Coruña), como Encargado.

Durante los años de la guerra fue Director de la Casa de San Benito (Salamanca).

La mayor parte de su vida activa la pasó desempeñando el cargo de Prefecto en las casas de Santander, Vigo, Salamanca, Baracaldo. Veinticinco años, muchos de ellos difíciles, de estricto racionamiento y escasez de víveres, que él tenía que industriarse para procurar, a fuerza de gestiones, viajes incómodos, comprometidos incluso.

Los últimos años los pasó en las Casas del Paseo de Extremadura, San Fernando, Puertollano y Santo Domingo Savio, como confesor, encargado de la Archicofradía y otros quehaceres que no rehusaba, un poco en plan de pasatiempo y otro poco en afán de servicio. Los alumnos y Salesianos de San Fernando recuerdan con edificante agradecimiento su asiduidad en acompañar a los alumnos al hospital uno y otro día durante varios años.

A Santo Domingo Savio llegó ya a esperar la muerte. La fue viendo acercarse con serenidad, sobrellevando los naturales inconvenientes de la vejez, el aislamiento al margen de las actividades del colegio y alguna otra pesadumbre humillante, que él mismo reconocía y lamentaba cuando se le hacía notar, aun a vuelta de su jovialidad y aparente despreocupación.

Le veíamos celebrar diariamente su Misa, aunque fuera a deshora, cuando ya no podía seguir el horario normal, con no poco trabajo y siempre en latín. Se mostraba contento cuando se le requería para confesar.

Aun en las últimas semanas de la enfermedad atendió con gusto, decía cosas que a tal altura tenían un particular valor sa-

cramental, imponía la misma penitencia siempre y despedía dando las gracias, como si el obligado fuera él y no el penitente.

Dios le haya premiado sus trabajos y los méritos de sus setenta y dos años de vida, muchos más de los que pueden enumerarse en un apunte biográfico.

Descanse en paz y en ella reciba a cuantos convivieron con él y procuraron dedicarle atención de hermano y ayudarle, de una manera o de otra, cuando su salud y su ánimo más lo necesitaban.

ESTEBAN RUIZ GONZÁLEZ



Sacerdote.

Nació en Las Barcenas (Cantabria) el 26-XII-1898.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1918.

Sacerdote en Turín el 7-VII-1927.

Falleció en Salamanca el 5-IX-1974.

De don Esteban Ruiz tenemos muchas fotos. Como era fotogénico y tenía muchas relaciones sociales, pasó muchas veces por el objetivo. La más significativa es ésta que tenemos delante. De pie, con la condecoración del Trabajo en el pecho, delante de un grupo de Antiguos Alumnos y, al fondo, la fachada de la Institución Sindical. En todas las fotos aparece idéntico: la cara redonda, peinado a raya y con la indefectible sonrisa en su rostro juvenil, como correspondía a un hombre que fue eternamente joven.

Procedía de La Montaña, de una de las varias Barcenas que se extienden por la provincia que tomó su nombre de San Emete-

rio. Sus padres se llamaban Carlos y Leoncia y nació don Esteban el 26 de diciembre de 1898. Pocos días antes de su nacimiento se había firmado entre Norteamérica y España el Tratado de París, que sancionaba el despojo de nuestras últimas posesiones y la liquidación del Imperio español. Nació, por tanto, con mala estrella. Pero don Esteban la mejoró y la hizo buena en lo personal.

Tuvo una infancia parecida a la de Don Bosco: en un ambiente rural y cuidando a ratos una discreta punta de vacas, parte del patrimonio familiar.

Era bueno, espabilado y simpático. Se ganó el aprecio de los que le trataban y del párroco de la aldea. Entre éste y la familia convinieron en hacerle estudiar. Con ese intento salió un buen día camino de Comillas, para entregarle a los jesuitas. Pero los planes de la Providencia eran otros. Un azar imprevisto hizo que perdiera el tren y que, en lugar de los jesuitas, fuera a parar a los Salesianos. Comentando el lance con el mismo don Esteban, años después, le hacíamos ver en forma de ligero comentario: «A san Ignacio le marcó el rumbo una mula y a usted se lo marcó y le desvió de san Ignacio un tren de vía estrecha.» Don Esteban aceptaba la comparación y la reía a su manera: con una carcajada. De Santander pasó a Carabanchel y Campello para hacer el Aspirantado.

Eran las aduanas obligadas y tan respetables de los futuros salesianos.

En Carabanchel hizo el Noviciado y la Filosofía el año 1917. Don Juan Antal fue su Asistente de Novicios y don León Carto su maestro de Ciencias en los años de Filosofía.

En Atocha hizo algún año de trienio. El resto, en La Habana y Camagüey, a donde se trasladó por motivos del servicio militar. Le acompañaron en el voluntario destino don Germán Martín y don Jesús Marcellán, su constante compañero y gran amigo siempre. Los dos acabaron sus días en el Teologado de Salamanca. Una amistad fiel hasta el fin.

Estudió parte de la Teología, por libre, en Camagüey y el último año en Turín, en La Crocetta, bajo la dirección esmerada y siempre reconocida por él de don Bismara. Se ordenó de sacerdote en la basílica de María Auxiliadora un día 7 de julio de 1927.

San Fermín le requería ya para Pamplona. Aquel fue su primer destino de sacerdote. Pasó allí seis años como Consejero y como Administrador. La Casa era bien distinta de como se presenta ahora. Ofrecía el mismo intenso trabajo, pero sin el decoro y las ventajas que ha tardado muchos años en adquirir. Se llamaban ya Las Escuelas de Navarra, albergaban a la misma población aprendiz y al mismo número de venerables salesianos, pero el edificio era viejo e incómodo por demás, casi ruinoso. En la casa del pobre no hay que tener remilgos ni hacerle ascos a nada. Los Salesianos de aquellos años eran pobres de solemnidad y trabajadores denodados. Cuando se dividieron las Inspectorías y la Casa de Pamplona pasó a formar parte de la Inspectoría de Bilbao, algún salesiano procedente de Madrid, acostumbrado a un ambiente más confortable, la Casa de Pamplona, tan desmantelada y vieja, decía que le producía sensación de escalofrío. Allí se preparó don Esteban para ir a Astudillo y dedicar después tantos años a las Escuelas Profesionales.

La Casa de Astudillo era un aspirantado que había pasado a depender de la Inspectoría Central. Se destinaba a la formación de misioneros. Eran los años de la guerra. Las comunicaciones con la Inspectoría nodriza estaban cortadas, no tenía medios de subsistencia. Se agotó un fondo de becas que había como respaldo económico y no había manera de recabar entradas. La situación se hizo tan apurada que los superiores de Turín autorizaron a que se cerrase el Aspirantado. Sólo se pudo salir adelante con algunas ayudas esporádicas, el apoyo del pueblo de Astudillo, empeñado en no dejar salir de allí a los Salesianos, y con la paciencia, la capacidad de aguante de los Salesianos y de don Esteban, que llegó al límite. Afortunadamente, no abandonaron un solar tan privilegiado en otros aspectos. La Congregación se habría privado de medio centenar de vocaciones valiosas, «quod absit».

Don Esteban pasó de una casa que era entonces una manigua a otra casa que no lo era tanto, pero que ofrecía dificultades: San Matías, de Vigo. Aquí las dificultades no eran económicas. Se dice en la carta mortuoria que en aquella casa «había individuos de personalidad muy acusada y que es una comunidad plural».

Es un eufemismo y una manera de decir que había cabezas conformadas a su manera y salesianos difíciles. A don Esteban le tocó componer aquel rompecabezas. Eo hizo como mejor pudo. Derrochó paciencia, usó de su generosidad ingénita, y así, a fuerza de larguezas y de renunciaciones, logró sacar adelante aquella familia de hermanos no muy unidos. Cuando se está dispuesto a perder siempre se termina ganando.

Trabajó todo lo que su vigor y entusiasmo le permitían, reinició las obras de la iglesia, interrumpidas durante veinte años; propagó la devoción a María Auxiliadora hasta hacer de Vigo un baluarte de esta advocación, que ya contaba con una iglesia vistosa, y dejó en su nuevo campo de operaciones la estela de simpatía y de admiración que le acompañaron por todos los destinos por los que fue pasando. El siguiente fue en Madrid, una Obra nueva, gigantesca y problemática: Ea Paloma. A don Esteban le tocó venir a regentarla en plan de colaboración con los Sindicatos. Eos Salesianos se encargarían de la parte religiosa y de la disciplina. Cuando don Esteban y unos cuantos salesianos se hicieron cargo del nuevo cometido debieron sentir la impresión de que se adentraban en un océano, grande e incierto. Esa impresión daba aquella masa de jóvenes aprendices, con sus buzos y monos azules, venidos de todos los ángulos de la capital. Centenares y centenares de muchachos se movían al compás de unas órdenes que les daban unos clérigos sin más armas que su voz y su presencia, nada imponentes. Parecía cosa de magia. ¿Cómo se podía manejar una multitud tan movediza y de tanta vitalidad? Eos mismos interesados no dejarían de encontrar sorprendente el hecho. Secretos de la disciplina, de la pedagogía salesiana y de la dedicación de unos hombres de firme y buena voluntad. Aquella era una máquina gigantesca, complicada, pero que funcionaba ejemplarmente. Bastaba asomarse a los patios, a los comedores, a los talleres, a la capilla o lo que hacía de tal. Eo veíamos en las vísperas de las grandes fiestas salesianas. Una veintena de confesonarios improvisados a lo largo de un salón y confesores de todos los hábitos repartiendo absoluciones durante horas enteras a jóvenes penitentes que iban pasando con naturalidad, en silencio y lavando sus conciencias en aquel Jordán de la gracia.

También aquel aderezo espiritual tuvo que influir en el éxito. «¿Qué sería de La Paloma sin los Salesianos?», le decía a don Esteban con frecuencia uno de los altos jefes sindicales. Lo que habría sido de los Salesianos si no hubieran contado con su carisma y no hubieran procedido conforme a su estilo de trenzar adecuadamente los tres hilos de su táctica: razón, religión, amor. Aquel era el secreto de un gobierno que causaba la extrañeza de unos y la admiración de otros.

Después de algunos años de funcionamiento de La Paloma y con la experiencia de las dificultades que había supuesto ponerla en rodaje, don Esteban era un decidido defensor de las obras en colaboración, tal como entonces se podían llevar.

«Tenemos resuelto el problema económico —decía—, tenemos en nuestras manos una masa fácil que moldear y se puede hacer labor de continuidad, porque estamos en una situación estable y tenemos España para cincuenta años.» La realidad era así, incluso en cuanto a la duración, que se acercó mucho al cálculo de don Esteban. Nueve años duró su primera estancia en La Paloma.

Estuvo un año en Guadalajara como Director de los filósofos, en un año que fue para él de alivio y le supo a poco, y en el año 1954 pasaba a dirigir otra Obra nueva: el Colegio de Huérfanos Ferroviarios.

Tres años allí y de nuevo en La Paloma, como si La Paloma tirase de él o él tendiera a La Paloma. Lo de «nunca segundas partes fueron buenas» no se cumplió aquí. Siguió trabajando con el mismo estilo y con los mismos resultados. El padre Esteban era ya una institución dentro de otra. Los Salesianos estaban contentos, porque gozaban de margen de acción y de confianza, los jefes sindicales les otorgaban su aprobación y su apoyo en todo, los alumnos crecían y se hacían hombres a la sombra de la Institución, que los veía diseminarse por todas las empresas, cuando no había la pesadilla del paro juvenil, y los Antiguos Alumnos le idolatraban. Tal vez fue éste el sector que más cuidó don Esteban y que más satisfacciones le proporcionó. Le llovían las peticiones de bodas, bautizos, primeras comuniones, bendiciones de casas y de todos los acontecimientos familiares que alguien llamaba con segunda intención «sacramentos de vivos». Don Esteban no se

prodigaba en beneficio propio, pero en muchas ocasiones el compromiso era ineludible. Cuando supo la noticia de la muerte de don Esteban, uno de ellos exclamó espontáneamente: «Hoy he perdido más que un padre.» Don Esteban lo fue para los innumerables aprendices que vio pasar por La Paloma a lo largo de quince años. «Per quindecim annos grande mortales aevi spatium.» Quince años son un trecho notable de la vida humana. No hace falta apelar al clásico para pensar que sería así para don Esteban, que los había vivido tan intensamente y para los que habían pasado por sus manos.

Las experiencias y los servicios que le esperaban para los años siguientes fueron de otro tipo: Maestro de novicios por unos meses y formador y confesor de teólogos. Era una labor más delicada y espiritual. El la desempeñó valiéndose de su larga experiencia, de su buen sentido y de su bondad no sólo natural, sino muy pasada por la oración, el espíritu de fe y el sacrificio bien ejercitado. Con los novicios no pudo hacer muchos milagros. Los encontraba «poco maduros y muy chiquillos». Era un lote numeroso, de composición artificial y de poca consistencia. Se vio en el resultado y la perseverancia que tuvieron a corto plazo.

Los teólogos le dieron más que hacer. Eran los años del desasosiego posconciliar.

El motivo del mal que padecían era inconcreto, muchos de ellos no estaban contentos, pero no sabían por qué. La sede era nueva, incomparable con la antigua de Carabanchel; los superiores bien preparados y con ganas de dedicarse a ellos, pero no lograban entera compenetración. Se daban cuenta de la distancia existente y lo lamentaban. «Ya lo ve el Cid, que del Rey no avie gracia.» Aquí era al revés: era el rey el que no tenía la gracia del Cid. Don Esteban era aceptado y reconocido en parte considerable como el tranquilizante y el aliviador. Eso sí, exclusivamente en el fuero interno y en el «sottovoce» de la confesión. Alguno afirmaba haber encontrado en él el salvavidas de la vocación. Sería verdad. Fue un gran papel el que desempeñó en sus últimos años. No tenía gobierno, sabía escuchar, inspiraba confianza, ofrecía sonrisas y no tenía poder que le hiciera desconfiable.

El año 1969 sufrió una trombosis. Se repuso de ella con relativa facilidad.

Lo consideró como aplazamiento de vida y como una propina. Se consideraba obligado a emplearla más netamente en servicio de Dios. Atendía a las confesiones de los teólogos y de algún colegio más de Salamanca y trabajaba afanosamente por ensanchar la Archicofradía, yendo casi de puerta en puerta y de huerta en huerta de la vega del Tormes para colocar capillas y hacer asociadas. Es el resto salesiano más apreciable que hay todavía en el barrio.

Con los años desapareció el Teologado, que parecía construido como para desafiar a los tiempos; desaparecieron el Colegio de Ferroviarios y La Paloma, sus teatros de operaciones más duraderos, que le emplearon casi veinte años. Lo que no se llevará el viento de la política será el nombre y la memoria del padre Esteban.

El ya preveía que vendrían tales cambios. «Tenemos España para cincuenta años», sostenía, no para más. A pesar de eso, hubiera trabajado igual: con la misma fe y el mismo entusiasmo. Pensaba con Don Bosco: «El bien se hace como se puede» y mientras se puede también. No se hubiera llamado al desaliento ni habría lamentado con pesimismo:

*«Se me quebraba la fe,
la pena me acongojaba,
y en mis adentros pensaba:
todo aquello... ¿para qué?»*

Todo lo daría por bien hecho y, con mirada providencialista, indestructible.

Murió el 5 de septiembre de 1974. Tenía setenta y cinco años. Iba un año por delante del siglo. A veces admitía esa fácil y humorista apreciación. Alcanzó esa edad a pesar de no haber disfrutado de una salud robusta. «Tenía —le decíamos también— una mala salud de hierro.» Una vez acudió al doctor López Ibor. Le reconoció y le dijo:

—Padre, es usted una batería descargada. Pero le curaremos.

Nunca estuvo curado del todo. En las fiestas de san Esteban, debido a los regalos de los proveedores, preparaban para la comunidad y los invitados unas comidas suculentas. El que menos las probaba era él. Le bastaba con ver bien tratados a los demás, incluso al Inspector, que también acudía a honrarle.

Era hombre llano y generoso. Las casas de formación encontraban en él siempre un socorro. Comprendía las debilidades de los demás, pero le gustaba la integridad.

«¡Corruptelas...! ¡Corruptelas...!», decía cuando veía alguna inobservancia.

No es un tópico decir que su muerte fue muy sentida.

«Yo por don Esteban daría mi vida...», exclamó algún agradecido.

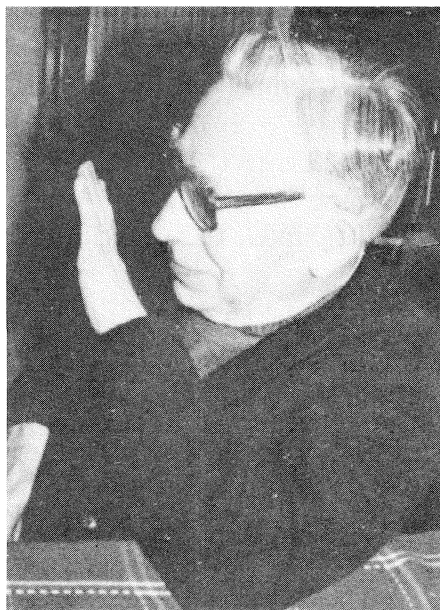
¿Sería aquel, salesiano después, a quien un día le cedió sus propios zapatos?

Hombres así son los que Horacio llama «méritus ín mori», merecedores de no morir, a no ser que sea para pasar a mejor vida.

Es la que, a juicio de todos los que tuvimos la suerte de conocerle, se granjeó don Esteban en sus setenta y cinco años de edad, cincuenta y seis de profesión, cuarenta y siete de sacerdocio —no llegó a celebrar las bodas de oro— y treinta y dos de director.

Dice el adagio que «unos trabajan por ser algo y otros trabajan por hacer algo». Don Esteban fue todo lo que salesianamente podía ser y trabajó lo que sólo Dios sabe y es capaz de premiar.

MODESTO CONDE BUSTILLO



Sacerdote.
Nació en Santander el 21-I-1906.
Profesó en Cumiana (Italia) el 13-IX-1929.
Sacerdote en Chile el 30-XI-1940.
Falleció en Madrid el **16-IX-1984**.

Jugando con su nombre y apellidos, unas veces con humor decía que se podía presentar como hombre de alcurnia: Conde de Bustillo; otras veces con humor y humildad decía que tenía más de modesto que de conde.

Conservó siempre el amor y el sabor de la «tierruca», el genio alegre, la facilidad de trato y las ganas de cantar y de vivir. Viene a la memoria su estampa, en las misas de los domingos, ante el atril, haciendo resonar su voz de barítono entre enfervorizado y un poco teatral. La gente le escuchaba y le toleraba benigna que se escuchase.

Ponderando alguna vez las peculiaridades de Santander, se le oyó decir que esta provincia, reducida, rica y hermosa, tiene esta singularidad: es la única provincia cuyas aguas pueden verter a tres mares: el Atlántico, el Cantábrico y el Mediterráneo. Una gota de agua que cae sobre el pico Tres Mares, situado en la confluencia de las tres vertientes, puede ir a parar a cualquiera de los tres.

Trascendiendo un poco esta observación, lo que pasa con el agua de esta provincia pasa con la suerte de las personas y su destino, con la diferencia de que éste lo escogemos nosotros.

Don Modesto, siendo muchacho de pocos años, en la alternativa de quedarse en su casa y seguir su vida o continuar en el seminario o decidirse por la Congregación, optó por esto último.

Antes de ir al Aspirantado de Astudillo y después de pasar por el Seminario de Corbán (Santander), ya había tenido algún contacto con los Salesianos en el Colegio de Viñas.

En Santander, como en Salamanca, lo salesiano por entonces tenía dos versiones: los salesianos de arriba y los de abajo, los pobres y los ricos, los de San Benito y Viñas y los del Padre Cámara y el Alta. De uno y otro salieron excelentes vocaciones. En este censo no cuentan las categorías sociales.

Don Modesto hizo el Aspirantado en Astudillo, instituido expresamente para vocaciones misioneras. Estaba al frente de él don Pedro Olivazzo. Y a fe que cumplía bien su misión el Centro. El sitio, el edificio y el régimen eran muy a propósito para preparar misioneros. Don Pedro sostenía el principio de que el candidato tenía que adiestrarse desde los primeros años y tenía el propósito de repetir la experiencia de sus años en el Oratorio: «Vivíamos estrechamente, pero éramos felices.»

De Astudillo pasó a Cumiana (Italia) para hacer el noviciado, y de allí, ya con la primera profesión, saltó a Perú, donde cursó la Filosofía. La Teología y el sacerdocio le alcanzaron en Chile, en un ambiente muy distinto de sus primeros años, más liberal y distendido y más a propósito también para su temple festivo y bromista. Alguna mala pasada le hizo, aparte de ser la alegría de los compañeros y del ambiente.

Pocos años estuvo por aquellas tierras y no eran sonrientes

todos los recuerdos que guardaba de sus años de estudiante y joven sacerdote. Tenía la espina de no haber recibido facilidades para estudiar en la Universidad, como él hubiera apetecido. En ese sentido, se tenía un poco por vocación contrariada.

Asuntos de familia, motivos, mejor dicho, le hicieron volver a España en el año 1948. Rondó por varias casas y al fin se afincó en Santo Domingo Savio el año 1957. Aquella fue su mansión definitiva, su casa y su prisión. En veintisiete años tuvo tiempo de verla, ya que no nacer, crecer y hacerse hasta su completo desarrollo.

Como más se le recordaba en ella era como coadjutor y confesor. El ministerio de la parroquia le puso en relación con público tratable, llano y venido de provincias en gran parte. A todos se adaptaba, pero a los que tenía una especial propensión y preferencia eran los mayores, los de la tercera edad. Se entretenía con ellos cuando se los encontraba a lo largo de la calle García Noblejas, a las entradas de la parroquia, en el saloncito que, a instancia suya, se le preparó. Con ellos se mostraba solícito en extremo, paternal, casi mimoso. Alguno de la casa, con humor y con zumba, decía que se le daba a perfección el «geriapostolado». Tenía en cuenta, y pensando tal vez en sí mismo, que a esa edad las personas necesitan muy pocas cosas, pero lo que necesitan lo necesitan mucho.

Su otro quehacer estos años era el de la confesión. Confesaba a salesianos de varias casas, a salesianas, a chicos y a mucha gente del pueblo. Sólo esto justifica y hace valiosa la labor de un salesiano. El lo hacía con sencillez y bondad, adaptándose a la categoría y las posibilidades del penitente. De él dice el buen sentido que debe ser como el comerciante con vista: calar el caudal del cliente y sacar el beneficio posible, para el cliente, se entiende. De algunos, si se les exige, se podrá obtener mucho progreso; de otros habrá que contentarse con lo mínimo.

De don Modesto, como de otros salesianos, si en el Necrologio hubiera que consignar la nota dominante habría que poner «confesor». Y ya es bastante benemerencia. Asegura san José Cafasso, que en esta materia tiene suma autoridad: «Si los sacerdotes

se creen llamados a cosas grandes, que se sienten en el confesionario; si desean ganar muchos méritos, que confiesen.»

Don Modesto procedía de tierra hidalga, antigua y orgullosa, pero a él el orgullo se le pegó bien poco... Más bien lo contrario: la sencillez y el buen temple con todos, sobre todo los pequeños, según el Evangelio.

En alguna tanda de ejercicios espirituales, ya en la función final, cuando los demás estaban con la impaciencia de la terminación, don Modesto se arrancó con un exorde de sinceridad y de autoacusación que nos dejó a todos sorprendidos.

Eso no quita para que siempre se le tuviera por el hombre divertido, aguantador de bromas y donaires, animador de sobremesas y cantante obligado de reuniones.

Tenía sus ribetes de poeta y, entre versos y cantos, fue engañando sus bastantes achaques: un infarto, diabetes y una dolencia de hígado que puso fin a su vida. Esos fueron los grandes contrapuntos a su buen humor. «Nosotros los diabéticos...», decía con frecuencia ante una eventualidad, con tono de resignación, de justificación y de ingenuidad.

Entre su producción original se le encontró un romance describiendo su muerte deseada, un romance que no suena nada mal y mezcla muchas cosas:

*«Quisiera morir de noche,
en noche de primavera,
en noche serena y clara,
muy cuajadita de estrellas.»*

¿Eran ésos los versos que iba recitando —ya decadente— cuando se le veía atravesar el pórtico viniendo de la parroquia a la residencia, con su atuendo raído, arrastrando los pies, mirando a una y a otra parte con ojos grandes, blandos, tristes y aspecto cansado?

*«Que Dios misericordioso,
en quien mi alma tanto espera,
me dé esa noche la paz
y su Luz, que es Vida eterna.»*

Así terminaba el mencionado romance. Dios le haya dado ya esa paz y esa luz. Murió el 16 de septiembre de 1984. La víspera de comenzar el curso escolar él terminó el curso de su vida. Parece que se retiró adrede, para no causar molestias a los hermanos. «Ahorremos, a quien nos quiere, trabajos.»

Sus versos son una glosa al versículo que tantas veces habría recitado en el Te Deum: «In Te, Domine, speravi...» Señor, he esperado en Ti; no me vea confundido para siempre...

AMADOR PEÑA MARTÍNEZ



Clérigo.

Nació en Cardeñajimeno (Burgos) el 12-III-1914.

Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 1-IX-1932.

Falleció en Toro (Teruel) el 21-IX-1938.

Amador Peña fue uno de los nueve salesianos jóvenes que murieron en el frente durante la guerra civil. Otros tantos murieron en la retaguardia, a consecuencia de enfermedades contraídas y como triste secuela también de la guerra.

No tenemos ahora en cuenta a los que fueron asesinados cobarde y cruelmente por su condición de religiosos. Entre todos suman un alto tributo inolvidable e imposible de saldar. La Inspectoría estará todavía doliéndose de la pérdida de 55 vidas que se le arrancaron.

Una más de ellas, la de nuestro reseñado en este apunte: Peña, como se le llamaba entre los compañeros.

Había nacido el año 1914 en un pueblo de la provincia de Burgos: Cardañajimeno. Está situado a la orilla del Arlanzón, entre la capital y San Pedro de Cárdena. Pasadas las alamedas de la ciudad, río arriba, a poca distancia de la Cartuja, se encuentra éste, que ahora tiene más de aldea que de pueblo, en medio de un paisaje áspero y en el camino que atravesó el Cid con su mesnada en ruta al monasterio un amanecer «a vuelta de los albores», según el poema. Iba a entrevistarse con el abad don Sancho para confiarle a doña Jimena y a las dos hijas, en tanto que él iba con rumbo a no sabía dónde. Para impetrar la protección del Cielo dejaba una manda de mil misas. ¡Qué bien aplicadas quedaron...!

Durante muchos años el pueblo ha dado cereales, ganado y una particular industria artesanal y religiosa: carracas. Cuando se acercaba la Semana Santa se exportaban a las parroquias vecinas, a los conventos y a los que las adquirirían como un juguete de ocasión. Ahora ya, como no hay campanas, han desaparecido también sus sustitutos.

Más de alguna broma tuvo que aguantar Amador Peña por parte de compañeros guasones y pesados a cuenta de ser oriundo del pueblo de las carracas.

El año 1927 llegó al Aspirantado del Paseo de Extremadura. Hizo allí los cuatro años de latín y a continuación el Noviciado y la Filosofía en Mohernando.

Su aprovechamiento en los estudios durante estos años fue en aumento. Llegó a ser de los calificados ventajosamente. Don León Cartosio y don Maxi le tenían por alumno complaciente y despejado. Dejó un decoroso cuadro de calificaciones: para una media de notable bien ganado.

Tenía además buen temperamento, era cumplidor, sociable y sin complicaciones de espíritu.

Al terminar la Filosofía fue destinado a la casa de San Benito (Salamanca) para hacer el trienio. A pesar de que, por su capacidad e historial estudiantil él esperaba una casa de más altura cultural y a su nivel, fue con gusto, entró con decisión y se comportó satisfactoriamente, como un clérigo cabal, de aquellos que se cotizaban en oro.

Era músico, lo cual también había pesado en la mente de don Felipe Alcántara, que sentía una cierta inclinación por los de su ramo.

Llevaba la música, dirigía el teatro y las veladas, estaba preparado para las clases que se le encomendaron y además y sobre todo era sencillo, dócil y adicto, además de ser listo y desenvuelto. ¿Qué más podía pedírsele a un clérigo?

Los salesianos y los chicos estaban contentísimos con él. A don José Aguilar le oímos esta exclamación cuando ya habían pasado treinta años desde su convivencia y aludiendo a Peña como de paso: «Amador, ¡qué joya de muchacho!...»

Terminó el trienio, hizo el servicio militar y era el momento de hacer los votos perpetuos y comenzar la Teología. Ese era el proyecto inmediato.

Con esa intención se trasladó a Mohernando a mediados de julio de 1936 para hacer los Ejercicios y profesar al terminarlos. Efectivamente, hizo los Ejercicios y los votos; pero cuando hubiera debido emprender el regreso a San Benito, el mismo día 23 de julio, se encontró con que el viaje era imposible de hacer. Entre Salamanca y Guadalajara se había interpuesto un abismo insalvable durante tres años. La guerra había cortado las comunicaciones y las esperanzas. Comenzaba un nuevo estado de cosas.

Después de la marejada de los primeros momentos, unos días interminables de zozobra, fue transportado, con todos los demás salesianos de Mohernando, a la cárcel de Ventas (Madrid).

De allí fueron saliendo cada uno a su tiempo, de una manera distinta y con un destino diverso: unos en libertad, otros movilizadas y otros mandados a un batallón de fortificaciones. Amador Peña fue uno de estos últimos. Estuvo algún tiempo en Pozuelo del Rey, en las inmediaciones de Madrid o en sitios donde hubiera que hacer desmontes, trincheras u otras infraestructuras de guerra, pero siempre atento a encontrar un momento propicio para evadirse.

Se escapó a la «zona nacional» en abril de 1938. Mientras se reponía y normalizaba su situación militar, disfrutó de algún tiempo de permiso y espera en el colegio de su anterior estancia: San Benito. Se le recibió como a un héroe, como a un rescatado

que era en realidad. Se sentía de nuevo en su casa y en su sitio. Comprobó que los dos años que habían transcurrido desde que salió para una ausencia de trámite no habían borrado el recuerdo y el afecto de salesianos y alumnos. Al contrario, lo habían avivado con una cierta aureola de valentía: ¡se había escapado de la zona roja!

Había terminado el servicio militar con la calificación de sargento de complemento, antes de comenzar la guerra. Los nacionales le incorporaron de nuevo a filas y le destinaron a Sanidad. Por desgracia, estuvo pocos meses en activo. Recorrió varios frentes, se mantenía en comunicación frecuente con el colegio, contaba sus peripecias y mostraba cada vez deseos más vehementes de terminar la guerra, volver a cambiar el uniforme por la sotana y continuar su carrera en la última etapa hacia el sacerdocio.

Un día de finales de septiembre, el Director del colegio, don José Aguilar, recibió esta inesperada y cortante comunicación: «Tengo el sentimiento de comunicarle que el día 21 del mes en curso falleció el soldado de este regimiento Amador Peña Martínez a consecuencia de las heridas recibidas en un bombardeo de aviación...» Sin más datos ni más comentarios de consuelo.

Tantos peligros como había sorteado y la muerte vino a alcanzarle un día cualquiera y en un sitio anodino. No se trataba de ningún frente —el del Ebro, por ejemplo, que estaba en aquellos días en plena efervescencia—, ni de ninguna acción de lucha. Fue una acción esporádica y de unas bombas lanzadas como al azar. Era la lógica oblicua y mortífera de la guerra.

*«¡Ay los muertos en la guerra,
sin mármoles y sin cruces!
¡Ay los muertos en la guerra,
con su epitafio de vientos y de nubes!
Los lechos donde ellos duermen
hoyos parecen abiertos
para las cepas de octubre...»*

Murió el primer día de otoño; sus restos fueron enterrados en el cementerio de El Toro, pueblo de la provincia de Teruel. Nació

en un pueblo y murió en otro pueblo, los dos pequeños, pobres, terrosos y los dos en la ruta del Cid.

Tenía veinticuatro años y estaba al comienzo de otra ruta, que prometía ser, salesianamente, brillante.

JUAN CASTAÑO GABRIEL



Sacerdote.

Nació en Aldearrodrigo (Salamanca) el 31-XII-1896.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1915.

Sacerdote en Turín el 20-VII-1924.

Falleció en Madrid el **26-IX-1978**.

La vida de don Juan Castaño fue larga, callada y llena. Se puede decir de él que, en un sitio o en otro, en una misión o en otra, estuvo en activo hasta el final. Decían de él sus detractores, familiares y cariñosos, por su manera de ser, serio y concienzudo, que no había tenido juventud. Lo que no tuvo, en realidad, fue vejez, una vejez de retiro sosegado e inactivo.

Menos los años que pasó en la Casa Don Bosco, entonces SEI, y alguna breve estancia en Estrecho y La Paloma, la totalidad de su vida transcurrió en casas de formación. Esta circuns-

tancia pudo limitar un tanto su experiencia práctica y su apertura de ánimo.

Algunas casas por las que pasó tienen ahora, en lo económico y material, un presente holgado y confortable, pero en los tiempos de don Juan pasaban por una fase de estrechez bien notable: Campello, Carabanchel, la misma SEI...

Por último, como una constante más de su vida, si esto no es achaque de todos, tuvo que pechar contra la adversidad de uno u otro signo: las guerras europea y mundial, la República y la quema de conventos, la guerra civil, la marejada del posconcilio. Todos estos sucesos le afectaron y le rozaron muy de cerca.

Sobre estos roles se deslizaron los ochenta y dos años de su vida de hombre íntegro y buen salesiano.

Nació en 1896, año cercano al desastre de Cuba, en Aldearrodrigo, pueblecito de Salamanca, de la región de La Armuña, tierra llana y fértil, sin curvas y sin vicios, sana en todos los sentidos.

Cuando tenía doce años entró en el colegio de San Benito, uno de los colegios pioneros y del que habrían de salir vocaciones bien ilustres. Era una versión de la casa Pinardi: pequeño, viejo y pobre, con las dependencias indispensables para un internado de protección y un patio reducido como un corralillo.

Tenía al lado la mole del Seminario y la calle de la Compañía por medio entre el colegio y la venerable iglesia de San Benito. El Director era a la sazón don Juan Tagliabúe, sacerdote de los venidos de Italia, corpulento, bondadoso y activo; usaba bonete cuadrado y tenía aire de cura rural. Era muy conocido y apreciado en la ciudad y él fundó, el año 1909, el colegio de María Auxiliadora, «los Salesianos de Arriba». Allá fue, como alumno-fundador de la primera hora, Juan Castaño, juntamente con otro muchacho que sería su condiscípulo, buen amigo de toda la vida y afamado: Gil Robles. Uno tiró por los derroteros de la política y otro por los caminos de la Congregación, la primera vocación que salía de aquel colegio. Pasó los primeros años de Aspirantado en Campello y el resto en Carabanchel Alto, la academia de tantos salesianos. Allí se hizo salesiano y allí había de hacer salesianos a muchos otros. Profesó el día de Santiago de 1915 y cinco años exactos después hizo la profesión perpetua. Terminado su

trienio en Atocha, como se le veía con aptitudes y ganas de formarse bien, los superiores lo mandaron a estudiar la Teología en Italia: Foglizzo y Turín. La terminó con el grado de doctor y cantó misa en 1924.

Con buena formación, buena índole y estudios a fondo, para lo que entonces se pedía, ya estaba en condiciones para empezar su carrera activa.

Los primeros cargos los desempeñó en Campello, como Catequista, Prefecto y Director, en el plazo de siete años. En este último cargo le sorprendió la implantación de la República y, un mes después, la quema de conventos. Tienen que salir a toda prisa salesianos y alumnos, superiores, teólogos y aspirantes. Algunos de ellos se presentaron en Madrid, mal vestidos de paisano, asustados todavía y como huyendo literalmente de la quema. Entre ellos llegó don Juan. Había tomado sus precauciones y las había hecho tomar para cualquier posible eventualidad tumultuosa, pero el hecho los sorprendió y los desbordó azarosamente.

Comenzaba una época de dificultades, sobresaltos y peligros que había de durar ocho años, hasta la terminación de la guerra civil.

Don Juan los pasó en Carabanchel, primero como Prefecto del Teologado, que se estableció en esta casa con el carácter de nacional. Aunque el panorama político, social y religioso no era nada propicio, la vida continuaba y la organización de la vida salesiana también. Una medida importante fue la de reunir a todos los estudiantes de Teología de España y proveer a su formación cultural y sacerdotal. La casa de Carabanchel no era nueva, ni contaba con todas las comodidades al caso, pero estaba en el centro y era la más adaptable. Allí se acomodaron teólogos y bachilleres primero y teólogos y aspirantes después. Don Juan era el Prefecto de las dos agrupaciones, tan distintas y no siempre fáciles de compaginar. La convivencia se hacía tolerable a fuerza de paciencia y habilidad de los mandos, como sucede siempre en tales situaciones no infrecuentes en la usanza salesiana. ¿Quién no sabe algo de esas soluciones provisionales e incómodas? «Salesianum est.» Peor fue lo que vino después: la revolución y la guerra.

Aquello fue lo inenarrable. La casa de Carabanchel pagó,

como tantas otras, bien caro tributo de sangre y de vidas: don Enrique, don Félix, el señor Codera, Virgilio Edreira... Don Juan, milagrosamente, logró salvarse. Yendo de pensión en pensión, rodando, mejor, con mucho sigilo, peligros y miedo, sorteó aquellos tres años aciagos. Cada día que amanecía, sobre todo en los primeros meses, podía ser el último. Así lo pensaba don Juan en aquella pensión de la calle de la Cruz en la que se refugió, por fin. La habitación era oscura, desmantelada, inhóspita. Parecía la celda de un prisionero más que la habitación de un huésped honorable. Así un día y otro, sin saber hasta cuándo se iba a prolongar la pesadilla... A pesar de todo y del aspecto eclesiástico que le denunciaba, encontró el modo de ejercer el ministerio sacerdotal. Con toda la cautela que se necesitaba en aquella Iglesia de catacumba, confesaba, llevaba la comunión y atendía espiritualmente a una red de fieles a su alcance. «Idem amor pecori pecorisque magistro.» Se necesitaba un fervor heroico en el pastor y en las ovejas...

Terminó la guerra y don Juan volvió a Campello como Director de los aspirantes durante cuatro años y de Campello volvió a Carabanchel, ahora como Director del Teologado y de los aspirantes también, pocos y primerizos, pero que allí estaban agregados, como una planta al lado de un árbol frondoso.

Fueron los años de su labor más representativa y más delicada, pero no los últimos. Todavía le faltaba pasar por el Teologado de Martí Codolar, como confesor y como profesor, y por el Tibidabo, como Director y continuador de la obra del Templo Nacional, «la obra de mayor compromiso salesiano que tenía la Congregación en España», según había dicho don Rinaldi.

Aún no habían terminado sus responsabilidades y su rendimiento. La Congregación es un poco como Castilla: «Face los omes e los gasta.» Regresa a Madrid y se hace cargo de la SEI..., una obra de nueva factura y que por los años cincuenta estaba en rodaje y en vías de consolidación.

Don Juan, más que gerente de editorial con pretensiones, hizo de buen administrador y Director de la comunidad, un tanto compleja. No fueron los años más descansados y más fáciles de su encomienda de Director. Si el cargo es una carga cuando se

desempeña con honestidad, don Juan tendría buenas ganas de dejar de ser Director. Tenía ya cerca de los setenta años y llevaba en el gobierno muchos más de los que su modestia hubiera deseado. Merecía y reclamaba un cambio de ritmo en su trabajo.

Carabanchel, Salamanca, Estrecho, La Paloma y, por último, otra vez Carabanchel fueron los destinos de sus años finales. Había comenzado en Carabanchel y allí terminaba, rindiendo el viaje de una travesía completa.

Ochenta y dos años de vida, setenta entre los Salesianos y cincuenta y seis en actividades distintas de responsabilidad son muchos días y muchos trabajos para resumirlos en una reseña, que no es una biografía, ni siquiera una carta mortuoria. Ya se escribió un día con mucha puntualidad y cariño.

Es una simple semblanza y un recuerdo a once años de distancia. Ya se sabe que toda una vida no se puede reducir a una insulsa enumeración de nombres y fechas. Esto no es más que una evocación fugaz al hilo del recuerdo.

Don Juan fue e hizo mucho más de los que dijo. Era parco en palabras; no hablaba más que lo justo. No era hombre de facundia ni de exterioridades. Lo suyo fue ver, hacer y callar. De él decía don David Moran, catequista y profesor de Moral de los teólogos, que estaba en todo y que tenía singulares dotes de gobierno. Lo decía un hombre informado y que estuvo a su lado bastantes años.

Don Juan tenía presente la norma del buen director: «Verlo todo, callar mucho y decir lo preciso.»

Físicamente era bien proporcionado, sonrosado, pulcro; tenía el porte de un canónigo o de un varón de curia. Hablaba pausadamente, nunca en voz alta o en tono destemplado, con una suave pereza, parco y aplomado en cuanto decía.

Tenía la virtud de la constancia. La primera vez decía una cosa porque había razón para ello; las demás veces la razón era porque así se había dicho.

Se decía de él que no tenía imaginación —todavía no se había lanzado el grito de «la imaginación al poder»—, que tenía poca sensibilidad y arranque de lirismo. Sin embargo, tenía detalles que no brotan más que de un corazón grande; sabía ser cordial,

humano y comprensivo; le dolían algunas deficiencias materiales que no se podían remediar. No tenía demasiado sentido del humor, pero toleraba el de otros, lo reía y lo celebraba, aunque se hiciera a cuenta de él, de sus hábitos, de su estilo o de su calva. Muchas veces salía a relucir ésta en las sobremesas.

—Lo ha dicho el señor Director, y don Juan no tiene un pelo de tonto.

—Ni de listo —replicaba él, riendo la tomadura de pelo.

Cuando llegó a Carabanchel como Director, en la inauguración del curso se le dijo que llegaba al Teologado en un momento oportuno, cuando, salvados los titubeos de los comienzos, se le podía imprimir una marcha de altura. Se confiaba mucho en su experiencia, en sus dotes de gobierno y en el ascendiente que tema sobre los Inspectores. Esas esperanzas no quedaron defraudadas.

Apenas comenzado el curso, en la primera conferencia de los miércoles, de pie junto a la cátedra, mirando al centenar largo de teólogos que tenía delante, sin asomo de reto, pero con firmeza, ajustándose las gafas —gesto que repetía a menudo, como un reflejo—, terminó la exposición: «Como resumen, yo os daría las siguientes normas: No tengáis dinero, no salgáis sin permiso, no faltéis a los actos de comunidad. Si tenéis en cuenta estos avisos y algunas pocas cosas más, yo os aseguro que pasaréis un año muy tranquilo y estaréis contentos en el Estudiantado...»

Se lo decía a hombres curtidos, no a seminaristas lampiños, muchos de ellos pasados por el frente, las cárceles, los cuarteles y una sociedad en guerra o posguerra difícil. Así de poco aparatoso y técnico era el proyecto educativo que les proponía. Con unos principios claros y seguros, mantenidos con bondad, firmeza y constancia, se creó un ambiente sereno y natural de observancia. Aquellos teólogos no sólo no crearon los problemas más o menos artificiales que después surgieron en aquél y en otros centros semejantes: formaron un «colectivo», como se diría ahora, ordenado y laborioso. Estudiaban, a veces con un afán ingenuo de bachilleres, cumplían y organizaban en funciones de iglesia, sobremesas, teatro, actos académicos, demostraciones verdaderamente dignas. Había elemento y prestación para todas las actividades. El hecho

más significativo es que el Teologado funcionó sin estridencias y el índice de perseverancia fue máximo. El mérito habrá que atribuírselo al ambiente general, a los alumnos, pero también a los formadores y a don Juan.

Podría aplicarse a él aquello del poeta, por su ecuanimidad y buen pulso:

*«Conduciría un rebaño de elefantes
y de corderos a la vez.»*

Los últimos años de su vida no los pasó ocioso. Dejó de ser Director de casas para ser director de conciencias. Los salesianos, los aspirantes, las Hijas de María Auxiliadora, las Voluntarias de Don Bosco y otras religiosas le tuvieron por confesor y se beneficiaron en gran medida de su experiencia, de su discreción y de su virtud bien ejercitada.

Es verdad que en estos años no se mostraba feliz, pero no por motivos personales o descontento de sí mismo. Era por el ambiente enrarecido y decadente que creía ver en las casas y en la vida religiosa, las deserciones y el entibiamiento, lo que se había dado en llamar «hemorragia de vocaciones y hemorragia de espíritu». Le dolía la Congregación y advertía peligro de desastre en algunos derroteros. No había asimilado la sabia y tranquilizadora advertencia de Juan XXIII:

«Decid a los jóvenes que el mundo ha existido antes de ellos; decid a los viejos que el mundo existirá después de ellos.»

Le enterraron el 27 de septiembre de 1978 en el panteón salesiano de Carabanchel, la casa en la que había pasado la mayor parte de su vida; le enterraron vestido de sacerdote, como era natural, porque la sotana había llegado a ser para él, más que una vestimenta, una segunda piel. Le acompañaba un numeroso público de salesianos, salesianas, religiosas y amigos suyos y de la Obra Salesiana. Rezadas las oraciones de rito, todavía presente el féretro, don Juan Velasco, desde una pequeña altura, dirigió unas palabras de agradecimiento a los presentes y de último homenaje a don Juan. Se creía en el caso de hacer saber a todos el testamento espiritual del difunto y lo que podía ser su última voluntad, una voluntad por cierto para no cumplir: «No se me hagan elo-

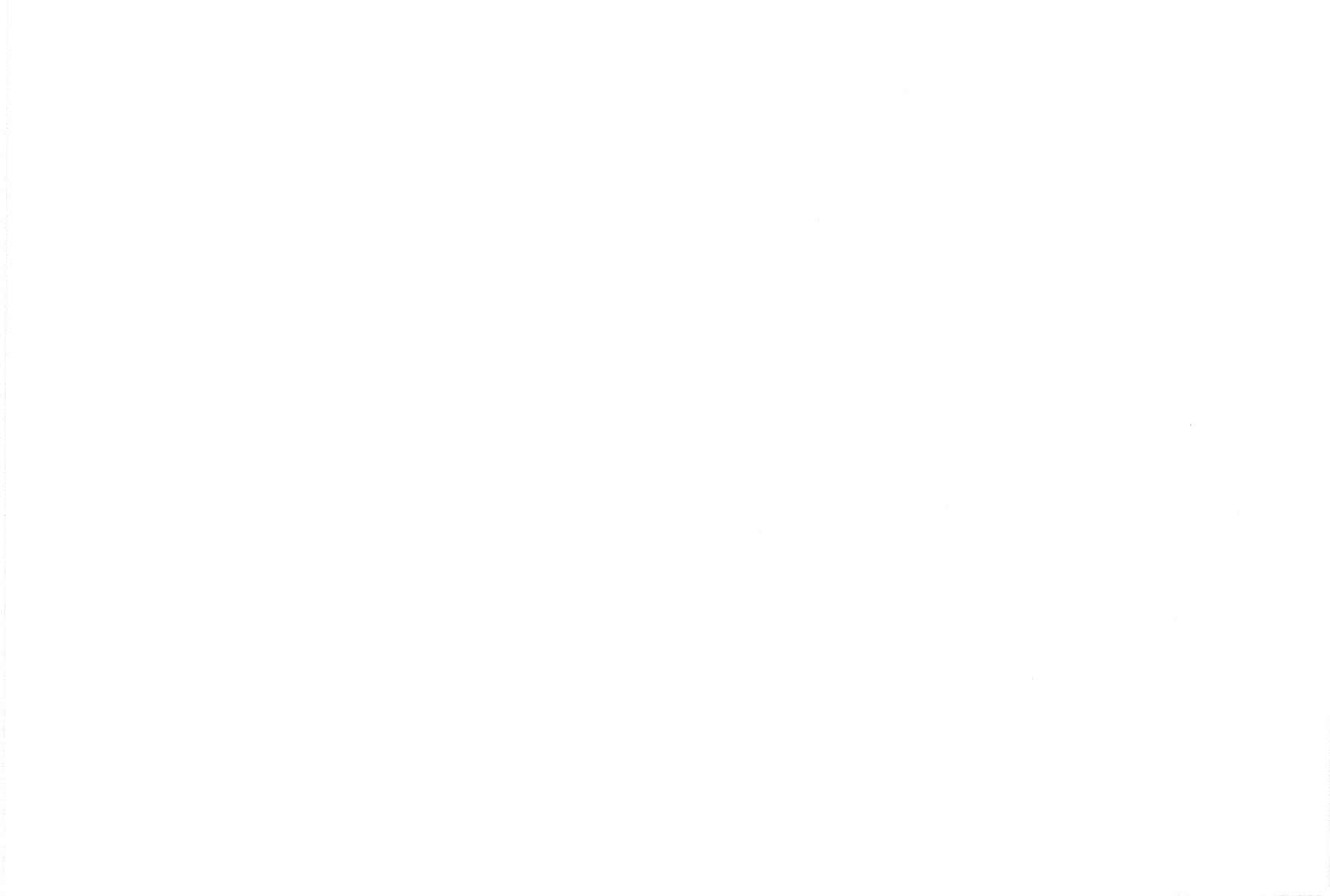
gios de virtudes que no tengo. Me siento con las manos vacías. Pido perdón a todos los que, involuntariamente, haya podido ofender o dañar.» Un testamento, como se ve, inspirado por una modestia afectada o por una humildad admirable. Ese vacío espiritual y esos deméritos de que se acusaba, muchos los aceptarían sin reparo para hacerlos su fortuna delante de Dios.

«Cada cual con su vida», dice el adagio popular, entre desentendido y respetuoso con el comportamiento de los demás. Lo mismo podía decirse: «Cada cual con su muerte.» Don Juan tuvo la muerte que le cumplía a él: la de un hombre prudente, fiel, cumplidor, consecuente con Dios y consigo mismo y noblemente bueno.

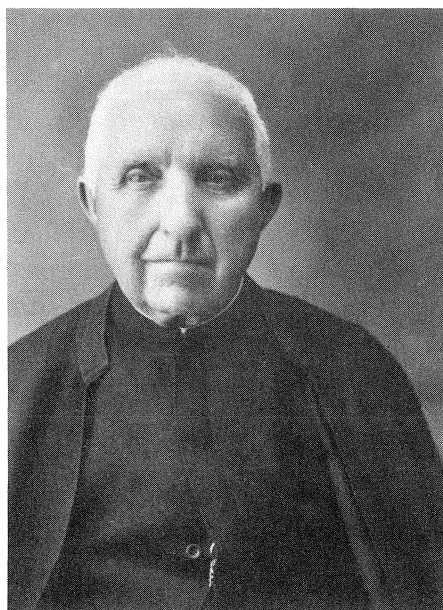


OCTUBRE

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
1	1953	Sacerdote	Ángel DE DIOS ALVAREZ	86	291
1	1979	Sacerdote	Javier RUBIO IBAÑEZ	67	297
6	1977	Sacerdote	Domingo DEL BOSQUE PIÑEIRO	53	302
6	1978	Sacerdote	Isidoro MORO VILLORÍA	74	306
9	1896	Clérigo	Pedro REUS BARCELO	24	313
16	1955	Sacerdote	Francisco PUCKO SAVRIC	48	315
17	1928	Sacerdote	Antonio CASTILLA ORTIZ	54	321
18	1935	Clérigo	Francisco GONZÁLEZ CARIDE	20	325
21	1984	Sacerdote	Honorino TEJEDOR BRAVO	63	328
28	1904	Sacerdote	Ernesto OBERTI PORTA -	50	333



ÁNGEL DE DIOS ALVAREZ



Sacerdote.

Nació en Miñodagua de Junquera de Espadañedo (Orense) el 19-X-1867.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 18-IV-1896.

Sacerdote en Tuy (Pontevedra) el 4-IV-1906.

Falleció en Salamanca el 1-X-1953.

Don Ángel de Dios llevaba en su nombre y en su apellido su condición. Era verdaderamente, si no un ángel, sí un hombre de Dios. Callado, serio, prudente, religioso observante y cabal. Tenía un marcado aspecto de párroco, lo que comenzó siendo y aparentó siempre ser. Así se le veía en sus paseos por la clerical Salamanca de hace años.

Solo, grave, con su andar aplomado, el manteo recogido y sin entretenerse con nadie en la acera. Tenía pocas relaciones y no se le recuerda como conversador ni siquiera en la mesa. Sólo se le

oía hablar en el confesonario, en prédicas al oído y con su inomisible acento gallego.

Nació en 1867 en Miñodagua, aldea de la parroquia de Junquera de Espadañedo, provincia de Orense. Sus padres, Domingo y Lucía, cristianos viejos, piadosos y acomodados, le confiaron a los Padres Paúles para hacer los primeros estudios, a la sombra del Santuario de Nuestra Señora de los Milagros.

De allí pasó al seminario. Hizo la Filosofía, la Teología y recibió las sagradas órdenes. Un compañero de estudios decía de él que «se comportó siempre como un seminarista modelo». No es necesario ningún esfuerzo para creerlo. Ya sacerdote, se quedó en la parroquia natal, como suplente y ayuda del párroco, ya anciano.

Cuando regía la parroquia de Cristasende, por cierto, con gran satisfacción de sus fieles y no menor edificación de sus compañeros de sacerdocio, de pronto abandonó el ministerio parroquial y entró en el seminario salesiano de Carabanchel Alto. El cambio, tan súbito, no se debió a ningún fracaso ni a ningún desengaño. El mismo daba la explicación. Murieron sus padres, se casó la hermana que le atendía y se sintió muy solo. El futuro se le presentaba incómodo, difícil y no sin peligros. Ante tal perspectiva, optó por acogerse al seguro de la vida religiosa. ¿Por qué eligió la Congregación salesiana? Porque tenía de ella alguna noticia por el Boletín y porque así se lo aconsejaron dos grandes amigos suyos y bienhechores de nuestra Obra: don Emilio Montero y don David Touriño.

Los dos eran clérigos muy autorizados en la diócesis de Orense. Don David, al morir, legó su copiosa biblioteca a la casa de Carabanchel. Allí hemos encontrado años después libros bien valiosos con la estampilla de don David. Era el legado de un bienhechor bibliófilo. Dios se lo haya tenido en cuenta.

Don Ángel continuó en Carabanchel hasta el año de 1911. A partir de esa fecha pasó por las casas de Baracaldo, Santander, La Coruña, Astudillo y Pamplona. Su ocupación preferente en esas casas fue la de Prefecto. Su sentido práctico, la costumbre del ahorro aprendida en su casa y su espíritu de pobreza le hicieron muy recomendable para tal cargo. En él se buscaba más al

administrador fiel y buen conservador que al empresario con imaginación y de grandes proyectos.

Desde Pamplona volvió a su tierra y su antiguo oficio, como encargado de la parroquia de Vigo. De allí pasó a Madrid como Rector de la iglesia de Atocha, hasta que el año 1935 es destinado a Salamanca como confesor. Fue su última obediencia.

En Salamanca le sorprendió la guerra civil. La ciudad se pobló de uniformes y un ambiente nervioso, febril, la convirtió más en cuartel general que en «alma mater».

El Colegio de María Auxiliadora no se podía sustraer a la histórica coyuntura.

Al lado de las actividades escolares se movían los soldados de la Legión Cóndor, y aunque todo se desarrollaba con la exactitud de otro cuartel, según la disciplina proverbial de aquel centro, los ánimos de salesianos y estudiantes vibraban al compás de aquella vida, unas veces de sobresaltos y otras veces de entusiasmos.

El menos alterado era don Ángel, por su edad, de vuelta de muchos avatares, por su temperamento impasible y asentado y por su virtud, a salvo de oscilaciones.

Repartía su tiempo entre el confesonario, del que nunca se le notaba ausente, sus rezos y las prácticas de la vida común, seguida con mecánica exactitud, incluido el patio. Se le veía en los tiempos de recreo paseando por el pórtico, erguido, pausado, con las manos cruzadas y haciendo girar los pulgares...

La edad y los achaques le pusieron más de una vez en trance de gravedad, pero su natural vigoroso le hacía sobreponerse, recobrar y volver a la vida de comunidad. Con ocasión de una de esas crisis, después de confesarse, hizo un «rendiconto» completo al Director y le expuso con admirable precisión, lo que constituía su modesto patrimonio: objetos, documentos, libros, pertenencias y todo lo que, a su parecer, debía someter al conocimiento y aprobación del Director una vez más.

El último asalto de la enfermedad le ocurrió el 7 de septiembre, cuando en el colegio se estaba en las tareas de los exámenes de recuperación de suspensos y se preparaba la fiesta de la Virgen de la Vega y las ferias. El ya no las presencié. Durante algunas semanas se vio obligado a guardar cama y esperar la muerte, que

presentía cercana. Comulgaba todos los días, recitaba sus oraciones y se entretenía con los hermanos que le acompañaban y asistían. Todos le veían admirablemente resignado y se daban cuenta de su empeño en no causar molestias y agradecer cualquier servicio que se le prestase. Mostró su buen temple y su delicadeza hasta el final.

El día 1 de octubre, día de recepciones y de protocolo oficial, el Director, que llevaba tan sólo en la casa una semana, se encontraba por la tarde atendiendo a las primeras visitas de padres y alumnos. De pronto, el enfermero se presenta alarmado anunciando un repentino agravamiento de don Ángel. La arterioesclerosis generalizada y la diabetes que venía padeciendo le atacaron al corazón y apenas dieron tiempo para prestarle los últimos cuidados y leerle la recomendación del alma.

Al día siguiente, cuando los alumnos, con equipajes voluminosos y caras mustias hacían su entrada en el colegio, don Ángel salía para siempre de él, acompañado por los hermanos de la casa, antiguos alumnos y numerosos amigos que se apresuraron a expresar su pesar y la gratitud al salesiano cuya figura les era familiar. Le habían encontrado muchas veces en el confesonario y le habían visto en los patios, como un asistente pacífico, el paso lento, la mirada observadora y las manos entrecruzadas, como se le quedaron para siempre.

A partir de aquel mediodía en que el duelo se despidió a la altura del Campo San Francisco, muchos volvieron con el ánimo abatido y con la comprobación que significaba la ausencia y la privación de un salesiano observante, prudente y cumplidor. El día de los Angeles Custodios don Ángel nos privaba de su compañía.

Recogiendo sus enseres en la mesa y en el armario de su habitación se encontraron varias cajas de chucherías y de objetos abandonados por los chicos y que él había ido recogiendo y guardando: trozos de lápices, botones, fundas de gafas, medallas, insignias de solapa, monedas... ¿Morralla y desperdicios o eran más bien reminiscencias de administrador meticulado y «ahorradoriño», preciosos cultivos de un profesional de la vida religiosa y muestras de su amor a la pobreza?

Don Ángel no fue un empleado de la primera hora, pero cuando entró en la Congregación entró de lleno. Su vida, de ochenta y seis años, religiosamente vivida hasta el fin, compensó su retraso. Bien la quisiéramos para nosotros, más que por su prolongación, por su entereza y su ejemplaridad.

Descanse en paz.

JAVIER RUBIO IBÁÑEZ



Sacerdote.

Nació en Manchones (Zaragoza) el 14-XI-1912.

Profesó en Gerona el 26-VII-1930.

Sacerdote en Pamplona el 29-VI-1939.

Falleció en Madrid el 1-X-1979.

La fotografía que encabeza este apunte nos le ofrece corpulento, con una corpulencia inusual y morbosa, semblante noble, rasgos blandos, mirada talentosa y bien portado. En otra imagen más de fondo, don Javier era el sacerdote digno, religioso convencido, espíritu sin complicaciones y hombre de bien, abierto y sencillo, aunque no muy propicio a la amistad entregada y profunda.

Nació en 1912 en Manchones (Zaragoza), si bien su infancia transcurrió toda ella en Falces, pueblo de Navarra con historia y

con riqueza: una vega fértil, iglesia monumental y el primer marquesado de la región.

Su madre era maestra y su padre médico, con prestigio y muy querido en el vecindario. Don Javier guardaba de él una carta que leería muchas veces y asimiló en buena parte: «No sé si estoy bien o mal —le decía poco antes de morir—. Muchas veces la razón y la medicina me dicen que la cosa es grave y que mi vida no será larga. Yo estoy conforme con esta idea y únicamente le pido a Dios que no me haga sufrir mucho.» Esa actitud resignada a no disfrutar, más que a sufrir, la compartió también don Javier.

Fue el segundo hijo de una familia acomodada en un pueblo rico. Esa circunstancia no fue obstáculo a su vocación.

Sarria, Campello y Gerona fueron los primeros pasos de su vida salesiana. El trienio lo hizo en Alcoy y estudió la Teología entre La Crocetta y San José del Valle, coincidiendo con los años de la guerra civil.

Al terminar el primer año de Teología en Turín, ante el cariz que iba tomando la situación en España, escribe a su Inspector consultando si debe venir a pasar el verano en la Inspectoría o debe permanecer en Italia. Se ve que algo más decía en aquella carta, a juzgar por la contestación del Inspector, el padre Calasanz.

«Tu carta —escribe— ha sido para mí un gran consuelo, pues veo por tu parte tu decidida voluntad, y de otra, que has experimentado la verdad de lo que tantas veces os he dicho, o sea, que cuando nos entregamos a los superiores como debemos hacerlo, encontramos en ellos los verdaderos padres que san Juan Bosco quería que fueran para con todos...» Es un testimonio que dice bastante a favor del que escribe y del destinatario, pese al marcado estilo que ahora llamaríamos «paternalista».

Fue ordenado sacerdote en Pamplona el 29 de junio de 1939. Cuando murió haría de ello cuarenta años, como al año siguiente haría los cincuenta de su profesión.

Las primeras obediencias como sacerdote fueron Azcoitia y Horta. En este colegio desempeñó los cargos de Consejero, Catequista y Director.

Dirigió durante dos años la fundación de Badalona. Allí, y en

Rocafort después, tuvo ocasión de desplegar su dinamismo, su celo y dotes de gobierno, al tiempo que se iba preparando para las tareas que habían de definir su misión salesiana. Con experiencia suficiente, estudios universitarios y madurez, está en condiciones de ejercer funciones de mayor compromiso y de alcance más amplio.

En 1958 es destinado a Madrid, a la Casa Don Bosco, como entonces se llamaba la Central Catequística.

Le trajo a la capital un fin determinado y una razón diríamos coyuntural. No se vio muy cumplido ese intento, pero aquí le esperaban los años más fecundos de su apostolado y en esta Casa encontró la sede que ya no había de abandonar.

Fueron los años primeros al frente de la Asociación de Antiguos Alumnos como Consiliario Nacional. Siempre ha sido éste, y acaso más en aquellos años, un cometido difícil de llenar. Requiere preparación, categoría humana, habilidad y virtud. Don Javier lo desempeñó durante nueve años; tuvo que afrontar algún caso particularmente espinoso: INCESA; potenció la Asociación, dotándola de nuevos reglamentos e hizo oír la voz de los Antiguos Alumnos en el Capítulo General XIX.

Su actuación tuvo más de eficacia que de espectacularidad.

El año 1965 le encontramos como Delegado Nacional de Cooperadores, cuando se trataba de dar a esta Asociación un nuevo impulso por obra de don Rícceri, del Concilio y del Capítulo General. En ambos cargos continuó y mejoró la trayectoria trazada por el benemérito don Rodolfo Fierro.

El cuidado de esas Asociaciones y la redacción de la revista «Don Bosco en España», el «Boletín Salesiano» y el «Boletín de los Cooperadores» y su notable colaboración en «Alameda» llenaron sobradamente esos años y pusieron a prueba su capacidad de trabajo y no menos de sacrificio.

Además de esas tareas que ocupaban su jornada hasta bien altas horas de la noche, todavía encontraba tiempo para obligados desplazamientos dentro y fuera de España. Puso en marcha la Obra del Tercer Mundo, los Hogares Don Bosco, la Obra del Sagrado Corazón e incluso en fiestas y ocasiones de Familia Sale-

siana, contribuía en sobremesas y encuentros con números de humor y de ingenio.

A medida que las Obras mencionadas iban cobrando auge se fueron desglosando y adquirieron nuevos colaboradores. Otros fueron haciéndose cargo de ellas, con generosa cesión por parte de don Javier, que, aun teniendo ocasión de seguir las muy de cerca, se guardó bien de ejercer la menor injerencia.

Saber actuar de lleno y saber retirarse de empresas en las que se ha puesto entrega y cariño es obra que requiere discreción y virtud. De ambas dotes hay que hacerle mérito a don Javier.

Pocas veces se le oyó hacer alusión a motivos de familia o actuaciones llevadas a cabo por él, por más que, a cierta altura, se viva un poco de mirar hacia atrás con ánimo comparativo, con satisfacción o melancolía y sea éste un achaque bastante común y muy excusable.

Todavía en los últimos años, relevado de sus funciones anteriores, con las facultades naturalmente mermadas, pero vigentes aún, empleaba su tiempo, bien administrado, en traducir para la Central Catequística, colaborar en publicaciones de la Familia Salesiana, atender a los Cooperadores de la Casa, mantener al día su curiosidad intelectual y emplear sus ocios en quehaceres un poco de afición y otro poco de utilidad.

Es muy difícil pretender decir en pocas líneas lo que se ha hecho en años y años de vida intensa y asidua.

Cuando había empezado a disfrutar de una relativa y bien ganada jubilación, cuando podía prometerse años de vida por delante, como al personaje de las inmortales coplas: «Vino la muerte a llamar a su puerta.» Y vino de improviso. Se nos marchó como le acaecía muchas noches, alegando cansancio, sueño o flaquezas que le iban acechando. Cuando nos queríamos dar cuenta, había desaparecido.

El 20 de septiembre fue su última jornada normal. Celebró su Misa como a él le gustaba: solo y sin demasiados comentarios. Leería los consejos de san Pablo a Timoteo sobre el ministerio de la palabra y el rito de la ordenación: «No descuides el don que posees, que se te concedió por la imposición de las manos de los

presbíteros...» El episodio de la Magdalena con el pomo de perfumes roto y derramado a los pies del Señor. Esa podía ser su vida.

La noche siguiente cayó enfermo con alguna afección de hígado, al parecer no grave. En vista de la persistencia, el día 1 de octubre el médico aconsejó trasladarle a la clínica a fin de intensificar el tratamiento o, en el peor de los casos, intervenirle.

Era mediodía cuando se le trasladó, bien lejos de pensar, ni él ni los demás, que ya no regresaría a la que había sido su casa durante veintiún años.

Cientes de la librería y transeúntes que le vieron trasladarse por su pie y colocarse en la ambulancia, decaído y un poco amarillento, le miraban con curiosidad y compasión. «Agora nos partimos; Dios sabe el ayuntar...»

Efectivamente, el reencuentro ya no se produjo, por desgracia.

Al atardecer nos llegó la tremenda y súbita noticia: don Javier Rubio había fallecido.

Se produjo en todos la imaginable conmoción. La noticia era tan fuerte como inesperada.

Salesianos, familiares y amigos, que ni siquiera tenían conocimiento de su enfermedad, fueron llegando y pasando por la capilla ardiente.

Estaba revestido de alba y estola blanca; tenía un gran rosario entre las manos y, al lado, las Constituciones.

La Misa de exequias, «corpore insepulto», fue presidida por don José Antonio Rico y concelebrada por cuatro Inspectores y salesianos venidos de las casas de las diversas Inspectorías. A todas había llegado de alguna manera la enseñanza y el asesoramiento de don Javier.

Fue enterrado en el cementerio de Carabanchel Alto, en el panteón salesiano.

Allí le dejamos, bajo un claro sol de mediodía, junto a una veintena larga de salesianos que yacen en comunidad de descanso, de silencio y de esperanza.

Dios le tenga en su paz.

Para él nuestra oración sin amén y de él a nosotros, como

petición, llamada y apercebimiento saludable, aquel versículo de la Sabiduría:

*«Enseñanos a calcular nuestros años
para que adquiramos un corazón sensato...»*

DOMINGO DEL BOSQUE PIÑEIRO



Sacerdote.
Nació en Béjar (Salamanca) el 12-V-1924.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 6-IX-1942.
Sacerdote en Madrid el 24-VI-1951.
Falleció en Madrid el **6-X-1977**.

Nació en Béjar un día de mayo de 1924. Las primeras letras las aprendió, como sus hermanos José Manuel y Vicente, en las Escuelas Salesianas. Los primeros fervores los sintió en su propia casa, bajo la acción de su madre y de su padre, un nonagenario todavía erguido que va en peregrinación a visitar a la Patrona y tiene bien asimilado el estribillo: «De Béjar al Castañar y del Castañar al Cielo.»

A los seis años Domingo ingresaba en el Colegio Salesiano y comenzaba una carrera que estaba por dar sus mejores frutos cuando le sobrevino la muerte.

Tenía doce años cuando ingresó en el Aspirantado de Astudillo, en los últimos años de don Pedro Olivazzo como Director.

De Carabanchel salió para el Noviciado de Mohernando. En el informe de presentación se decía de él: «Piadoso, bastante inteligente y de buen carácter.»

Unas notas de cuarto curso acreditan su buena disposición para el estudio, sobre todo de Ciencias y Matemáticas, que habían de ser su fuerte como maestro.

Los años que pasa en Mohernando como novicio y filósofo, y en Orense y Santander, como trienal, completan sus conocimientos y fraguan su vocación y su personalidad.

A la Teología llega ya el hombre con cierta experiencia, no siempre estimulante, y con una conciencia un tanto crítica, en el buen sentido, no siempre optimista, aunque sin amargura ni mordacidad.

A pesar de la limitación de su vista, el rendimiento en los estudios era más que aceptable. La miopía no menoscabó su inteligencia. Tenía ideas, ideas propias y no era fácil en apearse de ellas. Fue una de las pruebas y de los méritos en sus últimos años de formación salesiana.

Ejerció su sacerdocio entre los colegios de Baracaldo y Guadalajara, pero sobre todo en los de María Auxiliadora, de Salamanca, y del Paseo de Extremadura. Este último fue la palestra principal de sus actividades. Era un sitio muy a propósito para sus gustos y preparación, aquel colegio que la fundadora ideara en un principio, allá por los años veinte, «como un colegio rico para niños pobres».

La realidad vino a hacer con los años que ni el colegio fuera tan rico ni los alumnos fueran tan pobres. Pero al menos en el emplazamiento, por aquellos años, sí que era un centro privilegiado. Una extensa terraza, al lado de la Casa de Campo y con una panorámica espléndida, frente al Madrid más vistoso y goyesco. Allí pasó Domingo, en distintas etapas, veintiún años, el cogollo de su vida profesional y sacerdotal.

Veintiún años de enseñanza son ya por sí solos un apostolado bien eficaz. «La enseñanza ejercida a conciencia y prolongada du-

rante años llega a convertirse en una rutina, pero es una rutina saludable y la única que incide y cala en el alumno.»

Los alumnos, siempre de los cursos superiores, ejercitados ya en el aprendizaje y aptos para el trabajo de formación intelectual y moral, le proporcionaban un campo para moverse a gusto como enseñante, pastoralista y predicador de Ejercicios Espirituales. El cargo de Tutor del COU le vino de perlas y le permitió encarnar una figura que él había acariciado largo tiempo antes de haberse implantado oficialmente.

Seguía dando con rigor sus clases de Física y Matemáticas, pero reservaba sus preferencias para lo que entendía más importante y más directamente educativo. Fue Consiliario de los Antiguos Alumnos, Encargado del Centro Don Bosco, «sede animadora de múltiples actividades juveniles», Consiliario de la Asociación de Padres de Alumnos y redactor de la hojita colegial «Alegres», lazo de unión y exponente de las múltiples realizaciones de aquel gran complejo docente en la que con chispa mostraba periódicamente su amplia cultura y su ingenio.

Todo ello le obligaba a profundizar su preparación, a cultivarse continuamente y a desplegar la iniciativa y el tacto que esos apostolados requieren.

No tuvo cargos de alto gobierno, pero no los necesitaba para hacer el bien y ganarse la estimación de sus asistidos. Bien se lo probaron. Ya se sabe que muy a menudo ejercen más influencia los ideólogos que los gobernantes. Tienen visión y poder de captación y no ejercen papeles que los malquisten.

Al cabo de estos años bien podemos imaginar que Domingo se sentía plenamente realizado, sin el complejo que alguna vez pudo morderle de no verse justamente reconocido y situado en sus posibilidades.

«Estoy contento con don N. —se le oyó decir alguna vez—, porque es un hombre que deja trabajar.»

Necesitaba lo que todos y lo que es el secreto de todo buen gobierno: confianza.

¿Cuáles serían sus proyectos para el curso recién estrenado 1977-78?

¿Cuántas tandas de Ejercicios tendría ya apuntadas en su agenda, reuniones, encuentros, visitas de estudio?

Todas se las canceló la muerte. Morir cuando queda tanto por hacer y cuando más a fondo estaría dispuesto a emplearse...

Murió de una enfermedad del corazón, él, que parecía tan cerebral y dado a las Ciencias Exactas.

Los que estaban lejos de Madrid recibieron casi al mismo tiempo la noticia de la enfermedad y la comunicación de su muerte.

Esta le sobrevino en brevísimos días, fuera de casa y en condiciones de no poderse ver acompañado por quienes tanto interés hubieran tenido en asistirle en tales momentos.

«Recibió con plena conciencia y profunda devoción los santos sacramentos.»

El, que en sus oficios de predicador y consiliario de apostolados sociales, tantas reflexiones agudas, originales, sacadas de tan variadas fuentes, había hecho sobre la vida, ofrecía ahora la de su propia muerte.

Ya se explican ciertas impacencias y la sinceridad con que se le oyó alguna vez lamentar la lentitud de ciertos procedimientos y procesos de renovación... Casi sonaban a desesperanza o a defraudación las palabras de una conversación amistosa, paseando un recreo de mediodía por el embaldosado del patio, las manos en los bolsillos, los pasos largos y la voz silbante:

«Desengañese, don N., llevamos demasiado tiempo esperando a Godot», decía, aludiendo al título de la comedia.

Por desgracia, el «godot» de la muerte llegó para él, tal vez, demasiado pronto, a sus cincuenta y tres años. ¡El tiempo, que no se detiene, «ni vuelve, ni tropieza...»!

La Asociación de Padres del Colegio, «como muestra de afecto y del respeto que le profesaban, concedió a don Domingo una bandeja de plata». La recibió su padre, en homenaje muy emotivo y postumo.

Dios le haya concedido ya un premio mucho más gratificante y valioso que una bandeja de plata...

ISIDORO MORO VILLORÍA



Sacerdote.
Nació en Salamanca el 11-III-1904.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1920.
Sacerdote en Vigo (Pontevedra) el 21-IX-1929.
Falleció en Madrid el 6-X-1978.

Nació en Salamanca el año 1904 de familia cristiana y salesianísima. Su padre era muy adicto al Colegio de San Benito, catequista ayudante del Oratorio y uno de aquellos antiguos alumnos que se movían por el colegio como por su propia casa, hacían de todo, conocían sus rincones y ahora se llamarían cooperadores. Más que antiguos alumnos eran cuasi salesianos.

En aquella casa pequeña al lado de una iglesia monumental surgió la vocación salesiana de don Isidoro.

Hizo el aspirantado entre Carabanchel y Campello, como se usaba en aquellos años. El noviciado, en Carabanchel, bajo la di-

rección del padre Castilla en su primer año de Maestro de Novicios. Formaban un noviciado de 31 novicios. Algunos viven todavía, son octogenarios y llevan nombres bien conocidos e ilustres. Otros pasaron a mejor vida, después de haber trabajado como buenos y haber dejado un largo reguero de ejemplaridad. Don Isidoro no era el menos benemérito y respetable de ellos.

De chico no era de los más simpáticos y mejor plantados, no era de los populares y amigo de amigos, pero tenía una capacidad más que común: era serio, responsable y voluntarioso ya entonces.

Después de la Filosofía, hecha en Carabanchel mismo, fue destinado a Atocha para hacer el trienio. Fue un período bien atareado e intenso, que recordaría siempre en tono de encomio y hasta de discreta jactancia. Daba clase durante el día en Atocha, por la tarde se trasladaba a Estrecho para atender a los adultos y todavía le quedaban energías y ganas para preparar por la noche las funciones de teatro, que eran la obligada tarea postescolar a la que él se sintió siempre tan aficionado y dispuesto. Apuntaba ya el escenógrafo que fue siempre y que, todavía en San Fernando, unos meses antes de morir, tuvo arrestos para pintar una decoración. Genio y figura...

Los excesos siempre se pagan, aunque se den por bien pagados y no hagan escarmentar, como en el caso de don Isidoro. En él, ya entonces, podía más la profesionalidad que la propia salud. Tal vez por eso, siendo teólogo ya y próximo a ordenarse de sacerdote, contrajo una enfermedad grave. Gracias a los cuidados de su madre la superó. Lo recordaba y reconocía así con encariñada admiración él, que se mantuvo siempre tan apegado a su familia y afectuosamente asiduo a ella.

El 15 de agosto de 1928 hizo su profesión perpetua y se entregó a Dios «con corazón desnudo y fuerte», según san Juan de la Cruz, y un año después, el 21 de septiembre de 1929, en las témporas de san Mateo, se ordenó de sacerdote.

Los primeros años de sacerdocio los pasó entre las casas de Vigo, Estrecho, Santander, La Coruña y Deusto. Pasó por casas de diversas zonas y modalidades, como para redondear su experiencia antes de afincarse en la del Paseo de Extremadura, que

fue la casa de su vida y de su desvivirse. La vio y la hizo surgir de las ruinas de la guerra, la vio crecer y hermostarse, como una criatura bienamada, y aunque no llegó a verla tan integrada y completa como él y muchos otros hubiera deseado, con una iglesia basilical enseñoreando todo el conjunto, la dejó digna y vistosa, convertida en magnífica atalaya del Madrid más clásico y casi en el «colegio rico para niños pobres» que la fundadora, doña Rosa Cáceres, había acariciado en el primer proyecto. ¡Buenos desvelos y buenos forcejeos costó la reconstrucción del Colegio de San Miguel Arcángel! Allí don Isidoro vertió sudor y bilis. Cuando se inauguró la obra, un día de finales de abril de 1961, el Obispo, el Director General de Enseñanza, antiguos alumnos, invitados distinguidos y público encomiaban, aplaudían sin reservas y se interesaban por los pormenores de aquella construcción surgida en el Alto de Extremadura como su mejor remate. La ceremonia se cerró con la representación de una zarzuela, preparada con todo el empeño por don Isidoro, que con aquella pieza ponía la apoteosis de la Institución y de sí mismo. Se trataba de una obra, de un teatro y de un escenario a su medida. No era un hombre puerilmente vanidoso, pero bien puede decirse que aquel día fue uno de los más llenos de su vida y que le relevarían de muchos trabajos y no menos enfados. ¡Lástima que la pretendida basílica se quedara en una cripta o en un salón de columnas sin arte, que es la capilla! Las otras iglesias parroquiales salesianas de Madrid han tenido mejor fortuna hasta el presente.

Pero la labor de don Isidoro, en el Paseo de Extremadura no se limitó al edificio. A él le encomendaron la reconstrucción y la prestancia que adquirió con los años, pero trabajó con el mismo denuedo en otros sentidos.

La impresión que tienen de él los alumnos de los años cuarenta es que era «un hombre fenomenal». Les daba clase de Religión, de Matemáticas, de Letras, Dibujo...

Fue maestro de escena muy acreditado; en el patio estaba siempre rodeado de muchachos; hablaba con ellos de todo: de religión, de ciencias, de letras, del arte del día, política, deportes, de las incidencias del colegio.

Los alumnos se franqueaban con él porque los escuchaba y porque guardaba lo que le decían.

Era hombre de confianza y de secreto. Se le veía más identificado con los alumnos —así les parecía a ellos— que con los mismos salesianos. En las clases era competente y razonablemente exigente, como lo era, incluso fuerte, de genio y enérgico hasta lo descompuesto cuando se trataba de asegurar un cometido, imponerse y hacerse obedecer.

Creencia y querencia van juntas en la pedagogía. Querer a una persona es creer en ella, en cuanto hace y dice: una especie de fascinación. Eso es lo que ejercía don Isidoro en aquellos muchachos, que le siguieron igualmente adictos cuando traspasaron los muros del colegio y pasaron a ser antiguos alumnos. De ellos se podría asegurar lo que san Vicente de Paúl dice de los pobres: «No agradecen, más aún, no perdonan lo que no se les da con amor, porque lo que se les da sin amor no los beneficia: los humilla.»

Como sucede en casos parecidos, sería difícil precisar si eran antiguos alumnos salesianos o eran antiguos alumnos de don Isidoro y si el ascendiente que sobre ellos ejercía era pedagógico y apostólico o personal.

En cuanto a su otra faceta destacada, se podría decir que fue un arquitecto frustrado. Don Marcelino Olaechea quiso mandarle a la Escuela de Arquitectura, cosa que no llegó a realizarse y no porque la voluntad del Inspector no fuera ésa. Pasaba por entendido entre los de dentro y los técnicos de fuera, que tomaban muy en cuenta las iniciativas de don Isi —así se le llamaba familiarmente—. Perteneció a la Comisión de Obras de la Inspectoría desde que se constituyó y fue siempre un miembro efectivo de ella. ¿En qué casa de formación no habrá huellas de la mano de don Isidoro?

Tal vez adoleció de perfeccionismo y de la ambición con que se proyectaron entonces otras obras.

Por otra parte, los superiores recomendaban con insistencia «que se hicieran las cosas bien», pensando en el porvenir, que se suponía iba a continuar en auge y tan boyante como en aquellos años prósperos. Don Isidoro no se prestaba a chapuzas ni se do-

blegaba a mediatizaciones. Lo que él emprendía tenía que llevarse adelante según su criterio y responsabilidad. Eso le acarreó disensiones y momentos de tensión. Al que más le amargaban era a él mismo.

Después de veinte años de vida entregada al Colegio y recluida totalmente en él, hasta el punto de no haberse asomado a la vecina Casa de Campo, tuvo que ser doloroso salir de aquella casa en la que tanto había bregado. Tuvieron que ser razones de mucha conveniencia las que aconsejaron el cambio. Si cada uno es él y su circunstancia, mucho más lo será cuando se ha puesto un gran afán en crearla. Entonces, más que una separación, el alejamiento supone una desgarradura.

Don Isidoro la afrontó con la entereza que cumplía a su personalidad.

En 1964 pasó al Colegio de San Fernando y allí vivió el resto de sus años, que todavía fueron catorce. Una larga y dorada jubilación relativa.

El no era de los jubilados que graciosamente describe el imponderable padre Rodríguez: los criados beneméritos de las casas grandes. «Ya no sirven —dice— sino para bien parecer, estarse sentados en las puertas de los señores contando historias. Danles la ración como a criados viejos, pero ya no privan ni medran ni casi se hace de ellos memoria.» A buen servicio, tal pago.

Claro está que el padre Rodríguez lo aplica en muy otro sentido, acertadísimamente, por cierto.

Los que conocimos a don Isidoro, aunque fuera poco tiempo, en otra posición, nos preguntamos qué haría sin obras de las que solía ser el celador, sin chicos ni antiguos alumnos ni tramoyas que preparar.

Don Isidoro en San Fernando confesaba a chicos y grandes, rezaba su breviario —bastante sobado—, alternaba con los hermanos salesianos y escribía a máquina, escribía mucho a máquina, dicen sus vecinos de habitación, a pesar de que la palabra no fue nunca su fuerte, ni hablada ni escrita. ¿Que escribiría?

En alguno de sus momentos bajos, bastantes años antes, se le oyó decir que, si tuviera tiempo y humor suficientes, escribiría una memoria muy particular.

En ella vertería sus experiencias y sus acideces y se titularía el escrito «La gran mentira». El sabría por qué. No se sabe que llegara a escribirla ni que en los últimos años tuviera motivos para hacerlo en ese tono.

Se le veía afable, llevando la enfermedad o las enfermedades con edificante resignación, con cierta alegría más bien. No era un «enfermo lamentoso», un poco por virtud y otro poco por amor propio y por no aparentar debilidad. Ya antes, cuando se le veía con las piernas abotargadas por las úlceras y la mala circulación, andaba trabajosamente y con visible cansancio y sufrimiento, él no expresaba nada.

Eas últimas semanas, después de venir de vacaciones, su rostro amarilleaba visible y progresivamente. Decían que de una afección hepática alarmante.

Así sería, sin que en tal amarillez hubiera nada de tedio, de desengaño y de tristeza, por más que él lo disimulase todo con una sonrisa blanda y con la involuntaria altivez que da el sufrimiento ineluctable.

Se dudó si operarle o seguir un tratamiento más cauteloso y prolongado. Al final, la conclusión, también aquí, acabó en la peor parte. A las tres horas de terminada la operación, un fallo cardíaco acabó con su vida. Era el día 6 de octubre de 1978. fiesta de san Bruno. Don Isidoro entró en el gran silencio de la muerte.

Cuando estaba en vida, un signo de su disgusto, de su contrariedad o protesta eran sus silencios, unos silencios duros, profundos, crispados. ¿Quién no los habrá adoptado y preferido a veces a la palabra alborotada y arrojadiza?

Este silencio de ojos cerrados y manos cruzadas en la mañana de su funeral, «corpore insepulto», en la capilla del Colegio de San Fernando se imponía a la atención de todos, haciéndonos callar y pensar. Era el último salesiano que moría en el centro de la Diputación.

Murió al año exacto de la muerte de otro salesiano del Paseo de Extremadura, don Domingo del Bosque. Los dos murieron en los aledaños de Fuencarral, pertenecieron por mucho tiempo a la misma comunidad, fueron amigos y bastante afines. Los dos es-

tuvieron dedicados a los Antiguos Alumnos como a su parcela predilecta y merecieron sendos galardones: una bandeja de plata, en un homenaje postumo a uno y la medalla de oro de la Asociación a don Isidoro.

Dios les haya concedido ya, en una gloria pareja y encumbra-
da, galardones igualmente merecidos y mucho más valiosos y du-
raderos que la plata y el oro.

PEDRO REUS BARCELO



Clérigo.
Nació en Campos (Mallorca) el 21-VIII-1872.
Profesó en Sarria (Barcelona) el 23-VIII-1895.
Falleció en Béjar (Salamanca) el 9-X-1896.

La casa de Béjar se abrió el año 1895. Existía en España una sola Inspectoría, al frente de la cual estaba don Felipe Rinaldi como Inspector de todas las casas de la Península.

Esta casa tuvo muy exiguos comienzos, como tantas otras con comienzos normales. Un proverbio popular dice que las cosas que nacen grandes no son normales, son monstruos. En ese sentido, la casa de Béjar tuvo un comienzo sumamente normal.

El primer Director nombrado fue don Vicente Schiralli, a quien conocimos años después como Ecónomo Inspectorial y pintor de cuadros a pirógrafo. Le acompañaban como componentes de la comunidad naciente un clérigo y un novicio como agregado.

El clérigo se llamaba Antonio Poch y el novicio Pedro Reus. Ese era todo el personal, que no llegaba a formar comunidad regular.

Sin embargo, al año siguiente de la fundación contaba ya la primera baja. «Casa hecha, sepultura abierta», dice el refrán. Así pasó aquí.

Pedro Reus tenía a la sazón veinticinco años. Había nacido en Campos (Mallorca) y compartió con don Vicente Schiralli los trabajos y las experiencias de todas las fundaciones. Trabajó con el espíritu del que se proponía ser verdadero hijo de Don Bosco y como tal se esforzó en practicar la abnegación y la caridad que las circunstancias pedían y que le hicieron digno del aprecio y del cariño de cuantos le conocieron y trataron.

Su voluntad era buena y fuerte, pero su salud no lo era tanto. Una enfermedad que se presentó primero como un catarro gástrico, a los ocho días degeneró en una anemia cerebro-espinal incurable. No le fue posible abandonar el lecho y en pocos días dio cuenta de su vida, después de recibir con lucidez y fervor los santos sacramentos. Era el primer hermano que fallecía en Béjar, una de las primeras casas de nuestra Inspectoría, y también el primer hermano que fallecía en la Inspectoría de Madrid.

Por lo ejemplar de su corta vida y por la exactitud con que trató de aprender y practicar nuestras Constituciones en este año de su formación y de su actuación, podemos confiar en que fue también uno de los primeros destacados al Cielo. Desde él seguirá velando por la Casa y haciendo el bien que no tuvo tiempo de hacer. Para ello le quedaba toda la eternidad.

FRANCISCO PUCKO MAVRIC



Sacerdote.
Nació en Stara Cesta (Eslovenia-Yugoslavia)
el 24-III-1907.
Profesó en Radna (Eslovenia-Yugoslavia) el 24-VII-1924.
Sacerdote en Lubiana-Radkovnik (Yugoslavia)
el 18-VII-1934.
Falleció en Arévalo (Avila) el **16-X-1955**.

Don Francisco Pucko fue uno de los yugoslavos a quienes la segunda guerra mundial empujó hacia nuestras tierras en busca de seguridad y en prestación de ayuda. Fue bien valiosa la que prestaron él, don Walter, don Rudi, don Carlos... Mayor hubiera sido todavía la que don Francisco hubiera prestado de haber vivido los años que era de esperar de su natural fuerte, sano y templado. Tenía el vigor, la sencillez y la campechanía de un labriego de los Alpes, a cuya orilla se crió.

Había nacido en Stara Cesta, junto a Cazanjevci (Eslovenia)

el día 24 de marzo de 1907. Sus padres se llamaban Andrés y Verónica. Eran pequeños propietarios y buenos cristianos.

Hizo los estudios elementales en su pueblo y allí mismo tuvo conocimiento de la casa salesiana de Verzej, conocida porque en ella, hasta el final de la primera guerra mundial, se recogían los llamados Hijos de María de distintas naciones del Imperio austro-húngaro: eslovenos, eslovacos, alemanes y húngaros. Al terminar la guerra, finales del curso 1919-1920, parten a sus respectivos países los extranjeros y la casa se llena sólo de jóvenes eslovenos, a los cuales se unió don Francisco, todavía adolescente.

Hace allí los cuatro años del aspirantado. Ya en los años de Vercej aparece el muchacho inteligente en el desempeño de sus deberes, piadoso, devoto de la Virgen y al mismo tiempo sereno, jovial y con el carácter equilibrado y sin complicaciones con que se le conocerá siempre.

Pasa el año del noviciado en Radna, bajo la guía de don Partoluzzi, su padre y maestro y después Inspector de Holanda.

La Filosofía la estudia entre Dadna y Luviana y el trienio lo hace en Murska-Sabata, con entera normalidad y a satisfacción de salesianos y alumnos.

En 1930 comienza la Teología en Luviana-Radkovnik, en un estudiantado fundado con dificultades entre guerra y guerra y en una Inspectoría que se iba construyendo al ritmo que le permitían la escasez económica y una situación política poco despejada. Acaso todas esas dificultades hicieron que se entregara con más decisión a los estudios y a adquirir las virtudes sacerdotales que iba a necesitar. Las dificultades son el roce estimulante y bienhechor para los candidatos a esas metas de altura.

Su deseo de ser sacerdote se vio coronado con la ordenación, que recibió el 18 de julio de 1934, año santo y año de la canonización de Don Bosco. Tenía entonces veintisiete, preparación y energías para una vida larga y tan bien empleada como se podía esperar de él.

El primer cargo que desempeñó fue el de Consejero Escolástico de la Residencia Arzobispal de Zagrabia, donde se requería una mano firme y resuelta.

El año siguiente fue designado Prefecto de la misma casa. En

ese cargo él encontró su sitio y el cargo encontró al hombre indicado.

Una ética profesional elemental y de buen sentido dice que, para ser feliz, uno tiene que llegar a trabajar en lo que le gusta, aunque accidentalmente tenga que estar dispuesto a trabajar en otras cosas. Eso le pasó a don Francisco. Desde entonces va pasando por el mismo cargo en las casas de Selo, Radkovnik y San Tarsicio, de Roma. Hasta allí le llevaron los azares de la guerra, que todavía le habían de llevar más lejos: a Arévalo. Aquí llegó en 1948. Había terminado la guerra, pero Yugoslavia había caído en poder de los comunistas y estaba en otra etapa de su asendreada historia. Nación heterogénea, mosaico de seis repúblicas, complejo de razas, de religiones y paisajes, pasaba a ser una República Popular «sui generis», rebelde a Rusia, con vetas de capitalista y liberal, pero cerrada a cal y canto y acero de hoz y martillo a toda acción evangelizadora y cristiana. «Dejad toda esperanza», se decían con pena los que se veían cada día más lejos de volver a sus lares virgilianos de pueblos dormidos al abrigo de las alturas, casas de piedra y madera, secaderos para el trigo y el heno... «¿Será cierto —se preguntaban también ellos entre añorantes y deseosos— que después de los años no veré los confines de la patria, el techo pajizo de mi casa, que era todo mi reino...? ¿Tendrá un soldado impío, pasadas las cosechas, tan cultivados novales...?» ¡La pena de los desplazados brutalmente...!

Ellos, y concretamente don Francisco, no se sentían tan lastimosamente desarraigados de su tierra. Habían traído consigo muchas cosas, como el pastor africano, «que lleva consigo su casa, el dios lar, las armas, el can y el carcaj» y había encontrado otras muchas entre los Salesianos de España.

Sintieron palpablemente la verdad de las palabras de Don Bosco: «El salesiano que abandona una casa, encuentra cien.» Don Francisco la encontró en Arévalo, entre los salesianos y los aspirantes que comenzaban a incorporarse cuando él llegó, en el año 48. Faltaban muchas cosas para llegar a ser el seminario de cuarenta años más tarde, cuando estaba más completa la casa y pasó a quedarse más despoblada. ¡Qué donaires tiene la vida...! Seguro que don Francisco habría lamentado la despoblación de

aquella casa por la que tanto se afaná durante los años que estuvo en ella. Fue su obediencia más larga y su permanencia más estable. Vino de confesor e hizo de bastantes otras cosas. Atendió a las almas y a los cuerpos. Lo mismo se le veía puntualmente en el confesonario que en la clase, en el patio o en la granja.

Llevaba el peso de las confesiones de los trescientos aspirantes y salesianos asiduos penitentes y frecuentantes regulares de este sacramento, cuando estaba muy lejos de la baja que ahora se observa y se lamenta en él. Eran los tiempos en que se daban cita ante el tribunal de la penitencia chicos y grandes y se encontraban en mezcla ejemplar alumnos y salesianos, sin que el hecho llamara la atención lo más mínimo.

Hombre maduro, ponderado y experto, don Francisco era muy indicado para desempeñar ese ministerio.

Empleaba pocas palabras, pero las suficientes para persuadir, tranquilizar y disipar dudas y penas de penitentes. Se podía decir de él lo que en su tiempo se decía del padre Cafasso: «Gozaba fama de saber confesar de forma clara y fácil, de consolar y animar a las almas sin dejar dudas en ellas...»

Ayudaba a los muchachos a formarse la conciencia que recomendaba don Bosco, el confesor de mayor número de jóvenes: «Una conciencia recta y delicada, sin escrúpulos.»

Don Francisco no era sólo confesor. Daba clase de Matemáticas, aparecía a menudo en el patio, aquel patio bullicioso y polvoriento de Arévalo que le gustaba ver animado con los juegos tradicionales. Su índole y su experiencia de Prefecto, que había sido su fuerte, se avenía bien con los números y con sus aficiones de agricultor y granjero. De sus años de escuela recordaría y trataba de traducir en la práctica los versos de aquella sátira de Horacio: «Hoc erat in votis»...

*«Sólo esto deseaba: un poco de terreno,
un huertecillo al pie de mi ventana,
un bosquecillo al lado y en su seno
el brote cantarín de una fontana.»*

Todo eso encontró en la granja que el seminario tenía fuera del pueblo. Don Francisco la frecuentaba y la cuidaba con el esmero

de un buen ayudante de administrador. Se empleaba en ella por su afición campera, aprendida desde la infancia, y por su vocación de ecónomo: para allegar recursos a la alcanzada economía de la casa.

Todos eran pocos y bien se lo hacía ver el infatigable e industrioso don Anselmo, que encontró en él un eficiente colaborador. Los dos hacían buena yunta en quehaceres de ahorrar y buscar recursos para una economía siempre de vía estrecha. Era la misma preocupación que le hacía ingeniarse en coleccionar sellos, hasta reunir colecciones bien cotizables y arreglárselas para poder proveer a su Inspectoría yugoslava de sotanas y breviarios para sus seminaristas. El ambiente de pobreza en que se movió siempre dejó en él amor y hábito de esta virtud y le prepararon para el cargo que, en cierto modo, desempeñó siempre: el de buen administrador.

Llevaba diez años en Arévalo. Había pasado allí la década del crecimiento de la casa en tantos aspectos. Estaba perfectamente identificado con ella, como se está siempre con una obra a la que se ve y se ayuda a crecer.

Un domingo de octubre de 1955 —la Misa bien oída y celebrada— salió con don Anselmo a visitar la granja del colegio, la granja que llevaban al alimón entre uno y otro. Iban en bicicleta. Casi a la altura del puente, don Francisco se paró en seco. Hizo algún gesto extraño y se le oyó decir: «¡María Auxiliadora, María Auxiliadora...!» Ni siquiera terminó la jaculatoria...

Una trombosis cerebral puso fin a su vida de una manera fulminante.

Don Anselmo no tuvo tiempo más que para darle la absolución.

La muerte le esperaba en aquella curva por la que tantas veces había pasado en paseos de ida y vuelta hacia la granja, «la otra media despensa de la casa», como la llamaban los beneficiarios de sus productos.

«Don Francisco ha muerto», se decían inconsolables los aspirantes al enterarse de la triste noticia. Le habían visto siempre tan sereno y tan entero que les costaba creerlo. Les parecía imposible.

Salesianos y aspirantes se sucedieron en turno seguido durante la capilla ardiente.

Gran parte del pueblo de Arévalo y todos sus estamentos asistieron a los funerales. Todos estaban persuadidos de que perdían en don Francisco a una gran persona y a un buen amigo.

Sobre su rostro, plácidamente sereno e inalterado, se reflejaba la paz que él había infundido tantas veces en las almas de sus penitentes.

ANTONIO CASTILLA ORTIZ



Sacerdote.
Nació en Huelva el 2-I-1874.
Profesó en Ivrea (Italia) el 4-I-1894.
Sacerdote en Turín el 27-V-1899.
Falleció en Madrid el 17-X-1928.

Don Antonio Castilla —el padre Castilla, como se le llamaba con respeto— tiene todavía alumnos, proyectos y beneméritos bastantes de ellos. Hacen honor a su maestro de novicios. Y tuvo dos grandes asesores y modelos: don Miguel Rúa y don Ernesto Oberti, dos buenos padrinos un lanzamiento, dos flotadores para una travesía.

Nació en Huelva en 1874, Fue y vocación de Utrera, al igual que otro formador de salesianos, don José el noviciado en Sarria y, con el fin de el militar, cuando no existía

el expediente de la objeción de conciencia, pasó a Italia. En el Oratorio de Turín hizo la primera profesión y la perpetua en Ivrea el año 1894. La Filosofía y la Teología las estudió al mismo tiempo que atendía al «Boletín Salesiano» en su edición española, hacía de catequista en el Oratorio Festivo y estaba a las órdenes de don Rúa como secretario para la correspondencia en lengua hispana.

Ahora llamaríamos a toda esa actividad pluriempleo bien llevado.

Vuelto a España, ya sacerdote, en 1899, es destinado a Atocha, donde hace de colaborador y brazo derecho de don Ernesto Oberti. Prefecto de la casa, secretario del Inspector y encargado de Cooperadores durante seis años, todo a la vez y sin contar con que su salud no era robusta. Continúa en Atocha como Director durante cuatro años y en 1914 es nombrado Director de Talavera de la Reina. Allí su campo de trabajo fue más estrecho y su vida menos feliz. A los achaques de su salud tuvo que añadir las dificultades de la fundación y de la fundadora, buena, pero caprichosa y dominante. A los cuatro años, en 1918, vuelve a Atocha, al frente de la iglesia y de los Cooperadores. En ese marco se encontraba más a gusto, pero le duró poco. Al año siguiente es destinado a Carabanchel como maestro de novicios. Allí sigue hasta 1927, cuando se le declara la grave enfermedad que puso fin a su vida en el Paseo de Extremadura. Debería haber atendido a la Prefectura, a los Cooperadores, proveer a su salud, acondicionar la casa (en sus comienzos todavía) y cultivar el elenco de personas pudientes que le conocían y le apreciaban sobremanera. Todo se frustró.

El cáncer, implacable, acabó con él a los cincuenta y cuatro años, la mitad del camino de su vida. Vivió lo suficiente, trabajó todo lo que podía pedírsele a un honesto salesiano y sufrió mucho. Decían era serio, desabrido y geniudo. El mismo lo reconocía; «Soy un poco áspero, malhumorado, pero tengo buen corazón.» Bueno y grande, como que ser las virtudes que contrarrestaran esos defectos para el cariño y la confianza de los novicios, tan medrosos, y la veneración que le dispensaban

los Cooperadores, por su continente digno, su corrección, su buen trato y virtud.

Bien se lo demostraron en la consideración que le guardaban y en las ayudas que le hacían llegar entonces, que cooperador era sinónimo de bienhechor.

Lo que pasa es que «cuando el cuerpo está enfermo, todo el hombre lo está», por mucho que haga por sobreponerse, y él lo estuvo desde muy joven. Don Rúa le curó milagrosamente de una enfermedad que venía arrastrando desde hacía doce años, con vómitos de sangre y fuertes dolores. En 1906, apenas recibir su bendición, se curó.

Eso contribuiría a aumentar la admiración que profesaba a don Rúa. Estaba convencido de su santidad, hablaba con verdadero entusiasmo de su manera de hablar, de rezar, de resolver los asuntos.

De don Oberti ponderaba el ingenio, la paternidad y la delicadeza de trato y de los dos copió la piedad, el amor a la Congregación y la firmeza en conservar las tradiciones. Guardaba las prácticas de piedad y las hacía guardar meticulosamente.

Su amor a la Congregación era intransigente; le dolían las deserciones de algunos, contadísimos entonces, o el desafecto de otros. Ese mismo celo le hacía, a veces, pesimista y alarmado ante el porvenir. No había asimilado aquello de «... El sol es viejo y cada día / joven renace y nuevo en la alborada...».

En 1922 estaba en Carabanchel, en pleno desempeño del cargo de maestro de novicios. No era la sede más cómoda para sus exigencias. Convivían, como mejor podía ser, 32 novicios, 26 filósofos y 90 bachilleres. Después de la Visita Canónica dejaba escrito don Binelli este parrafillo, que tiene sus entrelneas: «Un poco embrollado el noviciado con el filosofado y el colegio; se busca que tenga pronto su personal y local propios, pero cumple bien su misión. El Inspector está personalmente satisfecho con el maestro de novicios. En la imposibilidad de encontrar una persona que lo haga mejor, se contenta, por razonables motivos, con el actual, don Antonio Castilla...»

No es un elogio ni una defensa muy subidos que digamos, pero en el estilo de don Binelli, es positivo y favorable a don An-

tonio, cuya figura y proceder no todos veían con igual aprobación. Eso ni es nuevo ni es significativo.

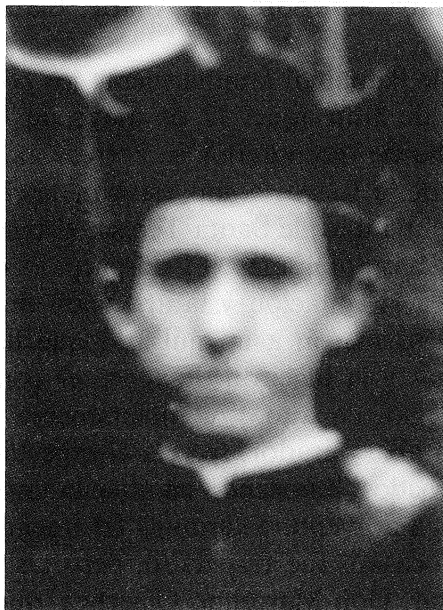
Don Antonio murió en el Paseo de Extremadura, el colegio que se levantó sobre los terrenos adquiridos por él como donación de la familia Cisneros. Quería honrar de esa manera la memoria de su hijo Miguel, conocido y asistido espiritualmente en su día por don Antonio. Fue una de sus aportaciones a la Inspección. Muchas más hubiera hecho si el mal que venía padeciendo le hubiera permitido cumplir sus deseos y las intenciones de los superiores al mandarle al colegio de San Miguel Arcángel.

Cinco días le quedaban de vida. Comulgó, se hizo administrar los santos sacramentos y la bendición apostólica, pidió perdón a todos, se hizo leer la recomendación del alma y, besando el crucifijo, tras una breve agonía, expiró.

Como todas las almas fervorosas, sintió una acendrada devoción al Corazón de Jesús. Se la fue inculcando a sus novicios y a numerosos dirigidos. Tenía una estatuilla sobre la mesilla de noche. Durante la penosa enfermedad, le dirigía frecuentes miradas, que eran ofrecimiento y sin palabras.

En sus últimos días repetía y saboreaba las letanías del Sagrado Corazón: los títulos que se le tributan, teológicos y de nueva piedad, las peticiones que se van desgranando, sobre todo las que iban a tener inmediato cumplimiento: «Corazón de Jesús, salvación de los que en Ti esperan; Corazón de Jesús, esperanza de los que en Ti mueren, ruega por nosotros...»

FRANCISCO GONZÁLEZ CARIDE



Clérigo.
Nació en Puente Mayor (Orense) el 4-X-1915.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 1-IX-1932.
Falleció en Salamanca el **18-X-1935**.

Era el más joven del curso o lo parecía; callado y tímido. En los estudios se defendía sin brillantez, así como en las demás actividades y en los deportes. Era un muchacho comente, en la apariencia al menos, puesto que la verdadera interioridad no la perciben los compañeros ni los mismos superiores a veces.

Había nacido en Puente Mayor (Orense) el año 1915. Entró de alumno en el colegio salesiano de Orense en tiempo de don José Peiteado como Director.

De allí fue al Paseo de Extremadura con uno de los grupos de alumnos que llevaba todos los don José. Los aspirantes le recibían bien a salesiano.

Era simpático y tenía algo de pintoresco, con un acento muy gallego y ya era conocido porque traía al Aspirantado decenas de alumnos y regalaba almendras de Allariz, blancas, azucaradas y sabrosas.

Paco, como le llamaban familiarmente los compañeros, estaba en cuarto curso de latín aquel 11 de mayo de 1931 por la tarde, cuando una turba de incendiarios se acercaron al colegio con intención de prenderle fuego, como estaban haciendo a la misma hora otros con el templo de Santa Teresa, el colegio de Areneros, de Maravillas y bastantes más. El desparpajo de los aspirantes, que dieron cara a la situación y la aparición de un piquete de la Guardia Civil desarmaron a la multitud que llenaba la calle de Repullés y Vargas y la hicieron desaparecer con presteza. Desde el patio del colegio, en alto y completamente despejado, como desde un inmejorable mirador, se veía el espectáculo de iglesias y conventos incendiados, humeando en aquella tarde de mayo, «bien poco luminosa». La aventura terminó felizmente para el colegio, que en aquella ocasión fue respetado, pero las consecuencias no se hicieron esperar. Don Marcelino Olaechea, que era el Inspector, ordenó dar por terminado el curso escolar y mandar a los aspirantes de vacaciones hasta que se serenaran las aguas. Fueron unas vacaciones que duraron cinco meses, lo suficiente para dar al traste con muchas vocaciones.

Francisco González y bastantes más de sus compañeros las terminaron antes: se mantuvieron perseverantes y volvieron para empezar el noviciado en Mohernando. Se reunieron en total veinte, que no eran pocos para aquellas circunstancias, dieciséis estudiantes y cuatro coadjutores. Salvaron aquel primer bache y se mantuvieron, de momento, un grupo compacto y jovial, que seguramente habría perseverado si no le hubieran esperado todavía demasiadas pruebas, hasta no quedar de todos ellos más que un representante, dicho sea en mérito de él.

Como en los desastres del santo Job, de este curso y de alguno más que le siguió, no quedó más que uno que pudiera hacer de mensajero. «Remansi ego solus ut nuntiarem tibi», dice el texto. Quedé yo solo para poder contarlo. Y es que no se puede someter la virtud a pruebas demasiado difíciles. Lo dijo Balines. ¿Qué

decir si esas pruebas, además de duras, son innecesarias y provocadas adrede, como han sostenido después algunos pretendidos formadores?

No sabemos cuál habría sido la suerte de Francisco González y su capacidad de perseverancia. Por desgracia, no tuvo tiempo de probarlo.

Hizo su noviciado normalmente, «sin nada de extraordinario en su vida exterior».

Estudió el curso de Filosofía con alguna alteración en su salud, que le obligó a interrumpir los estudios por una temporada. Al terminar su preparación fue destinado al colegio de Estrecho para comenzar el trienio. «Trabajó denodadamente como asistente y maestro; el amor al deber, la seriedad en preparar e impartir la clase, el empeño en su comportamiento y su buen espíritu salesiano le hicieron querido de salesianos y alumnos.»

En septiembre de 1935 la obediencia le destinó al colegio de María Auxiliadora (Salamanca) con el mismo cometido.

Al emprender el viaje para trasladarse, ya en la estación del Norte, un percance fortuito y lamentable, y del que se han dado varias versiones, le causó un gran disgusto. Para su temple, un tanto apocado y medroso, supuso un verdadero trauma. No sabemos si sería consecuencia de ello o un azar de su salud; a las muy pocas semanas de llegar a Salamanca, se sintió aquejado de un fuerte dolor de cabeza que pronto degeneró en meningitis y en pocos días le puso al borde de la muerte. Se aprovechó un momento de lucidez para confesarle y administrarle la Extremaunción; el Viático ya no lo pudo recibir. Murió a los veinte años apenas cumplidos y antes del mes de su estancia en Salamanca. La muerte segó su vida y las esperanzas que había hecho concebir.

Se dice del tiempo que es un gran maestro; lo malo de él es que mata a sus discípulos cuando han aprendido.

A Paco no le dio siquiera tiempo de aprender. A cambio de ello, Dios le tenga en su eternidad.

HONORINO TEJEDOR BRAVO



Sacerdote.
Nació en Collazos de Boedo (Palencia) el 21-IV-1921.
Profesó en San José del Valle (Cádiz) el 28-VIII-1939.
Sacerdote en Carabanchel Alto (Madrid) el 21-VI-1948.
Falleció en Madrid el **21-X-1984**.

Don Honorino vivió y años y estuvo enfermo buena parte de ellos. Si del sufrimiento se pudiera sentar cátedra, sería un gran profesor.

En una forma o en otra, física, psíquica o moralmente, le acompañó la mayor de su vida. Es una de las personas de quienes se podría decir:

*«Hay la gloria,
Vienen a las piedras,
como a la coja...»*

Nació el 21 de abril del año 1921 —murió otro día 21— en un pueblecito de la provincia de Palencia, al norte, entre Saldaña y Cervera: Collazos de Boedo. Un pueblo pequeño de siempre, frío y pobre. Los cereales son toda su riqueza.

Conoció a los cinco años las hieles de la orfandad. Se le murió el padre y se le murieron después varios de sus hermanos, que eran cuatro. La muerte se había aficionado a aquella casa como para amargar la infancia y la vida de los supervivientes. Honorino recordaba frases de su madre parecidas a las de Mamá Margarita: «¡Ya no tienes padre...!», como apuntando un vacío imposible de llenar. Por fortuna, él también contó con la sombra protectora de un sacerdote, el párroco del pueblo, que le distinguía como a su monaguillo más dispuesto.

Fue el despertador y el orientador de su vocación misionera y sacerdotal, que esas dos cosas aspiraba a ser el acólito. Tras de esos dos ideales de niño ingresó en el colegio salesiano de Astudillo el año 1934. Sería el Director don Esteban Ruiz. El año 1938, en plena guerra, va a San José del Valle para hacer el Noviciado. Allí comenzó a conocer la Congregación, el trabajo y la alegría salesiana. Por primera vez se sentía feliz y aprendió a sonreír con franqueza y con frecuencia. Así lo viene a decir en sus memorias.

Terminado el Noviciado y la guerra fue a Carabanchel. Entre los aspirantes a los que tenía que asistir había algunos mayores que él, pasados también por la guerra. En Salamanca, con otros estudiantes rezagados a causa de la misma guerra, estudió la Filosofía. Nuestro profesor era el polifacético y originalísimo don Manuel Caamaño. Honorino era de los más despiertos del grupo y de los que obtuvieron mejor nota. Tenía buena cabeza y los estudios anteriores más frescos que los demás. En Béjar hizo el primer año de Trienio y los otros dos en Salamanca, en el Colegio de María Auxiliadora, que era la mejor palestra de clérigos. Le quedó un recuerdo grato de aquellos dos años.

Los clérigos iban siendo ya algunos más, estaban muy unidos y se alegraban mutuamente la vida sin pausa que se llevaba.

En Carabanchel encontró superiores ejemplares. Gracias a ellos y a la buena disposición de los teólogos, el ambiente era grato y estimulante. Nada problemático, porque la edad y las cir-

cunstancias los habían hecho ir a la Teología con todos los problemas resueltos.

Se ordenó de sacerdote el 21 de junio de 1948. La función de las Primeras Misas tuvo lugar en la iglesia del Asilo, como en tantas otras ocasiones solemnes. La presidió Honorino rodeado de sus compañeros de curso, tan emocionados y con la voz tan entrecortada como él.

Pocos días después recibió de don Emilio Corrales la primera obediencia, poco halagadora: Consejero del Colegio de San Fernando, que estaba para abrirse, mejor dicho, para pasar a manos de los Salesianos. Fue a su pueblo a cantar la Primera Misa y se incorporó en los primeros días de julio a su primera encomienda. Un Consejero nuevo para un alumnado viejo, desmandado y numeroso.

Para todos fueron años difíciles, pero más que para otros para el que tenía que pechar más directamente con la disciplina. A veces se sentía desbordado y le venían intentos de tirar la toalla. Mandaba papelitos al Director con mensajes de SOS como éste: «Si no me veo más apoyado, me retiro.» Se necesitaba un aguante de santo y un arrojo de legionario. A don Honorino le faltaba todavía entrenamiento para las dos cosas. Fue para él un trienio heroico.

No sabemos si como compensación o como nueva prueba, fue nombrado Director de la Casa de Béjar en 1951. Aunque parezca extraño, salió de San Fernando con un poco de tristeza. Será por aquello de que «lo peligroso del mal es que nos acostumbramos a él».

A pesar de estar en una ciudad sanatorio, al año de estar en Béjar enfermó de tuberculosis. Comienza ahora su peregrinación doliente.

La mayor parte de su vida restante transcurrirá en sanatorios, clínicas o enfermerías. Es triste, pero no es del todo pesimista su apreciación: «El sufrimiento es mi segunda vocación.»

Tuberculosis, trombosis, cirrosis se darán cita en su organismo como en un acerico de enfermedades punzantes, largas, deprimentes, «Voy a cumplir pronto mis bodas de plata con la enfermedad», decía con cierto humor negro poco antes de morir.

Sufría la enfermedad y las adherencias morales y psíquicas de la enfermedad: sentirse desatendido, aislado, incomprendido. No era verdad, pero él sufría y se quejaba como si lo fuera. A pesar de eso, o tal vez por eso y por su reserva de espíritu sacerdotal y de apostolado, se acercaba a los otros enfermos, del SEAR, de Iturralde, y de los sitios por donde pasó como paciente, incluso como aparentemente alegre enfermo. La alegría que él no tenía trataba de infundírsela a los demás y ser «ángel consolador»; así lo dice él mismo.

En los intermedios de salud de que disfrutó durante los años del 51 al 69, pasó algún tiempo en el Parque de Automovilismo, cuatro años en el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios, hizo de profesor de Moral con los jóvenes sacerdotes del Curso de Pastoral y desempeñó por cinco años el cargo de Administrador de la FERE. Era éste un cargo delicado y de mucha confianza y delicadeza de conciencia. Requería también sagacidad para resolver los problemas que se planteaban.

Entre la enfermedad y estos ministerios, don Honorino tuvo que estar bastante tiempo fuera del ámbito de la comunidad, con el inconveniente que ello implica para la vida metódica y disciplinada.

Aprovechó sus ocios forzados para llevar al día su diario y dejarnos por escrito muchas impresiones y reflexiones interesantes. Esas memorias eran para él un amplio examen de conciencia y un desahogo, además de un ejercicio literario a su manera.

Las circunstancias le permitieron y le obligaron a cultivarse intelectualmente.

Se prestaba con gusto a la predicación de novenas, ejercicios y triduos.

Su oratoria era un tanto culteranista y difícil. Reconocía que no siempre era entendido, más que por lo subido de la predicación, por la impreparación de los oyentes.

Como confesor, era acertado y aceptado por las comunidades a las que tuvo que atender.

No obstante, su apostolado más personal y eficiente fue el del sufrimiento.

Juan Pablo II ha dicho que «el sufrimiento humano tiene di-

mensiones impensables de grandeza, de finalidad y de fecundidad». Bien llevado, hace posible su comparación, siquiera sea de lejos, y su vinculación a la cruz de Cristo.

Para don Honorino, como para tantos otros «sufridores», fue motivo de muchas vacilaciones y de momentos de tortura y de desconcierto espiritual.

Los últimos cuatro años los pasó en el Colegio de San Miguel Arcángel como enfermo ya sin remedio. Tuvo tiempo sobrado para hacer de la enfermedad una cruz para sí y una bendición para la Casa.

Murió en la clínica ICE, rodeado de algunos familiares y de cinco salesianos, que le acompañaban rezando el rosario. «Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...» Toda el avemaria era para él.

Le enterraron en Carabanchel un mediodía de sol espléndido de otoño. El público era numeroso, mayor de lo que el difunto podría imaginarse en su complejo de desestimación y de abandono. No estaba tan solo ni tan ignorado...

¡Lástima que la comprobación de tanto acompañamiento fuera demasiado tardía...!

No le podemos quitar ni una tilde de mérito al sufrimiento. Fue un enfermo casi de por vida que tuvo ocasión de asistir, consolar y animar a otros enfermos. Les haría muchas veces la consideración socorrida y acaso convincente:

«No podemos comprender por qué Dios obra de una u otra manera. Pero por experiencia podemos llegar a saber que obra bien obrando así...»

A estas alturas, don Honorino tendrá ya bien aprendida esa ciencia y esa experiencia.

ERNESTO OBERTI PORTA



Sacerdote.
Nació en Cuneo (Turín) el 7-V-1854.
Profesó en Lanzo (Turín) el 20-IX-1872.
Sacerdote en Cásale el 23-VI-1876.
Falleció en Roma el **28-X-1904**.

Los Salesianos vinieron a España el año 1881. La primera Casa fundada fue Utrera, la cuna de la Congregación en nuestra patria, una cuna surgida entre trigales, viñedos y olivos: los dones de la Tierra Prometida, los regalos del Pueblo de Dios. La Virgen de la Consolación y María Auxiliadora hicieron sociedad y se repartieron la piedad de aquel pueblo andaluz.

En 1892, once años más tarde, se fundó la primera Inspectoría, con el título de Inspectoría Ibérica. Se le asignó como Inspector a don Rinaldi y contaba cinco casas: Utrera, Sarria, Rocafort, Gerona y Santander (Viñas).

En 1901 don Rinaldi deja de ser Inspector para pasar a ser Prefecto General. Deja fundadas 20 Casas. Se ve que el movimiento de expansión en estos nueve años fue más rápido, en contra del principio: «Motus in fine velotior.»

En 1902 se crean las tres primeras Inspectorías de la Península: la Bética, la Tarraconense y la Céltica, bajo el mando, respectivamente, de don Pedro Ricaldone, don Manuel Hermida y don Ernesto Oberti como Inspectores.

Don Ernesto Oberti fue, por tanto, el segundo Director de Utrera y el primer Inspector de Madrid. Sucedió en Utrera a don Juan Branda cuando, a los tres años de estancia en Andalucía, éste pasó a ser Director de la Casa de Sarria y el fundador de la misma.

Don Ernesto vino con la primera expedición de Salesianos fundadores de la Congregación en España. Ocupó el cargo de Prefecto por tres años en Utrera, quince el de Director y tres el de Inspector en Madrid. Su carrera fue breve, pero brillante. Murió cuando tenía sólo cincuenta años.

Nació en Cuneo (Turín). Su padre era médico, a pesar de que sus sencillos admiradores de Utrera le suponían hijo de un marqués, por su porte y su distinción. Tenía tipo, semblante y modales de prestancia. Destacaba sobre los otros hermanos de la primera comunidad, incluso sobre don Juan Branda, menos airoso y señorial.

Hizo la primera profesión a los veintidós años y el trienio práctico en Valsalice, colegio para los hijos de la clase media subalpina.

Se ordenó de sacerdote en 1876 y fue designado por el mismo Don Bosco para formar parte de la primera comunidad destacada a España.

Apenas llegar, se dedicó con ahínco al estudio del español, para poder cuanto antes predicar en la iglesia del Carmen. Se estrenó como maestro con el primer alumno que llegó al colegio: Pedro Muñoz, un rapazuelo humilde, homólogo de Bartolomé Garelli.

Los que le conocieron y han dado testimonio de él de alguna manera son unánimes en asegurar que era una gran persona. Te-

nía talla y arte de Director salesiano nato. Después de don Rinaldi —dicen— era el salesiano más parecido a Don Bosco en la España salesiana de entonces.

Encarnaba la figura del maestro y padre espiritual de la comunidad.

Se hacía querer y respetar de los Salesianos y de los alumnos por su amabilidad y su porte de hombre de Dios. Llegó a adueñarse del corazón de los alumnos de tal manera que se portaban bien por no disgustar al Director. Trataba a los alumnos a la manera de Don Bosco, incluso se enfadaba como él y tenía las mismas reacciones y bondadosas represalias: una mirada severa, un silencio, la negación de una muestra de afecto...

Cuando pareció, en un momento de crisis, que el porvenir del colegio no se presentaba prometedor, él cambió el rumbo de la Obra, implantó la Enseñanza Primera y Segunda, inició el internado y trazó la marcha tan ascendente y esclarecida que ha llegado a tener el Colegio de Utrera, primero en el tiempo y señero en renombre.

Hombre circunspecto y prudente en grado sumo, don Oberti era la encarnación del cargo tal como la concibió Don Bosco y el verdadero animador de la comunidad y de la Casa.

No salió de Utrera, a pesar de que contribuyó a otras fundaciones en Andalucía. Cuando se trató de iniciar la Obra salesiana de Madrid, los superiores pensaron en don Ernesto para la nueva singladura.

Llegó a Madrid la mañana del 19 de octubre de 1899. Nada más llegar comenzó a echar los cimientos de la nueva Inspectoría, que todavía no estaba más que en proyecto. En una carta que le escribía pocos días después a don Rúa le decía textualmente: «Apenas llegar, después de celebrar la Misa y tomar un ligero desayuno en la casa de nuestra buena Cooperadora doña María de la Paz Sánchez, nos dirigimos a tomar posesión de nuestra residencia provisional.»

Se trataba de un chalet situado en el número 50 de la calle Zurbano.

Era pequeño y bastante desprovisto. Aquella fue la primera sede salesiana de nuestra Inspectoría. Allí se desarrolló el primer

Oratorio, las primeras clases elementales, la primera fiesta de san Francisco de Sales y de María Auxiliadora, toda la gama de las actividades y de la presencia salesiana. Todo en escala muy exigua y como esbozo y vida claustral todavía.

De la calle Zurbano se saltó a la Ronda de Atocha. La sede era todavía muy estrecha y rudimentaria, pero tenía posibilidad de ensanche y ofrecía porvenir. Bien se ha visto al cabo del tiempo. De ser una simple vivienda con el número 17, perteneciente a don Carlos O'Donnell, pariente y sucesor del general y político cabecilla de «la Vicalvarada», ha llegado a ocupar toda una manzana bien cuadrada y extensa, después de absorber varias fincas y dependencias vecinas de muy distintos dueños y destinos. Allí fijó don Ernesto la Casa Inspectorial de la Provincia Céltica de Santiago el Mayor. El nombre no dejaba de ser altisonante para tan escaso dominio.

La segunda operación urgente que se le presentaba era la de buscar y preparar una casa de formación. La encontró con relativa facilidad en Carabanchel Alto. La adquisición del lugar y construcción del edificio es capítulo que pertenece a otra historia. Baste decir que don Ernesto caminaba sobre seguro y que la Inspectoría iba bien orientada desde sus comienzos gracias a la iniciativa, constancia y buen pulso del nuevo Inspector. ¡Lástima que a sus buenas cualidades no uniera la de la salud!

Venía padeciendo desde Utrera frecuentes cólicos de hígado. No era ésta la mejor recomendación para superar los trabajos y preocupaciones que implica la creación de una Inspectoría. Crear es sacar de la nada y los medios con que contaba don Ernesto eran poco más que eso.

En el verano de 1904 se ausentó de Madrid para asistir al X Capítulo General. No volvió más. La enfermedad se agravó, los ataques se hicieron más frecuentes e intensos. Los superiores le aconsejaron continuar su estancia en Italia, a ver si con el descanso y los cuidados mejoraba y podía reintegrarse a su naciente Inspectoría. No fue así. Pasó por varias casas en visitas de esparcimiento. Se acercó a Valsálice, el colegio donde había hecho el trienio y donde estaba enterrado Don Bosco. Pidió al Santo lo encarecidamente que es de suponer, la curación. Tenía sólo cin-

cuenta años y una labor ingente por delante. La enfermedad siguió su curso inexorable. A finales de septiembre llegó a Roma. Se hospedó en la Procura. Al principio, los cuidados de unos y otros o el otoño romano parecieron sentarle bien y experimentó cierta mejoría. Era aparente nada más. El día 12 comenzó a empeorar alarmanamente.

Los médicos, en consulta, constataron la existencia de un tumor maligno en el hígado y declararon imposible la curación. El mal avanzó con tal rapidez que le arrebató en pocos días. Le asistía como enfermero don Ángel Tirone.

Llevaba una pequeña crónica con datos de la enfermedad y del eximio enfermo para tener al tanto de todo a los superiores de Turín, que diariamente se interesaban por su evolución.

La anotación del último día dice escuetamente: «28 de octubre: Esta mañana, a las 2,30, el querido don Ernesto Oberti expiró, entregando su bella alma a Dios.»

La carta mortuoria la escribió el mismo día del fallecimiento don Juan Marengo, el Procurador General de entonces. Es lastimosamente concisa. Quien no conociera al extinto se imaginaría que se trataba de un transeúnte ocasional por aquella casa. No sabemos que se escribiera otra carta más extensa y más laudatoria.

Bien se la merecía. Fue Inspector solamente durante tres años en Madrid. Durante su Directorado en Utrera, entre muchos otros méritos, contaba el de haber sido «padrino», orientador y formador de don Pedro Ricaldone, don Salvador Roses y don Antonio Castilla, tres salesianos de excepción. ¿Qué se hubiera podido esperar de su gestión como Inspector si hubiera sido un mandato normal y tan prolongado como entonces acostumbraban a ser?

«Gran rey hubiera sido, si llegara a reinar...»

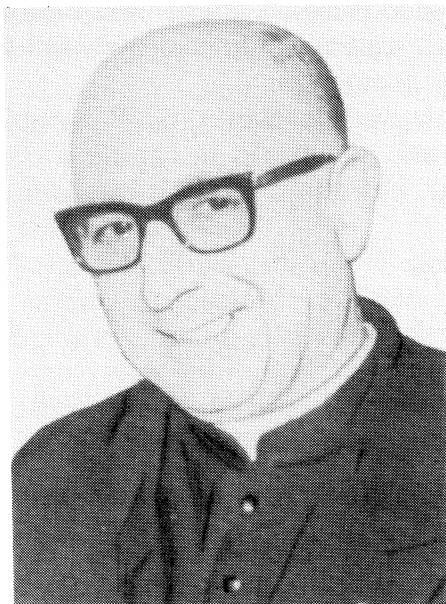
Las casas de Viñas, Béjar, Baracaldo, las dos de Vigo, Villaverde de Pontones, Atocha y la próxima a abrirse, Carabanchel, se sintieron solas y desangeladas con una muerte tan prematura y tan lamentable, cuando tanta necesidad tenían de él. La Inspección, tan pequeña, se quedaba huérfana.

Bien podemos asegurar que don Ernesto, desde el Cielo, la habrá protegido y la habrá ayudado a salir adelante, tan adelante como gozosamente se ha visto.

NOVIEMBRE

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
4	1986	Sacerdote	Marcelino TALAVERA DELGADO	77	341
6	1902	Clérigo	Francisco José PEÑA FRUELBA	20	346
18	1953	Sacerdote	Narciso FERNANDEZ GÓMEZ	74	349
22	1932	Sacerdote	Ramón ZABALO ALCAIN	83	353
26	1969	Sacerdote	Juan GIL PÉREZ	52	365

MARCELINO TALAVERA Y DELGADO



Sacerdote.
Nació en Talavera de la Reina (Toledo) el 2-VI-1909.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1927.
Sacerdote en Madrid el 21-V-1936.
Falleció en Madrid el **4-XI-1986**.

Don Marcelino murió hace tres años. En este apunte poco habría que añadir.

La carta hace un relato amplio y magnífico de la vida y los hechos del finado. Todo ha sido recogido en ella respecto a la persona y labor todavía vivas en el recuerdo. Este apunte no puede ser más que un eco y un recordatorio. Una evocación de los momentos pasados al lado de don Marcelino, ya difunto, en la fecha misma de su fallecimiento.

Llegó la noticia completamente inesperada. De paso por Ma-

drid, nos creímos en la obligación de acercarnos a rendir el último homenaje al que nos había sorprendido tan brusca y dolorosamente.

Era ya el anochecer. La capilla estaba instalada en la capilla adjunta a la Basílica. Estaba iluminada a medias. El turno de vela lo estaba haciendo entonces un salesiano. De cuando en cuando, por la puerta de acceso a la iglesia entraban algunos alumnos y fieles. Rezaban un poco, contemplaban y consideraban otro poco y se retiraban. Todo sigilosamente, como con un sagrado respeto. El silencio era denso y dolorido. Con un poco más de detenimiento que el común de los visitantes, nos detuvimos ante el féretro descubierto, rezamos y reflexionamos cada uno por su cuenta. Cada uno teníamos de don Marcelino nuestros propios recuerdos, nuestras impresiones. Se desataban solos y describieron la gráfica de los momentos convividos a lo largo de su vida, un tanto más larga que la nuestra. Salamanca, Deusto, Estrecho, Atocha...

Don Marcelino era uno más de los talaveranos que estaban contentos, más bien orgullosos, de haber nacido en Talavera. Hablaban siempre con entusiasmo de ella. Parecía que la llevaban estampada en su vida, como una pieza más de sus cerámicas. Don Marcelino, además, la llevaba en su apellido.

El paso de los Salesianos por esta ciudad fue breve, pero profundo y muy duradero el recuerdo que dejaron. Muchos años después de haber salido, en circunstancias extrañas, se seguía dando culto a María Auxiliadora. Se celebraba todos los años la fiesta con triduo y procesión. Los salesianos salidos de allí, en aquel corto plazo de tiempo se encargaron de mantener el fuego salesiano: don Emilio Corrales, don Juan Umbría, don Marcelino, don José Villalba... ¡Cuántos salesianos talaveranos habría a estas alturas si se hubieran mantenido en la ilustre ciudad!

Don Marcelino tenía el propósito de hacerlos volver. Era una de sus ilusiones y de sus ideas fijas. Si de él hubiera dependido se habría repetido la historia del general americano: «Volveré a Filipinas», según era de voluntarioso, tenaz y empeñado en el bien de su pueblo.

Le conocimos en Salamanca, después de la guerra. La escasez de personal le obligó a hacer de sacerdote-clérigo, más de clérigo

que de sacerdote. Los chicos le llamaban «Líster» por su procedencia de la zona roja, por su presencia y por su contundencia.

Pasó a ser luego Catequista del Colegio. Por su paisanaje con don Emilio, el Director, los llamaban «la entente talaverana». En aquellos años los Salesianos eran pocos y los ascensos rápidos. A él le hubiera gustado estudiar en la Universidad, hacer la carrera de Químicas, y así lo intentó.

Su cerebro no estaba ya tan blando como para llenarlo de fórmulas y números. «Era demasiado mayor para meterme por esos berenjenales», decía él mismo. «No os aconsejo que lo hagáis», recomendaba a otros candidatos. «Don Marcelinos» —así le llamaban jocosa y familiarmente sus compañeros, por su prestancia—, saltando sobre otros cargos subalternos, subió directamente al cargo de Director. Baracaldo, Béjar, Estrecho, Deusto, Ferroviarios emplearon casi veinte años de su vida. En todos trabajó y llevó a cabo reformas necesarias y urgentes, porque la guerra los había dejado maltrechos.

Donde más a fondo se empleó fue en Deusto y en Estrecho. En la capital vizcaína logró convencer al heredero del fundador y acelerar las obras, terminar el colegio y asegurar la propiedad. Mucho le hemos aplaudido el esfuerzo. Tanto como después hemos podido beneficiarnos de él. ¡Gracias, don Marcelino, por tamaño servicio! Gracias a su habilidad y a su entusiasmo salesiano, se puede decir con cierta propiedad y un poco de arrogancia que, entre los fuertes de Banderas y Pagasarri, se levanta ahora el fuerte salesiano de Deusto.

Por algo pronunciaba él con cierto énfasis y como llenándosele la boca cuando pronunciaba el nombre de «Deusto».

Tenía cierta fama o apariencia de ser un tanto arrogante y gravadoso.

En el fondo era más modesto y más sencillo de lo que parecía. Tenía porte de rico, pero sensibilidad y dedicación a los pobres. Deusto y Estrecho son el ejemplo más patente de que sabía tratar y trabajar a los ricos en beneficio de los pobres. Esa preocupación la desplegó desde Béjar hasta Belvís de la Jara. Sabía su humilde origen y nunca lo disimuló.

Don Pedro Ricaldone decía con frecuencia: «Noi, Salesiani,

siamo così umili» («Nosotros, los Salesianos, somos tan humildes...»). Don Marcelino no lo decía tan a menudo, pero lo sentía así. Sólo bajo esa convicción se puede trabajar a ritmo de Congregación y de Don Bosco.

El trabajó así cuando estuvo en puestos de mando y cuando estuvo en puestos más funcionales: Delegado de Cooperadores Nacional y Local, Coadjutor de la parroquia, Confesor. En estos cargos pasó veintiún años. El caso era trabajar, servir, ya que cumplir lo hizo hasta el último día.

Llamó la atención no verle en la meditación a su hora, en su sitio y en la actitud que se le conocía. Se apresuraron a investigar la razón y se encontraron con la pasmosa realidad. La muerte le llegó en forma de «Dama del Alba». Tenía sus años, pero esperaba prolongarlos. Los llevaba bien y con entereza. Se mantenía ágil, con ganas de vivir y con afán de cultivarse culturalmente y estar al día. No le acompañaba la vista, porque había heredado de su madre la ceguera prematura. Suplía la dificultad de leer con la asiduidad a la radio. Hizo de ella su cátedra constante. «Como no puedo leer, oigo mucho la radio —decía—, selecciono los programas y estoy al tanto de lo que me interesa.» Así era. Como, por otra parte, tenía buena memoria, entre lo que oía y lo que recordaba, su conversación resultaba sustanciosa y amena. Su comportamiento no era nada cansado ni senil. Lo mismo que acariciaba la idea de ver de nuevo a los Salesianos en Talavera, confiaba en poderse asomar al nuevo siglo y a sus insospechables novedades. Hacía por llegar a ese límite.

Poco antes había celebrado sus Bodas de Oro sacerdotales. Fueron bien distintas de lo que fue su estreno sacerdotal, pues aquel mismo día de julio de 1936 pasó literalmente del altar a la cárcel.

El aniversario de su primera Misa fue menos azaroso. Lo celebró con alborozo y lo comentó con locuacidad y abundancia de vivencias.

Nadie imaginaba que las tornabodas estaban cercanas y serían de signo bien distinto. «... Querer hombre vivir / cuando Dios quiere que muera / es desatino...»

«Los caminos se hacen carreteras y las carreteras se hacen autopistas.»

Así exponía él a los Cooperadores y a sus oyentes la suerte evolutiva y progresista de las cosas y de las instituciones. Eso lo decía desde sus años de Salamanca, cuando predicaba con empaque y como oyéndose a sí mismo. Lo que no decía es qué caminos, carreteras y autopistas llegan a su término.

En la homilía del funeral, «corpore insepulto», muy rodeado de adictos y con el templo lleno de salesianos y amigos, el señor Inspector hizo ver dos aspectos de don Marcelino. Había sido uno de los salesianos activos de la posguerra.

La Inspectoría había encontrado muchas ruinas y muchos vacíos. Aquellos salesianos valerosos tuvieron que reconstruir las ruinas y suplir los vacíos a cuenta de su esfuerzo y de la escasa preparación y elementos con que contaban. Fueron como los reconstructores de la Ciudad Santa después del destierro: «En una mano tenían la espada y con la otra levantaban los muros.»

Otro detalle que destacó fue el del confesonario vacío de don Marcelino.

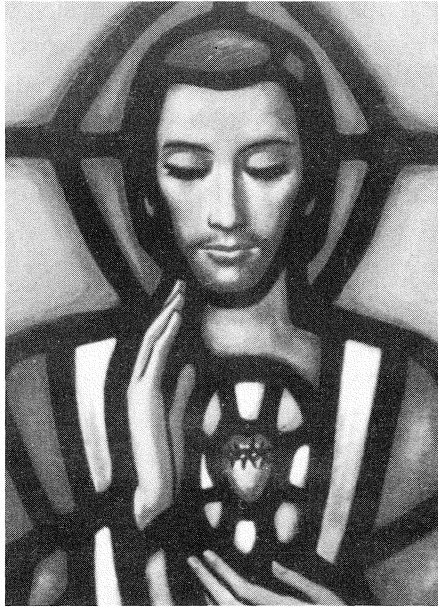
Tenía algo de patético. Durante veinte años había sido su oscuro, pequeño y activo obrador. ¡Cuántos secretos y cuántos dolores humanos carcomen la madera de ese mueble, nada decorativo, de todas las iglesias...!

En Belvís de la Jara, en reconocimiento y como gratitud al interés y a la labor desarrollada por don Marcelino en favor de los jóvenes de ese pueblo de Toledo, le declararon hijo adoptivo y le dedicaron una calle. Un gesto que podía repetirse en otros sitios.

Cuando en aquel amanecer del 4 de noviembre, que fue el atardecer de su vida, don Marcelino se presentara ante el Soberano Tribunal y le examinaran sobre el amor, podía decir;

*«Cerraré mis labios
y abriré mi corazón lleno de nombres...»*

FRANCISCO JOSE PEÑA FRUELBA



Clérigo.

Nació en Las Pilas (Cantabria) el 29-I-1882.

Profesó en Sant Vicens dels Horts (Barcelona)
el 2-IX-1900.

Falleció en Béjar (Salamanca) el 6-XI-1902.

La carta mortuoria de Francisco Peña, más que carta, parece esquela, por lo simple y escueta que es. Tiene sólo los datos indispensables, y no todos.

En atención a que hoy hace los años que murió, ochenta y seis, nos decidimos a dedicarle el recuerdo de este apunte, que casi no lo es.

«El recuerdo de los hermanos difuntos une en la caridad que no acaba a los que aún peregrinan con quienes ya descansan en Cristo.» Así esperamos que sea con este salesiano que murió muy

joven, hace ya muchos años, y del que nadie puede dar ningún testimonio: Francisco Peña.

Nació en un pueblecito de Cantabria, cercano a Villaverde de Pontones. El reclamo del aspirantado que se había instalado y que duró bien pocos años despertó su vocación a la vida salesiana.

Hizo el noviciado en Sant Vicent dels Horts el año 1899, cuando todavía estaban unidas las tres Inspectorías de España. Así se explica que hubiera un noviciado tan numeroso: cincuenta y uno. Era Director del mismo don Balzario; Prefecto, don Zoccola, y Consejero, don Manfredini; como puede verse, todos italianos. Entre los novicios, cuyo nombre nos suena, estaban José Artacho, Narciso Fernández, Manuel Grana, los dos hermanos Pallares, Juan y Agustín, y Joaquín Pérez, todos ellos difuntos hace años.

Cuando hoy leamos en el Necrologio el nombre de Francisco Peña es bien poco lo que nos puede decir. Le incluiremos en el anonimato del recuerdo global. La oración se encargará de buscar a su destinatario.

Llegó Francisco a Béjar en septiembre de 1902. Estaba ya enfermo. No tuvo tiempo más que de darse a conocer y dejar constancia de su buena disposición. La Casa era reciente, la comunidad, reducida. El Director se llamaba don Epifanio Fumagalli y el Prefecto don Juan Canut. Algún salesiano de los más entrados en años tienen un vago recuerdo de tales nombres. Como clérigos trabajaban en aquel recién montado «telar salesiano» don José Pujol y don José Saburido, conocidos de bastantes salesianos actuales.

A ellos se hubiera unido en trabajos y en los buenos resultados este clérigo, tirocinante que diríamos ahora. Pero la muerte no le permitió comenzar a trabajar siquiera. Fue como el soldado que muere antes de entrar en combate. No obstante, se le otorgan todos los honores y todos los derechos.

Es suficiente haber mostrado voluntad de luchar.

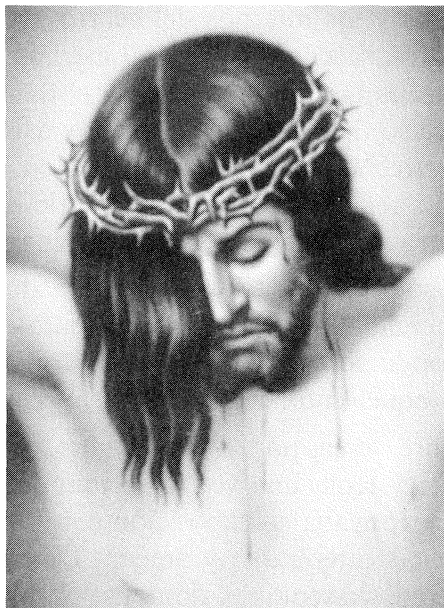
Murió el 6 de noviembre de 1902. Era el segundo salesiano que moría en la Casa de Béjar.

Dios le tenga en su paz, le premie el bien que no pudo hacer

y le tenga agregado a la Congregación de los Fieles Difuntos Salesianos.

Pensando también en él, repasamos el versículo de las Constituciones que dice: «La fe en Cristo resucitado sostiene nuestra esperanza y mantiene viva la comunión con los hermanos que descansan en la paz de Cristo... Su recuerdo nos estimula a proseguir con fidelidad nuestra misión.»

NARCISO FERNANDEZ GÓMEZ



Sacerdote.

Nació en Cerdeira (Orense) el 22-XII-1879.

Profesó en Sarria (Barcelona) el 24-VIII-1899.

Sacerdote en Cádiz el 6-IV-1912.

Falleció en Madrid el **18-XI-1953**.

Paseaba siempre por el pórtico de San Benito, aquel pórtico ancho y alto que ocupaba la mitad del patio. Don Narciso caminaba lento, callado, con las manos cruzadas a la espalda y siempre solo. Usaba bonete y un guardapolvos fuerte, desabrochado. Los alumnos de la Tercera Elemental decían de él que era serio, ordenado y competente.

Vino a esta Inspectoría desde Sevilla el año 1928, de otro colegio de San Benito, internado de beneficencia. Este San Benito de Salamanca no era un centro de beneficencia, pero vivían en él una cincuentena de muchachos pensionados por una señora bien-

hechora y caritativa, muy vinculada a la Obra Salesiana: doña Gonzala, vulgarmente conocida como la «Pollita de Oro». Era de Alaejos (Valladolid) y los internos del centro procedían todos de dicho pueblo. Allí cursaban la Primera Enseñanza y los más despiertos estudiaban después el Magisterio o el Bachillerato. Estaba entonces don Narciso de profesor, confesor y asistente. El colegio era sumamente estrecho, modesto y la vida en él muy familiar. Entre otros méritos tendríamos que reconocerle el de haber hecho brotar en su recinto y ambiente no pocas vocaciones.

Don Narciso sólo estuvo allí un año. Sin duda, sus estudios de la carrera comercial le hacían más apto para otros colegios de la Inspectoría, donde se estudiaban más a fondo esas materias, que eran ya para aquel entonces estudios superiores.

Nuestro hombre tenía por entonces alrededor de cincuenta años, estaba fuerte y tenía una voz muy timbrada. Predicaba sin levantarla nunca y apoyaba su exposición con fabulillas y comparaciones que la hacía interesante y amena. Después del Director, que era muy paternal y asequible, don José Santos Cuesta, al que más gustaba oír era a don Narciso. Casi era el único momento en que le oíamos, ya que fuera de la predicación se le veía callado y serio, pero no antipático.

Había nacido en Cerdeira, un pueblecito de la provincia de Pontevedra, la provincia más pequeña de Galicia, la provincia de los puentes y de las rías, pequeña pero hermosa y rica. Cerdeira está situada al sureste, muy próxima a Orense, entre Puenteareas y La Cañiza, donde se venera a la Virgen de la Franqueira. En este paisaje dulce y melancólico, de bosques y prados, brotó como una flor más la vocación de don Narciso.

Por aquellos años no había en España más que una Inspectoría y el noviciado estaba enclavado en Sarria. Allí lo hizo, así como la primera profesión. Simultaneando los estudios salesianos con los civiles, obtuvo el título de Profesor Mercantil en la Escuela de Comercio, capacitación que le sirvió no poco para desarrollar su misión pedagógica en los colegios por los que fue pasando: San Benito, La Corana, Vigo, Baracaldo, Orense, siempre ejerciendo de Consejero, Catequista y Confesor, aparte de las obliga-

das incumbencias inherentes a todos los cargos de profesor y asistente. En Orense le sorprendió el comienzo de la guerra civil.

Como Catequista se mostró celoso, sin exageraciones; como Consejero, cumplidor sin estridencias, que no iban con su temperamento asentado, sin olvidar su trabajo al frente del Oratorio Festivo durante algún tiempo.

Los últimos años los pasó en La Paloma, nueve; era casi de la comunidad fundadora. Ejerció de Confesor y encargado de compras y abastecimiento de la comunidad.

La enfermedad le acechaba desde estos años, cada vez más acuciante y visible, por más que él, resistente y sufrido, se esforzase por disimularla y continuar en su puesto de trabajo.

Por el cargo que tenía o por sus convicciones particulares, llamaba la atención su espíritu de pobreza. Vigilaba para que no se desperdiciase nada. Años de penuria acentuada como eran aquellos, cualquier dispendio parecía más llamativo. Ese afán llegaba en él hasta tal punto de recoger con cuidado los trozos de pan que los alumnos dejaban en el patio. No disimulaba su enfado cuando un hermano dejaba sobre la mesa trozos de pan o se desperdiciaba comida.

La piedad fue otra de sus constantes hasta los últimos meses. Tenía prohibido por los médicos todo movimiento, le flaqueaba la cabeza y tenía ya sus desvarios; pues bien, aun así se esforzaba por levantarse para ir a la capilla y celebrar la Santa Misa.

Amante de la predicación y preocupado por la enseñanza del catecismo, dejó en sus pertenencias una magnífica colección de cuadros llenos de ejemplos, citas y doctrina adaptada a la mentalidad de los jovencitos.

Amaba la vida escondida y el pasar inadvertido; rehuía toda ostentación y se le veía contrariado cuando se alababa alguno de sus trabajos. Había aprendido a perfección el versículo de la *Imitación de Cristo*: «Ama nescíri et pro níhilo reputan.» Las últimas semanas, en vista de la agravación del mal, se le trasladó al Colegio de San Fernando, en cuya enfermería podía estar mejor atendido.

De una manera extraña, poco antes de morir, recobró la lucidez, se pudo confesar y recibir los santos sacramentos con edifi-

cante fervor y tan perfecta conformidad con la voluntad de Dios que admiró a todos los presentes y les dio un vivo ejemplo de perfecto religioso.

Murió el 18 de noviembre de 1953. La parálisis progresiva le permitió sentir acercársele la muerte e irle invadiendo sin remedio. No fue una muerte repentina, sino bien prevista y conscientemente aceptada.

Su buen sentido religioso y su inteligencia le harían prever también la culminación de la terrible inercia, la reacción que las medicinas no habían conseguido: la rehabilitación gloriosa de la resurrección.

«En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, los muertos resucitarán, saltarán a la vida y a la actividad con un renovado dinamismo. Y los que hayan hecho el bien, saldrán a una resurrección de vida.»

RAMÓN ZABALO ALCAIN



Sacerdote.
Nació en Urnieta (Guipúzcoa) el 18-VII-1849.
Profesó en Sarriá (Barcelona) el 7-XII-1894.
Sacerdote en Lérida el 7-IV-1897.
Falleció en Madrid el **22-XI-1932**.

El don Ramón Zabalo que nosotros recordamos era el verdadero abuelito: amable, decidor, paseando con los pies a rastras por el pórtico del Paseo de Extremadura, con un bastón negro en la mano o sentado delante de la balaustrada de cemento contemplando el Madrid que entonces se ofrecía sin obstáculos al otro lado del Manzanares. Aparecía como una ciudad nada mastodónica, limpia y clara bajo un cielo terso. Invitaba a recorrerla desde el Parque del Oeste, el Campo del Moro, el Palacio Real, San Francisco el Grande, los puentes de Toledo y Segovia, las dos arterias de piedra bien cortada que llevaban y traían la vida desde

el centro hasta la periferia de la capital más esclarecida y vistosa. Disfrutaba, como una riqueza intransferible, el mejor aire y la mejor agua. Contemplando aquel Madrid con sus ojos azules, por los que habían pasado muchos horizontes, se pasaba las horas don Ramón, mirando casas y recordando cosas. De cuando en cuando nos acercábamos los aspirantes en recreo y se entablaba el diálogo, un diálogo fluido, amenísimo, de niños a anciano, que tenía mil historias que contar y mil ocurrencias con que replicar.

Hablaba de sus años de maestro, de comerciante en Zaragoza, de su amistad con el redactor del «Calendario Zaragozano», de don Carlos VII, el Señor, como le llamaban sus adeptos, el pretendiente que se quedó en eso; de doña Isabel II, una infeliz mal aconsejada, decía; de don Rinaldi, todo un padre, y de don Marcelino Olaechea, entonces Inspector y que le hacía las mayores reverencias cuando se encontraban... Se interesaba por la tierra de cada uno, por sus familiares y por todo lo que podía interesar al interlocutor.

Alternaba en las «Buenas noches» con don Agustín Liaño, el Director. Solían versar sobre alguna anécdota o cuentecillo de los que se podía sacar una moraleja. Los tenía inagotables. Eran unas «Buenas noches» intemporales, a diferencia de las del Director, que solían ser más del día. Se las repartían más que como un alivio para el Director, como una deferencia para el abuelito. Disfrutaba dándolas más que nosotros escuchándolas. Lo mismo pasaba con las catequesis de los domingos. Las preparaba con verdadero primor. Después de cantadas las vísperas, aparecía él envuelto en su manteo, se subía a una tarima, se sentaba y con dos pizarras a los lados, pintadas de tizas de color, iba exponiendo los puntos del día e ilustrándolos con ejemplos. No siempre se le entendía, porque su voz era ya opaca y la pronunciación confusa, pero no nos impacientábamos ni dábamos señales de aburrimiento. Era el mayor entretenimiento de aquellas tardes largas, monótonas, plomizas. Ahora nos parecerían una prueba heroica o un test de perseverancia.

Don Ramón Zabalo, a los ochenta y tres años que tenía ya entonces, era un hombre de mucho mundo, de larga experiencia y cargado de esa ciencia que da a la vida un valor y un peso tan

imponderable como intransferible. Sabía mucho, pero no estaba de vuelta de nada, porque hasta el final vivió con interés, con ilusión y hasta con ingenuidad. Era uno de esos viejos felices que mueren con muchos años y sin desengaños.

Nació en Urnieta (Guipúzcoa) el 18 de julio de 1849. Por la fecha de nacimiento y por el sitio, nació vinculado a las guerras carlistas, con las que tanto había de tener que ver. Hacía un año que había estallado la segunda y Urnieta no estaba lejos del Oriamendi. Era un solar muy para las bandas armadas.

Desde el Adaro y los otros montes que protegen y ensombrecen la villa, escucharía de niño a los fogosos «cruzados de la causa»:

*Juremos ante el signo
del lábaro guerrero
morir por nuestro fuero
por Carlos y la Fe.*

De una manera o de otra le acompañó siempre el signo de la lucha. A pesar de eso, o tal vez por eso, no perdió nunca el temple ni el buen humor.

Su padre, don José Antonio, era maestro, recto, severo hasta con sus ocho hijos, no sólo con los alumnos. Su madre, doña Joaquina, era bondadosa, emotiva y con ternura. Los dos se complementaban y formaban la pareja perfecta para un hogar de cristianísima impronta. Todos eran creyentes por condición y por herencia. «La religión católica puede decirse, sin miedo a cometer error, que es la fuerza coercitiva más considerable de cuantas informan a la sociedad vasca actual —escribía esto un etnólogo en 1949— y la que ha movido desde fechas remotas en momentos decisivos.» Don Ramón Zabalo no conocía este texto, pero lo habría suscrito él, que se jactaba de que en Vasconia no existía el ateísmo ni la blasfemia.

Don José Antonio era además buen calígrafo. Para un concurso que convocó la Diputación de Guipúzcoa, con motivo de la definición del dogma de la Inmaculada, se tomó el trabajo de escribir la bula palabra por palabra con la mejor letra que sabía hacer.

Cuando lo terminó, obtuvo de Pío IX un rescripto de felicitación y de la Diputación un premio de 500 pesetas.

Murió pronto y dejó a Ramón al frente de la numerosa familia. Tenía veinte años, título de maestro nacional, obtenido con nota de sobresaliente, y un sueldo en total de 1.400 pesetas al año. No era del todo despreciable entonces, pero con él tenía que arreglarse para sacar adelante a toda la familia. No era ésa la mayor dificultad con que tenía que luchar. Estamos en la tercera guerra carlista, la que se prolongó entre los años 1872-1876. Urnieta se encontraba entre dos fuegos: los liberales ocupaban Hernani y los carlistas mandaban en Andoain. Era objeto de asaltos peligrosos por parte de unos y de otros. Las amenazas alcanzaron en más de una incidencia al joven maestro. En una ocasión tuvo que oír de parte de un capitoste liberal: «Atadle y fusiladle en la plaza, junto a la pared de la iglesia.» Fue sólo una amenaza, pero una advertencia también del peligro que corría en aquel escenario. Se retiró con su familia a los montes y hallaron refugio en un caserío durante dos meses. De allí se trasladó a Tolosa, en donde se encontraba con su séquito don Carlos. Por un tiempo fue la capital de su reinado itinerante.

Don Ramón solicitó y obtuvo la plaza de maestro. Su sueldo era de 1.700 pesetas al año. Algo había progresado económicamente. Pasó de maestro a auxiliar de la Secretaría del municipio, y de auxiliar a secretario efectivo.

Le duró poco tiempo el cargo. Apenas terminada la guerra, renovaron los cargos oficiales y quedó cesante y suplido por un liberal. Tuvo que acogerse de nuevo a lo suyo, a la enseñanza.

Abrió un colegio privado que tuvo una inesperada acogida, aun por parte de las familias liberales. Le producía una renta de tres mil pesetas y un plus considerable de regalos. Así, hasta que los Escolapios se establecieron en Tolosa, absorbieron el colegio y don Ramón se vio precisado a cambiar de sitio y de profesión. De la enseñanza se pasó al comercio y de Tolosa a Zaragoza. Allí entró como contable de una casa comercial de hierro y carbón mineral.

En la enseñanza le había ido bien; en la secretaría no le había ido mal, pero en el comercio fue donde encontró su caldo de cul-

tivo. El que vale, vale para todo. Zaragoza fue su mejor teatro de operaciones. Allí se hizo empresario y apóstol en grande.

Su obra en la ciudad del Pilar tuvo ramificaciones duraderas e importantes.

Se pueden enumerar hasta un total de once, desde la Asociación de Comerciantes, la de Dependientes, de Maestros Católicos, Círculo Obrero, Bolsa de Trabajo, Cooperativa de San José, sindicatos extendidos por Aragón, hasta una farmacia y un dispensario.

La fama de estas actividades prodigiosas y tan sociales llegó a Barcelona y a conocimiento de don Rinaldi. Ni corto ni perezoso, sintió curiosidad por conocer la obra y a su cerebro en persona.

Se presentó un día en Zaragoza, se encontraron y se comprendieron desde el primer momento. Don Ramón le puso al tanto de todo y don Rinaldi, sorprendido de lo que veía y del estilo con que se había llevado a cabo, le confesó sin reticencias:

—Nos habéis imitado en todo.

Extraña coincidencia entre quienes no se conocían. Los dos quedaron mutuamente ganados en aquel encuentro.

Don Ramón tenía una vaga noticia de Don Bosco. La había tenido por Sarda y Salvany, el escritor, pensador y polemista catalán conocido en los ambientes conservadores.

De él supo que Don Bosco buscaba dinero para sus obras sociales. Don Ramón, generoso y con la misma preocupación que el Santo, le mandó un donativo modesto. Don Bosco le contestó con una tarjeta de agradecimiento. Fue toda su correspondencia con el Santo.

En 1991, don Ramón, más intrigado ya por lo salesiano, va a Turín y se presenta a don Rúa con una carta escrita por don Rinaldi. Don Rúa le recibe como era de esperar, le hace recorrer los lugares salesianos y le confía a don Camilo Hortúzar para que le acompañe por Turín y cuanto le interese.

Allí y así nació la vocación explícita de don Ramón y el propósito de hacerse salesiano, lo que implícitamente era ya.

Tenía cuarenta y tres años. Ni la edad ni los antecedentes del interesado daban pie a pensar en una corazonada o en una veleidad.

Comunica su decisión a su madre y ésta, muy comprensiva, le allana el camino.

—Harás bien. Yo y tus hermanas solteras nos arreglaremos.

Mejor se habrían arreglado con él, con quien lo tenían todo resuelto, pero la generosidad de una madre así no era capaz de poner reparos. Ya había hecho bastante por ellas en los veintitrés años precedentes, desde que murió el padre.

Como Don Quijote, pero llevado de otro ideal, don Ramón abandonó la ciudad de Zaragoza, donde tantos éxitos había cosechado, y se encaminó a Barcelona.

En Sarria estudia Latín y Filosofía. Le dan lecciones don José Calasanz y don Vicente Schiralli. Al mismo tiempo, lleva la contabilidad de la Casa, vigila la correspondencia de los alumnos, da clase de Primeras Letras, redacta unos programas de enseñanza y compone una Aritmética Práctica que servirá durante algunos años como libro de texto. Como se ve, no pierde el tiempo.

Era hombre con cultura y con soltura para el trabajo. La Congregación comenzaba a «exprimirle bien» desde el primer momento.

Fueron dos años de entrenamiento, de noviciado y, más que de prueba, de comprobación para lo que le esperaba.

En 1895 se abre la casa de Sant Vicent dels Horts. Va como personal fundador y como Administrador. Da clase a los aspirantes, estudia Teología y a veces hace, incluso, de cocinero. Años más tarde dirá que los dos años de Sant Vicent dels Horts fueron los más felices de su vida. Sería porque durante ese tiempo recibió también las órdenes del subdiaconado, el diaconado y el sacerdocio, este último en Lérida en la semana siguiente a la de Pascua.

Había sido maestro, secretario, contable y gerente. Ahora se veía sacerdote: la coronación de su carrera. Eso no significaba que fuera el final ni el tramo más fácil.

En 1897 es destinado a Baracaldo como fundador, como Director y como socio único. Por algún tiempo tendrá que vivir en una pensión.

El pueblo cuenta a la sazón con 11.000 habitantes, la población oportuna para un enclave salesiano. De un pueblo agrícola y

de pescadores se está haciendo pueblo industrial. De su condición antigua sólo conserva el nombre: Baratz-Alde: pueblo de vegas. Comienza a hervir de inquietudes y fermentos sociales al calor de los Altos Hornos, que ya nada tienen que ver con la antigua fábrica del Carmen. La presencia salesiana es urgente. Una señora, pudiente y cristiana, quiere fundar una obra educativa. Allá es enviado don Ramón, aureolado ya ante los superiores por la fama del apostolado social.

Desde el primer encuentro surge una contrariedad. La mencionada señora, doña Luisa Echávarri, la fundadora, no está dispuesta a serlo más que en parte. Regala los terrenos, construye la modesta iglesia y da diez mil pesetas en metálico. El importe es mucho mayor. Don Ramón se queda perplejo. No eran éstos los informes que traía. Podía haber pensado y alegado que para este viaje no necesitaba haber salido de Zaragoza, donde dejaba una obra tan completa y en marcha.

Una primera decepción, pero no se declara en retirada. Comienza a aplicar el principio de acción de Don Bosco: «El bien se hace como se puede...»

De momento no puede más que acoger una docena de niños y niñas en plan de Oratorio. Ni siquiera cuenta con patio. Es cosa de empezar. Como primera medida, buscar y pedir, «que en el pedir no hay engaño». Las primeras demandas no encuentran mucho eco. Los más reconocidos pudientes, comenzando por el Consejo de Altos Hornos, se resisten a dar dinero para una promoción de hijos del pueblo que les pueden plantear más problemas de los que ya estaban teniendo.

Visitas casi siempre baldías, cartas, circulares, memorias son el instrumento de la primera propaganda. Reúne los recursos estrictos para empezar las obras. El ritmo de éstas es más rápido que el de la llegada de ayudas. Los fondos se agotan. Don Rinaldi da órdenes de suspender las obras en marcha.

El contratista protesta y amenaza con acudir a los tribunales por el trastorno que le causan.

El edificio se va haciendo despacio, a base de apuros, gestiones de toda clase y sobre la convicción de la necesidad del proyecto y la fe en que saldrá adelante. Los donativos, a fuerza de

propaganda casera, de peticiones y de comprobación de los resultados, van llegando.

Llegan los primeros salesianos y en enero de 1889 se inauguran las Escuelas de Enseñanza Primaria. La actividad más en auge es el Oratorio y la preferida de don Ramón. Para el Oratorio y sus catequesis escribió *Tardes cristianas*, manual que rigió durante años en el Colegio y fuera de él.

Un año más tarde, con el terreno ya bastante preparado, llega don Rúa.

Tiene un recibimiento popular y entusiasta. Durante su estancia nace la primera vocación salesiana: don Cirilo Sagastagoitia. Morirá a los noventa y tres años, después de haber vivido setenta y cuatro años en la Congregación. Fuerte de cuerpo, de temple y de genio, dirá de sí mismo: «Todos saben quién es Cirilo. Dice siempre la verdad. Soy fuerte, duro, resistente como las montañas de mi tierra.» Claro que todos sabíamos quién era.

Otro ejemplar ilustre del Baracaldo de entonces fue don Marcelino Olaechea.

Entró en el Colegio como un alumno enfermizo y llegó a ser una figura procer.

Don Ramón le recibió y tranquilizó a la madre, todo preocupada: «No se preocupe, buena señora. Desde hoy ya no le darán más ataques...»

Don Rúa se marchó de Baracaldo contento del rumbo que iba tomando la Obra Salesiana en aquel ambiente. Le entregó a don Ramón una limosna de 30.000 pesetas. Era un respiro, sobre todo por venir de quien fue siempre para don Ramón objeto de veneración. El también lo iba siendo por parte de los baracaldeses. Le llamaban el santo. Para serlo de verdad, el Señor le mandó sus cruces pesadas, además de las cotidianas: una erisipela y dos decepciones de salesianos en la misma comunidad. Una puso en peligro su vida, precisamente un día de María Auxiliadora. Los dos abandonos, en circunstancias poco airosas, amargaron su alma candida.

El 28 de octubre de 1904 moría en Italia el primer Inspector de la Inspectoría de Madrid. Don Ramón fue el designado para sucederle, a pesar de sus pocos años de vida salesiana.

Se despidió de Baracaldo, de las autoridades y del pueblo con cierto dolor. En las memorias que escribió por expreso mandato de don Marcelino dejó escrito como resumen: «La labor de confesorio, escuelas, visitas a enfermos, aun a altas horas de la noche llamados por los necesitados, la necesidad de allegar recursos, las obras... para el poquísimo personal de la casa, era un peso tal que sólo por la gracia de Dios ha podido sostenernos. ¡Bendito sea el Señor! En las Escuelas, y particularmente en el Oratorio Festivo, se trabajó con interés... El pueblo quedó transformado...» Y eso que él mismo había escrito un día sobre el estado moral de ese pueblo: «Corrotto e infetto dal socialismo dominante...» Baracaldo se le entregó y le recompensó después el municipio dedicándole una calle, «por insigne bienhechor y maestro».

En la Inspectoría trabajó con la misma voluntad, pero sin los mismos brillantes resultados.

Construyó la iglesia de Atocha, terminó la Casa de Carabanchel, con la solución que eso supuso para la Inspectoría, pero tuvo que lamentar la pérdida de Vitoria por intransigencia de la patrona, doña Felisa.

Cuando hace el resumen de su mandato de Inspector lo hace en estos términos de encantadora franqueza, tan suya: «Tuve la amargura de ver al término de mi Inspectorado poco buen espíritu, en mi concepto, en el personal de las casas, sea por mi mala dirección o por lo que fuere.» Las causas eran varias:

Rapidez de expansión de la Obra en España, con detrimento posible de la cohesión y el vigor del espíritu primitivo. La ley de los gases se cumplía también aquí: a medida que un gas crece en expansión, disminuye en presión.

Había poco personal, con formación a veces apresurada y deficiente. Los Consejeros Inspectoriales, con más interés «pro domo sua» que por la conveniencia general de la Inspectoría, trataban de sacar ventaja en el reparto de personal y en la adjudicación de cargos. Los Directores, muchos de los cuales eran italianos, eran más inclinados a entenderse directamente con los Superiores Mayores, a espaldas del Inspector. A todo esto se unía la salud de don Ramón, menos robusta de lo que el cargo exigía, y también, por qué no, su menor dotación para gobernar una Inspectoría en

crecimiento que para dirigir ejemplarmente unas escuelas. No contaba a este respecto el parecer de quien sostenía hace muchos años que «los vascos son grandes soldados por tierra y por mar... Son muy fieles, sufridos y perseverantes en el trabajo..., pero no pelean con tanto denuedo cuando se los saca de su tierra...»

Cuando don Ramón dejó la Inspectoría se volvieron a unir la de Barcelona y la de Madrid y así estuvieron más de una decena de años. Se ve que la división primera había sido prematura y que no siempre da resultado lo de «divide y vencerás». No consta que fuera rigurosamente histórico, pero es verosímil lo que se contaba de él al despedirse de los Directores en la última reunión:

—Cuando recibí la Inspectoría estaba mal, pero ahora que la dejo está peor. Y la culpa es vuestra.

El año 1911 volvió de nuevo a Baracaldo como Director. Sucedió a don Tabarini.

Este era hombre de grandes ideas, proyectos avanzados, hábil recaudador de dineros, pero de cuentas poco aquilatadas. Había embarcado la economía de la casa en operaciones costosas a cuenta de montar el colegio tan en grande como él pretendía.

Se dio el caso curioso de uno, muy modesto, que no quería ser Director y otro bien hallado en el cargo que no quería dejar de serlo. Llegó a escribir a los superiores alegando la deficiente salud de don Ramón para anular su nombramiento. Era verdad lo de la salud, aunque no hasta tal punto.

Con esas perspectivas entró don Ramón en su segundo mandato de Director de la Casa que había visto nacer y crecer.

Su inmediata incumbencia fue pagar las deudas contraídas y deshacer los entuertos de la etapa anterior. El Colegio volvió a caminar por los rumbos que primitivamente se le habían trazado. Allí se mantiene la memoria y la placa que se le dedicara un día a don Ramón, el gran bienhechor del pueblo, el insigne maestro y el sembrador de la semilla salesiana, que tan duradero arraigo había de tener. Don Albera visitó el pueblo ya notablemente crecido y transformado del que conoció don Rúa a final de siglo. Recibió los mismos honores y la misma impresión.

—Me marcho muy contento de Baracaldo. Lo salesiano ha calado en todos sus estamentos.

Cuando don Ramón terminó su segundo mandato, el mismo año en que murió doña Luisa Echávarri, su protectora y a veces su opositora, ya no estaba para desempeñar cargos de ningún relieve. Le quedaban sólo ganas de trabajar y el derecho a disfrutar de su dorada ancianidad. Esto lo hizo en los quince años que le restaron de vida y que fue consumiendo a su paso por las casas de Sarria, Carabanchel, Astudillo y el Paseo de Extremadura, todas casas de formación, ordenadas y pobladas de aspirantes buenecitos y cariñosos, que le hacían sentirse abuelito numeroso y feliz.

Confesaba, daba las «Buenas noches» día sí y día no, al almón con el Director; explicaba el catecismo las tardes de los domingos, reeditando así de alguna manera cada año sus *Tardes cristianas*; traducía del italiano lo que podía convenir a su especialidad de empecinado catequista y publicaba algunos folletos que entretenían a sus catequizandos... Así, incansable trabajador, empleaba el tiempo y se ganaba el pan que tenía ya bien ganado. El pan y el companage, que consumía con un apetito envidiable de viejo que procurara no morir.

Un día de otoño de 1933 la herida que venía arrastrando desde los primeros años de Baracaldo se le encontró de manera maligna y le puso al borde de la muerte. Ya don Rúa se lo había anticipado:

—Esta herida te acompañará hasta el final.

Dándose perfecta cuenta de la gravedad, mandó venir a su confesor, don Enrique Sáiz. Arregló sus cuentas con la claridad del buen contable que había sido y se puso en las manos de Dios.

Recibió el Viático un jueves por la mañana, hacia el mediodía. Estaban presentes los Directores de Madrid, don Marcelino Olaechea, don Manfredini, el personal de la casa y los aspirantes. Con velas en la mano, desde los lados del pasillo, seguíamos la ceremonia y las palabras del ministro y del administrado.

—Ha sido un acto hermoso y solemne —comentó después él mismo.

A tal señor, tal honor.

Vivió todavía hasta el lunes siguiente. Pasó aquellos días entre el sopor y la lucidez. Repetía las jaculatorias que le dictaban, se

hizo leer el sueño de la aparición de Domingo Savio a Don Bosco con las deslumbrantes descripciones del Paraíso.

—¡Bello, bello! —musitaba...

Y añadía:

—¡Pronto, pronto...! —como pregustando lo descrito.

—¿Ha rezado usted ya el breviario? —preguntó a su acompañante en un momento de mayor lucidez.

Y como le dijera que no:

—Pues récelo. Yo le acompañaré con la intención para pedir perdón al Señor por las negligencias de mi vida en el rezo del breviario.

—¿Se acordará de nosotros? —le preguntó el piadoso y familiar recomendante.

—Sí, y vendré a visitaros sin ser visto; pero no me olvidéis en vuestras oraciones.

Y en pláticas así de piadosas y de edificantes, que recordaban la muerte del justo que él había pintado en sus catequesis, le llegó la hora final.

Fue en la noche de paso entre el día 21 y el 22 de noviembre, fiesta de santa Cecilia, la patrona de la música, que por aquella vez en el Aspirantado del Paseo de Extremadura fue sólo música de Misa de réquiem.

—Vendré a visitaros sin ser visto —había prometido.

Esperamos que sí lo habrá hecho más de alguna vez sobre la que fue su Inspectoría y sobre los que fuimos sus humildes pupilos.

Cuando se entretenía con nosotros y, entre tantas otras cosas, nos hablaba de Urnieta y nos ponderaba las bellezas de su paisaje, decía que en todo el valle de la villa se podían distinguir hasta catorce clases de verde.

Como si Urnieta fuera un trasunto del Paraíso, con la diferencia de que en este otro Valle se estará recreando con la delicia de indescriptibles e innumerables verdes.

JUAN GIL PÉREZ



Sacerdote.
Nació en Vitoria (Álava) el 18-VIII-1917.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 14-VII-1935.
Sacerdote en Madrid el 15-VI-1946.
Falleció en Salamanca el **26-XI-1969**.

*«Amicum perderé
máximum damnorum est.»
(«Perder a un amigo
es el mayor de los daños.»)*

Por una extraña coincidencia viene a redactarse este apunte precisamente en el aniversario de la muerte de don Juan. Pasó a la eternidad en la noche del 25 al 26 de noviembre de 1969. Hace ahora veinte años. ¡Veinte años...! ¡El tiempo, que no se detiene, «ni vuelve ni tropieza...!».

Pensando en don Juan, en lo que era y en lo que hubiera merecido vivir, siente uno un cierto rubor de supervivencia. Son figuras así las que merecerían seguir viviendo y las que con su muerte nos hacen cobrar conciencia de vulgaridad. No sabemos si seguimos viviendo porque la muerte nos respeta o porque nos desestima y nos desprecia. Los héroes y muchos hombres valiosos han muerto jóvenes.

Don Juan ya no lo era tanto. Tenía a la sazón cincuenta y dos años. No muchos para los que todavía hubiera podido vivir; pocos para lo que en su ambición y vuelos de idealista hubiera querido hacer. Su vida quedó cortada poco más que a la mitad y tuvo un ocaso lento, largo y muy suave, como los atardeceres solemnes y contemplables.

Muchos salesianos de esta Inspectoría y de las otras le tuvieron como profesor de lujo, como Catequista y Confesor y muchos más le trataron como hermano, le quisieron como amigo y le recuerdan todavía con admiración. La circunstancia de una vida malograda le hace más apreciable y querido.

Nació en Vitoria el año 1917. Los primeros años los pasó entre Valladolid y Baracaldo. Tenía, por tanto, un fondo de castellano y de vascuence, si eso pudo influir algo en su psicología. De hecho, él no alardeó nunca ni de lo uno ni de lo otro. Estaba por encima de todo envanecimiento aldeano.

«Mi corazón está —dice el poeta— donde ha nacido / no a la vida, al amor.» Por eso él lo tuvo siempre un poco en aquel pueblo, hoy ciudad populosa, y en aquel colegio de Baracaldo, uno de los colegios pioneros de la España salesiana. Allí salesianos beneméritos, como don Pedro Olivazzo, don Ramón Zabalo y otros montaron, a su manera, otro alto horno de salesianidad y devoción a María Auxiliadora, que todavía sigue encendido. Ahora se encuentra muy mejorado de apariencia, pero durante muchos años, como un obrero más sin demasiada suerte, ofreció sólo un pobre aspecto y un historial de mucho trabajo y escasos beneficios.

Hasta el patio, rodeado de viviendas, llegaban con frecuencia los olores de la Sefa-Nitro y las salpicaduras de los Altos Hornos.

Enfrente mismo, y calle Larrea por medio, estaba la casa de la familia de don Juan.

No sabemos si fue un inconveniente o una ventaja —los pedagogos dirían lo primero—, pero don Juan no se crió durante bastantes años en la casa paterna ni se benefició del roce y las infantiles peleas de sus seis hermanos. ¿Hasta qué punto influyó en él la falta de ese factor educativo? Por el contrario, creció en un ambiente de regalo, a la sombra de una abuela, bajita y graciosa, dos tías solteras que se miraban en él, Concha y Rafaela, y un abuelo caballeroso y señor al que idolatraba: don Jorge. Una familia vecina del colegio y muy privada de los salesianos.

Entre las cualidades que él tenía y los cuidados que le prodigaron hicieron de «Juanito» el cupidillo de la casa y del colegio, sin que le faltaran, y precisamente por esas condiciones, las molestias de colegiales zafios y las intenciones aviesas de algún maestro seglar con tendencias de sátiro. Ya se sabe que en todos los bosques, por muy de égloga que sean, aparecen siempre los faunos.

A pesar de todas las circunstancias, desfavorables unas y demasiado favorables otras, allí y en aquel clima brotó la vocación de don Juan.

Ya en las casas de formación del Paseo de Extremadura, Carabanchel y Mohernando, don Juan asimiló la formación que se le inculcaba y bien puede decirse que realizó un cambio visible en la superación de diferencias de ambiente, en la corrección de defectos de índole propia, dificultades de adolescencia y en la adquisición del carácter que le había de definir en lo sucesivo. Es interesantísimo y aleccionador el cambio que puede constatarse entre aquel muchacho engreidillo y apuesto que vimos entrar en el Aspirantado, un día de septiembre de 1930, bien acompañado de sus familiares, y aquel joven, más que formado, transformado al final de la Filosofía. ¡La razón de ser y la eficacia de los años de formación bien seguidos...!

Como a tantos otros, los años de la guerra del 36 le ofrecieron una serie de experiencias duras y decisivas: los azares de los primeros días; varios meses en cárcel; un año en el Madrid sombrío de la guerra, con barricadas en las calles, escaparates vacíos, reclamos bolcheviques y una vigilancia policial obsesiva. Días

amedrentados de caminatas a pie por calles nunca seguras, de clases particulares con que ganar algo para costear el alojamiento, recados de consignas de unos a otros y Misas clandestinas. Vivía en la calle del Pinar con dos familias refugiadas. A don Alejandro le parecía un alojamiento peligroso. Había chicas jóvenes, muy politizadas, bien parecidas y que le apreciaban mucho. El peligro estaba conjurado con la presencia de don Lucas Pelaz; el otro peligro, «más acuciante»: el ambiente de guerra, sobre todo, por la responsabilidad y madurez de don Juan.

Una mañana de noviembre de 1937 se presentó la policía en casa, los temibles agentes del S.I.M. A unos los detuvieron, otros tuvieron que salir de estampida y don Juan vagó durante dos días a la aventura, hasta que encontró un nuevo alojamiento en la Ciudad Lineal. Días de sobresaltos, de penuria y de prueba en todos los aspectos.

Muchos sucumbieron; muy pocos, entre ellos don Juan, no experimentaron en su vocación ninguna cobardía, ningún desliz, ninguna vacilación en el destino que se tenían bien trazado.

Ni siquiera la vida de cuartel, que también soportó durante el último año.

Como contraste para su delicadeza tuvo que aguantar la convivencia de la soldadesca y las chocarrerías del cuerpo de guardia. Aquellos ambientes eran de lo más parecido a las «zahúrdas de Plutón».

Don Juan prestaba servicio en el cuartel general de Casado, en la Alameda de Osuna. Era un lugar privilegiado, mucho más adecuado para la poesía que para la milicia. Don Juan se solazaba en sus horas libres con paseos por el bosque y buenas lecturas. Las interminables horas de guardia las entretenía pasando avemarías y rimando versos. ¿Quién de sus colegas adivinaría en él esas dos cripto-actividades?

De aquellos días y de aquellas noches de quietud armada era una composición que terminaba con este terceto:

«
Mi corazón la paz reinante apura;
pero aunque con tesón a ella se aferra,
a mi lado el fusil me habla de guerra.»

Un soneto escrito a punta de lápiz y de bayoneta.

Después de toda aquella odisea, ¿qué podían representar las dificultades del trienio, de la Teología, del primer sacerdocio en Mohernando y en Fuencarral?

Cuando ya hacía cuatro años que había cantado Misa y podía dar por bien terminada su carrera, los superiores le mandaron a Roma para estudiar Sagrada Escritura. Llevaba varios años alejado de los estudios y tenía treinta y tres cumplidos. Enfrentarse con nuevos estudios arduos suponía esfuerzo y años. Fue aquella una de esas deferencias que honran un poco, pero pesan mucho. Don Juan aceptó por obediencia, por amor a la ciencia y a los estudios, que en otro tiempo hubiera afrontado con más facultades y mayor entrenamiento.

Se entregó con el ardor que ponía en todos los quehaceres y en el deseo de no defraudar a los que le habían mandado allí. Muchos alicientes ofrecería a su curiosidad la Ciudad Eterna y sus incontables obras de arte y de historia y no sería uno de sus menores sacrificios tener que renunciar a muchos honestos esparcimientos. El, sin embargo, había ido a Roma como estudiante, no como turista.

«Esto va despacio, pero mal...», escribía alguna vez acusando con sinceridad y modestia la dificultad de los estudios. Ya se sabe que las ciencias, cuando entran en el terreno de la especialización, se vuelven áridas y pierden el gustillo de la poesía y del dilectantismo. Don Juan no es que no contara con esa realidad y desconociera el otro secreto, el intelectual, que entraña siempre el descubrimiento de la Verdad, pero no por eso tuvo que hacer menor esfuerzo hasta remontar los estudios de Teología primero y de Sagrada Escritura después y obtener la licenciatura en ambas disciplinas. No andaba lejos de los cuarenta años. El Inspector, don Emilio Corrales, la encontraba una edad muy a propósito para ejercer la docencia durante veinte años, por lo menos. Así calculaba él a sus arbitrajes de Inspector. Por desgracia, no calculó bien.

Volvió don Juan a España en el año 1954. Desde ese año hasta 1969 ya no abandonó el Teologado. Confesor, Consejero, Confesor de nuevo, encargado de los estudiantes salesianos en la Uni-

versidad Pontificia y siempre profesor de Sagrada Escritura, hasta que la enfermedad le pudo y le redujo a la inmovilidad, doce en total, si no se tienen en cuenta los años de su enfermedad, de su edad pasiva, aunque no menos meritoria y gloriosa. Él era el primero en reconocer que su labor quedaba inacabada. Lo reconocía con pesar y con delicada resignación.

No había logrado ir a Tierra Santa, como hubiera sido su ilusión de escriturista; estaba sin terminar de montar el museo bíblico que pensaba instalar; en su estantería quedaron una docena de carpetas de apuntes en espera de la publicación como libros de texto bien preparados; en proyecto se quedó la vida de Jesús que aspiraba a escribir como homenaje de bodas de plata de la promoción de sacerdotes compañeros, y, sobre todo, no había logrado levantar el nivel del Teologado a la altura humana, cultural y espiritual que él, en sus pretensiones idealistas, había acariciado como meta de su magisterio. Para colmo, el Teologado que se construyó con dimensiones de Escorial, de un Escorial salesiano abierto al Tormes, a la campiña salmantina, a tantas cosas, se vino abajo en pocos años.

No logró ninguna de sus aspiraciones, pero nadie le escatima el mérito de haberlo intentado, ni duda nadie de sus aportaciones y de su ejemplaridad. «Satis est potuisse videri» («Bastante es parecer que se pudo»).

Al cabo de los años y a pesar de la facilidad que tenemos para el olvido, su imagen permanece bien destacada y su recuerdo intacto en los que le oyeron hablar, le vieron actuar y le llegaron a observar al final en su silla de ruedas, como una sombra de lo que había sido, convertido en estatua de sí mismo y como un lanchón glorioso y varado, ya casi en las playas de la eternidad.

El lema de su sacerdocio era: «Qui in me loquitur Christus.» El que habla en mí es Cristo. No se refería a la elegancia de la palabra ni a la elocuencia, sino a la eficacia y a la unción. Esta era la que él pedía; pero se le concedió la otra, como una espléndida añadidura.

Don Luis Conde aseguraba que los predicadores más elocuentes que había conocido en su larga vida eran don Salvador Roses y don Juan Gil. A don Salvador no le conocimos, pero de don

Juan Gil sí podemos decir que era dueño de la palabra en todas sus vibraciones. Le acompañaba todo: la palabra, el concepto, el gesto y hasta la voz se le volvía entonada y sonora.

Las pláticas de los domingos por la tarde en Mohernando, los panegíricos de solemnidad, las tandas de Ejercicios Espirituales, las novenas y tantas actuaciones en iglesias salesianas y extrañas eran verdaderas piezas magistrales.

Cuando hizo su primer ensayo de predicación, como ejercicio de clase en Carabanchel, delante de los compañeros, algunos superiores y algún invitado, estaba presente también don Agustín Pallares, que había disfrutado de fama de predicador facundioso. Trató sobre san Pablo, ¿cómo no?, ya que era su modelo y su oráculo. Lo hizo con tal vehemencia, seguridad y abundancia de palabra y de doctrina que al dar su parecer don Agustín dio esta opinión tan simplista y categórica: «Demasiado sermón. Con lo que ha dicho había para tres.» Nos hizo gracia la apreciación, pero tenía su sentido. Y eso se podía aplicar a todas sus actuaciones. Era extremoso en cuanto emprendía. Sus actuaciones eran brillantes, pero a costa de su esfuerzo.

Cuando predicó la primera tanda de Ejercicios en Carabanchel, en el verano del 48, con dos años sólo de sacerdocio, dejó admirados a los ejercitantes. De pie sobre la tarima, sin cuaderno delante y sin ningún apunte, a cuerpo limpio, largó unas meditaciones memorables. Lo que no sabían los oyentes era que antes se había tomado el trabajo de leer y anotar toda la Biblia.

En la fiesta de Don Bosco del mismo año en Mohernando, ante la comunidad de novicios, filósofos y algunos invitados de Guadalajara, pronunció un panegírico de antología, aquel en que, con poca voz y sin fuerza apenas, terminaba diciendo: «... Hermanos, perdonadme la nada de este epílogo, pero convenid conmigo en que Don Bosco es muy grande, es muy grande...» Pues bien, la preparación de aquel panegírico le había empleado toda la noche. Esfuerzos como esos hizo más.

Alguien a su lado le reconvenía, entre advertencia afectuosa y reproche: «Estás tentando a los dioses y tienes que saber que los dioses se vengan.» Claro que se vengaron. No fue sólo en Mohernando, en aquellos años de plena juventud, entusiasmo y fa-

cultades. Don Juan puso el mismo empeño en todos los demás sitios y encomiendas por las que fue pasando.

La clase de Escritura la daba de maravilla. Había momentos en los que los alumnos se entusiasmaban y aplaudían. Alguno puso en el libro de texto, al lado de ciertos pasajes: «Aquí se aplaude.» Como parte del texto o de un guión bien estudiado.

No quiero callar un testimonio bien reciente y de bien triste actualidad: el de Antonio Tomé, que en paz descansa desde ayer por la mañana.

No hace aún una semana le pregunté en el comedor de la comunidad de Atocha:

—¿Asististe a las clases de Escritura de don Juan? ¿Qué impresión tienes de ellas?

—Magnífica —me contestó—. No nos explicaba la Biblia; nos la hacía vivir...

—Gracias, Antonio, por tu testimonio —le contesté en pareado, porque durante toda la comida nos los había venido ensartando.

Es un detalle demasiado trivial y anecdótico. Lo consigno sólo por lo que tiene de verdad y por lo que tiene de Tomé. «Nos la hacía vivir.»

Don Juan, dominador de la palabra, excelente maestro y hombre delicado. ¿Quién no le debe alguna fineza?

La Providencia le concedió en abundancia lo que no iba a poder ejercer en años. Como superior y formador, los que le trataron pueden decir hasta dónde llegaba su comprensión, su actitud de apertura y deseo de servir y complacer a todos.

Al final de la guerra, ya en las últimas semanas, pasó por una ocasión extremadamente crítica. Fue durante la semana de los comunistas, empeñados en prolongar la guerra. Se lanzaron decididos a apoderarse del Ministerio de Hacienda, donde estaba Casado y la Junta que se había constituido. Don Juan y los demás soldados de guardia se presentaron para hacer frente. Se parapetaron en el vestíbulo de la entrada, detrás de un tanque, y se armaron con todos los pertrechos del caso: casco, cartucheras, fusil y bombas de mano. Los que han conocido a don Juan, tan pacifista, tan dialogador y democrático, ¿se lo imaginan en esta traza?

Hombre para el lirismo y las letras —hasta el nombre y el apellido sonaban a notas de instrumento de cuerda o a dos pies de un metro poético: Juan Gil— y nada de armas. Sus medios fueron sólo la palabra razonada, el diálogo, cuando todavía no se usaba tanto, y de una afabilidad singular.

Como religioso y como sacerdote era de los que cumplen siempre. Unas veces por rectitud de conciencia e imperativos de ética; otras veces por fidelidad a sí mismo, por ser consecuente y por imperativos personales. Cumplen siempre; unas veces por ética y otras veces por estética.

Como sacerdote, nos dicen lo que era y sentía, más que sus predicaciones encendidas, su conducta, su amor a la liturgia, su rezo del breviario hasta que ya no tenía fuerzas para pasar las hojas; su Misa, que no dejó de celebrar hasta los tres últimos días, ya en extrema gravedad, concelebrando en su silla de ruedas, recogido y fervoroso en unas misas en las que era al mismo tiempo oferente y oblata.

Había sido sacerdote dinámico y elocuente. Al final, ¡qué ironía!, sin movimiento y sin voz, era sólo víctima, cuando ya era sólo mirada, sonrisa y alma.

El día 24 de noviembre se le administró el Viático y la Extremaunción, como todavía se la llamaba. Después de recibir los sacramentos, se le incorporó. Los teólogos, en medio de un silencio impresionante, fueron pasando delante de él y besándole la mano, como último homenaje. Él miraba, sonreía y movía levemente la cabeza. Al terminar el desfile inolvidable, con un hilo casi imperceptible de voz, dijo a los presentes: «Así da gusto morir...» Era un cumplido de delicadeza. Todavía tuvo humor para ello.

Morir, no sabemos; lo que sí da gusto y causa impresión indeleble es ver morir así, lenta, consciente y tan dulcemente como murió don Juan Gil. Fue su última lección.

Durante la capilla ardiente tenía entre sus manos el rosario y un ejemplar de la Biblia, su Biblia.

Si hubiera estado abierta, podía haber sido por una página del Eclesiástico y por aquel versículo que dice: «... Aún derramaré la enseñanza como una profecía. Ved que no sólo para mí me he fatigado, sino para todos aquellos que la buscan...»

DICIEMBRE

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
1	1942	Coadjutor	José BARCA GARCÍA	28	377
3	1984	Sacerdote	Higinio PRIETO OLIVA	43	380
4	1925	Coadjutor	Ramón GONZÁLEZ FERREIRO	42	385
8	1947	Clérigo	Cipriano LÓPEZ RODRÍGUEZ	21	388
11	1941	Sacerdote	E. LARUMBE ALLACARRIZQUETA	69	392
11	1964	Coadjutor	Idefonso AIZPURU ARANGUREN	75	396
15	1974	Sacerdote	Pedro GIL HERNÁNDEZ	43	401
18	1947	Sacerdote	Cipriano SÁNCHEZ DURAN	49	406
21	1978	Coadjutor	Alfonso MARTÍNEZ DIAZ	81	410
28	1970	Coadjutor	Manuel MARTIN CRESPO	74	414

JOSE BARCA GARCIA



Clérigo.
Nació en Oca (La Coruña) el 7-I-1914.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1941.
Falleció en Mohernando (Guadalajara) el 1-XII-1942.

Llegó a la Casa de Mohernando un 3 de octubre de 1939, cuando comenzaba la reconstrucción. Venía de Lóngora (La Coruña), el pazo-feudo de don Manuel Lino. Pertenecía al grupo de muchachos que él tenía allí como recogidos, fámulos y mano de obra barata. Barca era de los mayores y de los mejor dispuestos para el trabajo y para la vida salesiana.

A su llegada aquí, la comunidad que se había podido reunir estaba en Ejercicios (era la primera providencia que se tomaba ante la nueva andadura). Los predicaba don Felipe Alcántara, el mismo que había predicado los últimos Ejercicios antes de la gue-

rra. Algunos de los asistentes eran también los mismos. De tanda a tanda, ¡cuántas peripecias habían ocurrido...!

Don Felipe pudo comenzar la predicación con la frase de fray Luis: «Decíamos ayer...»

Los jóvenes ocupantes: novicios y estudiantes de Filosofía, iban llegando por entregas. Se los recibía como reaparecidos, como supervivientes de un naufragio.

José Barca también fue bien recibido, aunque nadie le conocía aún. Don José Arce le acogió con la festiva familiaridad que usaba con todos. Era el primero que llegaba como aspirante. Tenía veinticinco años. Le bastaron unos meses para prepararse al noviciado a base de trabajo, de piedad y estudio del catecismo.

Apenas incardinado, aun antes de ser admitido al noviciado, comenzó a hacer de «factótum». Era trabajador y habilidoso; había caído muy bien en una casa donde todo estaba por hacer. Barca hacía de carpintero, albañil, fontanero y ayudante de cocina. Se prestaba para todo; sabía y se defendía, a su manera, en todas las «artes y oficios», a pesar de que tenía un brazo y una pierna lisiados. Arreglaba el motor del pozo, ajustaba una puerta, ponía un cristal y echaba un remiendo a una pared desportillada o reponía unas tejas rotas. Desempeñaba un gran papel en aquellos tiempos de improvisaciones y arreglos provisionales.

Era paciente para recibir reconvenciones que a veces le hacían, piadoso, sencillo, espontáneo y dispuesto para participar en las reuniones y sobremesas, pese a no tener una palabra demasiado expedita. Fue admitido sin dificultad a la profesión y aquí hubiera continuado años y años compensando sus limitaciones físicas con su virtud y sus muy superiores cualidades morales. Era un elemento muy válido en las circunstancias en que se encontraba la Casa.

Llevaba año y medio de profesión, de vida religiosa observante y muy laboriosa.

El día de los Santos de 1942, después de la función religiosa de la tarde y de haber saboreado con los demás las tradicionales castañas, que no faltaron ni siquiera aquel año de escasez y de comienzos precarios, se sintió indispuerto.

Se pensó, de momento, en algo pasajero, en un achaque de su

trajín ordinario. El mismo médico no le dio mayor importancia. Pero pronto cambió el cariz de la dolencia. Una pulmonía mal curada le llevó a un estado de gravedad irrecuperable. No había nada que hacer, sino proveer a la preparación de su alma. Ya se había preparado él con una preparación remota, como si hubiera presentado el desenlace desde el principio de la enfermedad. Con su resignación a la voluntad de Dios, ofreciendo su sufrimiento por la Congregación, la paz del mundo, tan quebrantada aquellos días, por las vocaciones salesianas, cuya necesidad tanto se venía inculcando... Besaba el crucifijo, clavaba los ojos en el cuadro de María Auxiliadora y repetía jaculatorias. De esa manera, tan dulcemente cristiana, se le cerraron los ojos y los labios.

Tenía veintiocho años y era el segundo que moría en Moherando después de la reapertura.

El día de los Santos, en la última misa que oía, repararía en el Evangelio de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres... los sufridos... los limpios de corazón...»

¿Por la puerta de cuál de esas bienaventuranzas entraría él en el Cielo, «la Jerusalén celeste, la Ciudad perfectamente cuadrada, toda de oro, con muralla de jaspe y doce puertas»...?

HIGINIO PRIETO OLIVA



Sacerdote.
Nació en San Miguel de Valero (Salamanca)
el 18-VII-1941.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1958.
Sacerdote en Salamanca el 3-III-1968.
Falleció en Guadalajara el **3-XII-1984**.

Higinio pasó en esta Inspectoría alrededor de cuatro meses después de pertenecer a la Inspectoría de Bilbao desde que ésta se creó, en el año 1961.

Entre el poco tiempo que estuvo por aquí y lo callado que él era apenas se hizo notar, lo cual no significa que su muerte no supusiera una gran pérdida.

Era serio, pero no triste ni huraño; silencioso, pero no insipiente ni falta de iniciativa y de convicciones. Era poco comunicativo, pero se podía contar con él y se le tenía por seguro y efi-

ciente. Lo más sorprendente y espectacular de su vida fue su muerte.

Había nacido el 18 de julio de 1941 en San Miguel de Valero (Salamanca). La fecha de nacimiento tenía más historia que el lugar: un pueblecito al abrigo de la sierrecilla de Valero, una más de las que se levantan entre la Peña de Francia y Béjar, poco frecuentadas por el turismo, pero con rincones pintorescos muy habitables, con discreta riqueza e indudable belleza. Ganado, pastos, castaños, un cielo terso, un aire afilado y gentes vivaces, con ingenio y con genio: ese es su patrimonio. Higinio no era el ejemplar más representativo del tipo serrano; no obstante, albergaba indudables valores humanos y religiosos.

En 1953 fue al Aspirantado de Astudillo. Pasó a Arévalo cuando se dividieron las Inspectorías de Madrid y León. Siete años después se dividieron la de Madrid y Bilbao y a Higinio le tocó saltar al Norte, a formar parte de los 168 salesianos que completaron el primer elenco, incluido el personal joven en formación.

Había hecho el noviciado en Mohernando, la Filosofía en Guadalajara y salió de aquí destinado para hacer el trienio en Deusto, donde lo pasó íntegro.

En los estudios había ido progresando visiblemente, como les pasaba a tantos venidos de los pueblos, una vez superado el atraso de origen.

En el trienio no mostró nunca deseo de cambiar de Inspectoría. Se le veía cumplidor, llevando con naturalidad a los muchachos de Deusto, retraídos como él mismo, pero disciplinados y acaso por eso no le crearon problemas ni le tuvieron en cuenta el hecho de no ser vasco. Gustaba verle desenvolverse entre muchachos talludos y gobernarlos sin estridencias en la clase, en el taller, en el patio, de pórticos anchos y losas grandes, con frecuencia mojadas; en el paseo por la Avenida del Ejército o por el puente famoso... El, con su dulleta y su teja de clérigo, y los alumnos en fila suelta haciendo sus comentarios mientras veían pasar algún barco bajo las enormes planchas levantadas...

En el último año de trienio, al final del curso, cayó enfermo de gravedad don Lorenzo del Pozo. Perdió todo su humor habi-

tual y se volvió irascible y pesado. A Higinio y a algún clérigo más les tocó hacer de enfermeros y llevar el peso de la enfermedad. Lo hicieron con admirable paciencia y hasta con delicadeza ejemplar. Fue un verano de prueba y de preparación para la Teología. La estudió en Salamanca, en los años de aquel Teologado floreciente y tranquilo. Para un candidato estudioso y sin ganas de zascandilear era un ambiente a propósito para trabajar en serio y prepararse al sacerdocio.

A esos pertenecía Higinio. Los veranos los pasaba entre Deusto y Béjar, preprando el peritaje, al que le hacía acreedor su comportamiento y su disposición para las Matemáticas. Hacer una carrera civil entonces era todavía un mérito, no una exigencia de cualificación personal.

El 3 de marzo de 1968 se ordenó sacerdote y así quedó para siempre y sin ninguna vacilación. Todavía el domingo antes de morir, estando ya en Guadalajara, se mostraba contento porque las confesiones habían sido más abundantes que otros días. «Se ve que se acerca el día de la Inmaculada», comentó él mismo.

Después de cantar Misa volvió a Deusto para terminar en Bilbao la carrera de Ciencias Exactas. Sería uno de los primeros títulos de tal especialidad en aquella Inspectoría. Lo obtuvo en el tiempo y al ritmo normales, sin aspavientos ni conflictos de estudiante sobrecargado.

Ejerció su título durante cinco años en Urnieta, acreditando los estudios de aquella casa, levantada con tanta ilusión para la formación y promoción de coadjutores. Pasó de allí a Santander como Jefe de Estudios por seis años de aquel importante Centro. Situado en el antiguo Paseo del Alta, había que mantenerlo también a la altura de su categoría y de su historial.

Fuera por razones de clima, por motivos de familia o por la circunstancia sociopolítica, que se fue haciendo más densa y disgustosa para el temperamento de Higinio, pidió y obtuvo de los superiores cambiar de Inspectoría y venir al Centro. Vino a Guadalajara de nuevo, a la Casa de su adolescencia y de su Filosofía, esta vez como Jefe de Estudios también de un bachillerato neto, sin hibridismos de casa de formación y colegio. La yedra que

comenzó siendo el colegio acabó sofocando al tronco del Filosofado.

Higinio daba su clase de Matemáticas con la competencia que había adquirido en once años de docencia de la misma asignatura. Era Jefe de Estudios metódico y con la responsabilidad que le era congénita. No se limitaba a la labor académica. En los fines de semana y en los tiempos disponibles ponía a punto el material escolar, montaba los laboratorios, ordenaba el archivo. Era intelectual y mañoso, alternaba las ocupaciones de clase con otras de tipo mecánico y manual, reminiscencia de sus años de estancia en Deusto y en Urnieta, escuelas profesionales.

Llegó a Guadalajara con un cierto temor de quien llega nuevo a un sitio.

Lo mismo le había pasado en los destinos anteriores. Era un temor prudente que le libraba de toda presunción. En cuanto se hizo con el nuevo ambiente, iba cobrando confianza, se sentía contento y se iba ganando el aprecio de salesianos y alumnos. Seguía siendo callado, como lo había sido siempre, pero no era huraño ni insolidario ni malhumorado. Sabía intervenir a su tiempo y hasta tenía sus golpes ingeniosos y oportunos.

«Si eres capaz de comprender dónde estás, calla.» Esa sentencia, que figuraba en el estudio de un sabio, la practicó él en todos los sitios por donde pasó.

El día 3 de diciembre de 1984 comenzó la jornada como todos los días, y con la perspectiva de una semana movida. Se barruntaba la fiesta próxima de la Inmaculada y, un poco más allá, las Navidades, que él iba ya planeando con sus hermanos de Madrid y con los padres, que le esperaban en el pueblo algún día, este año que estaba más cerca de los suyos.

En el desayuno, como anécdota trivial, se suscitó entre los comensales alguna discusión sobre el oficio del día. El buscó el dato oportuno y se resolvió la duda. Comenzaron las clases y pasó la mañana con la consiguiente desgana y resaca de los lunes. Algo no debió ir bien en la disciplina, en la clase o en él mismo.

El caso es que durante la comida estuvo más callado que de costumbre y no se sabía si preocupado, contrariado o nervioso. Nadie trató de sondear la actitud, pero indudablemente atravesaba-

ba una hora menguada. Ni el especial que se hizo en honor a san Francisco Javier y en atención a él pareció animarle.

Salió de prisa y avisó a algún hermano que proveyese a la entrada de los chicos y a la clase si él no llegaba a tiempo. Parecía presentir que no iba a llegar. Fue su última providencia como Jefe de Estudios.

Todos pensaron que había salido a hacer alguna gestión propia del cargo.

Habría pasado poco más de una hora cuando se recibió una llamada de la Cruz Roja. Se trataba de un accidente grave de coche, el de los Salesianos. Las víctimas eran un muerto y un herido. Se salió a toda prisa y constataron la realidad. El choque con un camión grande había sido frontal, violentísimo. Reconocieron a Higinio horriblemente desfigurado.

Se le dio la absolución, sub conditione, y se procedió a todo lo demás.

Todo era inexplicable, increíble, pero allí estaba la evidencia imponiéndose de una manera sobrecogedora.

¿Un mareo repentino, un descuido, un golpe de sueño? Una incógnita para no despejar. El certificado del forense, la capilla ardiente, el encuentro de los padres con los restos, despojos más bien, el funeral concurridísimo, el traslado al pueblo, con otra manifestación de un duelo comarcal, son todos pasos que se imaginan y que pertenecen al protocolo de la muerte, de una muerte así. La de Higinio fue lo más sensacional que tuvo su paso por el mundo, tan acompasado y tan sigiloso.

Entre los enseres de su habitación no se encontraban más que los libros de la carrera y de la clase, los tomos del breviario, algún libro de Rahner sobre el sacerdocio, una estampa de María Auxiliadora, una cartulina con una oración y muy poco más: un ajuar reducidísimo, de franciscano o de novicio.

«... Me encontraréis a bordo, ligero de equipaje...»

San Miguel Arcángel, el conductor de las almas al Cielo y patrón del pueblo de Higinio, San Miguel de Valero, haya conducido desde el primer momento su alma a la mansión de la luz y de la paz...

RAMÓN GONZÁLEZ FERREIRO



Coadjutor.

Nació en Parderrubias (Orense) el 15-V-1883.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 13-IX-1907.

Falleció en Madrid el **4-XII-1925**.

Un hermano más que llega un poco tarde y muere demasiado pronto: Ramón González Ferreiro. Venía de Parderrubias (Orense), pueblo cercano a Celanova; tenía diecinueve años cuando llegó al Aspirantado de Villaverde de Pontones. Superó los inconvenientes de la edad y una instrucción deficiente con su buen entendimiento y su mucha fuerza de voluntad. Así logró ponerse en condiciones de poder dedicarse a la enseñanza.

Hizo el noviciado en Carabanchel el año 1907, bajo la dirección de don Pedro Olivazzo, Director y Maestro de Novicios. Eran 18 novicios: once estudiantes, seis coadjutores y un sacerdote. Entre los estudiantes estaban Ricardo Beobide, Félix González

y Sabino Hernández, bien conocidos años después. El sacerdote era don Ángel de Dios, vocación tardía también y paisano suyo. Terminado el noviciado y hecha la profesión temporal, pasó a trabajar como maestro y asistente a las casas de Santander, Baracaldo y Valencia. En esta casa se entregó definitivamente a la Congregación con los votos perpetuos. En todas ellas trabajó como excelente maestro.

Pidió ser misionero y, secundando sus deseos y las buenas esperanzas que daba, fue destinado a Shiu Chow. Comenzó a trabajar con la decisión y el espíritu que le habían movido los años anteriores, pero su salud se mostró menos firme que su voluntad. Acabó por resentirse visiblemente y tuvo que volver a la patria.

Con la esperanza de que se podría recuperar, fue enviado a la casa de Béjar y después a Baracaldo. No era éste un sitio muy indicado para sanatorio; por eso su salud no logró un progreso notorio. Fue trasladado a Madrid para tener más ocasión de guardar reposo, estar mejor atendido de médicos y observar el tratamiento al que se le sometió.

A lo largo de este tratamiento, un ataque de uremia, imprevisto, le postró en cama y le aceleró la muerte.

Soportó con paciencia ejemplar los dolores de la enfermedad y aceptó la muerte prematura con serena y cristiana resignación.

Profundamente piadoso, pasaba las horas de insomnio formulando continuas y encendidas jaculatorias.

Recibió con todo fervor los santos sacramentos y respondía con tranquilidad a las oraciones de la Extremaunción.

El día 4 de diciembre, primer viernes de mes y en la novena de la Inmaculada, mientras se le hacía la recomendación del alma, se durmió plácidamente en el Señor.

Ramón tuvo una vida breve, bien empleada, y una enfermedad dolorosa y oculta, de esas que hacen al enfermo menos compadecido de los hombres y más tenido en cuenta por Dios.

«Dolor, no eres un mal», dijo un estoico. Sin haber llegado a tanta filosofía, Ramón, sufrido y callado, se haría la misma cuenta dentro de otros parámetros.

Dios, que le hizo probar ya en vida el Purgatorio, le acelera-

ría el Cielo en una fecha tan significativa y propicia para un devoto como él era.

Murió a los cuarenta y dos años de edad, en 1925. Había sido salesiano dieciocho años.

Descanse en paz.

CIPRIANO LÓPEZ RODRÍGUEZ



Clérigo.

Nació en Villar de Samaniego (Salamanca) el 10-V-1926.

Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1945.

Falleció en Mohernando (Guadalajara) el **8-XII-1947**.

Cipriano era un muchacho alto, delgado, moreno, callado, trabajador y muy bueno. Si viviera ahora sería un gran salesiano y estaría dando el juego que tantos otros compañeros de aquel curso excepcional. Eran muchos y de buena talla gran parte de ellos. Hicieron en Mohernando el aspirantado, el noviciado y la Filosofía. Contra lo que pudiera parecer y tanto se ha sostenido en contra, la permanencia tan continuada en el mismo sitio no menoscabó la formación de los candidatos.

Había nacido el Villar de Samaniego (Salamanca), un pueblecito del partido de Vitigudino, al lado del llamado Regato de la Cera.

Muy niño todavía, perdió a su madre, lo cual no impidió que recibiera una esmerada educación cristiana. Su padre y el sano ambiente moral le ayudaron a ello.

Llegó a la casa de Mohernando en el mes de octubre de 1939. Debido a la escasa preparación que traía, al principio parecía corto de ingenio y sin capacidad para los estudios, tanto que los tuvo que interrumpir. Pero su pensamiento dominante eran los libros y su deseo constante de llegar a ser un día sacerdote. Tanto insistió y su comportamiento era tan ejemplar que los superiores le permitieron reemprender los estudios... Fue una rectificación feliz. El tiempo y los resultados comprobaron que no era tan negado para los estudios. Se puso a la altura de los demás. Un caso que podría servir de lección para tantos otros que no tuvieron la misma suerte ni contaron con la misma prudencia y paciencia de los superiores.

Comenzó el noviciado en el verano de 1944. Durante aquel año, según su Padre Maestro, solía pedir que se le corrigiera, aunque fuera en público. Se puede decir, en términos generales, que era bueno, había tenido buenos comienzos y bien probados, pero en aquel año se hizo mejor. Su conducta resultaba un ejemplo para los novicios de aquel año afortunado.

Sus apuntes privados, según se vio, estaban llenos de propósitos de hacerse bueno, humilde, mortificado y hondamente piadoso.

Efectivamente, su seriedad, en parte innata y en parte ejercitada, su piedad convencida, sus modales humildes y corteses y su espíritu de sacrificio, hacían ya de él un religioso ejemplar.

En las vacaciones del primer año de Filosofía le asaltaron unas, al parecer, fiebres tifoideas. Se le repetían por las tardes, le iban debilitando, consumiendo su complexión no robusta. Como tales fiebres se le siguió tratando. Aparte de los remedios normales y escasos de entonces, se hicieron oraciones, triduos, novenas para obtener la curación, que se hacía cada vez más de rogar.

Un reconocimiento en el hospital de Guadalajara descubrió que sus pulmones estaban gravemente atacados del mal que los medios de que se disponía entonces hacía incurable.

Su internamiento en el hospital lo único que hizo fue prolon-

gar la enfermedad poco más de un año. Era una flor que se marchitaba apenas comenzada su primavera. El Señor quería trasplantarla al Paraíso. El estaba resignado y abrigaba pocas esperanzas de curación. En su acendrada ascesis, casi ni la deseaba ya.

Ofrecía sus sufrimientos para que le ayudasen a ganar el Paraíso, a acortar el Purgatorio.

Durante la enfermedad, por si era poco el sufrimiento que tenía, su padre cayó enfermo de gravedad y fallecía al poco tiempo. Sus dos hermanos en el pueblo quedaban completamente huérfanos y solos. Un dolor sobre otro dolor. Y es que se diría que, como en la copla,

*«Hay almas para la Gloria.
Vienen a darles las piedras,
como a la ovejita coja.»*

A pesar de tantas pruebas y sufrimiento, Cipriano no perdía la calma.

La hermana de la Caridad que le atendía, sor Dolores, bien conocida por los pacientes de Mohernando, decía admirada: «En los trece meses que pasó aquejado por la penosa enfermedad, no le he visto nunca desesperado o impaciente.»

Recibía todas las mañanas la comunión y era visitado con frecuencia por superiores y compañeros, catequistas del Oratorio establecido desde hacía unos meses en la ciudad. Estas visitas, hechas con toda familiaridad y despreocupación juvenil de aquellos muchachos, le proporcionaban una gran alegría.

La víspera de la Inmaculada del año 1947 empeoró. Se dio cuenta de que se acercaba su última hora. Pidió los santos sacramentos, renovó sus votos y fue atendido por el Prefecto de la casa, don Antonio García Aguado, encargado del Oratorio. Estaban presentes dos de sus compañeros. Le sugerían jaculatorias y consideraciones piadosas. El respondía con lucidez, pedía perdón y decía con pena: «Ya no podré ser sacerdote... Quería haber sido misionero y hacer el bien a tantos infieles... Llevadme a casa... Quiero entregar a Dios mi alma en manos del superior que me ayudó tanto a hacerme bueno, don José Arce.»

Fue trasladado a la casa de Mohernando a altas horas de la noche. Le recibieron el Director, el Catequista y el Consejero de la Casa. Los demás estaban ya descansando y muy ajenos a la realidad. Habían celebrado la velada de la fiesta, habían representado una zarzuela entretenida de la Galería Salesiana que los había divertido en grande y se habían acostado contentos, con ánimo y alegría de vísperas.

Mientras tanto, los superiores se deshacían en cuidados por el moribundo y trataban de prolongar su vida de todas las maneras. Cipriano, semiinconsciente, advertía las diligencias de que estaba siendo objeto, contestaba con gestos y medias palabras a lo que se le preguntaba y, entre delirio y lamento, repetía alguna de sus obsesiones: «¡Misa mía, Misa mía...» decía, lamentando la frustración de su ideal...

Poco a poco su vida se fue apagando hasta dormirse plácidamente en el Señor. Hacia las cinco de la mañana, Cipriano moría y madrugaba adelantándose al sol para celebrar en el Cielo el día de la Inmaculada.

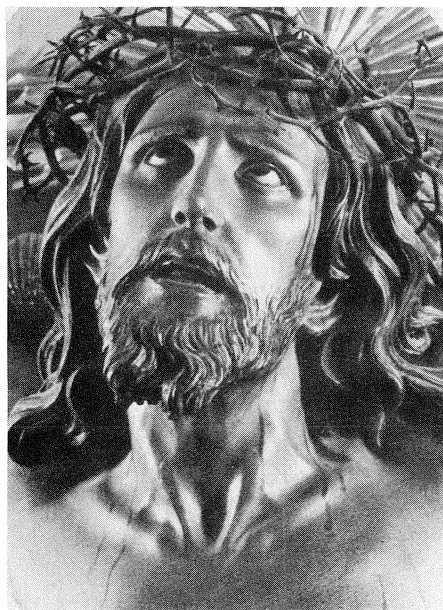
Al bajar a la iglesia para las oraciones de la mañana, los compañeros recibieron la triste noticia. La jornada, que se les presentaba tan eufórica, se tiñó de tristeza. La Misa fue cantada, pero sin alegría y sin sermón. A todos embargaba el sentimiento por el compañero extinto. Durante las horas del día se fueron turnando para velarle. Contrastaba el negro de la sotana con la palidez del rostro.

Al atardecer fue enterrado en el estrecho cementerio de Mohernando.

Los jóvenes seminaristas volvían silenciosos y apesadumbrados, con frío y con pena y hasta con algún inquietante presentimiento: el de que no sería el último.

Circunstancias adversas y una plaga desdichada hicieron planear por algún tiempo sobre aquella joven y animosa comunidad el fantasma de la preocupación y de la inseguridad. Fue una pesadilla que atenazó a unos y que no llegó a desalentar a otros ni a alarmarlos. Fue un ejemplo admirable de entereza y de serenidad en los formadores y en los formandos. Dicho sea al cabo de los años en gran mérito de todos ellos.

ESTEBAN LARUMBE ALLACARIZQUETA



Sacerdote.

Nació en Atondo (Navarra) el 17-X-1872.

Profesó en Sant Vicent dels Horts (Barcelona)
el 27-IX-1898.

Sacerdote en Vich (Barcelona) el 22-IX-1906.

Falleció en Mohernando (Guadalajara) el 11-XII-1941.

Don Esteban Larumbe fue uno de los buenos frutos que dio la institución de los Hijos de María que don Rinaldi fundó en Sarria cuando era Inspector de España, en los tiempos de la única Inspectoría.

Nació don Esteban Larumbe en Atondo, pueblo al norte de Navarra, pequeño y en un valle estrecho. Sus padres eran una pareja de óptimos navarros a los cuales hizo honor el hijo.

Vocación tardía, como eran todos los que integraban aquella agrupación, fue al Noviciado cuando contaba ya veinticinco años.

Lo hizo en Sant Vicents dels Horts (Barcelona) del año 97 al 98. Después de la primera profesión pasó de nuevo a Sarria.

Allí dio pruebas de prudencia y exquisita caridad desempeñando a la par los cargos de asistente, ayudante del Ecónomo, encargado de los Cooperadores y estudiante de Filosofía y Teología. Era uno de aquellos salesianos de «todo quehacer».

Se ordenó de sacerdote el 22 de septiembre de 1906, vísperas de la Merced, y continuó en Sarria encargado de los Cooperadores.

Siempre se vio en él al hombre de oración, de humildad, de incansable trabajo, empeñado en adquirir la perfección con sencillez y escrupulosa observancia, al mismo tiempo que con una constante sonrisa de bondad y caridad complaciente.

En 1915, cruzando la Península, pasó de Sarria a Béjar. En esta ciudad salmantina, industrial y muy salesiana —la Badalona del Castañar— debía permancer veinticinco años. Fue el campo más extenso de su apostolado, aquella casa de balcones corridos, con más altura y longitud que anchura, construida sobre un solar reducido. Las Escuelas Elementales y el confesonario fueron su ocupación un año tras otro, sin cansancio ni aburrimiento, desde la plena edad viril hasta la vejez.

¡Cuánta paciencia con sus pequeños escolares, que a veces sobrepasaban el número de los setenta! ¡Cómo sentía la responsabilidad de la asistencia para no faltar nunca al patio en tiempo de recreo! ¡Cómo cuidaba celosamente las almas tiernas de sus alumnos, que encaminaba por el sendero del bien!

Todos los que pasaron por sus manos aprendieron a ayudar a Misa y contestaban puntualmente en latín. Fue uno de sus logros originales y de sus éxitos.

¿Y qué decir del confesonario? Fue su casa habitual y su prisión.

Puntual todos los días en su puesto, no tardó en convertirse en el hombre imprescindible, buscado y preferido por todos, porque su palabra encendida tenía el aval de la santidad personal, sencilla pero llena de caridad y de prudencia que le daba la llave de la confianza general. Atraía, convencía y convertía.

Si fuera verdad el adagio de que «los penitentes, donde dejan

sus pecados, dejan sus ducados», la humilde casa de Béjar habría llegado a ser un banco acaudalado.

El trabajo continuo, callado y sin más gratificación que la buena conciencia, terminó por resquebrajar su fibra de valiente navarro.

En la primavera de 1940 una grave enfermedad le puso al borde de la sepultura.

Cuando se encontró recuperado, le enviaron a Mohernando. Estaba la casa reconstruyéndose del desvencijamiento de la guerra y ocupada entonces por aspirantes, novicios y un grupo de salesianos. Poco era lo que podía hacer, tan mermado de facultades como estaba ya. Lo indispensable para seguir confesando y dejar transparentar en pequeños detalles su carácter afable, jovial, que le ganó la simpatía de todos no menos que la de los bejaranos. Llegó a ser el familiar y «buen abuelito». Seguía con su antigua costumbre de estar donde estaban los niños. Se le veía siempre en el patio y en la capilla, la antigua, pintarrajeada por don Miguel Lasaga y sus ayudantes, en espera de ser sustituida por otra más suntuosa, entonces en construcción.

A todos los llamaba «Juanito» o «Sebastián», y siempre recomendaba paciencia. Una muletilla que nunca faltaba en los consejos de la confesión era ésta: «Mira, en boca cerrada no entran moscas.» La esclerosis senil había reducido su bagaje hasta ese extremo, consecuencia de haber tratado a tantos «Juanitos» y «Sebastianes» y de haber tenido que emplear tanta paciencia.

Cuando se abrió de nuevo la escuela aneja para los niños del pueblo, todavía pidió que le permitieran darles clase. A sus casi setenta años, era edificante verle acudir al toque de la campanilla y estar entre los escolares con el celo de sus buenos años.

El día 8 de diciembre de 1941, aniversario del comienzo de la Obra Salesiana, el querido abuelito no pudo bajar a tomar parte en la fiesta. Una congestión cerebral le impidió abandonar el lecho. Perdió por completo la palabra y desde el primer momento se vio que era un caso desesperado. Todavía los tres días que vivió dio ejemplo de su bondad. Sufría en silencio, apenas esbozaba una queja en los sufrimientos que se veía que tenía y besaba el crucifijo cuando se lo acercaban.

Fortalecido con todos los sacramentos, murió el día 11. En su rostro quedó un reflejo de paz y de bondad: las que le habían acompañado siempre y que transpiraba su hermosa alma. Era el primero que moría en Mohernando después de la guerra.

ILDEFONSO AIZPURU ARANGUREN



Coadjutor.

Nació en Azpeitia (Guipúzcoa) el 23-I-1889.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 13-IX-1907.

Falleció en Puertollano (Ciudad Real) el 11-XII-1964.

«... Qué es lo que hace rollizas las mieses, bajo qué signo conviene revolver la tierra y arrimar las vides a los olmos, cómo se cura una res, el cuidado del rebaño y qué arte hay que aplicar a las parcas abejas...» (Virgilio).

Con esta enumeración comienza el libro primero de las Geórgicas, y éstas son todas las artes que el señor Aizpuru se pasó la vida estudiando y ejercitando. Eso en lo profesional, porque la otra parte de su vida la dedicó de lleno a la piedad y a la ascética más genuina.

Fue un denodado trabajador y un religioso estricto, intachablemente cumplidor y sin alardes.

Su retrato recuerda un poco el de otro coadjutor, siervo de Dios y salesiano ejemplar, Simón Srugi, en su fisonomía, su peinado y el atuendo de su indumentaria. Parecen espigas del mismo haz.

¿Quién de los que han pasado por Mohernando en una treintena de años no recuerda al señor Aizpuru? Andaba balanceándose, el pecho erguido, la voz temblona, la pronunciación un poco esforzada y el acento premioso. Parecía que trataba de dominar la dura fonética vascuence.

No era hombre brillante, ni conversador ameno, ni tenía mucho sentido del humor por aquello de que «hombre que estudia y que ara, no debe ser muy fiestero».

Pero era inteligente, agudo, a veces irónico, muy entendido en lo suyo y con prestigio entre sus ayudantes jóvenes y los hermanos. Los de Mohernando y pueblos vecinos le miraban como al montaraz de Mochales, Eso le trajo alguna antipatía y complicación. Los años que estuvo en la Escuela Agrícola de Sarracín los muchachitos alumnos, los empleados de la Caja y los labradores de las inmediaciones le reconocían una gran competencia, venían a hacerle consultas, a pedirle semillas y plantas.

No imaginamos al señor Aizpuru fuera de su ambiente labrador y ganadero: Carabanchel, Mohernando, Saldañuela, El Bonal fueron los estadios de su ocupación uniforme y constante: trabajador en la agricultura y para las vocaciones.

Toda su vida la pasó en casas de formación y siendo dechado de trabajo y de buen religioso.

Podía parecer un casero guipuzcoano, un estanciero, un labrantín, pero sobre todo era y se le recuerda como muy hombre de Dios, como un coadjutor excepcional y un religioso de quien se podía decir con santa Teresa cuando supo la muerte de san Pedro de Alcántara: «Ya no está el mundo para tanta virtud», es decir, austeridad, oración asidua, obediencia callada y vida de sacrificio.

A Mohernando llegó desde Carabanchel en el año 1929. A los Salesianos se les confiaba la finca de Mochales como fundación y en usufructo. Al señor Aizpuru le tocaba roturar el monte, montar la granja, acondicionar la tierra para sacar de ella el producto

indispensable y necesario para la manutención de los novicios y filósofos que se instalaron allí. El lugar era bonito, bien situado y sano, pero la tierra era dura, estéril, sin agua y sin jugo, pobre y difícil. Era una finca de recreo, de salud, pero de poco rendimiento. Todo tuvo que ir saliendo del esfuerzo y del tesón de los cultivadores. Mohernando se ha hecho productivo con el esfuerzo del señor Aizpuru y de tantos heroicos administradores, coadjutores y estudiantes.

Pero estamos tratando del señor Aizpuru, no de Mohernando. Allí llegó sano y joven y de allí salió viejo y enfermo. Veinticuatro años son suficientes para acabar con cualquier fortaleza.

Llegó la guerra y le esperaban a nuestro hombre los peores momentos, como les ocurrió a tantos otros que pasaron aquella experiencia indeleble. Algunos le recuerdan en la tarde del 23 de julio yendo y viniendo lívido entre milicianos furiosos, escudriñando los rincones de la Casa, los sitios en que presumían que podía haber armas. Venían con deseos de matar, como fuera. Cualquier pretexto hubiera sido bastante para acabar con quien fuera preciso.

—¿Has pasado por la carretera de Madrid? —preguntaba uno, jovenzuelo, con mono azul y demacrado—. Por lo menos quinientos muertos han quedado en ella...

Lo decía en voz alta, delante de todos, agrupados entre los dos edificios de la Casa, como con jactancia y para impresionar.

Al final de dicha primera visita, calmados ya en parte por la comprobación de que no había armas y por el vino que habían encontrado en la bodeguilla, fresco y saboreable, le decía el capitoste del pelotón, entre bromas y amenazas:

—Has estado en un tris de que te liquidáramos.

Era verdad, como lo fue el peligro de la noche del 26 de julio, cuando don Felipe Alcántara y él se acercaron a la estación de Humanes a solicitar del jefe un volante para poder ir, vía arriba, hasta que pudieran sentirse más a salvo.

Don Felipe entró a hablar con el jefe de estación; el señor Aizpuru se quedó en la salita de espera. Allí había un grupo de milicianos. Uno de ellos se fijó en él, le reconoció como de los frailes de Mohernando y con cruel regocijo se puso a increparle,

le hundió el cañón de la escopeta en el vientre. Tan amedrentado se sintió que cayó desvanecido. Intervino el jefe de la estación, le dieron una taza de tila y se rehizo a medias del susto, que podía haber sido más que eso.

Era conocido en el contorno, se había tenido que encarar con cazadores y leñadores furtivos, les había tenido incluso que quitar el arma y se la tenían guardada. Bien se cobraron.

Durante la guerra, después de los meses que estuvo en la cárcel, se colocó en una vaquería. Se le vio alguna vez arreando una punta de vacas por las afueras de Madrid. Estaba conforme dentro de lo lamentable de la situación. Trabajaba en su oficio, disfrutaba de cierta libertad y contaba con algunos víveres que hacía llegar, a veces, a otros salesianos más necesitados.

Y, por su medio, nunca les faltó, durante toda la guerra, a los sacerdotes salesianos refugiados en las Embajadas de Rumania y Chile y a otros sacerdotes trabajando en la clandestinidad, harina de trigo y vino para los sagrados ministerios.

Después de la guerra, Mohernando presentaba el aspecto de un despojo: la finca y la casa. Se imponía la tarea de repoblar y reconstruir, bien penosa. Recobrar el patrimonio, plantar árboles, olivos, almendros, viñas, alumbrar aguas. Todo recayó sobre las espaldas del señor Aizpuru y sus inmediatos, jóvenes, animosos, ayudantes. Tanto trabajó y tanto afán quebrantaron su salud de roble.

El año 53 sufrió una congestión cerebral. Se quedó paralizado de medio cuerpo. Con tiempo y paciencia se repuso un tanto. Le destinaron a la Casa de Saldañuela, nueva, más confortable que Mohernando, y sobre todo escuela de Agricultura. En ella se encontraría en pleno ambiente. Así fue.

Aquel poco más de centenar de chicos burgaleses, hijos de agricultores, chicos sencillos y buenos como aspirantes, le acogieron con todo cariño. Le rodeaban con curiosidad, le escuchaban con agrado y le obedecían. Le hicieron pasar años felices. Pero el clima era demasiado duro para su salud.

Le destinaron entonces a El Bonal, de clima más suave, casa de formación y de labranza también. Allí pasó sus últimos tres años con las mismas aficiones, ya que no ocupaciones, que había

pasado toda su vida, dando de mano a las herramientas y pasando más a menudo las cuentas del rosario.

Hasta en las últimas semanas, observa un aspirante de entonces, cuando el sol se asomaba despejado, le acompañaban a la huerta y él, con la mano sana, trataba de arreglar un poco los cultivos del tiempo. Vano intento. Aquello ya no era cavar, porque no tenía fuerzas para ello; sería arañar la tierra, acariciarla más bien.

El día 5 de diciembre, primer día del triduo de la Inmaculada, al terminar la meditación y la Misa, que oyó como siempre con la comunidad, se sintió mal, se dejó caer sin sentido. Le incorporaron y trataron de reanimarle. Todo fue inútil. Una nueva congestión cerebral acabó con su vida el día 11 de diciembre.

*«¡Ay que ya murió la encina
del Valle de Fuenmayor!»*

Como el personaje de Gabriel y Galán, que comparaba su vida a la de la encina, que se deshacía en cenizas, así podrían haber exclamado los que le rodeaban.

Al funeral asistieron el señor Inspector, don Maxi, y muchos otros salesianos de Madrid, Puertollano y Ciudad Real.

Todos ratificarían sin dudar la afirmación gráfica y espontánea de uno de los muchos salesianos que le admiraban: «El señor Aizpuru ha entrado hoy en el Cielo con la azada al hombro.»

En el cementerio de Puertollano, en una humilde sepultura, entre gentes de la industria, él, que estuvo tan adscrito a la agricultura —¡qué ironía!—, descansan sus restos. Mejor estarían en Mohernando, la tierra que él había trabajado hasta desvivirse.

Cuando vivía, entre sus costumbres singulares y edificantes tenía la de descubrirse cuando pasaba delante de la habitación del Director, estuviese dentro él o no. Era un gesto de acatamiento y de reverente obediencia.

Ahora sería el caso de que todos nos descubriéramos ante su figura, en gesto de aprecio y reconocimiento a su gran virtud.

¡Descanse en paz el salesiano bueno, el incansable trabajador!

PEDRO GIL HERNÁNDEZ



Sacerdote.

Nació en Valdealcón-Gradefes (León) el 5-V-1931.

Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1953.

Sacerdote en Salamanca el 24-VI-1961.

Falleció en Madrid el 15-XII-1974.

Hace quince años que murió y su recuerdo sigue entre los que le conocieron vivo y cálido. El testimonio es unánime: «Era una gran persona.» «Tenía una gran talla, humana y espiritual.» «No se tienen de él más que buenas impresiones y motivos de elogio.»

Era moreno, bien plantado, tenía los ojos rasgados y el pelo ondulado y espeso. Su estampa de buen universitario le merecía en las aulas respeto y juvenil admiración.

Nació en mayo de 1931, a tres semanas de implantada la República y unas fechas antes de la quema de conventos. Esta no alcanzó al convento de Bernardas ni al de San Miguel de Escala-

da, dos buenas muestras del arte del pueblo Valdealcón-Gradefes, de la provincia de León. Está situado en el llano de la provincia, al noreste, formando parte de la Tierra de Campos y con la Cordillera Cantábrica a la vista. Pedro, como amante de la naturaleza y buen explorador, guardaría la imagen de aquel paisaje nativo, que es la prolongación de la cuna. Su padre, don Balbino, era el maestro, uno de los maestros de entonces, de carrera corta y sueldo escaso.

Hizo el Bachillerato en el Colegio de María Auxiliadora (Salamanca) y en su Universidad comenzó los estudios de Medicina.

Su comportamiento y sus notas en ambos centros fueron excelentes. Al decir de algún salesiano experimentado, «fue el alumno mejor formado que salió de nuestro Colegio en aquellos años».

Con el tercer curso de Medicina aprobado brillantemente y con veintiún años cumplidos, dio de mano a todo el horizonte que se le presentaba y entró en el noviciado de Mohernando. Allí encontró muchachos bien dispuestos, muchos, inteligentes y con un porvenir salesiano tan lisonjero como se está viendo ahora, pero que no estaban a su nivel de madurez humana ni cultural. Se veía un poco distante y superior, pero no lo daba a entender. Nada de afectación ni de singularidad en su comportamiento. En el trato diario, en los estudios religiosos, en los esparcimientos, era un compañero más. Se le veía seriedad y exigencia consigo mismo, cierta displicencia con las ligerezas e incumplimientos de los demás compañeros, pero sin descalificaciones ni aires de superioridad. Como inteligente que era, era también comprensivo y tolerante. Hizo la profesión temporal el 16 de agosto de 1953 en las manos de don Emilio Corrales. Al año siguiente se dividirían las Inspectorías de Madrid y Zamora. Pedro quedó en ésta. Hizo algún año de Filosofía, trienio en Guadalajara y el año 1954 fue como clérigo y personal fundador al Colegio de Ferroviarios. La Teología la estudió en Carabanchel y se ordenó de sacerdote el 24 de junio de 1961. Sería aquélla la última ordenación en Carabanchel. Poco después el Teologado se trasladaría a Salamanca. Presidió la ceremonia el salesianísimo y espiritual monseñor Juan Manuel Arbeláez. Al final de la misma don Juan Gil, que había actuado de maestro de ceremonias, le dirigió un saludo entrela-

zando los nombres de Juan y Manuel. Monseñor contestó con su acento americano, su poquita voz y una emoción que le arrancó las lágrimas al ordenante y a buena parte de los ordenados. Entre ellos estaba Pedro,

Desplegó su sacerdocio en los colegios de Pizarrales, La Paloma y el Aspirantado de Coadjutores de San Fernando.

En todos dejó su estela de entusiasmo, de entrega y dedicación a los jóvenes, animador de fiestas, reuniones, paseos, veladas y montañismo. No en vano pasó temporadas de capellán de Boy Scouts. Disfrutaba con los muchachos y ellos con él, por su espíritu deportista, juvenil y apostólico.

Los últimos seis años los pasó en el Paseo de Extremadura, siempre en la misma tónica de buen religioso y pedagogo dinámico. Los Salesianos y los alumnos le apreciaban y no le disimulaban su simpatía. Para el Director era uno de esos individuos con quienes se puede contar siempre. Cumplen su cometido sin hacer sombra a nadie. Saben hacer bien las cosas, sin dejar en mal lugar a los demás.

Tenía cuarenta años y estaba en plenitud de facultades y de rendimiento. Iba todo demasiado bien para ser duradero.

Hacia el verano del 71 comenzó a sentir algunas molestias, indefinibles al principio. Se fueron acusando con el tiempo, hasta que se hizo imprescindible el recurso a los médicos. Después de unos días de observación, éstos comunicaron un diagnóstico sombrío: se trataba de un cáncer de huesos imposible de tratar con quimioterapia ni con radioterapia. El proceso era irreversible.

Se le fueron aplicando los remedios a mano: medicinas, descanso, cambio de ambiente. Todo inútil. Reducido a una silla de ruedas, se sentía cada día con menos fuerzas y con más dolores. Iniciado en la Medicina, no se le escapaba la sospecha de que se tratase de lo peor. Pidió al Director que se le dijese claramente la verdad. No quedaba más esperanza que la del milagro. No la descartaba ni aun entonces. Puso por intercesor a don Rúa, declarado beato aquel mismo mes de octubre. Hubiera sido el trampolín providencial para subir a los altares de la canonización.

Pero don Rúa, reacio en vida a hacer los milagros que el mismo Don Bosco le reconocía poder para hacer, se mostró ine-

xorable a los ruegos de aquel joven sacerdote y de tantos suplicantes.

—Si obtengo la curación, señor Director, quiero que me recuerde siempre que he ofrecido al Señor consagrar toda mi vida a los jóvenes pobres en los Oratorios Festivos.

El Señor ya se daba por servido con lo que había hecho. Todos habían sido jóvenes pobres: los de Pizarrales, los de San Fernando, los de Ferroviarios y La Paloma.

Y él había trabajado siempre con espíritu y «corazón oratorio», antes de que se institucionalizara esta expresión.

Sin perder la esperanza de una curación milagrosa, se hizo administrar los sacramentos con tiempo, con plena conciencia y en una ceremonia inolvidable para los que la presenciaron, que fue toda la comunidad del Colegio de San Miguel, el arcángel conductor de las almas al Cielo.

En su silla de ruedas, como sitio de honor y de dolor, rodeado de todos los hermanos, oyó Misa, recibió el Viático, la Extremaunción, que todavía se llamaba así, y pronunció con no poco trabajo unas palabras de petición de perdón y de ofrecimiento. Fue la ofrenda de sí mismo, la oblata doliente y al vivo de aquella Misa singular y emocionante.

Todavía vivió algunas semanas luchando con la enfermedad, que se hacía cada vez más dolorosa, más torturante. Fue la noche de su pelea en el vado de Sucot, con la diferencia de que a Jacob el ángel le tocó un hueso y se le lastimó; a él, a Pedro, se le habían herido todos los huesos. Fue un dolor venturoso, de unción y de transformación elevadora. A eso suenan las palabras que a duras penas podía pronunciar ya: «Sufro mucho; se lo ofrezco todo al Señor por la comunidad y, principalmente, por el señor Director.» ¡Qué pena sentirían los destinatarios de un ofrecimiento así; pero qué consuelo y qué confianza tan grande les habrá quedado!

En los últimos momentos, rodeado de salesianos y de parientes, su inspiración volvió a lucir y a coordinar unas palabras tan luminosas como éstas: «Acoge, Señor, esto, que es creación tuya. Ya he ofrecido todo tranquilamente... Vamos, ya está...» Las transcribo tal como constan en la carta mortuoria. Parecen in-

creíbles. Un ejemplo de muertes de leyenda, de justos ejemplares. Fue su «consummatum est». Murió el día 15 de diciembre.

La Misa de «corpore insepulto» fue concelebrada por cuarenta sacerdotes. Varios de ellos eran compañeros. Recordarían la Misa de la ordenación de once años antes, el fervorín de monseñor Arbeláez y el juego de nombres de Juan y Manuel. Sonaban a verso de villancico.

El entierro fue al día siguiente, en Carabanchel, ante una multitud apretada y callada, compuesta por salesianos, familiares, amigos de la Congregación y muchos alumnos, venidos de varios colegios. Uno de ellos le leyó un saludo final.

Era el primer día de la novena de Navidad, de una Navidad que Pedro prefirió celebrar en las «Alturas», dando gloria a Dios y recibéndola. Bien podemos creerlo.

«Su muerte dejó un gran vacío en la comunidad y en el Colegio», dice un salesiano de los que la presenciaron. Sería verdad. Cabe pensar que él se habrá encargado de llenar ese vacío de alguna manera sutil, misteriosa y eficiente, propia del poder de los bienaventurados.

CIPRIANO SÁNCHEZ DURAN



Sacerdote.
Nació en Salamanca el 13-V-1898.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1927.
Sacerdote en Madrid el 22-XII-1928.
Falleció en Madrid el 18-XII-1947.

Hace años, cuando éramos estudiantes de Filosofía, funcionaba en Moherando un Círculo Misionero en bastante coordinación con otro de Salamanca, del Colegio de María Auxiliadora. Una de sus actividades era la comunicación frecuente con los misioneros, sobre todo de la India. Debido a eso, manteníamos correspondencia, por ejemplo, con don Eduardo Gutiérrez, el padre Mármol y don Cipriano Sánchez, entre otros. Don Cipriano era uno de los últimos misioneros llegados a aquellas tierras. Había hecho el Noviciado aquí y aquí había recibido alguna de las órdenes mayores. Por eso era conocido entre las primeras promocio-

nes de la Casa. Actualmente, a pocos les sonará su nombre. Llegó tarde a la Congregación —era vocación tardía—, vivió lejos cerca de veinticinco años y cuando regresó murió a los pocos meses, que pasó entre el hospital y las enfermerías de Atocha y Carabanchel. Su vida, por tanto, entre nosotros fue muy fugaz.

No obstante, no le podemos silenciar. Todo salesiano, por el hecho de haberlo sido, es digno de mención, si no por lo que hizo a nuestra vista, por lo que fue: un salesiano cabal y con méritos. Durante las pocas semanas que vivió en Carabanchel, el grupo de aspirantes que había allí entonces le veían tan espiritual y delicado en su porte que los edificaba y los hacía llamarle «Don Cipriano Sánchez, virgen, confesor y mártir».

Estuvo en contacto con los Salesianos desde sus primeros años en Salamanca. Su familia era muy adicta a nuestra Obra y, años después, tuvo un sobrino salesiano y una sobrina Hija de María Auxiliadora. Ya es bastante vinculación familiar.

Nació en Salamanca el 13 de mayo de 1898. Sus padres eran muy cristianos y adictos a los Salesianos de los dos colegios, el de San Benito y el de María Auxiliadora. En este último estudió don Cipriano la Primera Enseñanza y a continuación el Bachillerato.

Comenzó después la carrera de Derecho en la Universidad de la misma ciudad.

Cuando ya tenía en su poder el título de licenciado, con un porvenir prometedor por delante, se planteó el problema de elección de estado y se decidió por la Congregación, entre las varias opciones que se le brindaban.

Hizo el Noviciado en Carabanchel, con la última promoción que lo hizo allí.

Como no tenía necesidad de estudiar la Filosofía, salió inmediatamente a las casas e hizo el trienio y la Teología al mismo tiempo, por su propia cuenta y sólo con las explicaciones de algún salesiano experto. El Director de Baracaldo le encontró perfectamente dispuesto para la vida salesiana y ofreció informes sin tacha.

En 1932 se ordenaba de sacerdote y a los muy pocos meses partía para la India como misionero, que era su ideal acariciado desde que se decidió a abandonar el mundo.

No tenemos noticias de su actuación en tierras de misiones ni él, en su modestia, se ocupó de darnoslas. Tenemos algún vago recuerdo de aquella correspondencia a que aludíamos. Escribía como un misionero profesional, entregado y celoso a quienes no éramos más que curiosos aficionados. Se debió entregar sin reservas a su trabajo evangelizador, emplearse y superemplearse hasta el agotamiento, a juzgar por el estado en que llegó a España al cabo de veinticinco años.

Llegó a la Inspectoría en el verano de 1947. Venía físicamente deshecho. El clima, el trabajo y el régimen de vida sin régimen le redujeron a un estado de debilitamiento extremo y al agotamiento nervioso.

Venía con intención de reponerse y regresar a las misiones, con la aprobación de los superiores. «La tumba apropiada de un luchador es la trinchera.» Ese era su propósito y sus planes.

El Inspector, don Modesto Bellido, le encaminó a Carabanchel. La tranquilidad y la compañía de teólogos y aspirantes podían favorecer su recuperación. Tampoco eran despreciables las ventajas del vecino Hospital de Vistalegre, que tan generosamente se venía portando en cuestión de médicos y de medicinas.

¡Muchas atenciones nos prestaron y favores impagables! Dios se lo haya tenido en cuenta a aquellos doctores y a aquellas monjitas, Hijas y ministras de la Caridad.

Efectivamente, le sentaba bien a don Cipriano la estancia en Carabanchel.

Iba ganando fuerzas y ánimos. De pronto le sobrevino una parálisis general. No perdió el conocimiento, pero sí la palabra. Llegó a estar varios días en estado de coma, aparente al menos. Le trasladaron al hospital. Nuevos e intensivos cuidados de médicos y enfermeras hicieron que se volviera a recobrar.

La alegría de don Cipriano fue grande cuando se sintió de nuevo con facultades. Se llegó a levantar y hasta, el día de la Inmaculada, pudo celebrar la Santa Misa, pensando en que pronto abandonaría el hospital y regresaría a Atocha. Regresó, pero para morir.

Por las causas que fueran, contrajo una bronconeumonía que no hubo manera de atajar. Se iba acabando vertiginosamente. Se

decidió trasladarle al Colegio de Atocha, ya desahuciado. Se alegró de verse de nuevo en su casa y poder morir rodeado de hermanos. Le recibieron con todo el afecto de tales don Modesto, don Rufino, el Director, don Mariano, el señor Urtasun y don Pudenciano, enfermero ya entonces. Le colmaron de atenciones y le administraron los sacramentos. Pasaba el tiempo y se había llegado ya a esa tesitura trágica en que la muerte es inminente, pero incierta. No se sabe cuánto durará la agonía del enfermo y de los cicunstantes.

Cuando estaba enfermo y como un síntoma más de su delicadeza, don Cipriano agradecía las visitas de unos y otros, pero él mismo los invitaba a que se retirasen a sus quehaceres. Ya era bastante el tiempo que le habían dedicado, teniendo tanto que hacer.

Ahora también, en el trance final, rogó que se retirasen algunos. Bastaba que se quedase uno o se fueran turnando. Así lo hicieron. Se quedó un sacerdote y un coadjutor. Poco tuvieron que hacer. A las once de la noche, de una manera suave, natural, casi dulce, dejaba de vivir. Quedó tan inalterado que por algún tiempo dudaban si estaba ya muerto o estaba todavía vivo. Así lo cuenta don Mariano Araúz, testigo presente.

Era el día 21 de diciembre, fiesta de santo Tomás apóstol. En la Casa de Atocha y en el ambiente de fuera se percibía ya la Navidad.

Don Cipriano se adelantó para celebrarla cumplida y gozosamente en el Cielo.

ALFONSO MARTÍNEZ DIAZ



Coadjutor.

Nació en La Habana (Cuba) el 2-VII-1897.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 13-XI-1929.

Falleció en Madrid el 21-XII-1978.

Nació en La Habana el 2 de julio de 1897, el último año del dominio español sobre la Isla, el año en que se inauguraba, después de titubeos, la Casa de Baracaldo, la que había de ser el principal escenario de su actuación salesiana.

Por tres veces estuvo destinado en ella. De allí salió, en el año 1954 y, tras una breve estancia en Ferrovianos, pasó a Carabanchel, donde pasó los diecisiete años restantes, enfermo y más retirado del trato común, él, que siempre había estado bastante retraído y silencioso,

No sabemos el cuándo y el porqué de su venida a España. El año 1927, ya con treinta años, entra en el colegio de Santander

como fámulo y aspirante de vocación tardía. En Carabanchel hace el noviciado y allí hace su primera profesión, las últimas que se hicieron en Carabanchel como Noviciado.

De Carabanchel, sin más perfeccionamiento, pasa a Orense, y de allí a Baracaldo. Da clase a la Primera Elemental, con más de sesenta alumnos, hace de sacristán y atiende a la portería: un pluriempleo bien desempeñado por Alfonso. Se aviene a cuanto se le confía y, como habla poco, llega a todo.

En 1936, en el mes de julio, va a Mohernando para hacer los Ejercicios Espirituales y, al terminarlos, formular la profesión perpetua. Hizo los Ejercicios y la profesión, pero ya entre sobresaltos de malas noticias y presentimientos de sucesos aciagos. La ceremonia de las profesiones fue apresurada, el sermón de los recuerdos sin entusiasmo, porque don Felipe Alcántara era el más afectado; la comida, sin sobremesa y con el menú recortado. Muy poco después de comer se presentó la primera remesa de milicianos. El registro, el zarandeo y las diligencias duraron hasta el anochecer. Era la primera jornada de aquel drama.

El día 25 fue el éxodo. El grueso de la comunidad, que en aquel momento era más numerosa que nunca, por la circunstancia de los Ejercicios, abandonó la Casa y, a la buena de Dios, atravesando la vega, se refugió en las márgenes del Henares. Entre todos iba, renqueando y con un fardo a cuestas, Alfonso.

Cuando a los dos días, después del vagabundeo por el río y de su paso por el Gobierno Civil de Guadalajara, volvieron a Casa reconducidos como rehenes y en calidad de prisioneros, porque en la cárcel provincial no había espacio para encerrarlos, el reencontro con los que se habían quedado en Casa fue una escena emocionante. Los milicianos menos fieros lo observaban y, tras alguna exclamación, comentaban: «¡Corno se quieren!» Pues bien, Alfonso era uno de los más conmovidos. Fuera por el nerviosismo, por la emoción o por el cúmulo de vicisitudes que se sucedieron en aquel breve espacio de tiempo, el caso es que lloraba a lágrima viva.

El día 3 de agosto fue conducido, con todos los demás, a Madrid, a la cárcel de Ventas. Allí pasaría nueve meses. Los días eran tan iguales, tan tediosos y tan desprovistos de lo elemental

que se perdía la noción del tiempo, las esperanzas y hasta las ganas de sobrevivir.

Alfonso hablaba muy poco, rezaba las oraciones reglamentarias en grupo, dando vueltas al sótano en forma de noria; paseaba solo frotando las manos y repitiendo su tic nervioso. Muy a menudo daba a entender el acoso de los parásitos que le invadían.

Corno final de aquel cautiverio, fue condenado a un batallón disciplinario: al Batallón Auxiliar de Fortificaciones. El, tan inofensivo y que además estaba cojo, condenado a un batallón de castigo, cargado con el pico y la pala y obligado a hacer trincheras, desmontes y el famoso ferrocarril de los cuarenta días.

Así era de considerada y de objetiva la justicia de los rojos.

Al terminar la guerra, y una vez que se rehizo en lo posible del quebrantamiento de aquellos tres años, pasó por las casas de Béjar, Baracaldo, Santo Domingo Savio y Ferroviarios, haciendo lo que alcanzaban sus fuerzas y su buena voluntad.

En ninguna de esas casas perdió el tiempo lastimosamente ni creó problemas.

Fue siempre el hombre sin hiel, un poco tímido hasta que se le daba confianza para mostrar su bondad, su aptitud y hasta sus ribetes de humor.

Don Agustín Septién, coadjutor veterano ya, compañero suyo de noviciado y de comunidad, le define como hombre sencillo, humilde, pobre, amante de las Reglas y respetuoso con los superiores. Comprueba el buen recuerdo que había dejado en Baracaldo, entre los alumnos sobresalientes y entre los más atrasados, «a los que había sacado de la mediocridad con su incansable solitud».

A Carabanchel vino ya a convalecer, a prolongar sus achaques y a prepararse a bien morir. Nunca se le oyó refunfuñar ni lamentarse. Estaba contento con la comida, con la calefacción y la habitación, bien escueta.

*«Para el que nada ambiciona,
todo el mundo está a la mano.»*

Murió el 21 de diciembre de 1978, un día de vísperas de Navidad y de madrugada, tan sin ruido como había vivido.

El funeral fue el día 22, en la capilla del Colegio, con acompañamiento de salesianos de Madrid y de los aspirantes coadjutores.

En la homilía, el Director, don Porfirio, se lo puso por modelo bajo todos los aspectos que podía ponerse. Los aspirantes, impresionados y nerviosos, cantaron con fervor, con vehemencia más bien, un poco acuciados por la impresión del momento y otro poco por el hormigueo de las vacaciones que empezaban a continuación. ¿Los acompañaría por mucho tiempo el recuerdo de don Alfonso y el secreto de su vida...?

«Bene qui latuit, bene vixit», dijo el autor de *Los Tristes*, un poeta que ni siquiera era cristiano ni adicto a ningún credo.

«Vivió bien el que supo vivir ocultamente.»

Don Alfonso Martínez le daría toda la razón.

MANUEL MARTIN CRESPO



Coadjutor.

Nació en Itero del Castillo (Burgos) el 21-XII-1896.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 26-VI-1926.
Falleció en Madrid el **28-XII-1970**.

Una tarde de verano —julio de 1946—, don Modesto Bellido, Inspector, y un sacerdote recién cantado Misa, se dirigían del Colegio de Atocha a la estación del Mediodía. Iban a coger el tren para Mohernando, en visita de presentación. En el trayecto, al pasar frente al Hospital de San Carlos, don Modesto, siempre tan atento, dijo: «Vamos un momento a ver al señor Manolo.» Llevaba allí unas semanas.

Subimos por unas escaleras de peldaños bajos, como para enfermos, hasta una planta alta. En una sala corrida, de techo alto y zócalo de azulejos blancos, piso de baldosas limpias pero deslu-

cidas, en una cama pintada de blanco, estaba el señor Manolo, enfermo de pleuresía. Nos recibió con una sonrisa de sorpresa y agradecimiento. Hablamos sobre el curso de la enfermedad. El enfermo seguía la conversación con interés y serenidad. Contrastaba un poco con el ceño reservado y sombrío de los enfermos de al lado. Se les notaba de aspecto menos distinguido que el del señor Manolo. Hacía calor de julio y olía a sala de hospital: medicinas, apósitos, sudores... Nos despedimos de él con una impresión penosa, pero esperanzada. La enfermedad sería larga, cedería y el señor Manolo volvería a su taller, a su escenario y a su ambiente de Atocha. Aquella enfermedad tendría algo que ver con su muerte, al cabo de veintisiete años.

Había nacido el señor Manolo, como siempre se le llamaba, entre respetuosa y familiarmente, en Itero del Castillo (Burgos) el 21 de diciembre de 1896.

El pueblo está al lado del Pisuerga, en el Camino de Santiago, en la Tierra de Campos. Es pequeño, pero tiene elementos de interés: iglesia, castillo, río y un horizonte a propósito para atardeceres interminables, como son los de la Tierra de Campos. El señor Manolo nació en el seno de las familias notables: una casa grande en un pueblo chico. No fue la única vocación salesiana que brotó en el ambiente de aquella familia acomodada y cristiana. Otro hermano, Isaías, murió prematuramente y algún otro familiar se quedó entre la enredada historia de los años treinta. Las buenas vocaciones no suelen venir solas. En este caso, un hermano, un sobrino y un paisano que con el tiempo llegó a ser dos veces Inspector y está ahora al frente de la Inspectoría de Madrid. Dios le prospere. ¿Se le podía pedir más a un pueblo con un puñado de vecinos?

Hizo el aspirantado y el perfeccionamiento en Sarria, la «alma mater» de tantos coadjutores valiosos; el noviciado, en Carabanchel Alto, y profesó como salesiano el 26 de junio de 1916. Tres años después hizo la profesión perpetua.

Aprendió el oficio de sastre y tuvo la formación característica de Sarriá, en lo religioso y en lo profesional. De aquellos talleres salieron muchas promociones de maestros ejemplares, salesianos

coadjutores «de patrón». «Dechado que sirve de muestra para sacar otro igual.»

Su vida salesiana activa transcurrió en tres casas, las tres grandes, las tres profesionales: Atocha, San Fernando y Ferroviarios.

La primera tenía entonces el nombre modesto de «Escuelas Salesianas», a diferencia del de ahora, «Instituto Politécnico». En verdad eran escuelas de muchas cosas buenas. Fueron la irradiación de lo salesiano en Madrid. Despertaron la atención y la simpatía de muchos.

En uno de aquellos talleres, elementales pero eficientes, el señor Manolo ejerció su primer apostolado como jefe del taller de Sastrería. Era un oficio de los clásicamente artesanos de entonces: pacífico, de trabajo asiduo, apto para labrarse un honesto vivir, sin rendimientos espectaculares. El taller de sastrería era de los más gratos: era un taller limpio y sin ruidos estridentes. Acaso por eso mismo fue de los que primero cayeron en desuso.

De la mano del señor Manolo fueron saliendo, hasta el año 1948, grupos de muchachos de buena hebra, con el arte aprendido del buen vestir y del buen vivir, porque el señor Manolo era maestro de otros «artes y oficios», además del de la tela.

Aficionado al teatro, lo supo emplear a la manera salesiana, como un medio de formación.

«No se tome usted con los comediantes, que son gente favorecida», se le advierte a Don Quijote. En el caso del señor Manolo, y de tantos otros salesianos artistas, resultaron gente favorecedora, mucho más que favorecida. No les reportó ventajas, como no fuera la de una incidencia más en los alumnos; sólo trabajo, horas de tensión, a veces deslucimiento, y, eso sí, siempre la convicción de que el trabajo de las tablas era otra modalidad de trabajo salesiano formador.

En su álbum de fotografías el señor Manolo guardaba infinidad de personajes: todos los que le había tocado representar en aquel escenario de leyenda que hizo la delicia de tantos oratorianos, alumnos y buena gente del barrio.

El año 1948 —hace cuarenta y un años por ahora—, el señor Manolo cierra su cajón de sastre y cambia de sede y de oficio. Va

a San Fernando como miembro de la comunidad fundadora, de aquella comunidad que en un principio se componía casi exclusivamente de trienales y de coadjutores, de «clérigos y legos», como decían las antiguas Reglas. La entrada en San Fernando fue, más que el comienzo de una fundación, el planteamiento de una batalla. Aquellos salesianos entraron un poco con ánimo de misioneros y otro poco con bríos de combatientes. Fue una comunidad a la vez que una falange al mando de don Alejandro, que era el Epaminondas.

Supo bien de qué colaboradores se rodeaba. Uno de ellos fue el señor Manolo.

Hacía de ayudante del Administrador. Llevaba recados y encargos a la Diputación, acompañaba a los alumnos al médico, al Conservatorio, hacía las compras ordinarias y figuraba como componente de la banda de música. No tenía complejo de caminar entre los jóvenes instrumentistas tocando el bombo. Lo más importante no era hacer sonar el voluminoso artefacto. De aquella manera tenía oportunidad de acompañar a los alumnos y asistirlos en los desplazamientos.

El de asistente no era un empleo que figurase en nómina, pero a don Alejandro le tranquilizaba mucho y el señor Manolo lo ejercía a perfección en ocasiones que se prestaban al desliz.

Así estuvo catorce años. Todas las mañanas se le veía salir a buen paso con la cartera bajo el brazo, el block bien repleto de encargos y algún muchacho al lado para acompañar a uno u otro sitio. Así un día y otro, con sol y con niebla, que en aquel remanso parecía concentrarse más y hacerse más fría, con su traje negro o en invierno con abrigo gris oscuro y boina. Al volver pasaba de nuevo por la Prefectura y daba meticulosamente las cuentas. Siempre cuadraban.

Una fiesta de san José sufrió un accidente doloroso. Un cohele le cercenó los dedos índice y pulgar de la mano izquierda. Fue una mutilación para toda la vida, un verdadero accidente de trabajo, de trabajo festivo.

Ya no representaba funciones de teatro. La edad, la memoria y las ganas no le acompañaban, pero era el operador oficial de cine, el encargado de traer, censurar y rodar las películas. Y a fe

que lo hacía bien; no se le pasaba ningún «adefesio». Seguía manejando la tijera con aplomo. Don Alejandro sabía que el cometido estaba en manos seguras. Aquellos muchachos, tan proclives a la celebración maliciosa y gamberra, no encontraban resquicio para desahogarse.

El año 1962 es destinado al colegio de Ferrovianos. Allí, lo mismo: es ayudante de la Administración, acompaña a los chicos, hace recados y lleva la contabilidad de los alumnos, la pequeña contabilidad. Trabaja, ayuda a unos y edifica a todos. Lo mismo que en San Fernando y en Atocha. «¿A dónde irá el buey que no are?» Su destino era arar y arar derecho y en profundidad.

De cuando en cuando ve algún desliz de disciplina o de observancia religiosa, de esos que no son infrecuentes en casas de muchas puertas y de muchas personas, y lo denuncia con severidad. La habitual sonrisa señorial y agradecida que florecía bajo su discreto bigote se convertía en reproche de «sarriaceno» —así llamaban las lenguas mordaces a los integristas salidos de la «academia» de Sarria.

En mayo de 1974 cayó enfermo con una aparente gripe que tuvo complicaciones de corazón y vías respiratorias. A los veinte días se reintegraba a la vida de comunidad no completamente restablecido. La enfermedad le había dejado huella y unos indicios que recordaban la dolencia de 1946.

A lo largo del verano se le vio ir perdiendo salud y facultades, se le asignó para el próximo curso un sustituto en sus ocupaciones. Como sucede con los trabajadores natos, la liberación del trabajo los afecta más que el trabajo mismo. Fue decayendo progresiva y visiblemente.

El 21 de diciembre celebró su cumpleaños en comunidad. Fue la despedida. Al día siguiente, las dificultades respiratorias se le acentuaron. El 24 acompañó a la comunidad en la cena de Navidad. El comedor estaba adornado con profusión y la mesa, bien abastecida; él, en cambio, estaba inapetente y macilento.

Entre los cantos de la sobremesa se corearía el obligado en esta ocasión: «La Nochebuena se viene, la Nochebuena se va; y nosotros nos iremos y no volveremos más.» Y pensaría en sus adentros: «Eso va por mí.»

Unas inyecciones parecieron darle alguna mejoría, pero fue efímera. En aquellas Navidades de hombre en capilla se le representarían tantas otras que había vivido y hecho vivir en plena alegría: las de Atocha, por ejemplo, en las que había montado zarzuelas espectaculares, con coros de pastores, de soldados y de diablos... Eso, los penúltimos días, porque los últimos ya no tendría ganas ni de añorar, que es todavía alguna forma de vivir.

El día 28, fiesta de los Inocentes, la gran sorpresa de todos fue, al abrir la habitación y encender la luz para darle los buenos días, comprobar que había fallecido, víctima de un paro cardíaco. ¡Qué tremenda y luctuosa inocentada...!

Su cuerpo estaba todavía caliente, recostado sobre el lado derecho, los ojos cerrados y las manos cruzadas. La muerte le sorprendió dormido.

Cumplió exactamente las palabras con que terminaban antes las oraciones de la noche: «... pensando luego que estamos en la presencia de Dios, con las manos juntas sobre el pecho, nos entregaremos al descanso.» En este caso, al descanso eterno...

Murió a los setenta y cinco años y una semana: la última cuenta exacta que rindió al final de su viaje.